Un lugar para Logan

Workhouse 3

Becca Kim

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.
Los personajes y hechos retratados en esta novela son completamente ficticios. Cualquier parecido con personas verdaderas, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

© Becca Kim, 2025

UN LUGAR PARA LOGAN

SERIE WORKHOUSE III

Becca Kim

«Ningún acto de bondad, por pequeño que sea, es desperdiciado.»
Esopo.

1.

Un grito desolado rasgó el silencio entre las apestosas calles de St. Giles, en el barrio más infame de Londres.

—¡Logan, déjale! ¡Logan!

No podía detenerse; ya no.

—¿Por qué? ¡¿Por qué?! —Era difícil distinguir entre el llanto y los gritos de ira.

—Hijo, te he dicho que lo sueltes. Está... está muerto.

El hombre que yacía en el suelo se había ahogado en su propia desgracia. El muy estúpido había dilapidado todo lo que tenían: unos míseros ahorros que habían traído consigo desde Irlanda. Alcohol y lupanares durante un mes, y eso había sido todo.

El crío era incapaz de entenderlo, de comprender que su padre hubiera tenido un buen motivo para menospreciar de ese modo a su madre; a ella, que se había dejado la piel para llegar a Inglaterra en busca de un futuro mejor. ¿Y para qué? Para terminar en un callejón sin salida, atrapados en una vida de penurias y hambre que solo les había dejado una opción: mendigar.

Apenas conseguían dar con algo que apagara los gritos de su estómago. El invierno mordía con un frío más cruel que ningún otro, y Fiona Barry había caído enferma sin querer contárselo a su hijo. Los días pasaban, y Logan se había transformado en un gato callejero, uno que se peleaba por comida y traicionaba por una noche bajo cubierto.

La situación en la que habían terminado la destrozaba. No quería eso; no era ese el futuro que esperaba para su pequeño Logan, en quien había depositado todo su amor. Así que un día tomó una decisión, una que llevaba aplazando meses, pero que en el fondo sabía que tendría que tomar. Ella moriría pronto, y solo imaginarlo vagando por las calles brumosas y frías la llenaba de una

angustia que la hacía aferrarse con más fuerza a la vida para no abandonarlo.

Cada día su debilidad aumentaba y se volvía menos apetecible para aquellos a los que se había visto obligada a venderse. Sus mejillas habían perdido ese rubor que en algún momento la hizo atractiva y sus ojos, ese brillo que aún ocultaba esperanza. Sus curvas eran solo huesos, y sus labios, un resquicio quebrado y seco de un pasado lleno de felicidad que ya no le pertenecía.

Ella lo vio llegar.

Logan se relamió el labio ensangrentado y se frotó la frente, ahora abultada. Al menos llevaba una sonrisa escondida tras esa suciedad que ya formaba parte de él. Ese día había conseguido un plato de gachas que alguien había tirado porque estaban amargas. Había tenido que golpear a unos cuantos y maldecir a otros tantos con esos dos ojos con los que se había ganado el apodo del *demonio de St. Giles*.

Él no sabía por qué, pero, por la suciedad de su rostro, el verde de su iris resaltaba tanto entre la mugre que podía asustar a cualquiera en mitad de la noche.

Con un desgastado recipiente de latón que había conseguido robar un buen día, recogió lo que pudo del suelo y, orgulloso, se lo llevó a su madre.

—Madre —no escondió su orgullo—, madre, mira lo que tengo.

La señora Barry estiró los labios en una sonrisa plena y alzó las manos entre la oscuridad.

—Gachas —susurró, mientras el hedor agrio llegaba a su nariz —. Mi hijo ha conseguido gachas —ocultó su tristeza—. Con esto nos daremos un festín; lo acompañaremos con... —Rebuscó algo en el bolsillo de su vestido, pero Logan no pudo esperar.

—¿Qué es, madre? Dime qué es —dijo con ojos centelleantes.

—Espera... ¿Dónde se ha metido?

Logan se abalanzó sobre ella y comenzó a hurgar a la par que su madre.

—¡Dime qué es! —preguntó con emoción.

—¡Lo tengo! No me aplastes, hijo —sonrió.

Cuando Logan la dejó moverse, la señora Barry abrió las manos, donde una nuez salió a relucir.

—Es... —Logan la tomó entre sus dedos y la agitó cerca del oído—. ¡Es la nuez más grande que he visto! Seguro que tiene buena carne dentro, escucha.

El niño, de nuevo, se abalanzó sobre su madre y agitó la nuez también junto a su oreja.

—No oigo nada —dijo la señora Barry con cierta tristeza.

Sin embargo, Logan respondió con seguridad:

—Eso es porque debe ser grande; está claro que ahí dentro no tiene espacio y no puede moverse.

—O quizá está vacía.

El niño cerró la nuez en su puño y su gesto se transformó en enojo.

—Nada de lo que me das está vacío.

A Fiona le supuso horrores contener las lágrimas. Las calles y la pobreza aún no se habían apoderado del corazón de su niño, y un inmenso alivio la recorrió.

—Debes abrirla —logró decir al controlar el nudo en la garganta.

Logan tomó el cuchillo que había robado de un afilador y, con maña, lo introdujo entre la ranura que sellaba la cáscara. Tras un «ten cuidado» de su madre, giró el cuchillo y la nuez crujió.

—¿Y bien? —preguntó la señora Barry expectante.

—Tenía razón. Es una nuez gigante —el niño movió las cejas con suficiencia reflejada en su rostro. Al segundo, la cortó en pequeños pedazos que fueron a parar al recipiente con la avena.

—Ahora estarán más ricas —dijo Logan como una verdad inamovible.

—Lo estarán.

Su madre decidió dar el primer bocado, por si comer aquello resultaba ser un sacrificio para su hijo; pero, a pesar del olor, estaban comestibles: de sabor fuerte, pero comestibles.

Ambos se repartieron el festín y, sin más dilación, cayeron dormidos bajo el manto de un abrazo que significaba más que

abrigo en aquel pequeño almacén donde el hombre que había usado su cuerpo les dejaba dormir.

—Mañana nos iremos de aquí —susurró después de dejar un beso en los cabellos revueltos de su hijo—. Mañana te sacaré de aquí; no puede haber nada peor que esto.

2.

—¡Madre! ¡Dejadla pasar! ¡Madre! —El grito retumbó en las paredes húmedas de St. Joseph.

—Está enferma, será un desperdicio.

Un hombre con cara de lagarto sujetaba a Logan de un brazo, mientras la señora Barry lo observaba con lágrimas en los ojos.

—Aquí estarás bien, lo estarás.

—¡Madre! ¡Mamá! Por favor, no me dejes, mamá, por favor.

Con toda su furia, Logan dio una patada al señor Finch, el capataz de la *Workhouse*, y se zafó de su agarre para llegar a su madre. Se aferró a ella con los puños apretados contra sus desgarbados ropajes y lloró desconsolado.

—Aquí te darán de comer, estarás bien.

—¡No quiero comida! —exclamó entre enojo y tristeza—. Prefiero estar contigo; no me dejes, por favor.

—Señora, debe decidirse. No tengo todo el día —interrumpió el capataz con impaciencia.

En ese instante, una figura con sotana oscura apareció tras la verja oxidada. El sacerdote de ese lugar, un hombre de rostro sereno y mirada firme, se acercó en silencio.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó con voz grave.

—La mujer quiere dejar al chico, pero él no lo permite —respondió Finch—. Está enferma. No tiene sentido... Sabe tan bien como yo que, aunque a veces aceptemos enfermos, esta mujer...

El padre Marcus la miró con detenimiento. Tenía un aspecto terrible: el rostro de un tono casi verdoso y una delgadez preocupante, la misma que tenía el chico. A ella no le quedaba mucho.

—¿Acaso no tiene cabida la compasión en este lugar? —intervino el padre con dureza—. ¿Dónde está el informe?

Finch le tendió el documento arrugado que la señora Barry había conseguido días atrás, el cual señalaba que, en efecto, esas personas no tenían otro medio para subsistir.

—Que pasen los dos —ordenó el sacerdote—. Al menos deja que esta noche estén juntos.

—Pero la señora Quirk... el arcediano le dijo...

Bastó una mirada del padre Marcus para que un silencio cargado de desconfianza tomara el protagonismo.

—¿Quiere que hable yo con el arcediano?

—No —dijo este con rapidez—, no será necesario.

El hombre con cara de lagarto miró a Logan y a su madre con desgana.

La señora Barry cerró los ojos un instante, derrotada por la emoción, y musitó:

—Gracias… gracias.

El padre asintió y, antes de girarse para guiarlos al interior —donde tendrían que inscribirse—, posó sus ojos en Logan. Lo miró con una mezcla de gravedad y ternura, como si ya intuyera que aquel niño no sería uno más.

Después, sin decir palabra, se giró y caminó hacia la oscuridad del edificio, donde la soledad compartida los aguardaba.

La angustia de la señora Barry y su hijo no terminó allí. En el momento en que pusieron un pie en ese lugar, los separaron sin aviso.

—¡Mamá! ¡Quiero ir contigo, mamá!

—Aparta —ordenó el lagarto—. ¿Qué pensabas? Los niños van a un lado, los enfermos a otro.

—Nos encontraremos —dijo su madre para calmarle.

—¡Mamá! —La fortaleza del niño se derrumbó en un suspiro—. ¡Mamá, no te vayas!

—Vamos, muchacho. —Finch lo empujó hacia el lado contrario, mientras su madre, guiada por otro hombre impasible, desaparecía entre las sombras.

3.

Finch, con sus manos frías, lo arrastró hacia un patio donde los demás niños aguardaban a que la puerta del comedor se abriera, solo para recibir una mísera sopa de huesos y una pequeña porción de patata cocida.

Logan miró a su alrededor con los ojos a punto de estallar. Los niños lo contemplaban con curiosidad y pena. Todos recordaban el primer día en que habían llegado a ese lugar.

Una niña de rizos dorados se acercó a él al ritmo de graciosos saltitos, lo que provocaba que su raída muñeca de trapo se moviera de un lado a otro.

—Hola —dijo, tirando de su pantalón para llamar su atención.

—Déjame —replicó, limpiándose los mocos.

—¿Estás triste? —insistió la niña.

—He dicho que me dejes. —De un empujón, la niña fue a parar al suelo húmedo.

Otro niño se acercó por detrás y lo embistió con todo su cuerpo hasta que los dos acabaron también en el suelo.

—¡Eres malo! —chilló—. ¡No pegues a mi amiga!

Los dos se vieron envueltos en una lucha de puñetazos, patadas y pedradas que no podía acabar bien. Los demás niños se arremolinaron a su alrededor: unos con sorpresa, otros con temor. No era la primera vez que sucedía algo así, pero, aunque estuvieran acostumbrados, era algo que siempre llamaba la atención, sobre todo cuando la pelea se tornaba seria.

Ese niño, el nuevo, no daba su brazo a torcer. En sus ojos había rabia, y la estaba pagando con aquel muchacho que solo quería defender a su amiga. Ninguno sabía que, una calle más abajo, lo conocían como *el demonio de St. Giles*. No se había ganado ese apodo por simples conjeturas: corría el rumor de que siempre que cierto muchacho de ojos verdes y mirada endemoniada

se enzarzaba en una lucha, nunca se dejaba amedrentar, fuera quien fuera su oponente.

Nadie quiso intervenir, nadie se atrevía, hasta que aquel hombre, el padre que los había dejado entrar, lo tomó del borde del pantalón y lo levantó como quien alza a un felino enfurecido. El muchacho había continuado dando puñetazos al aire, arañazos e incluso llegó a revolverse lo suficiente para darle un mordisco al cura.

Lejos de molestarse, el padre Marcus dejó que sus pies tocaran el suelo y, frente a todos, lo abrazó.

—Te entiendo... piensas que todos tenemos la culpa de lo que te pasa. Lo entiendo.

El niño, que en un principio renegó de su abrazo, se rindió al consuelo del padre entre temblores y sollozos.

—Solo quiero a mi mamá...

El padre lo abrazó con más fuerza, si cabía. Le dolió ver cómo un niño que había mostrado tanta ira podía deshacerse de esa manera.

—Solo quiero estar con ella.

La niña, a la que antes había empujado, se acercó y se unió al abrazo por la espalda.

—Yo también echo de menos a la mía —susurró.

—Y yo —se escuchó decir al niño que yacía en el suelo, después de escupir sangre.

El padre Marcus quiso pedirle que se disculpara con Owen —el pobre no se merecía la paliza que le había caído encima—. Quizá no era el instante más adecuado; sin embargo, el muchacho lo sorprendió cuando se apartó de él para acercarse a Owen.

—Lo siento —se disculpó, limpiándose las lágrimas.

El niño asintió, tomó a su amiga de la mano y se presentó.

—Soy Owen, y ella es Anne.

El padre Marcus los miró con ternura. Esos niños le partían el corazón.

—¿Te gusta mi muñeca? —dijo la pequeña—. ¡Mira! —Se la acercó tanto que Logan tuvo que dar un paso atrás.

—¿Tú cómo te llamas? —preguntó Owen.
—Logan.

En ese momento, las puertas del comedor se abrieron, y, como una estampida, los niños se dirigieron a las mesas entre rugidos de estómagos y labios relamiéndose.

—Siéntate con nosotros —dijo la dulce Anne, que sin dudarlo lo tomó de la mano y lo guio.

—¿Dónde están Hope y Lily? —preguntó Owen.

—Tampoco veo a Thomas —añadió la niña.

En cuanto la regenta entró, el comedor adquirió un mutismo tan profundo que ni las moscas se atrevieron a volar.

Tras ella, el padre Marcus dirigió la mirada a los niños y rezó:

—Señor, te damos gracias por estos alimentos que vamos a recibir. Bendice a quienes los han provisto y a estos niños dignos de tu misericordia. Amén.

—Amén —respondieron al unísono.

Pero la señora Quirk no era de las que solían dar tregua, ni siquiera un respiro. En cuanto el padre Marcus se marchó, se ubicó frente a los niños con esa mirada tan carente de compasión y, tras unas palmadas al aire para atraer la atención, habló con contundencia.

—Muy bien, muy bien. Preciosas las palabras del padre. Dios da y Dios quita. Agradeced lo que tenéis y no pidáis más. Que no se os olvide. Comed en silencio. Los que hablen perderán su ración.

—Sí, señora —las voces de los niños llenaron el salón con esas últimas palabras.

El sonido de las cucharas contra la vajilla barata habría sido la única señal de vida en aquel comedor si no fuera por los sollozos de cierto niño que acababa de llegar.

—Come —susurró la pequeña Anne.

Owen la mandó a callar con la mirada. No quería que se arriesgara por él.

Logan vio sus lágrimas caer sobre la sopa aguada, mientras el olor a comida lo invadía. Por un lado, le hubiera gustado engullir ese caldo y rebañar los restos con la lengua, pero ¿y su madre? ¿Habría

comido ya? No podía evitar sentirse mal por hacerlo si ella no lo hacía.

—Come —insistió Anne, cuando una mano cayó entre los dos y golpeó la mesa.

—¿No he sido clara?

Anne soltó la cuchara de golpe, y esta fue a parar al suelo.

—Pe... perdón, señora Quirk. Yo solo...

—¿Tú solo qué, Anne?

—La está asustando —Owen la atravesó con la mirada.

La señora Quirk tomó el plato de Owen y, con una lentitud estudiada para que todos la vieran, vertió todo el contenido sobre la cabeza del niño.

—¡Está caliente! —chilló la niña, que de un manotazo hizo que el plato saliera disparado por la mesa, volcando el alimento de otro niño, que no pudo evitar llorar.

La señora Quirk levantó la mano para abofetear a la niña, pero justo cuando iba a asestar el golpe, algo la detuvo. Se giró, con las cejas elevadas hasta donde nacía su escaso cabello, y vio al recién llegado subido a la silla mientras sujetaba con sus dos manos la de ella.

—Así que no eres solo un llorica —soltó con una sonrisa retorcida—. Veremos si eres tan valiente después de que te encierre. Me parece que tienes que entender lo que supone estar aquí, muchacho.

La señora Quirk se zafó del agarre del niño, sorprendida por la fuerza que poseía, y, con un chasquido de lengua y una mirada, hizo que Finch se acercara a donde estaba ella.

—Llévatelo. Ya sabes dónde.

Finch asintió, pero justo cuando iba a coger al niño, este se subió a la interminable mesa y corrió sobre ella. Unos niños lo animaron, y otros se lamentaron por quedarse sin ración a su paso. Entre sopas caídas y gritos, Logan logró salir del comedor agitado.

Saldría de allí y encontraría a su madre. No quería estar en ese sitio, y menos si no era con ella.

Corrió hasta que tropezó. Finch estuvo cerca de atraparlo, y lo habría hecho si cierta niña no le hubiera hecho la zancadilla con su

bastón.

—¡Atrapadlo! —gritó el capataz, y fue entonces cuando un par de manos lo detuvieron.

Finch se acercó jadeante y agradeció a los guardianes que lo sujetaran.

—Ahora vendrás conmigo.

Lo tomó del cuello de la camisa y lo arrastró por el patio nevado, que desprendía un aroma a desolación.

Logan forcejeó sin mermar su ímpetu, pero por mucho que se retorciera y clavara las uñas en la piedra, no pudo impedir que aquel lagarto se lo llevara. Finch abrió una puerta pesada y, de una patada, lo empujó dentro de una habitación oscura y fría.

—Después de estar aquí, agradecerás todo lo que se te da.

La puerta se cerró, haciendo desaparecer la sombra encorvada de Finch, y Logan se encontró acompañado únicamente por la oscuridad más absoluta.

Se acurrucó sobre sí mismo y lloró. ¿Por qué su madre lo había hecho? ¿Por qué lo había llevado a un sitio tan cruel? ¿Acaso quería deshacerse de él? ¿Era eso?

Soltó un bramido en la oscuridad y luego otro. Se desgarró la garganta y se apretó tanto contra sus rodillas que parecía un bulto derribado al que alguien había abandonado en mitad de la nada.

Al día siguiente, al contrario de lo que la señora Quirk creía, el muchacho no detuvo su empeño en dar patadas en la puerta, una tras otra. Al principio con fuerza, luego sin ganas. Cuando llegó la noche, apenas se oían los golpes de su frente contra la firme madera.

Al amanecer, Logan ya no lloraba. No quería. Tiró de su camisa e inclinó la cabeza para limpiar su frente ensangrentada. Le dolía, pero nada comparable con lo que sentía por dentro, en su corazón.

Tenía sed. Mucha. Intentó humedecer sus labios, pero el movimiento de su lengua fue en vano; incluso esa parte de él se había acartonado. A rastras se acercó a la puerta y escuchó voces. Era ese hombre: el padre Marcus.

—¡Ya lleva dos días! Está sobrepasando los límites de la humanidad, señora Quirk.

—Guárdese sus sermones para los críos, padre. Sabe tan bien como yo que, en este mundo, esta es la única forma de educar a un rebelde.

—¿Educar? Por todos los santos, ¿cómo puede llamar a esto educación?

—¿Siempre la misma lucha, padre? ¿No se agota? Usted será el guía en su parroquia, pero aquí lo soy yo.

—Señora Quirk, la junta de guardianes...

Una risita atravesó la oscuridad en la que Logan se hallaba, y sus vellos se erizaron.

—¿Cree que no están al tanto? Puede que esta no sea la mejor *workhouse* de Londres, padre, pero ¿sabe? Al menos no se mueren de hambre. Una muerte, sin duda, angustiosa.

—Señora Quirk...

—Tenga buen día. El sol ha decidido hoy deleitarnos con su presencia. ¿No es maravilloso?

Logan escuchó unos pasos alejarse, pero otros se acercaron.

—Jovencito, ¿estás ahí?

Logan, que se había prometido no llorar, derramó unas lágrimas silenciosas negándose a dar una respuesta.

Al día siguiente, el terror inundó a Logan. Cerraba los ojos y obtenía oscuridad; los abría y solo hallaba la misma oscuridad. Pensó en su madre, en sus brazos y en el calor que emanaba de su pecho cuando lo arropaba por la noche. ¡La echaba tanto de menos!

De nuevo, la ira regresó a él. Se puso en pie y golpeó la puerta con las pocas fuerzas que le quedaban. Entonces, una pequeña portezuela se abrió y una mano introdujo un recipiente con agua. Los golpes cesaron con la rapidez de un pestañeo.
La portezuela se cerró, y con ansia fue a tomar el cacharro a tientas, pero la oscuridad lo traicionó, y, de un torpe golpe, terminó derramando el agua sobre el suelo empedrado. Se tumbó y, sin pensarlo, lamió lo que pudo, junto con los restos que quedaban en el cuenco.

Sin moverse, se quedó allí tirado. Ya ni siquiera tenía frío. Los pensamientos habían dejado de atormentarle. Cerró los ojos y se entregó al sueño, deseando que al abrirlos todo hubiera sido una pesadilla y que su madre lo despertara con una sonrisa y un beso en la frente.

Las horas pasaban, y Logan permaneció en el mismo sitio, sin moverse, en silencio. Cualquiera que lo viera en ese instante pensaría que estaba muerto. Y así lo creyó el padre Marcus cuando abrió la puerta de par en par y lo vio tendido como una piedra más en el camino.

—Por la misericordia de Cristo, señora Quirk, se le ha ido de las manos.

—Mírelo. Desde aquí veo que respira. Y le aseguro que, en cuanto vea la luz, tenga un plato de comida y un vaso de agua, no volverá a rebelarse.

4.

Logan abrió los ojos. Fue tanta la luz que recibió que, por un momento, perdió la visión; cerró los párpados y los volvió a abrir varias veces hasta que consiguió enfocar unas cuantas cabezas a su alrededor. Logró distinguir los rostros de Anne y Owen; sin embargo, no eran los únicos que lo observaban.

—¿Está vivo? —dijo uno.

—Parece un pez muerto —comentó otro.

—¿Por qué están esas niñas en nuestra habitación? —espetó otro—. ¡Como nos descubran, nos azotarán a todos!

Logan tragó con dificultad y abrió sus labios secos. Owen no dudó en acercarle un vaso. Enseguida, Logan se incorporó con apenas fuerzas y bebió con la desesperación de un moribundo que se aferra a la vida.

—Está muy delgado —dijo una niña de rostro amigable que permanecía apoyada en su bastón.

—Ya le he dado mi comida a Luke —anunció otra, que tenía rasguños en las manos, a la que llamaban Hope—. Lo siento, nuestro amigo está enfermo.

¿Por qué se disculpaba esa niña? Ni que fuera su tarea alimentarle.

—Según mis cálculos… —intervino un niño con anteojos y una expresión muy concentrada—, si todos damos dos cucharadas de nuestra porción de gachas tendrá un plato decente. Tengo entendido que la señora Quirk le va a dar lo mínimo como castigo.

—Querrá verlo de rodillas —dijo Owen—. Acordaos de lo que le hizo a ese… ¿cómo se llamaba?

—Harry —dijeron Hope y la del bastón al unísono.

—No seas tonto y arrodíllate si hace falta —continuó Owen—. Yo no querría morir.

Logan tragó saliva y los contempló anonadado; parecían estar acostumbrados a ese tipo de vida.

—¿Tenéis padres?

—¿Quién no tiene padres? —dijo Thomas. El muchacho parecía tener un conocimiento más amplio que los demás; su forma de hablar y su presencia diferían de los otros. Su rostro avispado y atento llamaba la atención entre esa miscelánea de expresiones tristes y cansadas—. A Lily la abandonaron por su cojera; de nosotros, es la que más tiempo lleva aquí —Logan observó a la niña, que lo miraba con curiosidad: a pesar de su dolencia, parecía que nada sería capaz de detenerla—. Hope llegó después y es la mejor *mudlark* de Londres —la niña sonrió como si aquel título fuera algo de lo que estar orgullosa—. Los padres de Owen y Anne murieron en un brote de la fiebre pútrida y llegaron a la vez; has visto el aprecio que se tienen —Owen tiró de una de las trenzas de Anne y ella sonrió—. Luke es ese de ahí al fondo, también abandonado —los niños apartaron sus cabezas para no entorpecer la visión de Logan sobre ese niño que yacía en el camastro hecho un ovillo—; él y Hope son inseparables —la tristeza en los ojos de los niños no pasó desapercibida para Logan—. Y yo soy Thomas, hijo, al parecer, de un noble y una… puta.

—¡Has dicho la palabra fea! —espetó Anne.

—¡El lagarto la dice todo el tiempo! —reclamó Thomas en respuesta. Lo cierto es que se había sentido mal al decirlo—. Todos tenemos padres y todos hemos sido abandonados de una manera u otra.

Logan se recostó sobre los hombros y finalmente se dejó caer en el fino colchón, intentando ocultar su rabia. ¿Así acabaría él? ¿Huérfano?

—¿Y tú? —Anne se acurrucó a su lado moviendo su muñeca de trapo sobre ellos como si volara—. ¿También estás solo?

Logan giró la cabeza y la miró con lágrimas en los ojos.

—Mi madre está aquí y, aunque no me lo ha dicho, creo que está enferma. Hemos acabado aquí por mi culpa. Si yo hubiera podido… si hubiera demostrado… Quiero verla, y no sé… no sé cómo llegar a ella.

Anne le ofreció su muñeca y se incorporó tras echarle una mirada decidida a Owen.

—Podemos ayudarte a encontrarla —soltó el niño.

—Sí; si supiera que mi madre está aquí, también me gustaría verla —agregó Hope.

—Te ayudaremos —dijo Lily, como si el plan estuviera decidido; pero el más cuerdo de los seis intervino.

—¿Estáis locos? ¿Sabéis lo que haría la señora Quirk con nosotros si se enterase?

Todos agacharon la cabeza. En parte sabían que Thomas tenía razón; bastante duro era ya vivir bajo ese techo como para complicar más las cosas.

—Yo la encontraré —dijo Anne, resuelta, y Owen la miró nervioso—. Yo me encargo de limpiar todos los suelos de este sitio; también el pabellón de mujeres y más allá, cuando me hacen bailar para los guardias.

—Anne… —dijo Hope—. Eso… eso es una buena idea.

—No, no y no —soltó Owen.

—La señora Quirk no sospecharía de ella —intervino Thomas —. No es mala idea.

Anne abrazó a Logan y sonrió.

—Voy a encontrarla, pero quiero que me la prestes.

La palabra *amistad* cruzó por un segundo los pensamientos de Logan. Nunca, en sus días en la calle, se habría imaginado encontrarse con niños deseosos en ayudarle. De cierto modo, al observarlos y escucharlos, comprendió que ahí dentro habían creado una pequeña familia. Él había tenido que luchar para sobrevivir, pelearse por una miga de pan; y ellos estaban dispuestos a compartir, a ayudar. Su corazón latió con fuerza y, por un instante, sintió algo más que tristeza.

—Gracias —dijo como pudo—. Muchas gracias.

Owen partió enfadado sin mediar ni una palabra más y, en cuanto corrió la voz de que la señora Quirk se acercaba por los pasillos, las niñas regresaron a su habitación y los demás, como hacían temprano por la mañana, estiraron las sábanas y se sacudieron los ropajes como si allí no hubiera sucedido nada.

—¡A trabajar! —se la oyó gritar nada más entrar—. Vuestras bocas no se alimentan por gracia divina: esto hay que mantenerlo. Vamos, vamos. —La señora Quirk dio tres palmadas y, con el moño más apretado de lo habitual, se acercó a Logan—. ¡Tú! ¿Por qué sigues tumbado?

Logan quiso contestar, rebelarse, pero sabía que, si lo volvía a castigar, sería más difícil reunirse con su madre o estar pendiente de lo que Anne consiguiera. Así que optó por levantarse y mirarla con fijeza.

—Quizá necesitas otro castigo para que comprendas la hora a la que tienes que estar preparado.

Logan apretó los puños, guardó todas las maldiciones callejeras que se le habían ocurrido y agachó la cabeza.

—No hace falta —dijo al fin.

La señora Quirk levantó una de sus pobladas cejas y lo miró con altivez.

—Finch te está esperando junto a los otros *piecers*, *doffers* y *sweepers*. Te llevaré con él: esta misma mañana irás al molino.

Logan asintió de nuevo, pero una voz lo sobresaltó.

—Señora Quirk, ¿no cree que está demasiado débil para ir allí? Enfermará pronto y…

Logan miró a Thomas. ¿Qué demonios hacía? Se ganaría una golpiza por llevarle la contraria.

—No tientes a la suerte, Thomas. Esta vez dejaré pasar tu intervención, pero que no vuelva a ocurrir —soltó, hincándole el índice en el pecho—. Además, será lo mejor. Quién sabe: quizá así, junto a su madre, dejarán dos espacios libres cuando se mueran.

La señora Quirk abandonó el lugar y Logan, tras esas devastadoras palabras, no tuvo más remedio que seguirla.

5.

Calor, humedad, ruido. Todo ello se había convertido en el presente de Logan, que a duras penas conseguía escuchar las instrucciones del capataz del molino donde había sido destinado.

No muy seguro, miró a su alrededor, donde las nubes de pelusa revoloteaban entre los trabajadores.

—*Piecers*, a trabajar —dijo el jefecillo.

Logan se quedó paralizado al ver cómo los niños se metían entre los telares para unir hilos rotos mientras las máquinas seguían funcionando. No quiso ni pensarlo, pero no hacía falta ser demasiado listo para saber que más de uno podría perder los dedos o un brazo.

—*Doffers*, ¿a qué estáis esperando? ¡No se puede avanzar si no trabajáis con rapidez!

Los niños, a toda velocidad, se dedicaban a retirar las bobinas llenas de hilo para después colocar otras vacías.

—*Sweepers*, ¿es que no estáis viendo el suelo? ¡Vamos, recoged!

El capataz le dio tal golpe en la espalda a Logan que este se precipitó al suelo. Su instinto le hizo levantarse con rapidez para devolverle el golpe, pero su mente fue más rápida que sus reflejos. No podían castigarle de nuevo si quería ver a su madre. Se agachó otra vez e imitó a sus compañeros barredores, que gateaban recogiendo restos de algodón.

—Niño, recoge eso, se va a terminar enrollando con el hilo.

Logan reptó hasta el lugar señalado y, tumbado en el suelo, como pudo, estiró el brazo para llegar a los desperdicios. Apenas había tocado el algodón cuando algo goteó sobre su rostro, algo que había caído desde arriba. Giró el cuello y vislumbró a un niño con el rostro envuelto en dolor: fruncido, rojo y lleno de lágrimas.

Logan se incorporó y se ubicó a su altura; siguió la dirección de su mirada y enseguida vio su dedo atrapado en una de las

ruedas. ¿Por qué no decía nada? Quiso alzar la voz, pedir ayuda, pero el niño le apretó el brazo. Lo miró, confuso, y entendió que no quería que avisara a nadie.

—Si se termina rompiendo el molino, me castigarán a golpe de vara.

Logan asintió, miró hacia un lado y luego hacia el otro. ¿Qué podía hacer? Se agachó con rapidez al sentir la mirada del capataz sobre ellos y, mientras recogía, tuvo una idea: la que había tenido su madre una vez que, aún en Irlanda, él había atascado su pequeño dedo dentro de una cerradura oxidada de la alacena. Esa vez, ella había usado un poco de manteca templada. Él no tenía manteca, pero había visto churretes de aceite en algunas de las juntas de los molinos. No era una solución brillante, pero en ese momento cualquier idea que aliviara a aquel niño merecía la pena intentarse.

Se arrastró mientras simulaba que recogía pelusas del suelo y, en cuanto pudo, pasó el dedo sobre la grasa de un molino. Luego, gateando de nuevo, llegó hasta el niño y le untó el dedo lo mejor que pudo. Tiró una vez. Nada. Lo intentó de nuevo, y entonces el chasquido del metal lo hizo retroceder; ambos cayeron hacia atrás con ímpetu sobre otro molino, que se rompió en el acto.

Los dos niños cruzaron la mirada. Se temían lo peor, sobre todo cuando la fuerte voz del capataz los golpeó desde un lateral.

—¡Inútiles! ¡Sois todos unos inútiles!

El capataz levantó la vara y Logan recibió el primer impacto. El dolor atravesó su espalda y todos sus músculos se tensaron; la ira lo envolvió. Apretó los dientes hasta casi romperlos y, con un grito desgarrado, se abalanzó sobre el capataz.

Los trabajadores se detuvieron; los niños murmuraban entre ellos mientras una pelea de puñetazos, polvo e hilos sucedía frente a sus ojos.

—¡Solo quería ayudarle! —chilló Logan en cuanto pudo.

Pero el capataz lo tomó del cuello hasta que sus pies quedaron suspendidos en el aire.

—Ahora verás lo que haré contigo, a ver si eres tan valiente entonces.

Logan recibió tal puñetazo en la mejilla que sus oídos zumbaron y un sabor metálico llegó a su lengua. Sus pies tocaron de nuevo el suelo, pero sus piernas le fallaron al ver a su madre como un espectro borroso que se acercaba a ellos; ni siquiera sabía si era real o solo un sueño.

—Por favor —la oyó decir—, suéltele.

El capataz se echó a reír a carcajadas.

—¿Madre? ¡Madre!

—Ah, ¿así que eres su madre? —El capataz la miró de arriba abajo—. ¿Y qué harás tú para que lo suelte?

—Lo que quiera… pero, por favor, déjele y no diga nada a nadie.

La señora Barry se aferró a la mano de ese hombre y tiró de él.

—Madre, no...

Logan se levantó y fue tras ellos con angustia, pero justo cuando tenía a tiro a ese desgraciado, su madre se giró y lo reprendió con la mirada, negando con la cabeza.

—Ma... madre...

Logan cayó de rodillas y deseó con todas sus fuerzas haber sido más fuerte, más grande, para poder evitar que se llevara a su madre. ¿Qué iba a hacer? La sola idea lo carcomía. No era estúpido: había vivido en la calle, sabía lo que usaban las mujeres como último recurso, pero nunca había imaginado que ella...

Las lágrimas brotaron sin control sobre su rostro, y por muy dolorido que tuviera el cuerpo, lo que le causaba verdadera agonía era la tristeza de haber puesto a su madre en esa situación.

—Vamos —dijo el muchacho al que antes había ayudado. Lo levantó del suelo y le animó a seguir trabajando—. Es mejor no empeorar las cosas.

6.

—Tshh, tshh… —Una niña de enormes ojos castaños tiraba del brazo de Logan—. Despierta, la he encontrado.

Logan abrió los párpados de súbito y vio a la dulce Anne, iluminada por la tenue luz de la luna que se colaba por las pequeñas ventanas.

—No hagas ruido.

En cuanto Logan quiso levantarse, fue consciente de la pesadez y el dolor de su cuerpo, así como de la tirantez de su rostro, debida a las lágrimas —ahora secas— que había derramado mientras intentaba dormirse.

La niña comenzó a avanzar a gatas, y él hizo lo mismo.

—El suelo cruje menos así.

Logan asintió y continuó hasta ver una silla ocupada por uno de los guardias que dormía a pierna suelta.

—No te preocupes —susurró Anne—, Lily le puso no sé qué en unas galletas que siempre se toma de noche… *wiky* o algo así.

Fuera lo que fuese, había funcionado. El crío tomó aire y escuchó su propio corazón palpitar cuando pasó junto a él.

—Vamos, venga.

Anne se puso en pie y, como un ratón en la noche, atravesó el patio principal hasta llegar a otra puerta. Hizo el sonido de un pájaro y la puerta se abrió. Logan se sobresaltó al ver a una mujer con cofia al otro lado, pero esta se limitó a advertirles con el dedo índice sobre los labios que se mantuvieran en silencio.

Logan continuó siguiéndola, impresionado de que una niña tan pequeña se las hubiera apañado tan bien para conseguir llevarlo hasta su madre.

—Solo puedo acompañarte hasta aquí; la guardiana del pabellón de mujeres es difícil de evitar. Ve por allí, por esa puerta.

Allí está tu madre. ¡Corre!

—¿Y tú qué vas a…?

Anne comenzó a llorar a todo pulmón, con un desconsuelo capaz de conmover hasta el corazón más duro. Se encendieron velas a lo largo del pabellón y Logan, con los ojos desorbitados por los tejemanejes de aquella niña, se deslizó por la puerta que le había indicado.

Se encontró con miradas enfermas, curiosas, cansadas y algunas medio dormidas. Al ver que se trataba de un niño, las mujeres se volvieron a recostar y lo ignoraron. Si algo habían aprendido era que no querían formar parte de los problemas de alguien más; bastante tenían con los suyos.

—Mamá… —susurró mientras recorría los camastros y trataba de no pisar a alguna que dormía con solo una manta en el suelo—. Mamá.

A lo lejos, una sombra se incorporó y extendió los brazos hacia él. Logan corrió con lágrimas en los ojos y se abalanzó sobre ella, a pesar de las quejas de la mujer que compartía cama con su madre.

Percibió algo raro en su respiración que le produjo angustia, y más aún cuando, entre las sombras, vislumbró su rostro magullado y sus labios entumecidos.

—Madre… ha sido mi culpa. Si yo… si yo…

—Nada de esto es tu culpa, hijo mío —la señora Barry colocó su mano en el pecho de Logan y lo miró como solo una madre puede mirar a su hijo—. La próxima vez, haz que esto brille… y guarda esto —agregó, tomando su mano y cerrándola en un puño—. Sé bueno, como sé que lo eres.

El mayor terror de la señora Barry se había hecho realidad frente a sus ojos. Conocía historias; no era indiferente al apodo que se había ganado su hijo en las calles. Pero él no era un demonio. No lo era. Por mucho que hubiera visto la ira en sus ojos, la furia al golpear y su abandono ante el enojo aquel mismo día, ese no podía ser el destino de su hijo.

Entonces, con sus manos acunó su rostro y limpió las lágrimas con los pulgares.

—Serás alguien bondadoso, importante para muchos. Dejarás esta vida atrás y mi amor, Logan, te acompañará siempre. Algún día no estaré, y no quiero tu enojo, no quiero tu ira. No pienses que es injusto, ni desees que le hubiera pasado a alguien más. Serás quien eres gracias a estos momentos, gracias a todo lo que está sucediendo. Así que no te enfades, Logan, no lleves una vida de rencor y dolor.

Logan clavó su mirada en ella, apartó sus manos y se alejó.

—¿Por qué parece que te estás despidiendo de mí?

—Ya debes saber que estoy enferma. Por eso te traje aquí. Tarde o temprano…

—Traeré un médico y te pondrás mejor. Te compraré medicina y saldremos de aquí.

—Logan, por favor…

—Te sacaré de aquí.

La señora Barry estiró su mano y tomó la de su hijo. Lo atrajo hacia sí y lo abrazó con el dolor instaurado en el pecho.

—Está bien —dijo al fin, comprendiendo que lo que su hijo necesitaba era esperanza: saber que podría ayudarla, saber que le esperaba un futuro mejor, aunque ella supiera que tenía los días contados—. Me ayudarás… y saldremos de aquí.

7.

Los días pasaron, unos detrás de otros; a veces eternos, a veces sin siquiera ser consciente. Logan trabajó dejándose las rodillas y las manos en cada arrastre, en cada recogida. Enfermó y se recuperó. Se escapaba del molino a pesar de las palizas, vociferando, preguntando si había un médico, si conocían a uno.

No había podido ver más a su madre, y ni siquiera había vuelto al pabellón de mujeres, pero sabía que vivía. Lo sabía. Cada noche se escabullía y hacía el sonido del pájaro que Anne le había enseñado y entregaba comida a la mujer de la cofia para que se la diera a su madre. Sabía que, mientras siguiera comiendo, estaría bien; al menos con fuerzas.

—Está en los huesos —dijo Thomas.

—Como siga así, va a desaparecer —añadió Lily.

Todos salieron al patio después de ordenar los camastros y, como la pólvora, una noticia llegó a los oídos de los amigos: Luke había regresado sin vida del Támesis y Hope lo había traído cargado para no abandonarlo.

Ese día se reunieron todos en la capilla con el padre Marcus y se juraron que su destino no sería el mismo; que saldrían de allí. Y antes de que regresaran a sus trabajos, debido a la insistencia de Finch, el padre Marcus tomó a Logan del hombro y habló:

—He conseguido un médico para tu madre. Está dispuesto a verla sin costo alguno.

Al menos dentro de aquel día triste había surgido una luz de esperanza para Logan, que se abalanzó sobre el párroco y suspiró aliviado.

—¿Cuándo viene? ¿La señora Quirk lo dejará pasar?

—Él dirá que puede tratarse de una enfermedad contagiosa que no conviene a la *workhouse*; solo con esa advertencia tengo la

confianza de que lo hará. Vendrá en dos días; no ha podido antes.

—Gracias… muchísimas gracias.

Ese día, Logan trabajó más que nunca. Jamás había estado tan motivado, hasta el punto de sentirse culpable por alegrarse, pues sus amigos aún lloraban la pérdida de su compañero. Lo peor fue cuando, al día siguiente, Hope salió de St. Joseph a cuenta de su tío. Apenas había podido despedirse de ella, pero esperaban de corazón que estuviera mejor que en aquel lugar.

Al siguiente día se levantó el primero, impaciente. Sabía que llegaría el médico, pero no sabía a qué hora, ni cuándo exactamente...

—Logan.

El muchacho, formado en la fila que hacían para partir hacia el molino, escuchó su nombre salir de los labios del padre Marcus.

—Acércate.

—Padre Marcus, no sé qué cree que hace, pero van a salir hacia...

—¡Señor Quirk! —era la primera vez que oía al párroco alzar la voz—. Tengo que hablar con él.

—¡Pues hágalo cuando regrese!

Otro hombre se acercó, y Logan supuso que sería el médico. Este le echó una mirada a la señora Quirk, y ella, en respuesta, dirigió su mirada hacia Logan. Apretó los puños e instó a los demás niños a marcharse.

—Hoy no hace falta que vayas —soltó, y se marchó.

—Logan... —continuó el padre Marcus.

—¿Por qué me mira así? ¿Por qué pone esa voz? ¿Ha visto ya a mi madre ese señor?

—No he podido verla, muchacho.

—¿Qué? ¿No estaba allí? ¡Pero ese es su pabellón! Ayer mismo le llevé comida y...

—Logan, ¿desde cuándo no ves a tu madre? —preguntó el padre Marcus.

—No sé… un mes, quizá, pero le he llevado comida todos los días. Y siempre le dice a esa señora que me dé las gracias.

—Logan...

El padre Marcus se agachó y lo abrazó.

—No... No... —sollozó el niño—. ¿Por qué me abraza, padre? ¿Mi madre? ¿Mamá...?

—Logan, lo siento, ella... —Al padre se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Dígamelo! ¡Dígamelo, por favor! ¡Tengo que oírlo! —Logan chilló entre llantos desesperados, intentando apartarse del párroco.

—Tu madre, muchacho —intervino el médico al fin, entendiendo lo difícil que era para Marcus dar una noticia así—, falleció hace dos semanas. Esa mujer te ha engañado y se ha estado quedando con la comida.

—No… No puede ser. Ella… comía. Lo sé. Debía de tener fuerza. Antes me había dicho que mientras comiéramos, todo estaría bien. No ha podido morir. No puede…

Logan dejó caer los brazos y las piernas le fallaron. De repente, el padre Marcus no sostenía a un niño, sino un saco de huesos con el peso de la pérdida. Se quedó sin habla, sin lágrimas, completamente petrificado.

—¡Logan! ¡Logan! —el padre le dio toquecitos en la mejilla, pero no reaccionaba.

—Está en trance —dijo el médico—. Ayúdeme a recostarlo.

Sacó un frasquito de porcelana de su maletín, empapó una gasa con el líquido que contenía y la pasó con suavidad bajo la nariz del muchacho. El fuerte olor, que se mezcló con el aire, les hizo arrugar la nariz.

—Vamos, Logan… regresa —murmuró Marcus—. Regresa, hijo.

Logan pestañeó una vez. Luego otra. Pero sus ojos seguían vacíos.

—Está atrapado en la pena, en el terror de semejante noticia —advirtió el médico—. Tiene que calmarse.

Sacó otro frasco del maletín y vertió el contenido en una cucharilla de plata.

—Vamos, Logan —dijo el párroco—. Abre la boca, muchacho. Solo un poco...

Logan no se movió.

Pasaron unos minutos que parecieron una eternidad hasta que, con un leve movimiento, el muchacho se estremeció. Marcus intercambió una mirada de alivio con el médico hasta que Logan habló:

—Ese día se despidió… fue una despedida —dijo con la voz quebrada y hueca.

Al final, el niño rompió en llanto y Marcus lo abrazó.

—No estás solo, ¿de acuerdo? No estarás solo.

Logan cerró los ojos; no por sueño ni cansancio, ni siquiera por el llanto. La realidad, tal como se presentaría a partir de ese instante, no merecía su esfuerzo para ser vista. Y solo... solo quería desaparecer.

Y eso sería exactamente lo que haría.

Apretó los puños, se apartó del párroco y, con los ojos tintados en rabia, se levantó como si hacía unos minutos no hubiera estado paralizado.

—Logan...

El muchacho se giró y corrió con un solo objetivo: pediría respuestas. Iría a por esa mujer de la cofia y haría lo que fuera para escuchar su confesión.

Sacó con fuerza el aire por la nariz, como un toro a punto de atacar, y corrió por el patio hasta llegar al portón del pabellón donde su madre había perdido la vida. Tocó con fuerza: usó los puños, las rodillas, incluso los pies. Golpeó con todas las partes de su cuerpo, roto de ira e impotencia.

No era estúpido; sabía que eso no cambiaría nada, pero, de algún modo, lo necesitaba.

Entonces, la voz de su madre lo envolvió:

«En vez de usar esto... », vio sus puños, «deja que esto brille».

Se limpió las lágrimas y corrió. Corrió esquivando manos, gritos de «¡detente ahí!». Y cuando un guardia se interpuso cerca de la salida, lo embistió con tal fuerza que este cayó al suelo, lo que provocó un desafortunado golpe en la cabeza del hombre.

Cuando Logan se incorporó, ya era demasiado tarde para recular, para arrepentirse. Miró la sangre, espantado, y huyó.

Huyó como si mil demonios lo persiguieran.
Y huyó de una vida que ya no quería vivir.

8.

—¡Sí, madre! ¡Estoy enfadado! ¡Y sí, lo pienso, lo deseo! ¡Ojalá le hubiera pasado a alguien más! ¡Lo odio! ¡Odio mi vida! ¡Ojalá... ojalá estuvieras aquí!

Cansado de que lo rechazaran, de que lo señalaran con el dedo, asqueado de que esas risas a su alrededor y unas monedas tiradas a sus pies lo definieran. Todo había cambiado. Sin ella, no tenía ganas siquiera de seguir luchando. Afónico de tanto gritar, y tras romper el agua con su furia tirando piedras al Támesis, el susurro de un niño lo trajo de vuelta de ese lugar oscuro en el que se encontraba.

—Eh, tú... Tienes hambre, ¿verdad? Sé quién eres.

Logan se giró, ignorando las súplicas de su estómago, y lo miró. En comparación con él, aquel niño estaba bien nutrido, y si no fuera por sus ropajes, bien podría ser de clase alta.

Lo había intentado. Logan había intentado sobrevivir solo, pero llevaba un par de días sin llevarse nada a la boca. Ni siquiera había podido pelear por un trozo de pan, ya que los niños o maleantes huían de él sin darle oportunidad siquiera de alcanzarlos. Y aunque la idea fugaz de volver a St. Joseph se había cruzado por su mente, se había jurado no regresar jamás.

—¿Qué quieres? —respondió sin ganas.

—Eres el demonio, ¿verdad? El demonio de San Giles.

No sabía si asentir o dejarlo pasar, pero una leve curiosidad lo empujó a hacer lo primero. Al fin y al cabo, estaba en lo cierto, era un demonio. Se había convertido en asesino. A veces, cuando cerraba los ojos, veía esa cabeza ensangrentada.

—¿Y si te dijera que podrías trabajar para mi jefe? Es deshollinador, pero eso es secundario. Lo bueno es que tendrías el estómago lleno si haces lo que te pide.

Logan se acercó a él. No le hizo falta más que escuchar «estomago» y «lleno» para ser todo oídos.

—Le gusta apostar, mucho —el niño miró hacia un lado y otro —. Le gustan las peleas —susurró—. Si le dices quién eres y trabajas bien, quizá algún día te deje. Si eres bueno, te cuidará y alimentará.

¿Deshollinador? ¿Pelear? ¿Alimento? ¿Cuidado? Todo aquello no sonaba tan mal en su cabeza. Al fin y al cabo, ¿qué podría ser peor que la vida que llevaba en St. Joseph y su trabajo en el molino?

Su nuevo conocido supo enseguida que había conseguido carne fresca para su señor y que sería recompensado. No era cualquier niño: era el demonio. Sonrió para sus adentros cuando el muchacho decidió seguirlo.

Unas calles más abajo, en una edificación casi en ruinas, en un cuartucho poco ventilado y con olor a sudor y ceniza, un hombre se levantó de su sillón desvencijado y se acercó a él. Con una vara levantó su mentón y le inspeccionó los brazos. Giró a su alrededor y dio toques en sus pantorrillas y en la espalda.

—¿En qué demonios estabas pensando al traerme a este saco de huesos inútil?

—Entrará en las chimeneas sin problema.

—¿Te crees que no lo sé, estúpido?

—S... sí, señor. Pero él es el demonio de San Giles.

La mirada del hombre cambió por completo.

—¿Él? —lo observó con curiosidad renovada—. No aguantaría ni una bofetada.

—Soy ágil —intervino Logan con rapidez—, y aunque no lo parezca, también soy fuerte. Si me alimenta...

—¿Si te alimento? ¿Tengo cara de hermana de la caridad? — El hombre se rascó el mentón sin afeitar y sonrió—. ¿Cómo te llamas?

—Ya lo ha oído: soy el demonio de San Giles.

El hombre soltó una carcajada y le tiró un muslo de pollo que él mismo había estado mordiendo hacía un rato. Logan se abalanzó sobre la pieza y la devoró hasta casi masticar el hueso.

—Veamos entonces si le haces honor a tu nombre, muchacho. Esta noche he organizado una pelea. Si ganas, dejaré que trabajes

para mí.

Logan asintió con rapidez mientras se limpiaba la grasa de la barbilla con el antebrazo.

***

El sol no tardó en ocultarse y, con la luna, las calles de los barrios bajos se inundaron de ratas, disputas y borrachos. Logan miró sus puños apretados; esperaba que el terror que lo ahogaba no se hiciera presente en su mirada.

Él era el siguiente, y le tocaba pelear con un niño que pertenecía a los llamados *blackguard children*. Había oído hablar de ellos: una pandilla callejera de maleantes. Mendigaban, robaban e incluso se enfrentaban en peleas solo porque eran «entretenidas».

El olor a sangre llegó a su nariz y, con él, la duda de si había hecho bien. Cierto era que había tenido que madurar antes que otros chicos, antes de esos futuros caballeros que había visto ese mismo día cuando el muchacho lo coló en un encuentro de pugilismo, donde los nobles apostaban y sus hijos gritaban con emoción.

Él estaba en el otro lado, en el lado de los puños desnudos y las narices rotas. Y si su madre lo viera, pensó, no estaría nada orgullosa de él. Pero tenía hambre, mucha hambre, y, por mucho que se hubiera planteado dejarse llevar y que la muerte lo abrazara para reunirse con ella, tenía pánico. Pánico de que su vida solo hubiera consistido en eso. Quería hacer algo, algo que mereciera la pena. Pero, en ese momento, lo único que podía hacer era sobrevivir.

El niño que lo había reclutado se acercó y le ofreció un trago de una botella.

—Toma, queda poco, pero te ayudará con los nervios. Soy Collin, aunque todos me llaman Tapón porque he crecido poco.

Logan tomó la botella y la miró con extrañeza y enojo. Había visto a su padre derrumbarse a causa de beberse unas cuantas de esas; ¿qué pasaría si la probaba? ¿Acabaría como él?

Olfateó el contenido, y el amargor le llegó a la lengua sin siquiera probarlo. Puso la boca dispuesta a beber cuando la imagen de su padre, golpeando a su madre con una botella en la mano, apareció frente a sus ojos.

Dejó caer la botella y, sin pensarlo, agarró a Collin del cuello y lo empujó contra la pared.

—Nunca vuelvas a darme eso. No lo quiero —dijo con enojo.

Quizá la bebida no había solucionado el tema de los nervios, pero sí lo había llenado de una fuerza brutal al recordar los días oscuros en que no quiso volver a llamar padre a aquel hombre.

—¿Qué haces? —una mano lo tomó del hombro y tiró de él.

Era el jefe, quien se dirigió a Tapón y le revisó el cuello.

—Si no te tocara salir ya, yo mismo te daría una paliza por lo que acabas de hacer, sabandija.

—¡El demonio de San Giles! —se oyó anunciar.

El deshollinador empujó a Logan a través de una cortina raída y pesada, y el cielo se le cayó a los pies. Todos lo miraron como a nueva mercancía mientras animaban al chico que lo esperaba a eliminarlo.

Era más alto y corpulento que Logan, y sonreía como un idiota, como si supiera que sería una tarea fácil derrotarlo.

—¿Demonio? Si parece un enclenque.

—Mira lo delgado que está; el otro lo derrumbará de un solo golpe.

Logan ignoró los comentarios y se aferró al enojo que llevaba dentro.

—El que se rinda o no se levante, pierde. ¿De acuerdo? —anunció el mismo hombre que gritó su nombre.

Ambos levantaron los puños y, antes siquiera de que se indicara el comienzo de la pelea, el crujido de unos nudillos contra su mandíbula lo hizo retroceder.

No tuvo tiempo de recomponerse, porque al siguiente segundo otro puño llegó a su estómago, dejándolo sin aire y en el suelo.

Los vítores se intensificaron y las apuestas se cerraron pensando que eso había sido todo. Sin embargo, Logan observó a su

oponente de piernas largas y vio su debilidad, esa que había aprendido en la calle cuando iba a por los grandes.

Se levantó con rapidez y, como un animal, corrió hacia sus piernas y lo embistió.

Su contrincante acabó en el suelo, y el salón se quedó en silencio hasta que salieron las primeras reacciones.

—¡Vamos! ¡Levántate!

El muchacho se levantó con una sonrisa torcida, de esas que muestran más dolor en el orgullo que en el cuerpo. Crujió los dedos y se acercó con rapidez a Logan, pero antes siquiera de poder asestarle un puñetazo, Logan se agachó y lo esquivó con habilidad. En el siguiente movimiento, lo tomó del brazo y tiró hacia él, haciendo que ambos cayeran al suelo.

Se subió a horcajadas sobre su contrincante y, puño tras puño, recuerdo tras recuerdo, lo fue grabando en el rostro de aquel niño.

—¡Deténganlo! ¡Paren a ese niño!

—¡Es un diablo!

Alguien tiró de Logan y lo elevó del suelo, pero este, entre lágrimas, también lo golpeó y gritó de rabia.

—¡Esto es lo que queréis! ¿¡Esto es lo que os gusta!?

—¡Ha perdido la cabeza!

—¡Está loco!

Lo arrastraron hacia la polvorienta cortina y, al alzar la mirada, sintió repugnancia. Los billetes pasaban de mano en mano mientras el abatido intentaba levantarse con la cara entumecida y sangrante. Los rostros de codicia y placer se le clavaron en la mente.

Pero lo peor no fue eso.

Lo peor fue que se sentía liberado. Como si hubiera aligerado el peso que lo aplastaba. Y eso... era peligroso.

De repente, la boca se le tornó seca, la garganta rasposa y un hormigueo recorrió sus pies y manos. Respiró con angustia y, cuando soltó todo el aire, su cuerpo se desvaneció.

—Tío, creo que se ha muerto —dijo Tapón.

—Solo ha querido desaparecer de este mundo un tiempo. Es su primera pelea; se recuperará.

9.

Logan abrió los ojos.

Estaba oscuro, demasiado. Se levantó de donde fuera que estuviera tumbado y trastabilló por la zona sin encontrar salida. Comenzó a sudar, a pesar del frío que lo inundaba, y se agachó, convirtiéndose en un bulto en mitad de la habitación.

—Quiero salir... por favor —susurró—. Abrid la puerta, por favor... abridla.

Una tenue luz se filtró y le obligó a abrir los ojos llenos de lágrimas. Deshizo el nudo en la garganta que se le había preparado para estrangularlo y miró a Tapón, quien se acercaba con un caldo humeante.

—¿Ya has vuelto en sí? —dijo Tapón.

Logan asintió y miró hacia la puerta.

—No vuelvas a cerrarla.

—¿Por qué?

—Solo... no vuelvas a cerrarla.

Tomó el cuenco entre las manos y, antes de que Tapón pudiera avisarle de que quemaba, engulló el líquido como si fuera el último plato que probaría en la vida.

—Sal, hay pan en la mesa y un poco de mantequilla.

Logan se levantó y lo siguió.

Casi se le saltaron las lágrimas al sentir la miga en la boca y el sabor de la mantequilla al derretirse. Cerró los ojos para disfrutar cada segundo del bocado, pero la sensación duró poco: el maestro deshollinador se acercó y le arrebató el resto del pan de la mano.

—¿Quién te has creído que eres? ¿Peleas un día y crees que te mereces esto? —dijo, señalando la mesa.

—Tío, como se había desmayado, creí que le vendría bien.

—Tapón, aquí las decisiones las tomo yo. Dormirá y comerá con el resto.

Mañana tenemos varias chimeneas que limpiar. Ahora, llévalo con los demás.

—Sí, señor.

—Y en cuanto a ti, ni se te pase por la cabeza creer que eres mejor que los otros. Eres como ellos: una rata sucia y callejera. Y a mí puedes tratarme como a tu salvador.

Logan se apartó al oler su aliento impregnado del mismo líquido que Tapón le había ofrecido. Asintió y siguió al otro niño.

—Si eres bueno, podrás llegar a ser un púgil que los nobles patrocinen. Ya sabes, que paguen por ti y te mantengan. Hay algunos muy reconocidos que viven bien.

Logan no dijo nada. Sus palabras le sonaban distantes, de otro mundo.

En su mente aún tenía los puños apretados, el cuerpo tenso y los nudillos enrojecidos.

Había peleado, y lo había hecho bien.

No por hambre. No por necesidad.

Por ganar. Por vencer.

Sintió una punzada en el pecho, como si algo dentro de él hubiera cambiado y no supiera aún si para bien o para mal.

¿Y qué había sido ese terror al estar encerrado? Solo de pensarlo se le erizó el cabello.

Sus piernas titubearon en cada paso, no por agotamiento, sino por el vértigo de esa nueva parte de sí mismo que acababa de descubrir.

A la mañana siguiente caminaron en fila tras el jefe. El frío era capaz de penetrar los huesos de los más delgados, y la nieve, sin piedad, se colaba en los zapatos, que comenzaban a apretar.

Los demás niños no querían acercarse a él: le temían.

La noticia de lo que había hecho la noche anterior había corrido como la pólvora, y se había pasado toda la noche debatiendo, en silencio, si quería o no convertirse en el demonio de St. Giles.

Pero, acaso, ¿tenía opción?

El primer día fue agotador.

El segundo, también.

Y el resto del mes.

Tenía quemaduras por las chimeneas, algunas por el metal caliente que tocaba sin querer al meterse. Peleaba cada dos días, pero su alimentación no era mejor que la de los otros: no debían engordarlo, para que siguiera cabiendo entre los ladrillos.

Un día se quedó atascado y pensó que no saldría jamás. Pero encendieron el fuego desde abajo, como hacían con los que tardaban, para obligarlo a moverse. El pánico lo empujó. Salió a rastras, con los pies quemados y los brazos lacerados.

Enfermó.

Se recuperó.

Por el día, uno; por la noche, otro.

¿Su vida sería así? ¿Qué sucedería entonces, cuando creciera, cuando ya no pudiera entrar en las chimeneas?

En cualquier caso, su pena y su tristeza se quedaban en cada puño, en cada patada, en cada victoria que arrancaba a gritos y golpes.

Había prometido en la *workhouse* que saldría de allí, que sería alguien.

Pero se había convertido en un desgraciado más. En un despojo de la sociedad. En alguien para quien no había futuro... al menos no uno que no se ganara con sangre y dolor.

Al día siguiente tuvo un presentimiento.

Un pensamiento absurdo, como si fuera un niño que aún creyera en los cuentos de hadas. Había tenido un sueño. Ya solo eso era raro, pues nunca había soñado con nada. Sin embargo, soñó que su vida iba a cambiar.

10.

Unos días atrás, en Park Lane número cinco, lejos de la cara pobre de Londres, a escasos metros de Hyde Park —donde los más adinerados paseaban o hacían *picnics* con la llegada del buen tiempo —, se respiraba el desconsuelo y la tristeza. El respetado comerciante Charles Thorne miraba a su mujer con ternura y agradecimiento por los años de felicidad que esta le había regalado.

—Mi cuerpo está cansado —dijo con dificultad—. No me malinterpretes, mi querida Judith, él ha decidido por mí sin remedio. Yo seguiría aquí; continuaría compartiendo mi vida contigo: tan maravillosa, tan alegre. Reconozco que, al principio, no supe hacerte feliz…

—Pero ahora… —respondió ella, mientras estrechaba su mano entre las suyas, más cálidas que las de él.

—Justo ahora, lo sé —la interrumpió, a la vez que, con esfuerzo, conseguía llegar a su mejilla empapada de tanto llorar para acunarla en su mano—. No puedo controlar al monstruo que carcome mis entrañas, pero sí mi futura descendencia.

—Pero, Charles, tú y yo no…

—Sé que no pude darte un hijo, tu deseo más grande en este mundo; como también sé que aguantaste, con una resignación admirable, todas las burlas y el ostracismo que se derivaron por ese mismo motivo. Te crucificaron a ti, cuando yo también era el responsable. Nunca debí llevarte a ese viaje embarazada. Así que, por favor, déjame concederte la alegría que anhelabas en un vástago. Vivimos momentos felices imaginando nuestra vida como padres y aún hay tiempo. Dime si no hay niños desamparados que necesitan un hogar.

—¡Dios mío, Charles!, no estarás sugiriendo… —dijo apenas sin voz.

—Reconoceré a quien tú elijas. Perdimos a nuestro retoño y nunca más pudimos volver a concebir. Pero nadie sabía que ibas embarazada, salvo el capitán Montrose y el segundo al mando de ese fatídico viaje donde lo perdimos. Tráeme a un hijo, Judith; a nuestro hijo. A ese que dejamos en la India por ser demasiado débil para regresar. Yo, en mis viajes, lo he visitado; lo he visto crecer y te he enviado cartas hablándote de él.

Charles se incorporó con dificultad y tomó de la mesilla unas misivas antiguas, las mismas que le enviaba a su mujer al ausentarse.

Judith tomó las cartas: eran las mismas, sí, pero en todas había añadido una posdata:

Nuestro hijo está creciendo; dice que de mayor quiere ser capitán. Hablé con Zahra, quien está haciendo un maravilloso trabajo al cuidarle. Está sorprendida de lo rápido que aprende.

Cada vez está más fuerte; hoy lo he tenido entre mis brazos y sé que será tan grande como su padre.

Zahra me ha hablado de sus grandes avances: ya no hay rastro de su enfermedad, y el médico es muy positivo en cuanto a su futuro. Judith, mi amor, creo que dentro de poco podrás ver a nuestro hijo; creo fervientemente que regresará a tus brazos en poco tiempo. Si el clima es favorable, el capitán podrá llevarlo de vuelta.

Sabes que ahora me encuentro en Jamaica —el que me temo que será mi último viaje—, pero creo que pronto nos reuniremos con él. Lo que siento es no poder llevártelo yo mismo.

Con los ojos empañados, Judith miró al vizconde y se mordió el labio conteniendo su emoción.

—Charles... pero ¿cómo...?

—Montrose velará porque nadie ponga en duda nuestra historia; así como sus camaradas, y Zahra lo corroborará. Pero me hizo prometer que nuestro hijo fuera alguien que de verdad lo necesitara; un muchacho perdido, que necesite amor.

—Charles...

—¡Será tu hijo! ¡Tuyo y mío! Quizá he tardado demasiado en darme cuenta de lo poco que importan las impertinentes opiniones de los demás. Y, por el amor de Dios, moriré más tranquilo sabiendo que te dejaré con el amor y la compañía de una criatura.

Judith se acostó a su lado y lo abrazó con una mezcla extraña de alegría y tristeza.

—Tiene que tener nueve años —dijo ella entre lágrimas.

—Sí, entre nueve y diez —dijo, acariciando su mejilla.

—Y debe de tener tus cabellos.

—Negros como el azabache —asintió Charles.

—Y debe de necesitar amor.

—Mucho; lleva perdido un tiempo.

Así, acurrucados, se quedaron un rato mientras se imaginaban cómo sería tener a un crío en casa, mientras se planteaban si era una buena decisión. Sabían que no podían encontrarlo en cualquier lado; nadie debía saberlo y la criatura, por supuesto, debía estar de acuerdo.

De repente, unas voces provenientes del piso de abajo sobresaltaron a Judith. La voz ronca, de una vida de excesos, de su cuñado Henry era fácil de reconocer.

Judith abandonó a su marido —quien se había quedado dormido— y bajó las escaleras mientras limpiaba los rastros que habían dejado sus lágrimas.

—¿Y bien? —dijo al verla; ni un saludo, ni un mísero *hola*. —: ¿Ha muerto ya?

—¿Acaso no tienes corazón, Henry? —replicó ella con más firmeza de la que yacía en su interior.

—Claro que lo tengo —sonrió de lado—. Suelo repartir pedacitos de él en los lupanares más exclusivos de Londres. Aunque he de decir que las caribeñas me han resultado más fogosas.

Judith redujo el espacio que los separaba con un bofetón que lo pilló desprevenido.

—No te atrevas a volver a pisar mi hogar. Ni una vez más.

—¿Tu hogar? Durante poco tiempo, me temo —sonrió con malicia.

Aún le dolía, y le sangraba el alma, por el día en que esa mujer decidió elegir a su hermano y no a él. Era más apuesto, más alto; había demostrado ser brillante en los negocios, llevándolos a lugares donde Charles no se hubiera ni imaginado, y, aun así, lo había escogido a él: a ese mequetrefe cuya única característica era su estupidez por dejarse engatusar por aquellos pobres diablos limosneros... perdonando deudas, convirtiéndose en un filántropo de las causas más absurdas. ¡Por el amor de Dios! ¿No estaba claro que cualquiera hubiera sido mejor partido que él? Pero no: la señoritinga tuvo que aceptar el compromiso, a pesar de que no lo amaba. ¿Todo por ser una mísera mujer de comerciante? Él la hubiera bañado en oro, adorado de día y venerado de noche, como se hace con las deidades. Le hubiera dado hijos: ¡una docena de ellos!

—He dicho que te marches —insistió, tajante.

Henry suprimió sus pensamientos de manera súbita y recorrió su figura con descaro. Habían pasado quince años, pero seguía siendo tan hermosa como antes.

—¿Qué harás cuando suceda? Porque es inevitable, ¿lo sabes? A no ser que tengas una fe irracional en los milagros.

—Señor Barrows, acompáñelo afuera, por favor.

El mayordomo asintió e invitó al intruso a marcharse educadamente, aunque Barrows supiera que terminaría empujándolo, como siempre.

Judith, sin mirar atrás, se dirigió hacia su cuartito de ocio; retiró un libro del sofá y se dejó caer en él. Intentó suprimir cada gemido afligido, cada lágrima, pero fue inútil.

La sombra de tiempos difíciles se aferró a ella y, sin remedio, se dejó llevar por la tristeza hasta quedarse dormida.

11.

—Estamos en Park Lane, muchachos. Acordaos de que hay buenas propinas y no os olvidéis de engatusar a las ancianas ni a las amas de llaves. Sabéis que, por lanzarnos un par de monedas, sienten que tienen ganado el cielo. Así que usad vuestras caras mugrientas, vuestros miserables ojos y haced bien vuestro trabajo. No siempre podemos venir a esta zona.

El maestro deshollinador sonrió con codicia y estuvo cerca de relamerse los labios y frotarse las manos.

Alguien le había dado el chivatazo de que, en cierta casa, un hombre yacía convaleciente y era más generoso de lo habitual. En cuanto terminaran, sus sirvientes les darían una buena suma de dinero y quizá algo de comida; al menos eso contaban los rumores.

No tardó en apañárselas para cubrir esas calles, golpeando a unos y amenazando a otros. Esa calle sería suya, al menos un par de veces.

—¿Me habéis oído, sabandijas?

—¡Sí, señor! —dijeron todos al unísono y comenzaron a cantar para anunciar su llegada:

¡Limpia[1]! ¡limpia! ¡limpia!
Desde el alba hasta la noche trepamos,
por chimeneas altas y bajas,
entre hollín y polvo avanzamos.
¡Limpia, limpia, deshollinador!
¡Una moneda para el pobre deshollinador, señor!

Los niños de bien, se reían de ellos al pasar. Otros escupían como para limpiarse de una maldición y otros simplemente se alejaban como si tuvieran la peste. Era increíble cómo una sola mirada de desprecio podía destruir el alma de un niño que no había escogido estar allí.

Los deshollinadores contemplaban con desgana esas calles limpias, mientras arrastraban sus pies siguiendo las órdenes de su maestro.

—Matt, la número ocho; Peter, la doce; *Demonio*, a la cinco conmigo.

¡Venid[2]*, venid, la chimenea está negra!*
El amo espera, ¡apresuraos a volver!
¡Limpia, limpia! Mi oficio tiznado de hollín,
del humo y la pena nací.

Logan arrastró su cepillo de erizo mientras seguía al jefe, quien lo había golpeado el día anterior por perder un combate.

A pesar de ser la primera vez que no salía victorioso, la reprimenda fue mayor que todas las felicitaciones por las veces que había ganado; de hecho, nunca había recibido nada salvo una palmada en la espalda.

El jefe había perdido una buena cantidad de dinero por su culpa: como llevaba buena racha saliendo vencedor, había apostado por él. Pero la cosa no salió como esperaba. Por eso el castigo había sido peor. Y no solo eso: se había lesionado la muñeca y, aunque no lo había querido decir, le dolía a rabiar y comenzaba a hincharse sin que pudiera evitarlo.

El maestro llamó a la casa número cinco de Park Lane y un mayordomo abrió.

Logan sintió cómo el hombre le clavaba la mirada, y volvió a ver esa expresión de tristeza con la que muchos lo observaban.

Apretó la mandíbula y entró tras su dueño, pues ahora le pertenecía, o eso le había dicho.

Accedieron a las escaleras, mientras las doncellas, tras ellos, con sendos trapos, iban limpiando todo a su paso.

—Por favor, no toquen nada —dijo el mayordomo tras llamar a una puerta—. Milord, siento interrumpirle, pero ha llegado el deshollinador.

Se oyó un quejido tras la madera y los tres pasaron.

A Logan le resultó raro ver a alguien sobre la cama. Normalmente, cuando iban a limpiar chimeneas, solo los sirvientes los recibían. Rara vez veían a los habitantes de la casa. Logan, extrañado, no pudo apartar la vista. Por el tamaño de la habitación y la cama con dosel, apenas visible tras las cortinas semitransparentes, esa persona debía de ser alguien importante.

Mientras el mayordomo explicaba que últimamente se metía humo en la habitación del señor, Logan no pudo evitar asomarse. Para su asombro, aquel hombre abrió los ojos y lo vio.

El niño contuvo la respiración, y el hombre sonrió.

Alzó la mano para saludarlo y Logan lo miró como si fuera un ser de otro mundo.

¿Debía corresponderle el saludo? ¿Lo regañaría?

En un impulso, Charles apartó del todo la cortina y, muy despacio, estiró la mano para estrechársela. Pero, antes siquiera de que pudiera tocarlo, una mano lo agarró del pelo y tiró de él.

—¿Qué crees que haces? —dijo el mayordomo entre dientes —. Lo siento, milord.

Barrows cerró la cortina y empujó al muchacho hacia la chimenea.

—Mantenga al niño cerca y enséñele que la curiosidad puede ser peligrosa. —La advertencia de Barrows hizo que el muchacho se molestara.

—¡Vamos! ¿A qué estás esperando? Métete ya —ordenó el maestro.

Logan miró de reojo hacia la cama mientras se quitaba la camisa y los pantalones.

Por el tiempo que llevaba haciendo ese trabajo, sabía que era más fácil quedarse atascado si iba vestido.

Tomó una bocanada de aire y pisó, con dolor, las cenizas aún calientes. Se ató el raspador a la cintura y comenzó a trepar.

Quitó lo que fuera necesario para que esa chimenea respirara de nuevo y, con alivio —y entre toses—, descendió.

—La del salón también da problemas —dijo el mayordomo.

Logan tosió un par de veces, se sacudió las manos doloridas y, con una lágrima que dejó un surco entre el hollín de su rostro, se

masajeó la muñeca.

Percibió que ese hombre lo observaba tras la cortina de la cama y, sin pensarlo, alzó la mano para despedirse.

Sea quien fuere, parecía enfermo y solitario, y, sin saber por qué, tuvo la necesidad de hacerlo.

—Vamos, *Demonio*. Aún tienes trabajo que hacer.

Logan los siguió y volvió a trepar por la chimenea del salón.

Esta era más estrecha, como si el primer piso de la casa hubiera sido construido mucho antes.

Las casas viejas eran peores: tenían conductos pequeños y, a veces, curvados, lo que suponía un esfuerzo máximo y el pánico constante de quedarse atrapado.

Raspó, y el maldito hollín se le metió por los ojos. Estornudó y tosió varias veces, sin prever que esos movimientos facilitarían que se quedara atascado.

Respiró con dificultad y comenzó a marearse por la falta de aire y el calor.

Ahí arriba no había luz, de lo atascada que estaba la chimenea, y abajo su cuerpo había taponado cualquier entrada de claridad posible.

Intentó descender, pero tenía los brazos extendidos hacia arriba. No podía doblarlos y fue consciente de que, sin ese simple movimiento, no podría impulsarse hacia abajo ni hacia arriba.

Estaba oscuro y solitario, como aquella vez.

Su corazón saltó en un palpitar rápido y el sudor descendió por su frente.

—¡Jefe! —chilló—. ¡Jefe, no puedo salir!

—¡Claro que puedes, Demonio!

Lo intentó de nuevo. Nada. Era inútil, y cualquier movimiento solo lo hacía atascarse más.

—¡Jefe, por favor! ¡Por favor, quiero salir!

Era como si los ladrillos que lo rodeaban se hubieran aferrado a su pecho para ahogarlo.

Intentó mover los pies, pero ni siquiera podía doblar las rodillas. Como si todo el conducto se hubiera estrechado para castigarle.

La imagen de su madre apareció, acariciándole la mejilla.

*«*Serás alguien bueno y bondadoso*».*

Las lágrimas brotaron de sus ojos y, una vez más, se preguntó por qué todo tenía que ser tan injusto.

—¡Jefe! —gritó una vez más, con la voz quebrajada.

—Créeme, muchacho, con esto saldrás de ahí —oyó decir.

El aire era cada vez más asfixiante, y el pánico no hacía más que empeorar las cosas.

De repente, comenzó a notar más calor, hasta que sus pies ardieron.

Dolían a rabiar.

—Sal, muchacho; no querrás quemarte.

Con las pocas fuerzas que le quedaban, y solo con la idea de no morir allí, consiguió impulsarse un poco más hacia arriba, pero no lo suficiente.

Retorció los pies, y por mucho que intentara alejarlos de la fuente de calor, no pudo.

Entonces lo supo: ese sería su final.

¿Ese había sido su sueño? ¿El cambio que había esperado?

Dejó correr lágrimas silenciosas mientras cerraba los ojos, sin apenas poder respirar. Y fue en ese momento, cuando creyó que todo terminaría, que una voz rugió.

12.

Judith entró en el salón abriendo la puerta de par en par.

—¡Barlow, qué sucede aquí! Marsha vino a avisarme y...

Judith miró hacia la chimenea encendida con pavor.

—¿Ese niño sigue dentro? ¡Conteste, señor Barlow! —dijo con impaciencia.

—¡Demonio! ¿Sigues ahí? Muchacho, ¡contesta! —El maestro deshollinador guardó las manos en los bolsillos del pantalón y resopló—. No se preocupe, señora, luego vendré a recogerlo. Tengo que ir a por unas sogas y...

—¿¡Luego!?

—Sí, no hay prisa. Me temo que ha pasado a mejor vida. No sería la primera vez que uno de mis muchachos se queda atascado y, bueno... no es difícil imaginar lo que sucede después.

—¡Márchese! ¡Ya ha hecho suficiente!

Barlow instó a ese desagradable hombre a irse, y en ese instante Judith agarró la jarra de té de la mesilla y la arrojó al fuego.

Consiguió apagarlo del todo y, frente a las miradas atónitas de sus empleados, se agachó abanicando la zona hasta poder asomarse.

—¡Niño, niño!, ¿me oyes? ¿Aún respiras?

—Señora Thorne, estoy seguro de que...

—¡Silencio, Barlow! Escuche.

—No escucho nada, milady. Quizá si...

—Dese prisa. Llame a Marsha y al cochero. Vayan al jardín y traigan todo lo necesario para tirar este tabique.

—Pero, milady...

—¡Vaya!

El mayordomo así lo hizo y desapareció tras la locura de su señora.

—Niño, ¿no puedes bajar? Ese desgraciado... ¿Cómo ha podido?

Judith se llenó de una impotencia tremenda, pero no paró de insistir. Entonces, a su lado, una figura delgada se arrodilló y la miró.

—Vamos a sacarlo antes de que sea demasiado tarde.

—Charles... ¿Qué...? ¿Cómo? No deberías haber bajado.

—He visto la mirada de ese niño, Judith. Lo que hay en su interior es puro dolor. Un niño de su edad no puede ocultar tanto dolor.

—Charles, ¿qué haces? ¡Charles, por el amor de Dios!

—Él es el niño del que te hablé, Judith. Del que el padre Marcus nos habló.

El barón se inclinó, colocó un almohadón sobre las cenizas húmedas y metió medio cuerpo por la chimenea, estirando las manos hasta dar con algo.

—Lo tengo, Judith. Está aquí.

—¡Por todos los reyes de Inglaterra, Señor!

Barlow ahogó un grito al llegar y enseguida se agachó junto a él.

—Barlow, ayúdeme a tirar.

—Pero, Señor...

—¡Barlow, ahora!

Charles tiró de unos pies, y aunque sabía que iba a lastimar al muchacho, al menos quería conseguir sacarlo con vida.

Sin saber de dónde venía su fuerza, tiró un poco más, y, ya con la ayuda de Barlow, consiguió sacar al niño magullado.

Judith rompió en llanto, impresionada ante la escena: la piel rasgada, las quemaduras en los pies, su rostro...

—Señor, creo que no hay nada que hacer.

Charles hizo oídos sordos. Le pidió a Barlow que abriera los ventanales para refrescar el lugar y dio palmaditas en el rostro de Logan una y otra vez.

—Vamos, muchacho, vuelve. Sé que no quieres regresar a este mundo que tan mal te ha tratado, pero hay mucho que hacer, niño.

Las respiraciones de Logan eran suaves, cansadas y desganadas, pero sus ojos aún tuvieron fuerzas para derramar lágrimas.

—¿De verdad...? —susurró—. Yo... ¿Hay algo que pueda hacer?

La ternura acarició el corazón de Judith al ver a Charles abrazar a ese muchacho con la fuerza que le quedaba.

—¿Qué te parece si me ayudas a subir? Ya sabes cual es mi habitación.

—Charles, estás muy débil, él...

—Yo le ayudaré, señor —dijo Barlow.

—Pero yo puedo ayudarle —insistió Logan.

Marsha se limpió las lágrimas, y el cochero prefirió volver a su puesto antes de que alguien lo viera desarmarse. Su señor era muy querido por todos, y verlo esforzarse así por un muchacho que acababa de conocer los conmovió sobremanera.

Fatigado, Logan logró ponerse en pie y, con gran esfuerzo, ayudó a levantarse a aquel hombre enfermo que lo había sacado del abismo.

Ambos subieron en tal silencio que, ni las doncellas se atrevieron a limpiar tras ellos.

Charles lo miró con afecto cuando, con cuidado, el niño lo ayudaba a sentarse sobre la cama. Quería tumbarse, y comprendió que el culpable de aquel deseo no era la pereza, sino su corazón cansado, ese que ya solo sabía latir despacio. La pesadez del cuerpo le devolvió la conciencia de su miseria, esa que por unos minutos había olvidado.

Solo deseaba descansar. Pero descubrió que el niño frente a él luchaba con todas sus fuerzas para no llorar.

—¿Qué te sucede? —preguntó—. Puedes decírmelo.

Logan se limpió la nariz con sus manos mugrientas y lo miró sin temor.

—Hacía mucho tiempo que nadie me abrazaba —confesó como pudo—. Antes, ahí abajo… Gracias. Ahora volveré con mi dueño y... y...

Charles estiró la mano, tiró de él y lo estrechó entre sus brazos. Estar con alguien tan pequeño con un sufrimiento tan grande lo llenó de tristeza. Lo envolvió con su calor, entendimiento y con lo único que le quedaba para ofrecerle: su cariño.

—Ahora, este es tu hogar, Logan.

El niño se apartó, y lo miró inmóvil al haber escuchado su nombre. Cerró los ojos y se desplomó.

13.

Alguien llamó a la puerta. Barlow la abrió lo justo para que la visita indeseada no se asomara más de lo necesario.

—¿Qué desea?

—Vengo a por el muchacho. Ya sabe, el que se quedó atascado. —anunció el maestro deshollinador—. No me gusta dejar mi trabajo a medias; luego sus señoras hablan entre ellas y, si hablan de más, ya no nos vuelven a solicitar por la zona.

Barlow le sostuvo la mirada sin inmutarse y contestó tal como su señora le había indicado.

—El niño ya ha sido retirado. La señora Thorne se ocupó personalmente del asunto. Ya no es de su incumbencia.

El deshollinador arrugó el entrecejo.

—¿Cómo que se ocupó? ¿Quién se lo ha llevado?

Intentó empujar la puerta para fisgonear, pero el mayordomo se lo impidió.

—Aquí tiene su recompensa —dijo Barlow, tendiéndole una bolsita de tela que sonaba a gloria y tenía el peso suficiente para mantenerlo durante un mes—. Con esto quedaría todo aclarado y sus asuntos aquí terminados. Ah, y llévese también esto. —El mayordomo le ofreció un hatillo que le acababa de entregar una de las doncellas—. Hay un faisán, manzanas y algún dulce que al señor le han prohibido comer por su condición.

El deshollinador creyó hallarse en mitad de un sueño: que le quitaran un muerto de encima, le dieran esa suma de dinero y, además, comida... no podía ser cierto. Pero, por si acaso el mayordomo se arrepentía, tomó el ofrecimiento y se marchó por donde había venido. Después de todo, ese pobre diablo había conseguido subsanar las pérdidas de su última pelea.

Barlow negó con la cabeza, cerró la puerta y se tomó un momento para respirar.
Esperaba que su señora supiera lo que estaba haciendo; no quería que ese tipo buscara problemas, y mucho menos después de que ella se quedara sola cuando el señor falleciera. Y para eso, se temía, no quedaba mucho.

A lo lejos, en la planta superior, se oían pasos y voces susurrantes.
Nadie debía saber cómo había llegado ese niño allí y, absolutamente, cada alma de ese hogar se encargaría de que así fuera.

Judith escurrió una vez más el paño y enjugó los pies de Logan con sumo cuidado.

—Es un niño precioso —expresó el ama de llaves mientras le secaba el rostro.

—Lo es, ¿verdad?

—Y tiene los cabellos negros como...

—Como Charles, lo sé —replicó Judith, tapándolo con una gruesa manta.

—Necesitará un tiempo.

Ambas miraron hacia la voz de quien se apoyaba en el marco de la puerta y observaba la escena con paz en el corazón.

Después de todo, el padre Marcus había conseguido un hogar para Logan: un lugar que le diera una segunda oportunidad, donde recibiría cariño, educación y amor. Sobre todo, amor.

El día que su viejo amigo Charles lo mandó llamar, no se esperaba ese regalo del cielo. A veces las cosas sucedían de manera inexplicable, lo que aún lo sorprendía.

El padre Marcus iba a perder un buen amigo, sí, pero el estado de Charles lo había empujado a tomar una decisión que salvaría la vida de ese niño.

No fue difícil atraer a ese malnacido al barrio: un rumor por aquí, otro por allá, y el jefe siguió el rastro de migas como un perro hambriento, sin darse cuenta de que estaba entregando a Logan.

Sin embargo, no contaban con que el pobre muchacho fuera a atascarse casi hasta morir. Gracias al cielo, todo había terminado

como debía.

Cuando siguió la pista de aquel niño y al fin dio con su paradero, no pudo estar más atormentado. Una vez que esos niños llegaban a manos de un deshollinador, no había quien pudiese quitárselo de las manos, pues alegaban que recibían una formación moral y laboral. Y como la población estaba a favor de «reeducar a los vagos», se respaldaban en ese argumento para hacer lo que quisieran con esos muchachos. Al fin y al cabo, que los niños tuvieran un trabajo era mejor que tenerlos en la calle.

El padre Marcus informó a Judith de la conversación que había tenido con Charles sobre ese niño y por lo que había tenido que pasar.

Miró a Logan con una mezcla de sentimientos y sonrió con ternura.

—Aquí nunca le faltará de nada.

Los días pasaron uno tras otro, con momentos de alegría y otros, no tanto.

Charles falleció más tarde de lo esperado, gracias a que la euforia de tener a Logan en casa lo había llenado de una energía inexplicable y de nuevas fuerzas para sobrevivir.

Reforzó la lectura y la educación de Logan con maestros, le habló de sus viajes, de las personas que había conocido, de las comidas que había probado; de las mercancías con las que comerciaba y de cómo apoyaba a los pequeños productores.

Logan se enteró de que Marsha era de un país lejano llamado Jamaica, del que había huido de un marido abusivo.

A ella le resultó tierna y graciosa la manera en que el pequeño tocó su rostro al no haber visto nunca una tez tan oscura.

Barlow había sido un borracho del East End que una vez salvó a Charles de un atacante en la noche. Esa historia le costó más creerla, porque Barlow tenía un porte que parecía haber nacido para ser emperador.

Poco a poco fue entendiendo cómo era la vida en la alta sociedad: los modales, la etiqueta, las costumbres… Y aprendió a lidiar con su nuevo *tío*, el único que no estaba de acuerdo con la

historia de Charles y Judith sobre su llegada ni sobre su sangre Thorne.

Hasta que Logan fuera mayor de edad, ese hombre gestionaría toda la flota mercante de Charles y sus negocios. Luego debería entregárselo casi todo.

Judith le había encomendado que permaneciera lejos de él y, aunque Logan no entendía por qué ese hombre no debía saber la verdad, conforme fue creciendo lo comprendió.

La noche de la muerte de Charles fue dolorosa para todos los habitantes de la casa. Logan se había aferrado tanto a él, que pronto comenzó a llamarlo *padre*, y no fue hasta que lo apartaron de su cuerpo sin vida, cuando se escapó y terminó en un tugurio de gritos y apuestas. Uno lejos de donde antes había peleado, lejos de todo lo que conocía.

Ya lo había probado.

Ya sabía cómo desahogarse y clavar sus penas en otros.

—¿Vienes tú solo, muchacho?

Logan asintió.

La máscara con cuernos, robada del estudio de Charles, ocultaba su rostro, pero no aquellos ojos con los que se había ganado un nombre.

—Soy el demonio —dijo con una calma que helaba la sangre—. Y vengo a pelear.

14.

Diecisiete años después...

El olor a salitre de los muelles de Londres le resultó más hostil que nostálgico.
Después de meses navegando entre islas cálidas y mercados con aromas dulzones, regresar a casa era como ponerse unos guantes que ya no le pertenecían.

Al menos en el mar había encontrado un nuevo refugio, uno alejado del ruido de Londres, lejos de los recuerdos que aún resonaban en su cabeza.

Aún tenía temor; pensaba que, si se alejaba de allí, mejoraría, que dejaría todo atrás y ahogaría en el mar sus pesares. Pero no fue así: aún le aterraban las puertas cerradas, aún desconfiaba de cualquiera y todavía sentía la necesidad de luchar.

Respiró la última bocanada de libertad que le proporcionaba el barco y bajó de la borda sin prisa, con las botas mojadas por el aguanieve reciente.

A su espalda dejaba el ruido de los estibadores, los gritos de los comerciantes y... la traición.
Porque aquello que había hecho su mejor amigo, Argenon, no podía calificarse de otra manera. El muy insensato se había enamorado de una hindú de mirada intensa y no solo lo había abandonado en su viaje de regreso, sino que planeaba casarse con ella y, para variar, le había encargado que él mismo comunicara la noticia a sus padres, ya que le parecía demasiado impactante para ser leída en una misiva.

Una misiva como la que él mismo había tenido que leer tras unas palabras tensas antes de su partida.

Antes pensaba que era cosa de tu tío, Logan. No quise indagar más, de verdad. Por eso me quedo. Creo que mi padre también está detrás.

¿Detrás de qué?

Argenon no era un tipo que buscara problemas, y mucho menos un justiciero. Se dejaba guiar por las instrucciones de su padre y poco más. Sin embargo, aquello que había descubierto debía de ser grave como para querer abandonarlo sin más explicación que haberse enamorado.

Ajustó el abrigo y se apretó la bufanda al cuello. Definitivamente, el clima al otro lado del océano era mejor.

Aún le costaba aceptar que era el dueño de la flota de Charles Thorne.

Que el niño que luchaba por un mendrugo de pan era ahora el hombre que comerciaba con especias, tejidos y secretos; el que se había formado en leyes para comprender y, quizá, conseguir mejores normas que protegieran a los desamparados como él.

Sobre todo a los niños, que aún podían ser comprados por deshollinadores o por las fábricas para trabajar en condiciones penosas.

Sin embargo, Londres no había cambiado.

El cielo seguía gris.

La ciudad seguía oliendo a humo.

Y él… él seguía siendo el demonio de San Giles, solo que con mejores modales y más cicatrices.

—Bienvenido, Señor —dijo el cochero, intentando ocultar la alegría por volver a verlo después de tanto tiempo.

—Ned, amigo, le he traído una caja del ron más codiciado en alta mar y unas especias que sé que a su mujer le encantarán, con la condición, eso sí, de que me prepare uno de sus postres.

—Señor, no tenía por qué molestarse —dijo el cochero, avergonzado. Aún no se acostumbraba a que lo considerara su amigo.

Al fin y al cabo, era su señor. Pero nunca olvidaría las idas y venidas a toda prisa para que llegara a tiempo con sus tutores o a

las *Inns of Court*, ni aquellos casos legales que casi los habían convertido en espías. Ni aquellas noches en que regresaba con alguna señal de haber sido golpeado, por las cuales nunca le permitió hacer preguntas. En cualquier caso, sí, Ned y él habían vivido demasiado como para no llamarse amigos, aunque cuando se conocieron él fuera solo un niño… un niño que había salido de una chimenea para quedarse en sus corazones para siempre.

—Estoy deseando darme un baño, Ned. Así que no tardemos más.

—Sí, Señor.

Ned abrió la puerta del carruaje y, en su interior, lo recibió una sonrisa amplia y una mirada alegre.

—¡Madre! Ha venido.

Logan tomó sus manos y las apretó con suavidad después de sentarse a su lado.

—Te echábamos de menos —replicó con emoción contenida.

Judith apartó el cabello de su frente, colocó la mano en su mentón y lo alzó al verlo magullado. La mirada le cambió en cuestión de segundos.

—Madre...

—Ni el mar te aleja del dolor. ¿Por qué lo sigues buscando?

Logan sintió haberla decepcionado, pero era algo que no podía evitar.

Lo cierto era que, incluso en cada puerto, visitaba peleas clandestinas donde enterraba su pasado y su dolor a fuerza de golpes, recibiendo cada impacto como un recordatorio de su verdad.

—Puede que me haya vestido, educado y dado amor, pero eso no cambia el hecho de dónde vengo. El hecho de quién soy.

—Eres mi hijo —dijo ella con un nudo en la garganta imposible de deshacer.

Logan levantó la mirada. Aquella declaración, que tantas veces había oído, fragmentaba su corazón y lo recomponía a partes iguales.

—Le he traído unas telas preciosas, madre. De unos colores que dudo que hayan visto en Londres. En Bombay usan tintes de lo más vivos.

Judith asintió con una alegría fingida, pues lo que en realidad sentía era tristeza por el empeño de su hijo en permanecer hermético en cuanto a sus sentimientos.

Quizá, si se abriera, si hablara con ella, encontraría el desahogo que necesitaba, en vez de lastimarse y lastimar a otros.

—Vamos, cuéntame de tu viaje. ¿Harás una pausa para dedicarte a tu proyecto de ley? Sir Thomas Bernard está en Londres, y tengo entendido que querías hablar con él sobre eso.

Logan asintió y comenzó a relatar lo que había sucedido en su trayecto, incluyendo la traición de su amigo y los planes con Sir Bernard.

—Entonces, ¿irás a la residencia de los Ravenscroft?

—Me temo que no me queda más remedio.

—No me esperaba tal espontaneidad de Argenon, pero supongo que el amor puede cambiar a cualquiera.

Judith lo miró pensativa mientras una idea crecía en su cabeza.

Y si era eso… ¿Y si con una mujer a su lado conseguía dejar todo atrás y creerse digno de su posición? Porque, por mucho que lo negara, lo conocía: sabía que no se sentía cómodo en la piel de un rico comerciante.

Disfrutaba más al ejercer de *barrister* por vocación más que por necesidad. Pero aún no había conocido a nadie. Ni se atrevía a sugerírselo.

Quizá, si le diera más libertad, si viviera solo…

Aunque él se había negado a dejarla, eran demasiados el amor y el respeto que le profesaba como para hacerlo, por no mencionar los deseos de Charles de que permaneciera a su lado.

Aun así, no podría seguir soltero para siempre. No quería que estuviera solo cuando ella faltara.

Pero ¿qué quería él, realmente?

—Logan, ¿has pensado alguna vez… quiero decir, te has sentido atraído…? Qué digo, ¿te gustaría conocer a…? Solo has ido a un baile de debutantes y no sueles frecuentar los salones y...

—Ya hemos llegado, madre —la interrumpió.

Sabía a dónde quería llegar, pero lo único que él sabía era que el amor era volátil, una fantasía que podía provocar un inmenso dolor.

Apretó los ojos con fuerza y recordó la mirada de su madre cuando su padre, borracho, la abofeteó por primera vez diciéndole que prefería una ramera antes que a ella, que se asemejaba más a una sardina seca.

Ned abrió la puerta del carruaje y, antes de que pudiera advertirle, Logan puso un pie en el suelo.

Lo primero que recibió fue un golpe en la quijada.

—¡Maldito bastardo!

Logan sonrió y se limpió el labio sangrante.

—Qué insulto tan poco acertado, tío.

—¿Te has metido en mi ruta, verdad? ¿Por qué cuando llegué, ya no quedaba nada?

—¿A qué te refieres con *tu* ruta? Dirás *nuestra*. Formamos parte de la misma flota comercial, como quiso mi padre dejé que continuaras con el Leviatan. ¿Y a qué te refieres con que no quedaba nada? Paré en Lisboa por un pequeño temporal. Que yo sepa, no teníamos nada que llevar ni recoger allí.

—¡Ni se te ocurra ponerle una mano encima, Henry! —espetó Judith al ver sus intenciones.

Ned miró alrededor, esperando que no hubiera testigos cerca. No le vendría nada bien a su señor un escándalo como ese, y menos con agresividad, ya que restaría validez a sus comparecencias ante la corte.

—Ni siquiera sabes lo que quieres. ¿Eres un maldito abogado o un comerciante? ¡Decídete de una vez!

—Soy las dos cosas, y resulta que es de lo más útil.

—¡El mar tiene sus propias leyes!

—Y estoy al tanto de ellas. ¿Y tú?

—¿Qué insinúas?

—¿Qué buscabas en Lisboa?

—Te juro que descubriré quién eres. Quizá el resto se haya creído tu papel de hijo pródigo, pero yo no. Recuperaré lo que es mío y regresarás al agujero al que sé que perteneces.

—No sé qué crees que vas a descubrir. Soy Logan Thorne, hijo de Judith y Charles Thorne. Tu sobrino, sin ir más lejos.

—Yo no tengo sobrino.

Lo empujó y desapareció, hundiendo los pies en la nieve sucia del camino a cada paso.

Judith miró las pisadas que había dejado su cuñado y frunció el ceño. Cada vez estaba más segura de que Henry les traería problemas.

15.

—¿Tienes que irte ya?

—El barón ha aceptado mi visita y nos ha invitado a su baile de invierno.

—¿Baile de fin de invierno?

—Sí, eso relataba en su carta. La baronesa ha organizado uno con motivo del cumpleaños de su hija; según ella, no hay mejor manera de celebrarlo que con un salón lleno de pretendientes.

—¿Y según la señorita Ravenscroft?

Logan sonrió. Argenon le había contado alguna vez que, desde su debut, Amelia no soportaba a su madre, pues cada caballero con el que entablaba conversación era visto como un futuro marido.

—Dudo que sea de su agrado.

Su madre suspiró, con la mente en esa muchacha que le recordaba a sí misma en sus días mozos. Ese pensamiento la llevó a Charles, y, con él, a su ausencia.

—Prepárese, madre; estaré afuera. Anoche le encargué a su doncella que le preparara el baúl y...

—Logan, querido. Tendrás que ir solo.

—Sería descortés. Ambos estamos invitados.

—Sabes que no quiero abandonar esta casa. Con tu tío en Londres, me temo que no me quedo tranquila dejándola.

Logan iba a protestar —diría que dejaba el hogar en las buenas manos de Barlow y Marsha—, pero se temía que lo que la ataba a ese lugar era el recuerdo, uno que no quería que fuera invadido.

—Como guste, madre. Por favor, no pase frío.

Logan miró la chimenea encendida —la misma que lo había llevado a ese hogar— y se despidió.

Se subió al carruaje y partió hacia Hampstead, al noroeste de Londres, donde se hallaba Ravenscroft Hall, el hogar de su amigo, donde más de una vez lo había invitado a montar a caballo, invitaciones que él había rechazado por temor a sentirse fuera de lugar en la casa de un barón. Sin embargo, esta vez no tenía más remedio.

Aprovechó el trayecto para leer las anotaciones que había tomado en el barco sobre rumores acerca de la trata de esclavos, al parecer aún presente en alta mar a pesar de ser ilegal desde mil ochocientos siete para los súbditos británicos.

Apenas le dio tiempo a ordenar sus ideas cuando el aire frío y denso de Londres quedó atrás, dando paso a una brisa campestre que enseguida lo llenó de calma. Bajó del carruaje, cerró los ojos un instante y luego subió la escalinata que precedía a la puerta de la mansión. Antes de que su mano llegara a la aldaba, la puerta se abrió de par en par y un crío de unos doce años, en ropas de dormir, lo embistió, se disculpó y siguió su camino, descalzo, hacia la nieve derretida.

—¡Ya ha huido uno de los vuestros! —escuchó gritar una voz femenina.

Logan no sabía si entrar, quedarse exactamente donde estaba o recular y regresar al carruaje. La curiosidad pudo más que la prudencia y asomó la cabeza. Una bota salió volando en su dirección y, gracias a sus reflejos de peleador, consiguió esquivarla.

Otro niño, más pequeño que el anterior, se acercó corriendo al recibidor. Al encontrarse con el visitante, dijo un «buenos días», hizo una reverencia y, con expresión de pillo, rebuscó bajo uno de los muebles que sostenían jarrones de cerámica delicada.

—¿También huirás? ¡Cobarde! —De nuevo, esa voz.

—¡Jamás! —espetó el niño, que, con risa maliciosa, había conseguido sacar una espada de madera de su escondite—. ¡Ahora verás, bruja de los mares!

—¿¡Bruja!? ¡Soy la pirata más temida de todos los mares! Y pagarás por haberme robado mi tesoro.

Entonces, Logan alzó la vista hacia la escalera que conducía a las habitaciones y vio a una joven de mejillas arreboladas, con el

cabello oscuro y revuelto en una trenza medio deshecha. Miró al pequeño que se acercaba, amenazador, con unos ojos tan llenos de vida que cualquiera a su lado parecería miserable. De repente, ella recibió una estocada de su contrincante y se dejó caer sobre un escalón mientras sacaba un pañuelo rojo del costado —que hacía las veces de sangre— y gimió con una actuación digna de las mejores obras teatrales.

—¡Te vencí! —dijo el niño.

—¡La vencimos! —dijo el otro, que volvió a golpear a Logan al pasar, ignorándolo por completo para subir las escaleras a prisa.

—He escondido tu tesoro y jamás lo encontrarás.

Los niños se abrazaron victoriosos y, de repente, Logan se encontró con la mirada de la abatida.

—¿Y usted es?

Logan se dio cuenta de que estaba sonriendo y, con una extraña sensación, cambió el gesto, se aclaró la garganta y acarició su mentón.

—¿Sabe hablar, o es que es la primera vez que ve a una mujer en ropa de cama?

—¡Por el amor de Dios, Amelia! ¿Qué haces desnuda en la escalera?

—No exagere, madre.

—¿Que no…? Dios mío, ¿qué he hecho para merecer esto? —La mujer que se había acercado a reprimirles por el jaleo, resopló como una dama no debía hacerlo—. Se... Señor Thorne —Su rostro se tornó granate al percatarse de su presencia—. No sabía que había llegado. ¿No lo han anunciado?

—Se ha colado —dijo Amelia, para sorpresa de Logan, con toda tranquilidad, mientras envolvía el pañuelo rojo.

—Es un espía —dijo el pequeño—. Quizá ha visto dónde hemos escondido el tesoro —añadió, decepcionado, mientras lo apuntaba con su espada.

—Amelia, por favor —dijo la madre, entre dientes y al borde del colapso—, ¿podrías irte a tu habitación? No puedes estar así frente a un caballero.

Sus hermanos se rieron a carcajadas, ajenos al desasosiego de su madre.

—No tengo la culpa de que ese hombre nos visite a horas tan tempranas.

La baronesa se frotó las cejas con los dedos mientras intentaba respirar con normalidad.

—Es el hijo del difunto Charles Thorne, Amelia.

—¿Logan Thorne?

16.

Amelia bajó las escaleras de dos en dos, sujetándose el camisón de invierno. Se plantó frente a él y le estrechó la mano con firmeza. Lo que no se esperaba Logan era que después la sacudiera de arriba abajo con un ímpetu que lo dejó boquiabierto y admirado a partes iguales.

—¡Amelia! ¿Qué maneras son esas de saludar y… así?

—¿Desnuda? —Amelia decidió terminar la frase.

Logan sonrió y, al verlo, la baronesa lo tomó del brazo y tiró de él hacia la biblioteca, donde se hallaba su marido.

—Tres varones he tenido, señor Thorne, y nunca me han dejado en evidencia como esa jovencita. Pensará que carece de educación, pero ha asistido a la mejor escuela de señoritas de Bath, ha pasado por dos institutrices y, por supuesto, por mi inquebrantable empeño en que sea una señorita decente. Pero ¡qué vergüenza! Creerá que este es un hogar de locos.

No le había parecido de locos; todo lo contrario: entrañable.

Sin embargo, quizá sí se tornaría locura cuando revelara el motivo de su visita.

—Tiene una familia encantadora.

—Por favor, no es necesario que mienta. —La baronesa se palmeó los laterales del peinado y sonrió antes de abrir la puerta de la biblioteca—. Le dejo con mi marido. Debe de tener algo importante que decirnos para presentarse aquí. Espero que Argenon tenga una buena excusa por no haber venido con usted. ¿Se ha quedado en su casa de soltero?

—Milady, creo que usted también necesita oír lo que vengo a contarles.

La seriedad de Logan —y algo en su mirada al decirlo— la alertó de un modo que solo la condujo a pensar en lo peor.

—¿Argenon está bien? No me diga que...

—Está mejor que nunca, se lo aseguro.

—Señor Thorne, bienvenido —dijo lord Ravenscroft al verlos entrar, con un ligero movimiento de ojos. Pasó de página en el libro en el que estaba inmerso y la marcó con un cordel azul antes de cerrarlo—. ¿Cómo ha sido su viaje de regreso? —se quitó las gafas y se levantó del escritorio.

—Largo, milord. A ratos, incierto —respondió con sinceridad.

—Eso he oído.

Logan alzó una ceja. ¿Por qué estaba al tanto? ¿O acaso su comentario era mera cortesía?

—Zarpamos desde Bombay —agregó— y el monzón nos obligó a desviarnos hacia el oeste, a detenernos en las costas portuguesas, donde ocurrió lo inesperado.

—¿Inesperado?

—¿Los franceses? ¿Tiene algo que ver con la ausencia de mi hijo? —intervino la baronesa.

—Un navío de la Royal Navy había sido atacado por corsarios franceses cerca de Cádiz. Perdieron a la mayor parte de la tripulación y derivaban sin rumbo, con heridos, a bordo de un barco al borde del hundimiento.

Logan hizo una pausa breve, como si sopesara si debía seguir. Había algo en la mirada del barón que lo mantenía alerta.

—No me pareció correcto dejarlos. Perdimos parte de la carga al hacerles sitio, pero conseguimos traer a veinte hombres sanos y salvos hasta Bristol.

Lord Ravenscroft lo observó con un leve arqueo de ceja.

—¿Así que rescató a soldados británicos mientras volvía de comerciar con especias y telas? ¿Y nadie se lo encargó? Entiendo que a veces colabora con la Marina inglesa.

—No fue una misión oficial, si es lo que quiere saber. Tampoco busco mérito alguno. Solo hice lo que creí que Charles Thorne habría hecho.

—Su tío ha demostrado tener un criterio comercial más rentable que el de Charles, quien tenía ese mal hábito de anteponer principios a beneficios. Y usted ha heredado su apellido y, por lo que veo, su imprudencia.

—Yo no lo llamaría imprudencia. La mercancía puede reemplazarse; las vidas, no. ¿No está de acuerdo?

—Por supuesto.

Lord Ravenscroft se acercó con lentitud a la chimenea. Por un instante, el silencio se llenó solo con el crujir de la leña.

Algo no andaba bien, podía intuirlo. No lo conocía tanto como para juzgarlo por una simple conversación; lo único que sabía de lord Wallace Ravenscroft era que había sido condecorado por su valentía al mando de un destacamento británico en la India, donde defendió una guarnición sitiada durante el levantamiento de 1803, lugar en el que había conocido a Charles. Desde entonces vivía retirado en su finca de Hampstead, rodeado de libros, mapas y una rígida disciplina doméstica que, sin duda, su hija Amelia había aprendido a burlar con elegancia.

—¿Y qué hay del motivo de su visita? —dijo la baronesa, impaciente, cortando una tensión cuyo origen no alcanzaba a entender, aunque tampoco comprendía por qué su marido había tenido que mencionar a Henry; por Argenon sabía perfectamente que su tío no era santo de su devoción.

—Será mejor que se siente, milady —sugirió Logan, pues Argenon le había advertido de que seguramente reaccionaría de forma exagerada.

—¿Tan grave es?

—Argenon, su hijo, no regresó conmigo.

—¿Cómo?

—Está en Bombay, y va a casarse con una hindú.

17.

Al salir del despacho, Logan apenas tuvo tiempo de recuperar el aliento. La conversación con lord Ravenscroft había removido más de lo previsto, no por los gritos y el casi desmayo de la baronesa, sino por la implacable reacción del barón. Había algo que se le escapaba, pero no sabía si quería indagar en ello o dejarlo ir. Lo que había dejado claro es que el apellido Ravenscroft no se mezclaría con sangre extranjera.

Giró por el pasillo principal, dispuesto a salir para tomar el aire y plantearse si se quedaría a dormir o no, como le había dicho la baronesa, para acudir al día siguiente al cumpleaños de su hija. Se envolvió en su abrigo, a punto de salir, cuando una voz firme y cristalina lo detuvo.

—Señor Thorne.

Se giró de inmediato. Amelia Ravenscroft estaba allí, de pie junto a la consola donde uno de los niños había sacado la espada. Había sustituido el camisón por un vestido de día color perla y lo miraba como si llevara tiempo esperando ese momento.

—Lady Amelia —murmuró, sorprendido, tras inclinar la cabeza.

—No me lo puedo creer —dijo ella, cruzándose de brazos.

Logan la miró, confundido.

—¿A qué se refiere?

—¿Una noticia así y mi hermano no se digna a anunciarla él mismo? —Amelia se acercó a él mientras se enfundaba la capa de abrigo—. ¿No le parece rastrero?

—Está enamorado. Supongo que no quiere separarse de ella.

—¿Enamorado, dice? ¡Ja! ¿Cuánto cree que le va a durar eso? —Amelia se detuvo en la puerta y lo miró con impaciencia—. Vamos,

¿no iba a salir? Lo acompaño, yo también necesito aire. Esta casa a veces es asfixiante.

—¿Tiene algún problema con el amor? —preguntó Logan entre curiosidad y diversión—. Creo que un matrimonio sin él sería una tortura; una cárcel, si me lo permite… *y un infierno, si no es recíproco*, pensó para sí, recordando a su madre.

—El matrimonio es un contrato —detuvo sus pasos y se giró —. El hombre promete dar cobijo y la mujer se dedica a parir y a complacerle… Ah, no, que para eso están las amantes.

Ella se rio a carcajadas de su propia afirmación, rompiendo la tranquilidad y el silencio que traían las últimas nieves. No obstante, ni un ligero movimiento en las comisuras de los labios de Logan apareció.

—No creo que todos los matrimonios… —No quiso acabar la frase; la verdad era que no lo sabía, y al mismo tiempo le aterraba.

—Espere a que a su mujercita se le caigan los pechos y pierda esa despampanante figura que seguro atrajo a Argenon, porque, aquí entre nosotros, le digo que mi hermano no puede ser más simplón. Dígame, cuando eso suceda, ¿no buscará una amante?

—No, si la ama. Mire a Charles y Judith.

—¿Sus padres?

Él asintió con dolor. No, sus padres precisamente no habían sido el ejemplo de un matrimonio feliz; con el que creció y pensó que debía ser, hasta que comprendió que el amor que se profesaban aquellos que lo acogieron era puro y real.

—En fin, señor Thorne, si encuentra el suyo, le ruego que me avise sin demora, estaré ahí para recordarle esta conversación cuando la alegría le dure dos años.

—¿Dos años? ¿Tan corta vaticina mi dicha?

—Y estoy siendo optimista.

Ambos guardaron silencio unos minutos mientras caminaban sobre la nieve, hasta que, de nuevo, Amelia habló:

—He leído su artículo en *The Morning Chronicle*, el de los deshollinadores —dijo sin rodeos, sin una sonrisa ni esa amabilidad fingida que Logan tanto odiaba.

Antes de decir algo, entrecerró los ojos, conteniendo una punzada de nerviosismo. Siempre que alguien iniciaba una conversación con un «He leído su artículo», podía acabar de dos formas: en una lucha verbal concluida en golpes o en un diálogo provechoso del que surgieran nuevas ideas.

—¿Le ha parecido ofensivo? —preguntó, para saber a qué atenerse.

—Me ha parecido valiente. —Amelia bajó la voz, como si temiera que alguien más la escuchara—. Habla de dignidad, de infancia robada y de abolir el uso de niños en las chimeneas.

Logan asintió, muy despacio.

—He visto lo que eso hace. Lo que deja. Sé lo que significa crecer con hollín en los pulmones y cicatrices que perduran.

Había dolor en sus palabras y Amelia no pudo evitar mirarlo como a un extraño al que quería conocer y entender. Argenon le había hablado de él innumerables veces; estaba claro que su hermano lo admiraba más que a cualquiera de su familia, pero no comprendía a qué se refería cuando lo tildaba de especial, hasta ese momento. Era cierto: se veía taciturno, callado pero educado; al parecer, rara vez sonreía; no obstante, ya lo había hecho dos veces.

—¿Intenta promover una ley que acabe con ellos? —preguntó con creciente curiosidad—. ¿Que acabe con esa práctica?

Logan le sostuvo la mirada con seriedad.

—Intento que el Parlamento deje de mirar a otro lado. Esos niños no tienen a nadie.

Ella no dijo nada durante unos segundos. Solo lo observó y bajó la vista. Ese hombre ocultaba algo, y su intuición, por lo general, era certera.

—Entonces, ojalá lo escuchen.

Caminaron otro rato en silencio. Logan la observó con disimulo. Amelia se había convertido en toda una mujer. Ya se lo había parecido en el único baile al que había asistido —el de su debut— pero, ni siquiera pudo acercarse a ella. Por mucho que Argenon insistiera en que la conociera, no logró que se saludaran, pues ella siempre estaba acompañada. En aquel entonces la había encasillado como una señorita más de la sociedad, con el único

objetivo de casarse bien. Sin embargo, no podía ocultar que había llamado su atención de una manera absurda.

Era agraciada y, le pareció, disfrutaba de los elogios, pero nada más lejos de la realidad: resultaba ser una muchacha normal, que solo quería disfrutar del hecho de estar viva. La manera en que jugaba con sus hermanos, se acercaba a él con ese desparpajo y compartía ese paseo, había despertado en él una sensación extraña: agradable por un lado y de temor por otro.

Ella se alejó ligeramente y se detuvo frente a él, con las manos apoyadas en la cadera.

—Mi hermano Argenon no me escribió una sola línea desde su llegada a la India. Pero me envía unas míseras semillas.

Logan recibió esas palabras con sorpresa. Cuando se las entregó a la baronesa, junto a otros regalos para sus hermanos, no era esa la reacción que esperaba.

—¿Ya se las ha dado su madre? Dijo que estaba muy orgullosa de su invernadero.

—¡Sí! Pero no por las flores. No se lo diga a mis padres.

—¿Cómo dice?

—Venga, quiero enseñarle algo. Tengo la sensación de que puede ayudarme en mi siguiente proyecto.

—No sé cómo podría yo ayudarla.

—Sígame.

18.

A Logan no le quedó más remedio que seguirla hasta el invernadero cuando ella lo tomó del pliegue del abrigo y tiró de él. Al llegar, abrió las puertas con una sonrisa sospechosa y miró a su alrededor. Logan entrecerró los ojos y frunció el gesto. ¿Para qué negarlo? El estado de las flores era precario: algunas mustias, otras luchando por salir, y otras más secas que sus ojos cuando se le metía el hollín.

Parpadeó un par de veces con rapidez, por si la vista le fallaba, pero no. Su vista funcionaba perfectamente; las que no estaban bien eran esas pobres flores.

—¿Y dice que está orgullosa de esto?

—¿No me ha oído? No por las flores.

Logan miró en torno al invernadero, intentando averiguar el motivo de su orgullo, pero no halló nada. Entonces, Amelia apartó unas macetas de una de las mesitas y las dejó en el suelo. Sopló sobre la superficie de la madera y la sacudió con toquecitos de sus guantes. Sus ojos se llenaron de un brillo peculiar y abrió la hoja de la mesa, revelando un cajón donde había tinta, plumas y papeles.

—Dígame qué le parece. Siéntase afortunado, no todo el mundo puede leer lo que escribo.

—¿Escribe?

Ella asintió, ilusionada, y empujó el papel hacia sus manos.

—Le parecerá una tontería, pero me inquieta.

—¿Cómo?

Logan alzó la vista y la contempló con esos ojos de demonio de San Giles que la hicieron estremecerse.

—Que lo lea, me inquieta. Pero necesito una opinión neutra. Creo que será sincero conmigo, al menos eso espero.

Logan bajó la vista a los papeles y comenzó a leer.

—«¿Era un dios? —pensó—. Aquel pirata debía serlo, o al menos haber sido esculpido por uno. Él deslizó un pulgar sobre sus labios y...»

Logan no lo vio venir: Amelia se abalanzó sobre él, haciéndolo tropezar sobre la mesa de atrás, donde quedó apoyado, mientras ella —de puntillas—, intentaba arrebatarle el escrito, ruborizada como debían estarlo las rosas de ese lugar.

—Devuélvamelo, no era esa página la que tenía que leer.

—¿No quería mi opinión?

—Sí, ¡pero no de ese fragmento!

Sus rostros estaban demasiado cerca; el enojo y la vergüenza se alternaban en el rostro de Amelia en cuestión de segundos.

Logan alzó más el papel y continuó leyendo mientras ella intentaba recuperarlo.

—«...deslizó un pulgar sobre sus labios y la contempló como quien mira al sol tras varios días de lluvia. *Quiero besarla, ahora*».

Amelia decidió usar la astucia (y algo de la fuerza) que le había enseñado su hermano, ya que su institutriz no la consideraba necesaria, y tiró de él con todas sus fuerzas. Lo que no esperaba era acabar en el suelo con él encima.

El papel voló por los aires y ambos, con la respiración agitada, se miraron. Por un instante, el espacio se redujo a esos dos cuerpos. Logan no pudo evitar fijarse en las diminutas manchas verdosas en sus ojos castaños, que lo miraban vivaces, risueños y confundidos a la vez. Era increíble la cantidad de emociones que emanaban de ellos.

Los labios de Amelia se apretaron; Logan desvió la mirada hacia ellos y su corazón se desbocó sin razón lógica.

—Me está aplastando —dijo ella, para romper el momento que, aunque efímero, le había parecido una eternidad.

—Oh, claro, discúlpeme, señorita.

Logan aclaró la garganta, avergonzado por primera vez en su vida. Fue a levantarse cuando un pequeño gemido lo detuvo.

—¡Duele!

Con cuidado, Logan volvió a inclinarse al ver que el motivo de la queja no era otro que un mechón del cabello de Amelia enredado

en uno de los botones de su abrigo de lana.

—Discúlpeme, no me di cuenta —dijo con rapidez.

La ayudó a incorporarse hasta quedar de rodillas uno frente al otro. Miró el desastre mientras sus manos se acercaban con torpeza al mechón atrapado.

Amelia entrecerró los ojos, no por dolor, sino por el extraño calor que le provocaba su cercanía. Y, sin evitarlo, tuvo que llenar el silencio.

—No se le ocurra arrancarlo. Es mi mechón favorito —bromeó, sin apartar la vista de él.

Logan sintió alivio ante sus palabras y sonrió.

—No me atrevería a hacerle daño a su mechón favorito; de ser así, tendría a todo su cabello en mi contra —respondió, mientras intentaba liberarlo con movimientos lentos y torpes.

Amelia sonrió; le parecía irreal que aquel caballero de semblante serio se dejara arrastrar por su broma.

Logan elevó la mirada y sus ojos se encontraron por segunda vez.

—¿Se rinde? —dijo ella, mordiéndose el labio inferior.

Logan ocultó una sonrisa y regresó a su tarea.

—¿Y si no puedo soltarlo? —murmuró.

—Tendría que permanecer pegado a mí el resto del día.

La sola idea provocó un calor inexplicable que le subió por el cuello. Con puro nervio, tomó el botón entre los dedos y lo arrancó de cuajo. Con un suspiro de alivio, liberó el mechón y elevó el botón traicionero como si fuera una criatura mitológica a la que acabara de vencer.

—Listo —dijo sin más.

La ayudó a levantarse y, tras sacudirse las rodillas, guardó el botón en su bolsillo.

Ella lo miró de arriba abajo con un enojo salpicado en su rostro.

—¿Tan odiosa consideraba la idea de quedarse conmigo el resto del día que ha tenido que estropear su abrigo?

Logan, que tocaba la tierra seca de las plantas mientras se alejaba con disimulo, se detuvo y la contempló, atónito.

—Es usted muy directa para ser…

—¿Para ser qué? No se equivoque conmigo. Que juegue con mis hermanos a los piratas o bromeé no significa que sea una cría. Argenon solo es cuatro años mayor que yo, y se dirigen a él como si tuviera la sabiduría de un anciano.

Tras sus palabras, resopló con un gesto toscamente adorable, lo que provocó, de nuevo, una sonrisa en Logan.

—Para ser alguien con fama de ser más rígido que el mástil de un barco, sonríe usted demasiado.

—No… no sé qué me pasa, discúlpeme —volvió a sonreír.

—¿Acaso soy un bufón?

—Por supuesto que no —Logan no podía mantener a raya el movimiento de sus labios—. Me ha malinterpretado. Lo que quería decir es que es demasiado directa para ser una mujer de su posición, que no busca —entiendo— cautivar a nadie.

Ella masculló algo ininteligible, recogió el papel que le había dado a leer y lo guardó con ímpetu en su escondite. Cerró la madera y se agachó para colocar una de las macetas. No esperaba encontrarse con un par de manos que la ayudaran a levantarla.

Amelia resopló y soltó la maceta, dejando caer el peso sobre Logan, antes de ir a por la segunda.

—Puede decírmelo —soltó Logan, sabiendo que algo se le escapaba tras esos labios fruncidos—. Si la he ofendido, sepa que no era mi intención.

—Es solo que, a veces, me siento como estas macetas.

—¿Mustia?

—¡Señor Thorne!

—Lo siento, por favor, discúlpeme. Normalmente no soy así, se lo aseguro.

—Quizá se ha vuelto estúpido porque lo he cautivado, y eso que no tenía intención.

Lo que fue una sonrisa en el rostro de Amelia se convirtió en carcajada al ver el semblante descompuesto de Logan.

—¿No hablará en serio?

—¿Por qué? ¿He dado en el clavo?

Amelia dejó de reír ante la mirada que se transformó en la de un hombre que la observaba con intensidad, y un escalofrío recorrió su espalda. Por unos segundos, el tiempo quedó suspendido en el aire.

—¡Señorita Amelia!

Ambos se giraron hacia la puerta y vieron a una doncella acercarse, apurada.

—¡Señorita Amelia!

La nombrada hizo una ligera reverencia y salió para encontrarse con quien la llamaba.

Logan la vio alejarse y solo entonces se permitió exhalar.

En su cabeza volaron imágenes y palabras. Todo había sucedido tan rápido que ni siquiera sabía cómo había llegado a esa situación. Solo había querido salir a tomar el aire, pero lo que imaginó como un paseo tranquilo en la nieve se había transformado en una conversación sobre el matrimonio, pechos caídos y demás infortunios, y había terminado en un invernadero de flores mustias y arrancando un botón.

Argenon Ravenscroft, tu hermana es un torbellino.

19.

Amelia subió las escaleras que llevaban a la puerta de su hogar a toda prisa. No había entendido muy bien a la nerviosa doncella, pero, si algo le había quedado claro, era que estaba relacionado con su padre y su hermano pequeño, William.

Corrió hacia el salón sin importarle dejar el rastro mojado de sus botines al pasar. Los criados parecían alterados tras la puerta; sin querer entrometerse, la agitación se palpaba en cada esquina. Cuando Amelia vio a su hermano gritar hasta casi rasgar su garganta, se le partió el alma.

—¡Will! —Sin dudarlo, se agachó a su altura y lo consoló.

—Papá... él es malo —dijo el pequeño con un puchero.

Amelia se giró y vio a su padre resoplar de una manera que podría echar humo por la boca.

—Llévatelo de aquí, ¿quieres? —La aspereza en la voz del barón incendió a Amelia.

—Quiere quemar a Capitán Garra —explicó William entre lágrimas.

—No quiero quemar a ese dichoso gato —respondió su padre.

—¡Mentiroso! Le ha dicho al señor Foster que encienda la chimenea.

—¿Mentiroso? ¿Me acabas de llamar mentiroso?

Amelia se levantó con rapidez al ver que se acercaba. Sabía que su padre no era malo, aunque a veces se le iba la mano. Salvo con ella, su única hija, la que conseguía, alguna vez, calmarle los prontos.

—¿No puede esperar a que lo encontremos? —dijo Amelia, calmada.

—Llevo toda la bendita mañana esperando, Amelia. Podría estar en cualquier lado. Es más, en el caso de que ese animal esté ahí, seguro que, si prendo fuego, saldrá por su vida. Y hace frío, por

el amor de Dios, ¿qué pensarán de mí los invitados al baile de tu madre al notar la casa fría?

—La fiesta es mañana, no exagere.

Amelia tomó la manta de borrego de la butaca —la que ella misma había usado esa madrugada, al no poder dormir, para taparse mientras leía una de sus novelas de aventuras preferidas—. Arropó a su padre con ella y, con empujoncitos, lo llevó a sentarse.

—Ya que lleva toda la mañana, padre, no le importará esperar un poquito más hasta que lo encuentre.

—Amelia...

Se acercó a su hermano, lo tomó de las manos y le guiñó un ojo.

—Lo encontraré, lo prometo. ¿Estás seguro de que lo viste subir?

—Sí. Ya sabes que, si tiene frío, busca el calor. Capitán Garra es muy listo y sabe que las paredes de ahí dentro se quedan calientes después de toda la noche.

—¡Amelia, no empieces! Ese animal no vale un penique —logró decir su padre, pero ella apenas lo oyó, y aunque lo hubiera hecho, no cambiaría de idea. Si se le metía algo en la cabeza, era inamovible.

Logan entró en el momento en que ella salía, con una mirada de determinación que no vaticinaba nada bueno. Sobre todo, cuando la misma doncella que la había ido a buscar al invernadero salió tras ella, alterada y con aspavientos, santiguándose.

—Allá va otra vez —dijo entre resuellos.

Logan se quedó petrificado en el umbral, tratando de entender lo que sucedía. Quizá le habría dicho lo contrario a la baronesa, pero sí, definitivamente, esa casa era de locos.

Alguien tiró de su abrigo hacia abajo, y vio al pequeño William con lagrimones secos en el rostro.

—Si es un espía, podrá encontrar rápido al Capitán Garra.

Logan se agachó.

—¿Capitán Garra?

En cuanto el niño le contó todo, entendió la situación. Pestañeó varias veces y, como si sus piernas tuvieran voluntad

propia, salió tras Amelia. Esa mujer sería capaz de trepar al techo con tal de salvar al maldito gato.

20.

—¿Por qué estoy haciendo esto? —se dijo a sí mismo cuando vio el movimiento de una capa desaparecer en el techo tras una larga escalera.

La determinación de Amelia no iba a hacer que, mágicamente, las tejas de pizarra escarchada sobre las que se posaba dejaran de resbalar. Pero estaba decidida a llegar a la salida de la chimenea, fuera como fuera. Agachada y con las manos heladas —por no haberse puesto los guantes, ya que conocía la paciencia de su padre y no era precisamente extensa—, sabía que al final, sería capaz de encenderla. Se arrastró un poco más hasta que, por azares de la vida, resbaló. Apenas pudo sostenerse de una teja.

Con el corazón desbocado; sintió un ligero mareo al mirar hacia abajo.

—Me las vas a pagar, Capitán Garra —masculló, mientras pensaba cómo podría salir de esa, ignorando los gritos de su doncella desde abajo.

¿No se daba cuenta de que así solo lograba alarmarla más? En cuestión de segundos, su pie patinó y un temblor recorrió su cuerpo. Soltó un leve grito y se aferró como pudo al borde de una teja que crujió bajo la presión. Sin aire en los pulmones debido al susto, cerró los ojos esperando el golpe, pero, en vez de sentir dolor, dureza y nieve, notó una mano fuerte rodeando la suya.

—¿Se ha vuelto loca? —La voz de Logan llegó fría como el aire que los rodeaba.

La sujetó con ambos brazos y la arrastró hasta la parte plana del tejado, donde podían, al menos, sentarse sin peligro inminente.

—¿Qué hace aquí? —dijo ella, sacudiendo sus manos enrojecidas y entumecidas.

—Impedir que se rompa el cuello por un gato.

—¿Por qué?

¿Por qué?

A Logan le iba a estallar la cabeza en cualquier instante. Allí, atrapados en un rincón del tejado, con el viento cortándoles la cara, la nieve a punto de caer y un gato que probablemente estaba escondido, ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor... y ella le preguntaba por qué.

La miró. Y, maldita sea, sonrió.

—Dígame cuál es —dijo, recuperando la seriedad y decidido a ignorar su pregunta, pues ni él mismo sabía la respuesta.

Amelia miró en torno al tejado para intentar adivinar cuál era la boca de salida de la chimenea del salón y luego regresó la mirada a Logan.

—¿Si le digo que no lo sé me empujará?

Logan se llevó una mano a la cara y frotó su frente. Qué torbellino... esa mujer era un caos, un caos con piernas.

—¿Lleva un cascabel? —preguntó Logan al haber escuchado algo entre el silencio del frío.

—¡Sí! —dijo ella—. ¿Lo ha oído?

—Quédese aquí.

—Y un cuerno.

Amelia se apoyó sobre sus rodillas y fue tras Logan, esta vez con más cuidado.

—Viene de aquí —dijo Logan, asomándose.

Posó las manos en los bordes de la chimenea y miró hacia abajo. La oscuridad, el olor... La garganta se le cerró y, por un momento, la vista se le nubló. Cerró los ojos e intentó que no se le descontrolara la respiración.

—¿Se encuentra bien? —intervino Amelia con el ceño fruncido —. Su cara ha perdido color.

Logan aclaró la garganta y apretó las manos al ladrillo.

—Llame a ese maldito gato.

Amelia lo observó, extrañada. De repente, su mirada se había oscurecido, su mandíbula se tensó y el tono de su voz se había alejado mucho del que había usado anteriormente.

—Capitán Garra, ¿estás ahí? ¡Capitán Garra!

El gato maulló. Amelia, con emoción e ímpetu, se asomó.

—Está ahí, sus ojos brillan, puedo verlo.

Logan se asomó junto a ella y comprobó que sus palabras eran ciertas. El pobre estaba agazapado en un saliente de esos mal construidos donde alguna vez él se había desgarrado la espalda. Pero estaba demasiado lejos para alcanzarlo.

—Sujéteme las piernas —dijo ella mientras se quitaba la capa.

—¿No pretenderá...? ¿Ha perdido la cordura?

—¿Cordura? ¿Qué es eso? —sonrió, feliz de haber encontrado al Capitán. Ya se hacía a la idea de la expresión de William cuando se lo entregara.

—No voy a permitir que se meta ahí. Lo haré yo.

Logan se aupó y, de nuevo, la oscuridad que veía le trajo el dolor de sus recuerdos. Tomó aire; sus manos temblaron, y todas las heridas del pasado parecieron abrirse una a una.

—¡Tengo una idea! —dijo Amelia, regresándolo a la realidad tras ver su reacción. Algo le sucedía—. Deme su abrigo. Usted no cabrá ahí. ¿Por qué, si no, usarían solo a niños como deshollinadores? Sería absurdo intentarlo, ¿no cree? Vamos, deme su abrigo; lo ataré con el mío y Capitán Garra podrá trepar, se lo aseguro. Las cortinas de mi cuarto son testigos de ello.

Logan, absorto en una especie de trance, se quitó el abrigo y se lo tendió. Amelia hizo de las suyas, pero aun así tuvo que auparse un poco. Cuando Logan la vio meter la cabeza y luego los hombros en ese agujero mientras se estiraba, reaccionó. La tomó de la cintura y tiró de ella. El dichoso gato terminó de escalar con rapidez y salió por los aires, aterrizando cerca de Logan.

Compartieron una mirada fugaz como si ambos supieran lo que iba a suceder.

Amelia se aferró a él y juntos resbalaron por el tejado sin soltarse, sin mirarse, hasta que la canaleta los frenó. Ambos quedaron en pie, estáticos, sin atreverse a moverse.

—¿Estamos vivos?

Amelia abrió los ojos y se encontró pegada a su pecho, aferrada hasta en su piel. Él clavó su mirada en ella cuando el dolor que le había provocado su agarre se hizo presente. Resopló.

Su vista fue a parar al ejército de empleados que había sido alertado por la doncella que ya estaba colocando una escalera para que consiguieran bajar.

—¿Y Capitán Garra? ¿Dónde está? —dijo de repente Amelia, al recordar que antes había salido volando por los aires.

Logan alzó su brazo, y ahí estaba el gato, aferrado a él.

—Pobrecito, te habrás asustado mucho —dijo Amelia.

Logan se limitó a alzar los ojos al cielo. Ni en alta mar se había metido en una situación de tanto peligro.

Una vez que sus pies tocaron tierra, Logan le entregó el dichoso gato y la contempló. Su rostro, lleno de hollín, y sus ojos alegres... No podía ser más preciosa.

Se aclaró la garganta, incómodo ante sus pensamientos, como si se le hubiera olvidado ya el horror que había sentido ahí arriba, y habló antes de que la doncella se la llevara para que su madre no la viera en ese estado.

—¿Qué habría hecho si no la hubiera rescatado ahí arriba? ¿Es consciente de lo que podría haber pasado?

—No me lo había planteado. Solo sé que ha sucedido justo lo que tenía que suceder.

Amelia le regaló una sonrisa y se marchó.

Logan se quedó en silencio. Luego miró su brazo, aún con una huella de hollín donde ella se había aferrado, y sonrió.

—Maldito gato.

21.

Los primeros rayos de sol se filtraron por las cortinas cuando cierto animal comenzó a ronronear y a pasear por el brazo de cierto caballero. Logan se humedeció los labios secos y abrió los ojos con cautela al notar algo extraño. Lo primero que vio fueron los bigotes de ese gato moteado; casi se puso bizco por la cercanía. Relajó los músculos al ver que solo se trataba de ese inofensivo felino y se giró, dándole la espalda. Fue ahí cuando sufrió el verdadero sobresalto. Unos ojos oscuros y bien abiertos que lo observaban desde el borde de la cama también se vieron sorprendidos.

Quien había invadido los aposentos de Logan cayó hacia atrás.

—Buenos días —dijo William, mientras el gato se subía sobre su barriga.

Logan recuperó el aliento y se aclaró la garganta, esperando que su hombría no se hubiera visto comprometida por el casi grito —bueno, rugido—, que le había salido al ver a ese pequeñajo.

—Su puerta estaba abierta. Como anoche. Quería recoger a Capitán Garra antes de que se despertara, pero me ha pillado.

—¿Recogerlo? —dijo Logan, ya sentado en el camastro.

—Sí, he dejado que duerma con usted. Yo también duermo con la puerta abierta, y mi habitación es la de al lado. Lo escuché gritar. —Logan se levantó, y el niño reculó ante su altura. Desde su posición, ese espía parecía un gigante—. Creo... creo que tiene pesadillas.

Logan se acercó a él y le tendió la mano para que se levantara.

—¿Tiene miedo a la oscuridad? —continuó el pequeño mientras acariciaba a su mascota.

—¿Conoces el dicho «la curiosidad mató al gato»? —preguntó Logan sin ánimo de asustarle—. Quizá eres tú el que la teme. Has dicho que también duermes con la puerta abierta.

El niño dio un paso atrás y se aferró a Capitán Garra.

—Sí, me da mucho, mucho, mucho miedo.

—¿Por qué?

—¿Su curiosidad también matará a mi gato o solo la mía?

Aquel crío le arrancó una sonrisa. Logan le desordenó el pelo y se agachó frente a él.

—Con la hermana que tienes, ya deberías saber lo que es una broma.

—¿Usted también es como ella?

—¿A qué te refieres?

—Amelia bromea para esconder cosas.

Logan lo miró con atención. Ese crío era listo. Demasiado.

—¿Y qué esconde?

—No lo sé, pero... —Lo tomó de la oreja y lo acercó a él—, creo que es una pirata de verdad.

Desde luego, era igual de imprudente que algunos de los piratas que él había conocido en sus tratos comerciales. Ahora fue Logan quien tomó la oreja del niño y susurró:

—Sé cómo puedes descubrirlo.

El niño se quedó sin aire y se tapó la boca.

—Escucha con atención. Hay algo que todos los piratas hacen.

—¿El qué? —William estaba tan tenso que el gato notó su agarre más apretado de lo normal y decidió escaparse de allí para buscar un hueco en la cama de Logan.

—Si tu hermana es una pirata, se rascará la nariz tres veces, ni una más ni una menos. Los he visto hacerlo.

—¿De verdad? ¿Ha visto muchos piratas?

Logan asintió mientras se levantaba.

—¿Sabe si conocen al capitán Garra?

El niño se subió al lecho y observó a Logan expectante, mientras sus pies colgaban y se balanceaban de un lado a otro.

—Háblame más del capitán Garra y te diré si recuerdo algo.

—Su barco es *El Bigote Fantasma*, e iba con su flota de gatos de feroces ronroneos y ataques veloces.

—No me estarás hablando del felino más temido y respetado por todos los mares, conocido por sus afiladas garras. ¡Nunca ha fallado una batalla!

El niño no pudo abrir más la boca ante su sorpresa.

—¿Lo... lo conoce? —balbuceó.

Logan asintió, mientras el niño tomaba al gato para luego elevarlo sobre su cabeza y observarlo con orgullo.

—Amelia tenía razón. Eres un capitán gatuno reconocido.

El niño, absorto en su animal, hizo varios giros sin dejar de mirarlo y se acercó a la puerta.

—Tengo que contárselo a mi hermano Arthur, aunque no me creerá. Nunca se cree las historias que nos cuenta Amelia.

Logan no podía apartar la vista de los ojos de ese niño; había algo en ellos —una luz, un brillo limpio, sin sombras— que le resultaba tan ajeno como fascinante. ¿Alguna vez había tenido él esa mirada? ¿O siempre había pertenecido al vacío? No solo él, sino también los niños con los que había crecido. En ninguno recordaba haber percibido un brillo semejante. Por un segundo se lamentó, e incluso sintió envidia. Aquel niño no sabía cómo vivían otros de su misma edad y, seguramente, jamás sería consciente de lo privilegiado que era.

Bien por él, se dijo.

—¿Podrías guardarme el secreto? —pidió antes de que se marchara, dejando atrás sus pensamientos.

—¿Qué secreto?

—Lo que oíste anoche, y lo de la puerta.

—No lo iba a decir. Tenemos un código de caballeros, eso me dijo Arthur la vez que lo vi espiar a unos que se besaban en el debut de Amelia. ¡Qué asco! Pero me dijo que hay cosas que no se cuentan.

—Un chico listo, tu hermano. Vamos, márchate ya —dijo al ver sus ganas de salir y contarle a cada uno de los habitantes de esa casa lo que había averiguado sobre Capitán Garra.

Tras despedirse y pensar en Arthur y en el futuro elemento en que se convertiría, la pobre lady Ravenscroft se cruzó por su mente. ¡Lo que la esperaba con ese muchacho!

Iba a cerrar la puerta cuando escuchó unos pasos acelerados que se acercaban a toda prisa por el pasillo. De repente, vio a Amelia a medio vestir y con cintas de varios colores colgando de su cabello semirrecogido.

—¡Señorita! —gritó la doncella sin sobrepasar los límites del decoro—. Su madre ha dicho que debe escoger una.

—No pienso usarlas.

Amelia tropezó al ver a Logan asomado a la puerta con ese aspecto cercano de recién levantado, pero este, veloz, la tomó del brazo antes de que aterrizara. La señorita Ravenscroft le regaló una sonrisa que iluminó todo Hampstead y siguió huyendo de la pobre doncella, que estaba al borde del colapso.

Logan cerró la puerta con rapidez y se apoyó en ella. Se llevó la mano al estómago y tomó el aire que había perdido. ¿Qué había sido eso? Se apartó de la puerta con lentitud, con la sensación que le había transmitido el brillo de esa sonrisa clavada en su pecho.

Se pasó la mano por el rostro, intentando disipar las sombras que la noche había decidido recordarle, y se obligó a pensar en otra cosa. Quizá había sido mala idea quedarse a dormir; al fin y al cabo, su hogar no estaba ni a una hora de distancia. Pero la baronesa había insistido después del incidente en el tejado. No pudo negarse, pero quería regresar cuanto antes a Londres y tener esa conversación con Bernard, además de hablar con cierto grumete sobre las ligeras sospechas de transacciones irregulares de su tío.

Ese día era importante en Ravenscroft Hall. La baronesa confiaba en que sería el día definitivo en que Amelia conocería a su futuro marido, pues así se lo había dicho una gitana en la que siempre confiaba sus temores y alegrías. Ya le había parecido extraño a Logan que una mujer culta como la baronesa se dejara guiar por esas falacias que no consistían más que en palabrería a cambio de dinero. Sin embargo, una punzada de curiosidad se había instalado en su mente.

Se dirigió a la ventana y la abrió. El aire de Hampstead olía a escarcha y a jardín limpio. Desde allí podía ver cómo los criados iban y venían preparando la entrada, colgando faroles, arreglando el seto recortado del camino. Donde allí había alegría, para él era un cúmulo de tensión que tenía que digerir gracias a su amigo —aunque quizá dejara de llamarlo así—. La velada no iba a ser sencilla para él: una mansión llena de curiosos, de aquellos a los que había evitado a toda costa; de sonrisas calculadas y discursos vacíos y engañosos que solo pretendían mantener las apariencias. Y, por otro lado, estaba ella. Amelia, que se las había ingeniado para desconcertarlo cada vez que aparecía. Si de día estaba resplandeciente y luminosa, temió que de noche trajera el peligro.

—Señor, su desayuno.

El ayudante de cámara entró tras llamar a la puerta y dejó la bandeja en la mesilla.

—El barón quiere reunirse con usted en la biblioteca dentro de una hora.

—¿Sabe el motivo?

—Me temo que no.

Logan observó la puerta cerrarse tras el criado con el ligero presentimiento de que nada bueno saldría de esa conversación.

22.

Los nudillos de Logan se aproximaron a la puerta, pero, antes de que siquiera pudiera tocarla, esta se abrió y el rostro enrojecido de la baronesa apareció frente a él.

—Oh, señor Thorne. Pase, por favor —dijo la mujer, desviando la vista con rapidez.

—Esther, querida. Cierra la puerta en cuanto el señor Thorne pase y asegúrate de que nadie entre.

—Milady... —dijo Logan casi en un susurro.

—Por favor, pase.

—¿Se encuentra bien?

Las manos de la baronesa temblaron por un segundo lo suficientemente largo como para que él percibiera un ligero estremecimiento.

Con un gesto, ella lo hizo pasar. En cuanto Logan dio un paso al frente, la puerta se cerró.

Extrañado, miró hacia atrás, intentando comprender el estado de la baronesa. Esa viveza con la que el día anterior lo había recibido había desaparecido por completo.

—Acérquese, señor Thorne.

Logan vislumbró la espalda del barón, que miraba la chimenea mientras sus labios se acercaban a una pipa de marfil.

—¿Fuma, señor Thorne? —preguntó en cuanto estuvo a su lado.

—Me niego a probar todo aquello que provoque adicción, milord.

El barón se giró y, con el rostro iluminado por el fuego, entre luces y sombras, lo observó.

—¿Alguna experiencia turbulenta? —Sonrió.

—¿Para qué me ha llamado?

—El tabaco que fumo es importación de uno de sus barcos.

—¿Y hay algún problema?

—Ninguno.

Logan tragó saliva. Sabía cómo funcionaba ese hombre, cómo lograba generar una tensión más tirante que la de las cuerdas de un violín si se lo proponía. Solo hacía falta ver el efecto que tenía sobre su hijo, como si fuera un pulgar sobre una hormiga indecisa que no sabe si ir a la izquierda o a la derecha. Lo que no sabía ese caballero era que Logan no era una de esas hormigas a las que podía aplastar: más bien era un saltamontes que había aprendido a sortear obstáculos cuando se acercaban.

—¿Por qué me ha llamado?

—Vaya... ¿Le aburre mi conversación? ¿Tiene algo mejor que hacer? El cumpleaños de mi hija no es hasta dentro de un par de horas, y tengo entendido que mi adorable esposa lo ha invitado a quedarse.

Logan se acarició la quijada y lo miró, esperando a que continuara.

—¿Qué sabe de mi hijo y esa hindú?

—Lo mismo que usted.

—¿Lo protege?

—En absoluto. Creo que sabe hacerlo solo.

La carcajada que soltó rebotó en las paredes hasta regresar a los oídos de Logan.

—Mi hijo, Argenon —dijo, vaciando la pipa en la chimenea— será idiota, pero sabe escoger amigos.

—¿A dónde quiere llegar?

El barón sonrió de nuevo y se acercó a una de las estanterías de la biblioteca para recolocar unos libros.

—Amelia.

—¿Amelia? —Logan frunció el ceño.

—Se piensa que no me doy cuenta, pero nunca deja los libros como estaban. Aquellos que no tiene permitido leer. Lo prohibido siempre es más atrayente, ¿no cree?

—Supongo que todos queremos aquello que deseamos, sea prohibido o no.

—¿Y qué quiere usted?

—Me limito a no desear nada, milord. Ya me ha sido concedido mucho más de lo que merezco.

—Entiendo, entiendo —de nuevo esa risa torcida acompañada de unos ojos oscuros que se clavaron en él—, pero dígame, ¿todavía le huele a quemado? ¿Todavía teme a la oscuridad?

Cada músculo del cuerpo de Logan se tensó, y su garganta se cerró sin permitirle contestar.

—Tendría que ver su rostro en este instante. ¿Hay algo que todos debamos saber?

—¿Cuándo ha hablado con mi tío?

—¿Cuándo? Siempre estoy hablando con él. Somos socios, ¿recuerda?

—¿Qué le ha contado?

—Nada. Relájese, señor Thorne. Ese hombre no tiene absolutamente nada contra usted, de momento. Me temo que ha recurrido a mí para que mi influencia sirva de algo en su mediocre investigación. Él cree... —rio y se sirvió una copa—, cree que usted no es el verdadero hijo de Charles. ¡Qué idiotez!, ¿cierto?

—No sé qué pretende, pero le aseguro...

—Solo pretendo ofrecerle la mano de mi hija. ¿No sería maravilloso? Habría que ser estúpido para ignorar la manera en que la contempla. ¿Solo le tomó un día caer rendido a sus pies?

—No juegue conmigo, milord. No soy una marioneta a la que pueda manejar a su gusto, y tampoco lo es su hija.

—¿Jugar? Ni se me ocurriría. Los juegos se los dejo a los niños. Piénselo: ambos saldríamos ganando. Usted consigue consagrarse como parte de la alta sociedad inglesa, dejando atrás todo rumor sobre sus orígenes, porque sí, ya debe de ser consciente de que las sospechas que recaen sobre usted no son únicamente de su tío. Y yo...

—Controlaría el resto de la flota Thorne.

—Sabía que lo entendería. ¿No le parece una oferta fabulosa?

—Me temo que tengo que rechazarla. No soy un hombre que pueda comprarse.

—Entonces me veré obligado a ofrecer la mano de Amelia a alguien más.

Logan apretó los puños. No sabía qué habría visto el barón en su mirada; quizá algo que ni él mismo reconocía, al menos hasta ese momento, cuando una punzada de dolor inexplicable lo sacudió.

—Puede irse. Y se lo advierto, señor Thorne: no sé qué le habrá contado mi hijo, pero le aconsejo no meter las narices donde no lo llaman.

Logan hizo una ligera reverencia, con la mandíbula apretada, y se marchó con un halo de ira e impotencia. Solo esperaba que Amelia, con su carácter fuerte y decidido, no se rindiera a los deseos de su padre de convertirla en una moneda de cambio. Pero ¿a quién tenía en mente el barón?

En ese instante, Logan comprendió que aquella oferta rechazada no sería el final, sino el inicio de una guerra silenciosa en la que Amelia, sin saberlo, ya formaba parte.

23.

La baronesa había dejado atrás ese rostro compungido que había mostrado al salir de la biblioteca de su marido y, con pequeñas palmadas, llamaba la atención de los sirvientes, que, apurados, seguían sus últimas instrucciones para recibir a los invitados que estaban por llegar. Por supuesto, en su mayoría eran caballeros que ella cuidadosamente había seleccionado: unos por su belleza, otros por sus aptitudes y otros que simplemente gozaban de una buena fortuna. Sin embargo, tras la charla con su marido, toda la ilusión y expectativa que esta tenía se habían esfumado como la hojarasca tras un golpe de viento. El barón había decidido. Ella había llegado demasiado tarde y no había conseguido impedir que su esposo la vendiera al mejor postor como si fuera un mero producto de sus sucios negocios; y, como siempre, su opinión quedaba en un frasco que jamás gozaría la dicha de ser abierto.

Los gritos de Amelia se escucharon escaleras arriba y su madre no hizo más que frotarse el rostro cuando su doncella se acercó apurada.

—Milady, se niega a bajar.

—Las puertas van a abrirse ya; ¡tiene que recibirlos!

Por un momento, una peligrosa tentación se instauró en la baronesa. ¿Y si simplemente la dejaba? ¿Y si ella misma le sugería huir? Total, su búsqueda de pretendientes, a esas alturas, carecía de sentido.

—Dice que conoce sus intenciones, milady, y dice… —La doncella se aclaró la garganta—, dice que jamás encontrará a un caballero que pueda seguir su ritmo.

—¡Por el amor de Dios! —espetó la baronesa, escandalizada.

—No puedo quitarle razón, milady; no la aguanto ni yo.

—¡Rosemund! ¡Por todos los cielos! Qué libertades son esas de hablarme de ese modo y, ni más ni menos, de mi hija.

—Discúlpeme, mila…

La doncella no pudo acabar la frase, y tanto ella como la baronesa se quedaron boquiabiertas al ver a un ángel de cabellos oscuros descender por las escaleras con gracilidad.

Rosemund pestañeó varias veces al creer que había visto una aparición, mientras que la baronesa tragó con dificultad. Que su hija hubiera obedecido, al fin, y bajara como una verdadera dama —arreglada, educada y grácil— solo significaba que algo ocultaba tras esa sonrisa.

—Señorita… está… parece… —la doncella no encontraba palabras para describir su asombro.

—Sé lo que parezco, Rosemund: una carnada para todos esos pececillos que han sido invitados a nadar en esta pecera a la que me veo obligada a llamar hogar.

—Amelia…

—Madre, relaje ese rostro. Ya estoy aquí, ¿no?

La baronesa la miró con sospecha y solo esperó que esa noche no se convirtiera en un escándalo cuando su padre anunciara su compromiso. Al menos le había prometido dejarla en paz hasta que se fueran los invitados.

Amelia alisó su vestido blanco nacarado y liberó un mechón rebelde de sus cabellos. Su madre decidió ignorar aquel gesto: sabía bien cuánto detestaba su hija los tocados demasiado apretados y ornamentados.

—¡Que abran las puertas! —dijo Amelia con un tono exagerado, casi teatral.

—Señor, dame paciencia… —suspiró la baronesa, mientras los criados no pudieron evitar unas risas contenidas.

Solo Amelia conocía el verdadero motivo de su repentina docilidad. Desde la ventana de su alcoba había observado a cierto caballero enfundado en un frac verde botella, cuya sobriedad parecía fundirse con el paisaje. No se había mezclado con los demás, que charlaban animados o se asomaban a las ventanas como niños en una tienda de dulces. Tampoco dedicaba palabras a las pocas damas

presentes, quienes lo observaban a lo lejos entre cuchicheos y risitas nerviosas. Él permanecía aparte, con el ceño fruncido y el cuerpo tenso, como si mantuviera un intenso soliloquio. Y fue aquella pregunta —¿en qué estaría pensando ese hombre?— la que había empujado a Amelia a descender las escaleras con inesperada obediencia.

Los primeros invitados comenzaron a desfilar por el vestíbulo, pero a Amelia solo le interesaba uno.

—Señorita, es usted una rosa entre cardos —dijo un caballero tras besarle la mano.

Amelia tuvo que contener una carcajada. Aquello era, sin duda, el cumplido más pobre que había recibido en toda su vida.

Algunos ni se molestaban en mirarla, aquellos que habían aceptado la invitación únicamente por quedar bien con el barón. Otros, en cambio, la recorrían de pies a cabeza con una mirada lasciva. No era un secreto que aquella joven no se parecía a las demás. No tenía madera de esposa. Todos lo sabían. Demasiado respondona, altiva, con esa peligrosa inclinación a cuestionarlo todo… en definitiva, un incordio. Y, sin embargo, como divertimento, resultaba toda una tentación.

Amelia se obligó a sonreír con cortesía, mientras su madre la observaba desde el otro extremo del salón como un halcón dispuesto a lanzarse a la menor tosquedad por su parte que dejara por los suelos el apellido Ravenscroft.

Al segundo cumplido insípido, Amelia ya había perdido la paciencia, y al tercero se preguntaba si alguno de esos caballeros poseía una pizca de ingenio.

Entonces lo vio.

24.

Logan Thorne cruzó el umbral con paso seguro; su frac verdoso destacaba entre los tonos oscuros que dominaban la velada. No se apresuró a saludarla ni buscó atención como otros, pero bastó su sola presencia para que varias conversaciones se interrumpieran. Algunos hombres lo siguieron con la mirada, como si tuvieran algo que evaluar; las damas, en cambio, disimularon mal el rubor y el cuchicheo. Amelia lo tuvo claro: llamaba más la atención un hombre enigmático y callado que el resto de los pomposos presentes.

Amelia entrecerró los párpados, fingiendo indiferencia. Sin embargo, no pudo evitar que una chispa de satisfacción le recorriera el cuerpo sin remedio.

—No seas estúpida —se dijo en un murmullo.

Pasados unos minutos, deseaba que los saludos terminaran de una vez. Mientras lo observaba, pensó: ¿Es que él no iba a acercarse?

Entre palabras que le resultaron vacías y cumplidos que resonaban como un eco lejano, Amelia, de nuevo, posó su mirada en él, sin evitar sonreír por dentro. Sostenía una copa, pero parecía más una acompañante que una bebida, pues ni siquiera se había mojado los labios.

Apartó la mirada por unos segundos y sonrió con una cortesía fingida al siguiente invitado. Después, su mirada recayó de nuevo sobre Logan. No buscaba compañía ni conversación. No participaba de las risas ni de las miradas calculadas de las damas —de las que otros se hubieran sentido halagados—, pero tampoco parecía incómodo.

Lo siguió observando como si así pudiera obtener la respuesta a la pregunta que le había hecho ceder a los deseos de su madre cuando… Por un instante, sus miradas se encontraron entre los

murmullos, el roce de las sedas y el sonido del cuarteto de cuerdas que animaba la noche.

Un pequeño cosquilleo recorrió la nuca de Amelia, una sensación tan inesperada que estuvo cerca de perder la compostura.

Logan apartó la vista con un leve gesto, como si aquel cruce de miradas hubiera sido un mero accidente, y decidió observar uno de los cuadros que se lucían imponentes en ese salón; en ella, en cambio, creció una leve chispa de irritación. ¿Por qué la había mirado así? Como si supiera algo que a ella se le escapaba.

Unos minutos más tarde, el recibimiento por fin había llegado a su fin. Amelia masajeó las mejillas doloridas de tantas sonrisas fingidas y se bebió una copa tras otra en cuanto su madre la perdió de vista. Resopló y se abanicó el cuello con la mano, con los ojos cerrados, aprovechando su intimidad en un rincón apartado, tras una columna que siempre usaba de escudo en las fiestas de su madre. Entonces, un ligero cosquilleo, seguido de una sensación de frescor, alcanzó su cuello. Abrió los ojos con rapidez y se encontró con los labios de Logan aún fruncidos tras soplar sobre su piel. Si antes tenía calor, en ese momento era como si se hubiera metido en una hoguera por voluntad propia.

—Señor Thorne —dijo, casi en un susurro.

Él reaccionó con inmediatez y se separó, siendo consciente de su falta de decoro. Aquello había sido un estúpido impulso que ni él mismo reconocería de dónde había salido.

—Pensé que la refrescaría —dijo, incómodo—. Ha estado completamente fuera de lugar. —Se aclaró la garganta.

—Claro que no, me ha gustado.

Amelia abrió los ojos como dos ventanales en la mañana y ahogó un grito con las manos sobre los labios.

—Amelia, querida. Hay alguien que desea hablar contigo.

No se sabe qué sorprendió más a la baronesa: si no hallar sola a su hija en su escondite o ver, por primera vez, su rostro ruborizado.

Logan hizo una ligera reverencia a ambas y continuó su paseo por el salón, deseando que llegara una hora prudente para marcharse sin caer en la falta de educación. Su tío había llegado —lo

había visto hace rato— y lo único que quería era mantenerse alejado de él. Sus conversaciones nunca terminaban bien y no quería llamar la atención en medio de ese salón. Tras unos segundos, sus pasos se detuvieron en cuanto vio a la baronesa dejar a Amelia junto a su tío.

—Señor Thorne —dijo ella con poca gana. Sabía que era amigo de su padre y, por muy atractivo que fuera, podía ver a leguas que, por dentro, solo había putrefacción y deseos de hacerla suya.

—Por favor, llámeme Henry. Cada vez me escuece más ese apellido. Tengo que decirlo: está despampanante esta noche, querida. Aunque he de decir —se acercó a su oído— que la prefiero correteando en los jardines, con el rostro sucio y las mejillas arreboladas por el calor.

Logan, que se hallaba lo suficientemente cerca para oírlos, quiso golpearle.

—¿Qué le hace pensar que me importa lo que usted prefiera?

El olor intenso a colonia y alcohol que desprendía le causó malestar. No podía creerse que ese hombre fuera de la misma familia a la que Logan pertenecía.

—Le importará, se lo aseguro.

Amelia le clavó su mirada enfurecida y a punto estuvo de levantar la voz, pero su madre intervino.

—Querida, sal conmigo a tomar el aire.

Henry Thorne sonrió, satisfecho, y las dejó alejarse.

Logan no se había dado cuenta de lo tenso que estaba hasta que vio que Amelia se apartaba de ese hombre.

—¿Ya se ha arrepentido? —dijo una voz tras él.

Logan se giró y observó el rostro del barón, que parecía divertido.

—Siempre he sabido leer a la gente, señor Thorne. Por eso he llegado a donde estoy.

El salón, la música y las risas se desvanecieron mientras, inmóvil, observó cómo Amelia desaparecía tras las cortinas del balcón; y, por primera vez en la velada, sintió que el suelo bajo sus pies se movía, arrastrándolo a un destino que no había elegido.

25.

¿Se había arrepentido?

La idea de quién podría ser el futuro marido de Amelia Ravenscroft recorrió su mente y se vio a sí mismo observando a todos los presentes como si fueran enemigos a los que tendría que apartar de ella. Maldijo a Argenon, porque, sin querer, lo había metido en una encrucijada de la que no necesitaba formar parte. Y en ese instante, ella… ella se acercaba a él, complicando aún más las cosas. Con una amplia sonrisa en su rostro níveo, enmarcado por unos cabellos oscuros, se cruzó de brazos y habló.

—¿Por qué se esconde en las sombras como si no perteneciera aquí?

Logan alzó las cejas, algo sorprendido.

—Porque no pertenezco —respondió con total sencillez—. Y usted debería estar bailando con algún caballero, no hablando conmigo.

Amelia levantó una ceja y descruzó los brazos.

—Tiene razón, bailemos.

Como si fuera lo más natural del mundo, Amelia tomó la mano de Logan y lo arrastró hacia donde se encontraban las otras parejas que ya danzaban.

—¿Qué hace? —murmuró Logan, disimulando sus palabras en una sonrisa forzada, como un intento de ocultar su nerviosismo.

—Me ha dicho que baile con un caballero. Usted es uno, ¿no?

—Esto… no es apropiado.

—¿No se lo ha dicho mi hermano? Me importa poco lo que piensen los demás.

Logan maldijo a los cuatro vientos cuando un escalofrío recorrió su espalda en el momento en que ella reposó su mano sobre su hombro y aseguró su cercanía. Durante el inicio del baile, él

permaneció rígido, pero poco a poco comenzó a relajarse, a ratos, como si dentro de él se librara una lucha interna.

—Para no pertenecer, baila usted bastante bien.

Sin proponérselo, Logan sonrió. Y eso que reconocía el peligro al verlo de frente. Debía marcharse cuanto antes.

—¿Falta mucho para que acabe el baile?

—¿Le desagrado? —preguntó ella con mirada expectante.

—¡En absoluto!

Su respuesta fue tan súbita que Amelia soltó una carcajada, atrayendo la mirada de los presentes, cosa que ignoró rotundamente.

—Solo quería preguntarle algo; luego lo dejaré marcharse. Lo prometo.

¿Sería eso cierto? Logan la contempló con atención y curiosidad.

Amelia bajó la voz, casi en un susurro.

—Antes, allí afuera, lo he visto hablando solo. O al menos eso parecía.

—Si lo niego, ¿me creerá?

Ella sonrió y negó con un movimiento de cabeza.

Su naturalidad lo incomodaba de cierto modo. ¿Se habría percatado ella ya de su nerviosismo? Nunca antes se había sentido tan a merced de alguien, y eso que había vivido situaciones crueles, muchas de las cuales no quería ni recordar.

—¿Puedo saber de qué se trataba? —continuó Amelia—. Me refiero a la conversación consigo mismo.

—¿Suele ser tan entrometida?

—Sí, la verdad.

Logan no reprimió el movimiento de sus labios.

Ella lo miró con unos ojos brillantes y curiosos que lo llenaron de una inexplicable ternura. Si fuera una espía francesa, le habría contado todos los secretos de la flota inglesa en un abrir y cerrar de ojos.

Estaba perdido.

—Tengo miedo.

Ella se tropezó y él la sostuvo con fuerza. Como si nada hubiera pasado, continuaron bailando.

—¿Miedo? ¿Usted? ¿Por qué?

De repente, sin que fueran conscientes, la música se desvaneció y todos prestaron atención a la baronesa, quien proponía un juego, tal como su marido le había ordenado.

—Seguro que ya conocen el juego de *Blind Man's Buff*, uno de los preferidos de mi querida hija. Y, cómo no, no podía faltar en la noche de su cumpleaños.

La aludida no había apartado la mirada de Logan, de quien todavía esperaba respuestas, hasta que su padre, el barón, sugirió que el mismísimo señor Thorne fuera el primer participante.

Amelia pudo ver la tensión repentina en su mandíbula y una neblina que se instauraba en sus ojos, una mirada muy parecida a la que había visto en el momento en que la ayudó a rescatar al dichoso gato de William.

—Lo cierto es que me marchaba ya —replicó ante el ofrecimiento.

Recibió unos maleducados abucheos y risas.

—¿Lo habéis oído? ¡Se niega a participar! ¿Es eso posible en una de las fiestas de mi querida esposa?

La mayoría respondió con un *no*.

Logan observó sus sonrisas distorsionadas, las garras que se acercaban hacia él, carcajadas lejanas y una oscuridad que lo acechaba. Alguien se aproximaba con un pañuelo negro y perdió el equilibrio.

—¿Se encuentra bien? —dijo Amelia—. Solo es un juego.

El hombre del pañuelo se acercó un poco más. Amelia lo miró, preocupada por el temblor en sus manos. Logan la miró, y en ella reconoció el rostro de la señora Quirk. Cuando el hombre del pañuelo se inclinó, Logan ya no veía su rostro: en su lugar apareció la imagen distorsionada del señor Finch. Pestañeó de nuevo, intentando apartarla, pero no desapareció. En el instante en que el pañuelo rozó sus ojos, otra visión se impuso: una puerta cerrada con violencia. Apretó el puño y, de un solo golpe, el hombre del pañuelo

salió despedido. Todos los invitados dieron un paso atrás, como si su locura fuera contagiosa.

—¡Señor Thorne! —espetó la baronesa, escandalizada, al ver que todo el salón se tornó silencioso.

A Logan le costaba respirar y, con la vista nublada, entre rostros inmóviles, consiguió llegar a la puerta esquivando los cuerpos que parecían querer engullirle.

—Espere —dijo Amelia, que decidió ir tras él.

—No provoques un escándalo, querida —intervino el barón, tras impedirle dar un paso más al tomarla del brazo.

—Déjala —dijo su madre. Amelia la miró, sorprendida: era la primera vez que la veía imponerse de ese modo—. Es su última noche sin ser objeto de tus maquinaciones. Por favor, déjala.

El barón clavó la mirada en su hija y luego hacia Logan, quien se marchaba como un borracho en mitad de la noche. Sonrió para sí y aflojó el agarre de su brazo. No por hacer caso a su mujer, por supuesto. Quizá, después de todo, no haría falta casarlo con ella para controlarlo. Ese hombre sería capaz de destruirse a sí mismo.

—Mi hija —anunció el barón—, como buena anfitriona, va a despedirse de nuestro invitado. Me temo que el señor Thorne no se encuentra bien.

El ambiente se relajó y la celebración siguió su curso.

En cuanto el mayordomo abrió las puertas, Logan dio una fuerte bocanada y se frotó los ojos. No le importaba la nieve que caía ni el frío que penetraba en sus huesos.

Miró hacia un lado y a otro, donde los carruajes aguardaban a sus dueños en cuanto la fiesta acabara. Con rapidez, localizó a Ned, su cochero, al que había dado orden de recogerlo esa misma noche.

—Señor… —dijo este, preocupado. No era la primera vez que lo veía con esa expresión en el rostro.

—Sácame de aquí.

26.

El carruaje de Logan se detuvo en East End, donde las ratas hurgaban en la basura y el aire era un caldo de olor a carbón húmedo, cerveza rancia y podredumbre.

No sabía si había huido de la fiesta, de los fantasmas que lo acechaban o de sí mismo, mientras las voces en su cabeza le recordaban quién era. Se bajó del carruaje y miró hacia un lado y hacia otro, esperando que nadie se hubiera fijado en él.

—¿Señor, está seguro?

Ned levantó la tapa del asiento de su señor y tomó un saco de terciopelo verde. Sin decir nada, Logan lo arrancó de sus manos y desapareció en la oscuridad.

Pero alguien lo había visto.

—Espéreme aquí —dijo Amelia a su cochero.

—Señorita, no debería haberla traído a este lugar. Si su padre se entera...

—Si mi padre se entera, yo fui quien le dijo que siguiera al carruaje del señor Thorne. O, mejor aún, será mejor que no llegue a sus oídos mi presencia aquí.

Amelia se acercó con un saquito de monedas y se lo tendió al cochero.

—Sé que su hija está enferma. Yo le ayudo, y usted a mí.

El cochero asintió, no muy seguro a pesar de la oferta, y tomó el dinero.

¿Por qué vendría el señor Thorne a un sitio como este?

Se cerró el abrigo y cubrió sus cabellos con la capota. Al principio, el fuerte hedor le provocó una arcada, pero su curiosidad era más grande que su desagrado. Levantó ligeramente el vestido y la capa para no mancharse —y evitar preguntas incómodas al regresar— y lo siguió.

Giró una calle a la izquierda y luego otra a la derecha. Tuvo que esconderse con rapidez cuando él se detuvo y miró hacia atrás. Salvo algún gato callejero que había salido de caza, la calle permanecía desierta, y le fue difícil disimular sus pasos sobre el adoquinado cubierto de nieve negra. Si él se detenía, ella lo hacía; si aceleraba, también. Hasta que, tras una puerta, desapareció.

Amelia esperó antes de empujarla. Con el corazón repiqueteando en las sienes por lo que pudiera encontrarse, se detuvo otro poco hasta que se decidió. Empujó la puerta, que cedió, y el interior la recibió con una penumbra sofocante, cargada de humo de tabaco, sudor y alcohol barato. Amelia se llevó las manos al rostro y cerró los ojos tras ver a un hombre ensangrentado que pasaba a su lado mientras otros dos lo arrastraban. Tragó saliva y reprimió otra arcada.

—¡Hoy tenemos el honor de presenciar a la leyenda, al fantasma...! ¡Con todos ustedes, el Diablo!

Las apuestas aumentaron. Los que estaban distraídos se arrimaron para buscar un hueco desde donde presenciar la pelea, y entre empujones y murmullos, Amelia quedó en el primer círculo de espectadores, donde estaba segura de que recibiría un golpe en cuanto fuera consciente de dónde estaba. Había oído hablar de esos lugares gracias a Argenon y a lo que había leído en *The Morning Chronicle*, que solía robarle a su padre: peleas a sangre fría, con apuestas crecientes, donde algunos reconocidos caballeros perdían verdaderas fortunas.

El jaleo se transformó en murmullos, y estos en silencio, en cuanto aquel hombre con una máscara de demonio negro apareció. Su torso estaba descubierto, lleno de cicatrices, cortes y quemaduras pasadas. Amelia miró en torno a todos los presentes buscando el rostro conocido de Logan. ¿Por qué iría a ver algo así? Esa pregunta no hacía más que rondarle la cabeza. Sin embargo, no lo vio por ningún lado. ¿Debería marcharse entonces? Pero ese hombre enmascarado llamaba tanto su atención que, en cuanto llegara a su escritorio, no dudaría en escribir sobre él. Era misterioso, magnético... como él.

Entrecerró los ojos mientras su curiosidad aumentaba, justo cuando su contrincante hizo acto de presencia. La pelea comenzó. ¡Ese hombre le sacaba al menos dos cabezas al demonio! Amelia tragó saliva mientras su voz interior —aquella a la que nunca escuchaba— le gritaba que se marchara de allí.

Logan respiró a través de la máscara y estudió a su oponente. No importaba lo grande y corpulento que fuera mientras él tuviera que sacar todo lo que llevaba por dentro. Lo que había hecho ese hombre, la forma en que lo había ridiculizado con sus temores... Tensó la mandíbula hasta sentir el eco del dolor en las sienes. Estiró el cuello a un lado y a otro y lanzó un aullido de furia antes de atacar.

—Déjalo todo atrás —se dijo—. Déjalo atrás.

Con todas sus fuerzas arremetió contra el otro, que, como un coloso, ni se movió.

—Quiero ver quién se esconde tras esa mascarita —espetó el gigante.

El público, ansioso, se acercó más, y con ellos, Amelia, que no tuvo remedio al ser empujada.

Logan se zafó del agarre del oso y dio tres pasos atrás. Apretó los puños, y con fuerza, sus nudillos fueron a parar al costado de su oponente una y otra vez, con ira, sin contención.

Amelia percibió su dolor a pesar de no verle el rostro. Su forma de pelear era distinta a la de su contrincante. Sus movimientos eran calculados, casi felinos, y había furia contenida en cada golpe, como si no quisiera acabar pronto con él. Sin embargo, en uno de sus movimientos, el puño del gigante impactó en su pecho con la fuerza de un martillo. Logan salió disparado varios pasos hacia atrás hasta chocar contra una figura inesperada.

Un cuerpo amortiguó la caída. Al volverse para comprobar que no hubiese resultado herido, sus ojos se toparon con los de Amelia. ¿Qué hacía allí?

Por un instante todo el bullicio desapareció: no había gritos, ni apuestas, ni sangre. Solo esa mirada. Solo un temblor en su pecho.

Maldición.

Quien había aprendido desde niño a enterrar el miedo bajo la furia —el mismo que tantas veces se había repetido «déjalo atrás, olvida, golpea, sobrevive»— se encontraba más vulnerable que nunca. No ante el gigante que lo acechaba, sino ante ella.

Él acercó su mano para ayudarla a levantarse, y Amelia la tomó sin dudar. Su corazón se detuvo, no por miedo, sino porque, en esos ojos, en esa herida invisible que los habitaba, lo supo ver.

Es él.

La alzó con un gesto torpe, casi brusco. Ajustó su capota para que nadie viera su rostro y se giró de inmediato para volver a la pelea antes de que su contrincante se acercara a ella.

Un puño siguió a otro; su boca se llenó de sangre y el sudor le cegó los ojos, opacando toda la disciplina que siempre había mantenido.

¿Qué hace aquí?

Amelia no pudo soportar ni un golpe más, y cuando su figura retrocedió hacia la salida, empujada por cuerpos sudorosos y hambrientos de dinero, una punzada de terror lo atravesó. East End era peligroso, y más para una mujer. Si la perdía de vista, no podría protegerla. Si alguien la tocaba, jamás se lo perdonaría.

Apretó los puños cuando el gigante volvió a cargar contra él, y solo bastaron tres golpes rápidos y precisos —sin contención, sin dudas— para derribarlo.

Tenía que ir tras ella. Todo lo demás ya no importaba.

Los papeles de apuestas volaron por los aires. El público se arremolinó, discutió y reclamó, pues muchos pensaban que perdería en cuanto lo vieron caer.

Pero el demonio desapareció.

Se cubrió a medias con el abrigo sobre su torso aún desnudo y se abrió paso hasta la salida. Una vez afuera, con la capota sobre la cabeza, se quitó la máscara y siguió los pasos de Amelia, con cada zancada más rápida que la anterior, hasta alcanzarla en una esquina.

En silencio, la tomó de la mano y la arrastró hacia un callejón estrecho, donde la pared helada recibió su espalda.

Asustada, Amelia alzó la vista y se fijó en esos ojos pardos que parecían brillar con el reflejo de la nieve.

—¿Qué demonios hace aquí? —su voz se rasgó al límite—. ¿Sabe dónde habría acabado su virtud si alguien la hubiera encontrado en un sitio como este? ¡Maldición!

Parecía otro. Su mirada se había transformado. Era más alto, más fuerte… más…

—Yo…

—No debería estar aquí. —Se echó las manos a la cabeza, dio dos pasos hacia atrás y luego regresó junto a ella.

Apoyó la mano en la pared a la altura de su rostro, cuando percibió que la respiración de Amelia se agitaba.

—Yo lo seguí.

—¿Me siguió? ¿Se ha vuelto loca? ¿Y su fiesta?

Un mareo azotó a Amelia y, por un segundo, creyó que iba a desvanecerse.

—Solo quería saber si se encontraba bien.

Como si aquellas palabras le hubieran arrancado el aire, esta vez fue la respiración de Logan la que se vio afectada. Bajó ligeramente los hombros y se preguntó cuándo alguien ajeno a su madre se había preocupado por él.

—¿Por qué?

La pregunta llegó a ella de forma inesperada, una que ni ella misma se había planteado.

—No lo sé.

—No lo sabe —murmuró de vuelta—. No es seguro que esté aquí. ¿Dónde está su carruaje?

Amelia alzó la mano y señaló calle arriba.

Logan tomó su mano y tiró de ella para llevarla hacia su transporte, pero ella se zafó del agarre y dejó de caminar.

—¿Quién es, señor Thorne?

—Alguien con quien no debería estar.

—Pero yo… —Sus labios se movieron con un temblor apenas perceptible—, quiero.

Logan la tomó de nuevo y la arrastró hasta su carruaje, esforzándose en ignorar sus imprudentes palabras.

—Llévesela sin demora —dijo al cochero, que se había quedado medio dormido.

—¿Quién se ha creído que es para dar órdenes a mí o a mi cochero?

Ahí estaba, por fin, la Amelia tal y como la conocía, aunque lo que le desconcertaba era que no se hubiera rebelado antes.

Logan abrió la puerta del carruaje y la ayudó a subir a regañadientes.

—No vuelva a seguirme, señorita Ravenscroft. Podría meterse en serios problemas.

Ella terminó de acomodarse el vestido para tratar de disimular el temblor en sus manos y lo miró, mientras una pregunta salía de su boca casi en un susurro, como si temiera la respuesta.

—¿Puedo escribirle?

Logan cerró los ojos un instante. Sabía que, si cedía a su petición, no habría marcha atrás, por no decir que complicaría su situación.

—Y si me niego…, ¿obedecerá?

Ella le sostuvo la mirada. No se iba a achantar, aunque lo hubiera visto golpear de ese modo, aunque hubiese visto sus cicatrices y la oscuridad de su mirada.

—Lo dudo.

Logan dejó escapar el aire con aspereza y, tras una ligera reverencia, se despidió sin decir más.

El cochero chasqueó las riendas sobre los caballos y el carruaje se perdió en el frío de la noche.

Logan llevó una mano a su pecho, que todavía ardía por la cercanía de esa mujer, mientras que con la otra aún sostenía su máscara. Todo el dolor causado por la pelea irrumpió de lleno y fue consciente de cada una de las partes de su cuerpo que habían sido golpeadas. Pero, curiosamente, lo que más le dolía era el corazón.

—Estoy en serios problemas.

27.

—Sir Bernard —dijo Logan—, agradezco que me haya permitido visitarle de nuevo. Como hablamos, el caso de la viuda pobre que vendió a su hijo como deshollinador ha sido resuelto.

Sir Bernard, un hombre entrado en años y de mirada afable, sonrió. Admiraba a Logan como si fuera su propio hijo; lo conocía de verdad, y eso incluía todo su pasado. Aún recordaba el día en que narró su infancia y cómo había llegado a posicionarse como alguien respetable, a pesar de los murmullos e historias que rondaban a su alrededor. Como cofundador de la Sociedad para mejorar la situación y el bienestar de los pobres y miembro de Lincoln's Inn, uno de los colegios de abogados de Londres, había conocido a aquel muchacho lleno de ideas que exponía con tanta pasión que enseguida reconoció en él el sufrimiento que había vivido. Siempre que podían, colaboraban para incentivar nuevas leyes y controles del trabajo de los más pequeños.

—Si no hubieras documentado el abuso de esa criatura de la manera en que lo hiciste, el juez no lo habría inhabilitado como aprendiz.

—Lo sé. Ese niño ha sufrido tanto como muchos otros, pero al menos él ha regresado con su madre, aunque aún temo que pueda abandonarle de nuevo.

—No lo hará.

Logan asintió, aliviado. La forma de hablar de Sir Bernard siempre le instauraba tranquilidad.

—Pronto, señor Thorne, ya no habrá más niños trepando en la oscuridad. —Sir Bernard dio unas palmadas de ánimo en su espalda—. Los cepillos de Smart harán el trabajo.

—No lo sé —replicó, mientras pensaba en aquel invento de varias varillas flexibles unidas entre sí, con un cepillo en la punta que

podía introducirse en la chimenea desde abajo o desde arriba sin necesidad de que nadie tuviera que entrar en ese estrecho lugar—. Ni siquiera se aplica la ley de mil setecientos ochenta y ocho. Los niños menores de ocho años siguen trabajando, sir Bernard. Niños de cinco y seis años todavía son despertados por sus maestros de trabajo antes del amanecer, a veces con agua fría e incluso a golpes si no lo hacen a tiempo. Se quedan deformes, ¡ciegos por el humo! —A Logan se le quebró la voz en sus últimas palabras. Cada vez que lo recordaba, cada vez que hablaba de ello...

—Señor Thorne, llegará un día en que lo conseguiremos.

—Por muchas máquinas que inventen —dijo, recuperando la estabilidad en su voz—, los niños siempre serán más obedientes y baratos.

Desgraciadamente, Sir Bernard sabía que tenía razón. Suspiró, se sirvió un vaso de whisky y le ofreció otro a Logan.

—Sabe que no bebo.

—La costumbre, me temo. En momentos tensos, el alcohol ayuda.

—O lo empeora.

Sir Bernard se mordió los labios, sediento, resignado, y dejó la bebida.

—Hablemos de tu tío. Como me dijiste, he investigado.

Logan se tensó. El calor de la conversación anterior se extinguió al instante, como si alguien hubiera abierto de golpe una ventana en ese invierno.

—¿Y bien?

—Como me informó en su misiva, sus sospechas son ciertas: parte de su flota atracó en la Costa de Oro y Jamaica más del tiempo necesario. Pero, según los registros de comercio, los barcos figuran con nombres de compañías ficticias.

Logan sintió un nudo en la garganta.

—¿Qué clase de comercio? ¿Mis sospechas eran ciertas? —preguntó con voz trémula.

Sir Bernard lo miró con pesar.

—Nada que figure en los registros oficiales… Tuve la oportunidad de escuchar con mis propios oídos a un marinero

desertor hablar de bodegas de las que salen voces, de cadenas y llantos. Ese mismo marinero ha aparecido muerto esta mañana en el puerto. —Logan alzó las cejas con sorpresa—. Señor Thorne, me temo que sus sospechas son ciertas. Su tío comercia con carne humana.

El silencio se alargó más de lo esperado y solo quedó el crepitar del fuego en la chimenea.

—¿En qué está pensando?

—No sé si es eso lo que estoy haciendo.

Logan se frotó el rostro con desesperación cuando la imagen de Amelia apareció. Si lo destapaba todo, si de verdad lo conseguía, los Ravenscroft se verían implicados; no solo eso, el mismísimo regente los repudiaría e incluso podría despojarles del título para no inmiscuir a la Corona en un escándalo esclavista. Era lo que menos necesitaban en ese momento, justo ahora que los parlamentarios Wilberforce y Buxton continuaban con una presión abolicionista cada vez más fuerte. Por eso el barón le había ofrecido a su hija: un anzuelo dorado. «Si caigo, vas tú detrás».

—Debes tener cuidado —intervino Sir Bernard—. También sé lo que sucedió en la fiesta de la señorita Amelia.

—Mi tío quiere desacreditarme. Así conseguirá que nada de lo que descubra tenga valor. ¿Quién creería a alguien que ha estado engañando a todos durante años?

Sir Bernard asintió, apesadumbrado. La situación era complicada. No era algo que no se esperaran: quien vive en las sombras sabe que cualquiera puede encender una vela y descubrirle. Si Charles supiera lo que estaba haciendo su propio hermano… el uso que estaba haciendo de su legado.

—El deseo de mi padre era traer la esencia de otras culturas a Inglaterra, para que todos aquellos que no pudieran viajar pudieran hacerlo a través de sus sentidos. Con tratos limpios y justos, consiguió convertirse en el comerciante que traía productos de calidad, no como otros.

—Lo sé —respondió Sir Bernard, con la vista en el fuego, mientras se preguntaba si la herencia de su conocido Charles Thorne sobreviviría a tal oscuridad.

Logan prefirió guardar sus pensamientos sobre el barón Ravenscroft, al menos hasta estar seguro. Acusar a alguien de su rango sin pruebas podría llevarlo a un terreno farragoso en el que él sería el débil. Antes debía investigarlo a fondo y, entonces, hacer justicia por todos esos pobres diablos que, como él, habían sido tratados como meras piezas de ajedrez en un juego en el que solo uno era el ganador.

Se despidió de Sir Bernard con un fuerte apretón de manos y unas palabras de advertencia por parte de este.

—Ándese con cuidado. Si han matado a ese marinero, no dudarán en hacerlo con usted si sigue investigando.

28.

Logan sacudió sus botas antes de entrar en el número cinco de Park Lane, donde su madre lo esperaba para cenar. No fue hasta el postre que ella le dirigió la palabra. No porque no quisiera hacerlo antes, sino porque sabía que algo había sucedido.

—No estás aquí —dijo Judith, sin apenas alzar la voz.

—Dígale a Marsha que este *pudding* está delicioso.

—Puedes decírselo tú.

Logan alzó la vista y percibió esa mirada en su madre; esa que, a pesar de no haberlo traído a este mundo, lo conocía como si lo hubiera hecho.

—¿Qué guardas?

De repente, el sabor del *pudding* desapareció, e incluso su textura.

—Ned me ha dicho...

—Ned habla demasiado.

—¿Por qué has ido de nuevo? Si te reconocieran, si...

Judith apretó la servilleta entre sus manos con esa impotencia que siempre había sentido por no lograr que reprimiera esa parte de él.

— Los únicos que podrían reconocerme como el demonio han muerto. El maestro deshollinador falleció hace años y Tapón fue exiliado a Australia por intentar asesinar a una vizcondesa en pleno robo. Además, para eso llevo máscara, madre, ¿ve? —declaró, mientras estiraba el cuello para que ella viera su rostro a la luz de las velas—. Ni un rasguño que me delate.

—Ya sé que la máscara protege tu rostro, pero llevas guantes para cenar. ¿Crees que no me he dado cuenta?

Judith se levantó y se acercó a él. Extendió la mano hacia su hijo, y este le entregó la suya.

Conteniendo el dolor que se avecinaba ante la idea de lo que se encontraría, Judith tomó aire y, con cuidado, le quitó uno de los guantes.

Maldijo en su interior y contuvo las lágrimas al ver lo que el cuero había estado ocultando.

—¿Por qué te haces esto? ¿Por qué...? ¿No es suficiente la vida que te he dado, que te hemos dado? —Judith miró el retrato de su difunto marido que presidía el comedor.

—El otro está peor, así que, se lo ruego, no se preocupe.

—Hace tiempo que no me preocupo, Logan. Lo único que tengo es tristeza. Me pregunto si algún día lograrás salir de ese agujero en el que te encuentras.

—¿Cree que no lo he intentado?

Logan se levantó de tal manera que tiró la silla en la que había estado sentado.

—¿Cómo? Dígame, ¿cómo debería hacerlo?

—Logan, yo solo...

Él se acercó a su madre, controlando ese enojo traicionero, y envolvió las manos de Judith con las suyas —las suyas aún doloridas —. La derecha todavía sangraba por el fuerte apretón de Barnes, cuyo dolor había tenido que tragarse.

—Hago lo que puedo —susurró.

Su madre no pudo contenerse y lo abrazó. Ya era todo un hombre, pero al abrazarle se convertía en aquel niño temeroso, sucio y sacado de una chimenea.

—Lo echo de menos —confesó con la voz quebrada—; él sabría qué hacer.

—¿Con qué, Logan?

Judith deshizo el abrazo y lo miró con la misma pregunta en los ojos, aunque sabía que no obtendría respuesta.

Logan se recompuso y, como si se sintiera culpable por ese momento de vulnerabilidad, aclaró la garganta y se limpió la única lágrima que había derramado.

¿Cómo podría un hombre deshecho salvar a otros?

Dio un beso a su madre en la mejilla, decepcionado consigo mismo, pero justo antes de que se retirara, la voz de Judith lo

retuvo.

—Has recibido una carta.

Logan se giró, extrañado. Normalmente recibía la correspondencia en su despacho del puerto. No confiaba en nadie como para dar la dirección donde dormía.

Tendió la mano hacia el pequeño sobre y, acto seguido, su corazón se detuvo.

Una traicionera sonrisa se le escapó, como si dos minutos antes no hubiera tenido el ánimo por los suelos.

Su madre había visto el remitente horas atrás, y no podía estar menos que intrigada. ¿Había sucedido algo en la fiesta de Amelia Ravenscroft? ¿Algo que él no le había contado? ¿Y qué había sido esa reacción?

Cuando quiso darse cuenta, Logan ya había desaparecido escaleras arriba.

Señor Thorne:

No me refiero a usted como «estimado» para no espantarle por tomarme esa confianza tan pronto.

El motivo de mi atrevimiento al escribir estas líneas no es otro que el de pedir su asesoramiento (quite esa cara de sorpresa). Como sabe, escribo. Y esta vez mi protagonista es un pirata. Mi hermano me contó que, en algunos de sus viajes, se cruzaron con alguno, incluso hicieron amistad —para mi sorpresa—; pero, desgraciadamente, nunca he conseguido sacarle información sobre la vida en un barco o sobre ellos.

Todo sería más fácil, eso sí, si pudiéramos vernos de nuevo. Usted se limita a hablar y yo hago los apuntes. No quiero que pierda su tiempo escribiéndome unas memorias de su vida en el mar.

Por cierto, estoy prometida, nada más y nada menos que con su tío. Bueno, eso me han dicho. ¿No le parece absurdo? A mí, desde luego, sí. Por eso no pienso casarme con él. Algo se me ocurrirá.

No le quito más su tiempo... aunque me pregunto si alguna vez lo tendrá para mí.

Att.
A. R.

Logan arrugó la carta en su mano y la aplastó contra el escritorio.
¿Piensan casarla con Henry? ¿Esa era su otra opción?

Maldito desgraciado.

Una ira latente lo recorrió de pies a cabeza, y una furia incontrolable lo carcomió desde dentro.

—Eso ya lo veremos.

29.

La tinta iba tomando forma bajo la pluma de Amelia.

…Sus ojos desprendían dolor y una profunda tristeza. Parecía que los golpes asestados contra su costado no le dolían; era como si quisiera absorberlos, hacerlos suyos.

Su torso, desnudo...

—¿Sería demasiado escandaloso si uso la palabra *desnudo*?

Amelia se dio toquecitos con la pluma en la mejilla mientras miraba sus plantas mustias. Su mente viajó a aquella horrible pelea: recordó la sensación de su cuerpo contra el suyo y la manera en que la miró. El roce de su mano áspera al levantarla y su conversación en aquel oscuro callejón... Ruborizada, se palmeó la cara para volver en sí y continuó escribiendo.

Él escondía algo en su interior, algo doloroso, algo que derrotaría a cualquiera... pero no, a él no. Amable pero distante, tímido pero imponente... Dios mío, estoy perdida. Deja de pensar en él.

La puerta del invernadero se abrió de par en par, dejando entrar un frío helador. La pluma de Amelia hizo un rayón alargando la última letra.

—¡Rosemund! ¡Deberías tocar! —dijo molesta, mientras tachaba con rapidez un par de sus últimas palabras.

—Nunca me oye cuando lo hago.

—Eso no es cierto.

—Sí que lo es.

Ambas se llevaban como dos gatos callejeros: hoy te quiero, mañana te odio. Pero habían encontrado un equilibrio perfecto de confianza, en el que Amelia ya la consideraba su amiga, a pesar de que Rosemund tenía unos cuantos años más que ella.

—Además, me dijo que, si llegaba una carta para usted, bien podría serme indiferente lo que estuviera haciendo; debía interrumpirla sí o sí.

Con rapidez, Amelia se levantó y le arrebató el sobre de las manos, junto con los dos libros que lo acompañaban: *Robinson Crusoe* y *Capitán Singleton.*

—¡Por qué no lo has traído antes!

La doncella resopló y prefirió irse. Total, en cuanto su señorita puso los ojos en aquellas palabras, sabía que había dejado de existir. Con cuidado, cerró la puerta y la observó a través del cristal antes de irse.

Una punzada de dolor nubló sus ojos: su señorita no se merecía casarse con alguien como Henry Thorne, y aunque a la señorita parecía no importarle, sabía que en su interior se libraba una batalla de impotencia en un ruido que solo ella podía escuchar. Amelia, con la carta ya abierta, comenzó a leer.

Señorita Ravenscroft:

No sé si decirle que me desconcierta o que me vuelve loco, pero me quedo con lo primero, pues no sé qué podría interpretar usted con lo segundo.

Me sorprende, dada su imparable curiosidad, que no me haya preguntado por nuestro encuentro nocturno ni por la manera en que hui de su fiesta; sin embargo, ha hecho bien: no habría obtenido respuesta. Sospecho que eso, usted ya lo sabía.

En cuanto a su noticia, veo que su madre al fin estará tranquila al verla casada pronto. En lo que respecta a su prometido, como comprenderá, prefiero no decir nada. No obstante, no debe subestimarlo, ni a él ni a su padre. Créame, no hay nada de «absurdo*» en que él se haya fijado en usted, ni en las motivaciones de su padre. Ahora bien, si su instinto le dice que no debe casarse con él, no puedo estar más de acuerdo.*

Busque información para sus libros en otro lado. Lea a Daniel Defoe. En las novelas que le he enviado con esta misiva encontrará grandes referencias de aventuras, navegación y vida pirata.

Le ruego que no me escriba y que se aleje de mí. Mi presencia solo le traerá más peligro del que ya enfrenta en su propia casa.

Por favor, no insista.

P. D.: Se me olvidó decírselo, y no veo otra oportunidad de hacerlo: si ve a su hermano William, rásquese la nariz tres veces.

Att.
L. T.

Amelia se desparramó sobre la silla y dejó caer la carta.

—¿Qué oculta, Logan Thorne? ¿O debería preguntarme qué ocultan mi padre y Henry Thorne? ¿Que me rasque la nariz...?

Sonrió y, de nuevo, dejó fluir su imaginación a través de la pluma.

El sol había salido y también se había escondido, pero para ella podría haber caído una tormenta de nieve o un eclipse, que no habría sido consciente. Se había sumergido tanto en su historia que no se dio cuenta de que no había probado ni el bocadillo de pepino que le había traído Rosemund ni las pastas con té de la tarde, hasta que su estómago rugió reclamando la cena, y la puerta del invernadero se abrió.

—Todavía sigue aquí —exclamó Rosemund—. Me lo temía. Vamos, cámbiese para cenar.

—¿Aquí? ¿Quieres que enferme?

—Lleva aquí todo el día.

—Con veinte libras de lana sobre mí —canturreó, temblando solo de pensar en el frío que pasaría al quitarse las mantas de encima.

—¿No puede escribir en su habitación?

—¡Por Dios, no!

Rosemund resopló y dijo algo entre dientes cuando se fijó en las manos llenas de tinta de su señorita.

—Démelas. ¿Es que no se acuerda de la cena?

Sacó una piedra pómez de su caja de *supervivencia de la señorita A*. —como la había llamado— y un bote con el jugo de un

limón exprimido, y comenzó a frotar.

—¡Ay! Me haces daño.

—El señor Thorne está a punto de llegar. Como no esté en ese salón antes que él —insinuó mirando hacia la casa—, no sé cómo reaccionará su padre.

—¿El señor Thorne? —se levantó tan rápido que el peso de las mantas que la rodeaban fue a parar al suelo.

—Su prometido.

Amelia se sentó de nuevo.

—No pienso ir.

—Dios todopoderoso, dame paciencia.

—Claro que iré —se levantó de nuevo.

Rosemund la miró con tristeza. Lo que se temía: su señorita había perdido la cabeza.

—No me mires como si hubiera perdido la cabeza. Vamos, ayúdame a vestirme.

—No sabía que pudiera leer la mente.

—Rosemund, veo el carruaje del señor Thorne.

La doncella reaccionó, y con rapidez y destreza ayudó a la señorita a adecentarse.

Rosemund la miró con satisfacción y Amelia, para su sorpresa, la abrazó.

—Deséame suerte, voy a enfrentarme a mi padre.

Amelia sonrió con decisión mientras maquinaba lo que haría a continuación.

—Señorita, no lo haga —dijo Rosemund con apenas voz—. Señorita...

Amelia ya no pudo oírla.

30.

El humo de la pipa se arremolinó frente al rostro del barón Ravenscroft, quien mantenía la mirada fija en su mujer cuando Amelia llegó. No tuvo tiempo de decir nada, pues enseguida el mayordomo anunció la llegada del señor Thorne.

Henry hizo la venia correspondiente hacia los barones y luego se acercó a Amelia para saludarla con un beso en el dorso de la mano, que, por supuesto, ella no dudó en limpiarse contra su vestido.

—Déjeme decirle, señorita, que el anuncio de nuestro compromiso me sorprende tanto como a usted.

—No es de extrañarse. Ni siquiera ha tenido el valor de proponérmelo directamente. Solo es un desgraciado que se esconde tras la sombra de mi padre.

—¡Amelia! —soltó su madre, aunque por dentro no podía sentir otra cosa que orgullo.

—¿He dicho algo que no sea verdad? —Amelia se llevó la mano al rostro con cierto dramatismo, lo que provocó las risas de sus hermanos, quienes esperaban con paciencia a que los adultos terminaran su conversación para pasar a cenar.

Para ellos, ese tipo de veladas eran de lo más aburridas, y normalmente cenaban algo en las cocinas, pues la señora Gordon les consentía con caprichos y dulces al final, siempre que se comieran todo lo que fuera de color verde. Pero su padre les había ordenado que asistieran, ya que era la formalización del compromiso de su hermana.

—Podríamos ponerle nuestra araña en su silla —susurró William a su hermano.

—Entonces, padre nos torturaría con las nuevas lecciones que siempre se le ocurren al tutor, esas de las que de momento nos

hemos librado.

—No quiero que Amelia se case con ese...

—William, Arthur, acompañadnos, por favor —ordenó la baronesa.

Sin que los demás la vieran, Amelia hizo una mueca graciosa hacia sus hermanos, que tuvieron que contener la risa ante la mirada reprobatoria de su padre.

Lo peor, sin embargo, fue cuando su padre desvió la atención y ella se rascó, con disimulo, tres veces la nariz.

El pequeño William casi se desmaya. Abrió muy bien los ojos y sonrió, estupefacto.

—¡Es una pirata! ¡Lo sabía! —habló sin contener la emoción.

Arthur le dio un codazo para que bajara la voz, y juntos pasaron al comedor.

La mesa brillaba con la mejor vajilla del hogar, los candelabros de plata y un centro de flores invernales que perfumaban el aire.

En cuanto se sentaron con la misma alegría de un entierro, el servicio no se demoró en comenzar a servir las primeras delicias.

Amelia arrugó la nariz en cuanto la sopa de tortuga estuvo frente a ella.

—¿No le agrada? —preguntó Henry, quien fue el primero en hablar.

Amelia respondió con un escueto: *No*.

Sus hermanos se envalentonaron y dijeron lo mismo, pero solo hizo falta un pestañeo del barón para que se llevaran la cuchara a la boca.

—Disfrutamos de esta sopa gracias al señor Thorne, Amelia —anunció su madre—; él mismo hizo enviar las tortugas esta mañana.

—Lo único que me gusta de las tortugas, madre, es su caparazón —miró directamente a Henry—, con ellas dentro.

Amelia dejó la cuchara con brusquedad sobre la mesa y encaró a su padre sin demora.

—¿Por qué? ¿Por qué hace esto? ¿Tanto me odia que tiene que casarme con él? Pensaba... pensaba que, al ser su hija, tendría algo de compasión.

—Amelia, por favor.

La baronesa tomó aire y lo retuvo, apretando la cuchara entre los dedos. Aquella noche no era buena para excitar a su marido; lo conocía. Había vuelto de Londres tras enterarse de que cierto marinero se había ido de la lengua, y aunque Henry se había encargado de él, demostrando su lealtad a la asociación, había sido demasiado tarde. «¡Cualquiera podría haber escuchado las palabras de ese mentecato!» Le había oído gritar horas atrás. No hacía falta que la baronesa supiera los detalles para comprender la actitud de su esposo.

—¿Tanto le aterra la idea de casarse conmigo? —preguntó Henry—. ¿Tanto le desagrado? —cuestionó, mientras por dentro sonreía con malicia. No era idiota: sabía que su falso sobrino había puesto los ojos en ella. No se le ocurrió mejor trato con el barón que ese; si estaba en lo cierto, si Amelia era suya, también lo sería Logan. Él, tan idiota como siempre, había desaprovechado su oportunidad, demostrando una vez más su asquerosa moral.

—No me aterra la idea, señor Thorne. Es usted quien debería estar aterrado. Y tampoco me desagrada; me es completamente indiferente, y no pienso casarme con usted. Antes huiría a las Indias con Argenon.

William y Arthur quisieron aplaudir ante la actuación de su hermana, pero de nuevo la figura de su padre se impuso en cuanto se levantó.

—¡Amelia!

—¿Sí, padre? —lo dijo con tal desprecio que incluso el barón sintió dolor.

—Harás lo que se te diga —respondió con toda la calma que pudo.

No le interesaba que Henry pensara que no era capaz de controlar a su propia hija. Eso lo haría parecer débil en la rueda de intereses de la que ambos formaban parte.

Conocía la codicia del señor Thorne, su ambición, pero también hasta dónde podía llegar su odio por su sobrino. A veces pensaba que solo lo movía su deseo de dañarle, tanto a él como a su cuñada.

—¡No lo haré!

Amelia tiró la servilleta sobre la sopa, lo que salpicó el rostro de Henry frente a ella. Luego hizo una exagerada reverencia y salió por la misma puerta por la que había entrado.

Esta vez sus manos temblaban y su corazón vibraba con fuerza, pero se detuvo al escuchar el eco de las botas de su padre acercándose.

Aceleró el paso, pero fue inútil. Allí, en el recibidor, bajo la luz temblorosa de las velas, el silencio se volvió denso en el momento en que una sombra cayó sobre ella. Se giró y no pudo hacer nada más cuando la mano del barón se alzó y descargó su ira contra su rostro.

El sonido seco del golpe rebotó en las paredes y el ardor recorrió su mejilla como un hierro candente marcando a un animal.

—Que sea la última vez que me faltas el respeto —exigió, con el rostro tensionado—. Te casarás con él por el bien de esta familia.

Amelia apenas podía respirar. Las lágrimas se acumularon en sus ojos, pero mantuvo la mirada fija en él, negándose a ceder.

—¿De esta familia? ¡Querrá decir de la suya! —escupió cada palabra, a pesar del dolor en su labio húmedo—. ¡¿Qué está haciendo con ese hombre para tener que vender a su propia hija?!

—¡Amelia Ravenscroft! No permito que me hables de ese modo ni que...

—¿Viva? No permite vivir, padre. Tengo que esconderme para hacer lo que me apasiona; me condena a asistir a todos esos eventos que organiza madre y que no hacen más que asquearme; me arrebata el tiempo con mis hermanos, el derecho de inventarles historias, esas que necesitan para huir de su opresión, porque la realidad, padre, es que sus hijos le temen. No lo respetan, le tienen miedo.

El barón apretó los puños y, a pesar de su fuerza, su labio tembló.

—Y ahora —continuó Amelia—, no puedo decidir con quién me caso, o si quiero hacerlo. Pensé... no, más bien tenía la ilusión de que me quería, pero ya me he dado cuenta de que solo he sido otro de sus bienes con los que negociar, un contrato más.

Apretó los ojos con fuerza y tragó para deshacer el nudo en la garganta que le dificultaba hablar.

—No me extraña que Argenon no haya querido regresar. Si llegó a sentirse una mínima parte como yo me siento ahora, no lo culpo.

Aturdida, y a duras penas manteniéndose en pie, tuvo la entereza de acercarse a él, elevarse sobre las puntas de los pies y depositarle un beso en la mejilla. Lo miró como una hija nunca debería mirar a su padre, y se marchó escaleras arriba, donde apretaría la almohada para, a la mañana siguiente, despertar como si nada de eso hubiera sucedido.

¿Henry Thorne? No, no iba a casarse con él.

El dolor que había contenido rasgó su pecho, y al fin, lloró.

31.

Entre paredes ennegrecidas por el humo de las lámparas de aceite, ese olor a madera húmeda y a libros de contabilidad, mapas arrugados y cartas de navegación, los murmullos de posibles ventas y tratos se perdían hasta rozar la puerta que los separaba de Logan. Allí dentro solo se oía el crujido de su pluma rascando el papel y el repiqueteo de su bota contra el suelo de tablas.

El capitán Montrose, a quien el propio Charles Thorne había confiado el respaldo de la historia del origen de Logan, entró en la ordenada oficina tras llamar tres veces y no obtener respuesta. El joven no se inmutó hasta que el recién llegado tosió un par de veces para anunciar su visita.

Era un viejo lobo de mar que había vivido y visto más que cualquiera de los que allí estaban —o al menos se jactaba de ello—, así que, tras verle tachar por enésima vez lo escrito, no pudo guardarse lo que llevaba dentro desde que había leído su nota urgente esa misma mañana.

—Es un terreno farragoso el que quieres pisar —advirtió con la voz grave que lo caracterizaba.

—¿Qué otra opción tengo? O le descubro yo primero o lo perderemos todo. Eso te incluye a ti. Jamás te dejarían navegar y yo ni siquiera podré defender a esos niños en los tribunales si la sociedad se entera de mis orígenes. Tendré que desaparecer y todo por lo que he luchado habrá sido en vano. Y tú, amigo mío, irás detrás.

—Soy viejo, Logan. Ni el mismísimo Regente podría impedirme volver a pisar una embarcación. Moriré en alta mar. Sin embargo, a ti hay algo que te retiene.

Logan dejó la pluma sobre el papel inservible y lo miró.

—¿Por qué siempre tienen que caer justos por pecadores? ¿Por qué demonios Argenon me ha lanzado a este despropósito y escondido la mano después? No lo consideraba un cobarde.

—Solo él sabe por qué lo hizo. Quizá sabía que su apellido caería tarde o temprano y, como heredero… no quedaría nada para él más que el ostracismo. Pero, si te dio la información, es porque quería que sucediera; es más, porque quería que fueras tú quien lo hiciera.

—Eso es… ¡Eso es estupendo! —dijo con ironía tras una risa nerviosa—. ¿Y no pensó qué sucedería con el resto de su familia? ¿Con sus hermanos? ¿Qué clase de futuro les espera? ¿Se los llevará a la India, a su remanso de paz?

—Reconozco que se ha comportado como un completo imbécil.

—¡Imbécil es poco, Montrose!

El capitán sonrió. Se apoyó contra la pared y cruzó los brazos.

—¿Y bien? ¿Qué piensas hacer? Hagas lo que hagas, estoy contigo. No me gustaría que Charles se levantara de su tumba para patearme el trasero.

—De momento, esta noche iré a la embarcación de mi tío. Sé que no estará allí; como todos los jueves, visita el lupanar de Madame Laurent. Tú también irás.

—¿Yo? —se señaló a sí mismo, frunciendo el ceño.

—Vigílalo y, si ves que se retira antes de tiempo, debes llegar antes que él para advertirme.

—¿Y cómo se supone que haré eso? ¿Volando como una maldita gaviota?

—Te he visto hacer de todo, pero volar, nunca. Sería interesante.

Iba a replicar, pero cierta figura con caperuza entró como un torbellino sin la decencia de llamar.

—¿Se puede saber qué…? ¿Amelia? Quiero decir, señorita Ravenscroft.

Montrose miró a la señorita, que se quitó la capota mojada por la ligera lluvia que anunciaba la llegada de la primavera, y luego dirigió la vista a su compañero de faenas. No hizo falta ver mucho

más para darse cuenta de la tensión que escondían sus hombros. Entonces comprendió.

¿Había dicho *Ravenscroft*?

Así que ella era el motivo que lo hacía ser cauteloso, en vez de lanzarse a hacer justicia a lo loco como era habitual en él.

—No quiere que me case, ¿verdad? —preguntó ella sin dilación.

Logan apretó la mandíbula en cuanto notó su rostro desprovisto de esa luz y viveza que siempre la habían acompañado; pero lo peor fue su labio hinchado y la rojez de su mejilla, torpemente disimulada con polvos de arroz.

Extendió su mano con suavidad, pero, al darse cuenta del error que iba a cometer —gracias a la mirada de Montrose—, enseguida la ocultó tras la espalda, como si no supiera qué hacer con ella.

—Me temo que no nos han presentado —intervino Montrose —. Capitán Montrose, para servirla.

Amelia apartó los ojos de Logan, que parecía haberse quedado petrificado, y titubeó antes de hablar.

¿Un capitán?

—¡Un capitán! —A pesar de sus esfuerzos, no pudo controlar su emoción—. Capitán Montrose, he oído mucho de usted. Es un honor conocerle.

Amelia estrechó su mano con la de él, quien, sorprendido, miró a su amigo. No le extrañaba que esa chiquilla le quitara la respiración… y, como no respirara de una vez, se desplomaría allí mismo.

—El honor es todo mío, señorita… ¿Ravenscroft?

Amelia asintió, entusiasmada, pero su mirada no tardó en nublarse.

—Pronto, me temo, seré Thorne. Pero no si puedo impedirlo.

—No me diga que… —Montrose abrió la boca con sorpresa y contempló a Logan, que al fin pudo reaccionar—. ¡No sabía que te ibas a casar! ¿Cuándo pensabas decírmelo? ¿Lo sabe Argenon? Oh, señorita Ravenscroft, ahora entiendo todo. Espere —dijo como si la

información le acabara de llegar—. ¿Impedirlo? ¿Es que no quiere? Logan es…

—¿Qué? No, no, él… —Sintió la dureza de la mirada de Logan sobre ella, la misma de aquel callejón; una que la imponía y, a la vez, hacía que sus piernas temblaran por un motivo que prefería ignorar.

—Es la prometida de mi tío —aclaró Logan con firmeza.

—¿De Henry? —Montrose abrió aún más la boca—. Pe… pero… eso es…

—Absurdo, ¿verdad? —Amelia lo miró con indignación.

—Iba a decir una maldición, pero sí: es, cuando menos, absurdo —resopló—. ¡Qué complicado! Diantres, me duele la cabeza solo de pensarlo. Entonces… espera, tú…

—Será mejor que sigamos hablando en otro momento —zanjó Logan.

El viejo marino no necesitó oír más y huyó de esa situación de la que no sabría cómo saldría su amigo. Definitivamente, Argenon se las iba a pagar.

—¿Qué hace aquí? —Logan refunfuñó, una vez solos, sin querer preguntar por el estado de su rostro por miedo a cómo reaccionaría al saberlo. En cambio, decidió reordenar su escritorio a modo de distracción.

—Ya me ha oído. No quiere que me case, ¿verdad? Eso leí en su carta. También le parece mala idea.

—En ninguna línea escribí tal declaración. Solo dije que estaba de acuerdo con su decisión. —Se le cayeron unos cuantos mapas del escritorio, y maldijo para sus adentros cuando ella se agachó con él para recogerlos—. ¿De todas mis palabras considera esas las más importantes? ¿Qué sucede con el peligro, con lo que vio de mí esa noche, además de que no he querido ayudarla con sus historias de piratas? ¿Recuerda?

Amelia, que había retirado su mano con rapidez al rozar la de él al entregarle los mapas, lo miró con esa curiosidad imposible de evitar antes de ponerse en pie.

—Sí, me ayudó, y me envió dos maravillosos libros; pero quiero más de usted.

—¿De mí? ¿No le dije que se alejara? —De espaldas a ella, cerró los ojos y resopló.

—No voy a casarme, señor Thorne. Y usted puede ayudarme a lograrlo.

Admiraba su decisión, pero era tan imprudente que a Logan le dieron ganas de abrirle los ojos a la realidad para demostrarle que las cosas no eran tan fáciles.

—Usted sabe algo —continuó—. Sabe que mi padre y su tío tienen asuntos, digamos… turbios.

Se giró y se acercó a ella, inconscientemente. Amelia comenzó a retroceder.

—¿Y eso cómo lo sabe? —Su voz contenía algo más allá de una simple duda—. ¿Hizo preguntas que no debía y por eso…?

De nuevo alzó su mano, pero sus dedos apenas tocaron la mejilla de Amelia antes de retirarlos.

Ella no pudo retroceder más: la pared tocó su espalda y la cercanía de su cuerpo provocó un incendio del que no estaba tan segura de querer escapar. Tuvo que recordar las reglas que ella misma había escrito para no caer rendida ante los encantos de un hombre; para tener el valor —más bien, las ganas— de empujarlo con sutileza y así volver a respirar.

—No me hizo falta preguntar para saber que mi padre y el señor Thorne están atados al mismo mástil del barco que amenaza con hundirse. Y algo me dice que… usted es la tormenta que los acecha.

—No puede negar que es escritora. Lo admito. Pero la metáfora no puede estar más equivocada.

Amelia bajó ligeramente los párpados.

—Entonces, ¿por qué irá esta noche a la embarcación de su tío? ¿Qué buscará allí?

—¡Demonios, señorita Ravenscroft! ¿Cuánto tiempo lleva tras esa puerta? —dijo, mirando a la madera como si lo hubiera traicionado por ocultarla.

—Lo suficiente para haber usado esa metáfora —sonrió, como una niña que hubiera cometido una fechoría.

—¿Sonríe? ¿Le resulta gracioso?

Logan se llevó las manos a la cabeza con desesperación. Amelia no pudo evitar sentir ese calor de nuevo al fijarse en las mangas de su camisa, fruncidas hasta los codos, y el chaleco a medio abotonar, como si hubiera pasado toda la noche en ese sitio. Entonces se acordó de las cicatrices en su torso desnudo y, esta vez, fue un frío helador lo que la envolvió. No sabía cómo había sido capaz de retener todas sus dudas y curiosidad sobre aquella noche, pero algo en su intuición le había dicho que no era el momento.

—Si me promete su ayuda, lo dejaré en paz.

—Hay cosas peores en la vida que casarse con quien no deseas, ¿lo sabe?

El comentario fue doloroso; ni siquiera Logan había esperado caer tan bajo, pero esa mujer lo hacía comportarse de una manera que ni él mismo comprendía.

—Entiendo —respondió ella con un hilo de voz. Y, en verdad, lo entendía: sobre todo después de verle a él. Sus ojos gritaban que no había tenido una vida fácil; pero eso no le daba derecho a juzgar los problemas de los demás—. Supongo que es algo que debo hacer sola.

—Señorita Ravenscroft…

Amelia se cubrió la cabeza y se dirigió a la puerta.

—Señorita…

—No se preocupe, no me gusta depender de nadie.

La puerta se cerró tras ella, dejando a Logan con un vacío y una sensación de estúpido que solo había sentido cuando se enteró de que su madre había fallecido y él, iluso, había seguido haciéndole llegar comida.

Se avecinaba una tormenta; y no solo la que anunciaban los cielos para esa noche, sino una que acabaría hundiéndolo si se dejaba llevar por la corriente que esa mujer traía.

32.

El viento azotaba sin cesar sobre el camarote principal. Olía a barro mojado y al humo de las chimeneas. No fue fácil para Amelia adaptarse al vaivén de aquel barco, pese a estar atracado en el puerto y protegido. Nunca se había sentido tan mareada, y eso que no se hallaba en altamar. ¿Cómo diantres sobrevivían esos marineros meses de navegación con la cabeza en su sitio? A sus ojos todo daba vueltas, aunque no tardó en adaptarse: la situación lo requería y no tenía mucho tiempo.

Calada hasta los huesos, se acercó sigilosa al camarote de su prometido. Con determinación, comenzó la búsqueda de aquellos papeles que pudieran desvelar algún secreto con el que liberarse del compromiso.

Escuchó un ruido que no provenía de la tormenta y se detuvo unos instantes. Estiró el cuello y se asomó por la puerta, antes de cerrarla de nuevo al cerciorarse de que los tipos seguían cantándole al mar y a sus mujeres. Su plan había funcionado: bastó dejar unas cuantas botellas del mejor vino a la vista para que, sin preguntar, las tomaran y se las pimplaran en lo que tardaba una ola en romper. Respiró tranquila y continuó con su tarea… cuando la puerta se abrió de par en par.

Apagó la vela con los dedos humedecidos y se agachó con rapidez, cerrando los ojos como si ese gesto pudiera volverla invisible. Al darse cuenta de lo ridículo, los abrió. Unos pasos se acercaron y, como pudo, se metió bajo el escritorio. Alcanzó a ver unas botas negras y mojadas. Entrecerró los ojos al ver que el visitante colocaba un tope de madera para que la puerta no se cerrara. Aguantó la respiración cuando aquellas botas se acercaron al escritorio. Tiró de las faldas de su vestido antes de que las pisara y se pegó tanto a la madera que por poco la atravesó.

El hombre —cuyo rostro no había podido ver aún— encendió las velas del escritorio; junto a los resplandores de los relámpagos que entraban por la puerta entreabierta, crearon un ambiente tenebroso. Amelia grabó sus sensaciones, pensando cómo describiría una escena así en su novela. Entonces una ráfaga de viento apagó las velas y la puerta se cerró con estrépito.

A oscuras, si no fuera por la tenue luz que entraba por el ojo de buey, todo quedó en silencio salvo el mar azotando el puerto y la lluvia contra la cubierta. Pero había algo más: un murmullo, un lamento quizá.

Extrañada, decidió asomarse y, entre destellos, reconoció el rostro de Logan en el hombre agazapado en una esquina, de cuclillas, como un niño que hubiera perdido a su madre.

¿Cómo era posible?

No puede ser él.

Parpadeó varias veces como si así pudiera ver mejor en la oscuridad y pudo comprobar de quién se trataba.

Salió de su escondite improvisado y, a gatas, se acercó.

—Señor Thorne… ¿Me oye? Soy Amelia. Amelia Ravenscroft.

Logan no respondió. Su respiración agitada y sus manos temblorosas encogieron el corazón de Amelia. Acortó la distancia y, contra todo decoro, se aferró a sus manos.

—Señor Thorne, ¿se encuentra bien?

Se sintió estúpida: ¿qué clase de pregunta era esa? ¡Se veía a leguas que el caballero no estaba bien! De repente, las manos que sostenía apretaron las suyas y se encontró con una mirada llena de terror.

—La puerta —le oyó decir.

Amelia miró hacia la entrada del camarote y luego regresó la mirada a él.

—Abra la puerta, por favor —su voz fue un ruego desesperado.

No se lo pensó. Se levantó y corrió hacia la puerta, la abrió y, de nuevo, colocó el tope que el viento había empujado.

Al girarse, se llevó un sobresalto al encontrarse a Logan a apenas dos centímetros. Nunca había estado tan cerca de un

hombre —ni siquiera en un baile—; su sorpresa fue a más cuando él la tomó de la cintura y la apartó de la puerta con rapidez.

—¿Por qué está aquí? —espetó Logan en un susurro.

Amelia lo miró confundida. ¿Era una alucinación? ¿Tenía tanta imaginación que se había inventado la escena de hacía un minuto?

—Usted… usted estaba…

—He preguntado por qué está aquí.

Ella abrió la boca, pero las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta. Él estaba muy cerca, demasiado, con una ceja levantada y la mirada endurecida.

—¿Le da miedo la oscuridad? —preguntó ella, ignorando todo lo demás.

Él rompió la mirada que los unía y, antes de que pudiera contestar, una voz se acercó:

—Por todos los demonios, ¿por qué está la puerta del jefazo abierta? ¡Imbéciles! Con esta tormenta se volarán las rutas… —refunfuñó.

Logan reaccionó. Si los encontraban, todo acabaría antes de empezar.

—Dese prisa.

Logan tiró de la mano de Amelia y se agachó para rodar bajo la cama de su tío. Ella no lo dudó: se arremangó el vestido y, justo antes de que el marinero entrara, se escondió con él.

33.

Ambos contuvieron la respiración en el instante en el que el intruso se acercó al escritorio y recolocó unos papeles mientras canturreaba algo ininteligible. Amelia tuvo la necesidad de arrimarse a Logan por miedo a ser vista. Y, cuando el hombre parecía que se marcharía, detuvo sus pasos frente a la puerta y se volvió.

La respiración de Logan se tornó pesada, angustiosa. Como siguiera así, terminaría por oírle, aunque por su andar no cabía duda de que, como los otros, había bebido. El marinero regresó al escritorio, abrió cajones y encontró lo que buscaba.

—Solo daré un sorbito —susurró, como si tuviera que convencerse de que estaba en su derecho de arrebatar la botella del mejor whisky del dueño del barco.

Amelia tragó saliva y tensó el cuerpo. Aquel hombre no dio un sorbo: se estaba acabando la botella, y ahora se acercaba a ellos con pasos indecisos. Ella se giró y quedó frente al rostro de Logan, que desprendía perlas de sudor en la frente; su quijada apretada, la mirada extrañamente desolada. Le preguntó con los ojos qué le sucedía; su gesto no varió. La vela casi se había consumido, estaba oscuro, y él yacía atrapado entre Amelia y el tabique donde se anclaba la cama.

De repente notaron el peso del visitante borracho caer sobre el jergón, y el relleno de crin buscó hueco entre las correas de cuero que lo sostenían. Logan oscureció la mirada, como si se hubiera ido a un lugar lejano. Amelia lo contempló preocupada. Sin poder controlar lo que hacía, por un raro impulso, estiró la mano —muy despacio, temiendo asustarlo— y la posó en su mejilla. Una exhalación temblorosa después, la mirada de Logan regresó a ella y cambió de forma fugaz. Antes de que Amelia se diera cuenta, él le

había tomado la muñeca para detenerla, pero ella, contra todo pronóstico, comenzó a mover el pulgar en una caricia. Ese pequeño instante quedó encerrado en una mirada intensa, en el alivio tibio de su roce. La tormenta parecía haberse trasladado a los ojos de Logan, como un cielo a punto de descargar, y, como si Amelia hubiese absorbido su angustia, sintió deseos de llorar.

Confusa, apartó la mano, perdiendo el calor de su piel, y deshizo el nudo de la garganta tragando con dificultad.

El crujido del jergón los devolvió a la realidad; los ronquidos indicaron que era el momento de salir.

Con sigilo abandonaron el camarote y, sin demora, también el barco. Algunos marineros jugaban a los dados y otros contaban sus penas al mar, pero ninguno reparó en ellos cuando bajaron por la rampa como dos tripulantes más.

Logan echó a andar hacia el lado contrario al que Amelia debía ir.

—¿No piensa acompañarme? —dijo ella—. A esta hora me será difícil encontrar un carruaje.

—Haberlo pensado antes. No puede… no puede ir por ahí como una irresponsable. ¡Ciertos actos acarrean consecuencias! Es una inconsciente, una… —resopló—. Esos hombres podrían… podrían… pasan meses sin ver a una mujer, ¿entiende? Claro que no lo entiende, o no habría hecho semejante estupidez. ¡Esto no es una de sus novelas, señorita Ravenscroft! En estas calles suceden cosas crueles, de verdad, que se introducen en la piel a la fuerza y no la abandonan jamás. ¿Cómo… cómo, en su sano juicio…?

—¿Cree que soy estúpida, es eso? ¿Que vivo en una de mis fantasías? ¿Se ha preguntado alguna vez por qué escribo?

—¡Demonios!

La miró una última vez y le dio la espalda, alejándose en la oscuridad.

—¿Demonios? —repitió Amelia, con la voz rota por la incredulidad y la rabia que le ardía por dentro—. ¡Al demonio con usted, señor Thorne! ¡Con su orgullo, su silencio y su maldita manera de tratarme como a una necia! —Su pecho subía y bajaba, tembloroso—. ¡No soy una niña asustada ni una muñeca frágil a la

que no se puede mover! ¡Y mucho menos una tonta que no sabe lo que arriesga!

Golpeó el aire con los puños cerrados, como si pudiera alcanzarlo, aunque ya lo hubiera perdido en la penumbra. De repente, su ira se transformó en un sollozo ahogado que la obligó a callar. Dejó caer las manos a los costados y, rendida, comenzó a caminar. No mucho después escuchó los cascos de un caballo acercarse.

Amelia alzó la mirada ante el imponente animal que se detuvo a su lado.

—Suba.

Logan le tendió la mano, pero Amelia la rechazó y prosiguió su marcha.

—Por el amor de Dios, suba, señorita Ravenscroft.

Amelia soltó una risa amarga, casi un bufido, y siguió caminando.

—¿Cómo demonios piensa llegar a Hampstead? —espetó él.

—¿No lo ve? Primero doy un paso, luego otro y así sucesivamente.

La paciencia de Logan llegó a su límite. De un salto, bajó del caballo y, en un arrebato, la tomó de la cintura para subirla a la montura. No esperaba el fuego que se encendió en su interior con el roce de sus manos sobre la tela empapada. Durante un segundo se detuvo, respirando cerca de ella, tan consciente de la suavidad de sus formas bajo su agarre que casi olvidó su intención. Tragó muy despacio —como si al mínimo movimiento ella pudiera desvanecerse —, extrañado de que no reaccionara, de que no le propinara un bofetón por el atrevimiento; y, con un único movimiento, la alzó y la acomodó sobre su caballo.

Creyó al fin haber doblegado su cabezonería… hasta que la vio aferrarse a las riendas, espolear al animal y alejarse como una ráfaga, dejándolo atrás bajo la lluvia.

Tuvo que reconocerlo: el golpe a su orgullo no pudo ser más doloroso; pero, en vez de maldecirla, sonrió. Caminó en la oscuridad aún sintiendo en las manos el calor de su cintura, un calor que lo perseguiría mucho más allá de esa noche.

Ya resguardado bajo un tejadillo, metió la mano en el abrigo y sacó el documento que había robado sin que Amelia lo viera. Desplegó la hoja y sus ojos recorrieron la tinta:

«Contrato de compraventa: doscientas arrobas de azafrán, embarcadas en Kingston, Jamaica».

Logan frunció el ceño.

—Azafrán… en Jamaica —murmuró, confirmando las sospechas que lo llevaron a robar ese escrito.

Sabía de sobra que en aquellas tierras no crecían esas flores carmesí. Aquello no era más que un disfraz, un velo tendido para ocultar lo que realmente se traficaba en esas aguas. Cerró el documento y lo guardó contra el pecho. El frío de la lluvia le había calado hasta los huesos, pero nada podía apagar la verdad que acababa de confirmar: tras esas letras se escondía un negocio mucho más oscuro, y él estaba dispuesto a desenmascararlo.

¿Y ella? —se dijo.

¿Lo odiaría por hundir a su familia… o lo admiraría por librarla de un matrimonio sellado bajo la sombra de un comerciante de vidas?

34.

La noche no había logrado borrar el temblor que aún le recorría la piel allí donde el señor Thorne la había tocado; por ello se maldijo, por eso y porque, en el fondo, deseaba que ese día fuera a buscar su caballo. Quizá no debió dejarlo bajo la lluvia; quizá debió apagar su orgullo y ceder, pero en ese momento se había sentido tan extraña que lo único que pudo hacer fue huir. Encima, no había encontrado nada en ese maldito barco. ¿Qué más podía hacer?

No tenía ganas de escribir; apenas había dormido un par de horas, esas en las que su mente la había dejado de atosigar con pensamientos que iban desde el temor por casi haber sido descubierta por su padre al llegar —y la duda de si sospechaba de ella—, el reciente cambio en la actitud de su madre y en el mismísimo diablo, porque sí, Logan se estaba convirtiendo en uno, como esa máscara que llevaba; y, por otro lado…

—¡Cómo puede ser tan vulnerable y a la vez poseer esa dureza! —espetó hacia sus macetas.

Garabateó el papel frente a ella y, de nuevo, alzó la vista hacia los cristales empañados del invernadero. Ese hombre temía a la oscuridad, lo sabía: ¿cómo si no se habría comportado como un niño en ese camarote y bajo aquella cama? Su mirada…

Algo no estaba bien, pero… ¿Podría ella ayudarle?

—Sal de mi cabeza, Logan Thorne. No te doy permiso.

Sus murmullos se los llevó el silencio, y con ellos la respiración, al ver a su madre a dos pasos de ella. ¿Cuándo había entrado? ¿Por qué demonios Rosemund no la había advertido como siempre hacía? Si ella leyera alguno de esos papeles y se lo dijera al barón, la encadenarían a su cama sin poder ver nunca más la luz del día. Apurada, recogió todo como pudo y lo escondió bajo la tabla de la mesa.

—No hace falta que lo ocultes. Ya no.

Los ojos de la baronesa no fueron capaces de retener las lágrimas y, con vaga contención, fueron cayendo una a una.

—Madre…

Amelia se levantó y no dudó en acercarse a ella y, con su pañuelo, enjugar las penas que caían sobre sus mejillas. Fue entonces cuando vio la rojez en su cuello, lo que la hizo descender la mirada hasta sus brazos y luego a las manos. La baronesa estiró las mangas para taparse, pero Amelia se lo impidió.

—Madre…

Esther Ravenscroft había callado suficiente: había vivido en el sometimiento en silencio, tras una sombra que no la dejaba ser. Nada de eso le había importado y habría sobrevivido por el honor y respeto a sus padres, quienes la condenaron a ese matrimonio, pero la primera lealtad de una madre suele ser proteger a su hija; verla de ese modo, oír cómo su propio padre la abofeteaba por expresar sus sentimientos, le quebró el alma. Lo había intentado: quería retenerla, no había salida para ella, como ella tampoco la tuvo. No fue más que su deseo de que hallara su libertad lo que la impulsó a dejarla marchar la noche anterior, pero bien sabía por Rosemund que su pequeña incursión había sido en vano. Sin embargo, en ese momento traía noticias; noticias que no estaba segura de compartir con su hija —era exponerla al peligro—, pero ¿qué era lo mejor? Amelia tenía derecho a decidir; era lo suficientemente adulta para hacerlo, y confiaba ciegamente en su entereza y valentía. No sería ella quien le negara la opción de abrir las puertas hacia su libertad. Nunca se lo perdonaría.

La baronesa estiró las manos hacia su hija y acunó su rostro con dulzura.

—Escucha bien lo que voy a decirte.

Amelia asintió, preocupada; tenía la sensación de que, fuera lo que fuese que su madre iba a desvelarle, cambiaría su vida en ese mismo instante.

—Tu padre y Henry Thorne planean otra de sus rutas comerciales —confesó la baronesa—. Llevo años sospechando que no son simples botellas de ron, tabaco y azúcar de nuestras

plantaciones. Tu padre cree que soy estúpida, pero me he dado cuenta de que los ingresos han ido en aumento, así como la producción de nuestras tierras, y solo se me ocurre que se deba a algo ilegal, Amelia. No quiero el futuro de mis hijos manchado por las fechorías de tu padre y ese mercader.

—¿Y si descubro algo que incluso haga imposible un futuro, madre?

La baronesa había barajado todas las posibilidades. Había vivido en la comodidad de su hogar; nunca le había faltado nada e, incluso, de cara a la sociedad eran de los barones más reconocidos en toda Inglaterra. Pero, ¿bajo qué coste? Había llegado al punto de que ni la ruina ni el exilio serían tan graves como dejar a sus hijos en unas vidas que solo conseguirían que estuvieran asqueados de sí mismos. Su marido había llegado demasiado lejos: la codicia y el poder lo habían cegado. No iba a permitir que sus hijos heredaran tal oscuridad.

—Podrías poner tu vida en peligro, Amelia; hasta un futuro «buen matrimonio». Hablaré con tu padre: si algo sale mal, diré que te envié a un retiro con las monjas para prepararte en la docilidad para tu matrimonio.

—Madre… ¿Qué está diciendo?

La baronesa tomó las manos de su hija y las apretó con las suyas, temblorosas. Tragó con dificultad y dejó sobre la mesa un recorte de papel con una hora y un nombre.

—Esa noche zarpará una embarcación desde Bristol —la miró a los ojos—. Sabes que no puedo denunciar a tu padre: eso solo empeoraría las cosas. Él tiene amigos, influencias… jueces que le deben favores. No sabemos hasta dónde llega su red. Amelia —continuó con voz más firme—, hay documentos que solo están a bordo: el libro de bitácora, el manifiesto del capitán, cartas privadas que tu padre deja quemar en la chimenea cuando nadie mira. Sin embargo, veo incapaz a Henry Thorne de esconder algo tan grande sin dejar rastro; no es estúpido y sabe que debe protegerse también de tu padre. Si no conseguimos esas pruebas antes de que zarpen, nadie nos creerá.

La baronesa se detuvo; el nudo en la garganta se deshizo en llanto.

¿Cómo puedo pedirte esto? —murmuró—. ¿Qué clase de madre soy?

—Una que ha decidido no callar —replicó Amelia, y las dos se hundieron en un abrazo que olía a desesperación y a decisión.

—Yo me quedaré aquí para distraer a tu padre —dijo Esther al separarse—. Rosemund te dará ropa de hombre; pasarás por muchacho de la cubierta. No puedo prometer que no habrá riesgo: si te pillan, puede costarnos todo. Pero prefiero la ruina, a ver vendido a cualquiera de mis hijos.

—¿Y si no consigo entrar en el camarote? —preguntó Amelia, con la voz temblando entre el miedo y la resolución.

—Es nuestra última oportunidad —contestó la baronesa—. Tu padre y Henry planean una última travesía para cerrar tratos y, si alguien más no los para, todo quedará sellado. Sé que su propio sobrino sospecha, pero no tiene pruebas. Por eso debes ir: el libro de bitácora y el manifiesto son irrefutables. Sacos, cartas, firmas… todo eso está allí.

Esther deslizó un papel con la hora y el número de muelle hacia ella y apretó su mano para transmitirle su fuerza.

—Ve en tres noches al muelle tercero —susurró—. Vuelve con algo que te libre de él, Amelia… que nos libre a todos.

—Y si no puedo, madre. Y si no consigo entrar en ese camarote… Anoche estuve en ese barco, atracado ahora en Londres, madre, y no hallé nada. Fue inútil.

La baronesa tomó aire, con una mezcla de firmeza y compasión.

—Porque buscabas a ciegas, Amelia. No sabías qué encontrar. Ahora lo sabes: el libro de bitácora, el manifiesto, las cartas —repitió —. Estarán allí: siempre lo están antes de zarpar. Cuando atraquen en Bristol para preparar al barco para la travesía, todo estará allí — dijo casi en un susurro, recordando los días en los que el barón la llevaba a navegar, cuando pensaba que le importaba, que significaba algo para él… antes de que por primera vez le levantara la mano.

—Pero… si me descubren… —La voz de Amelia tembló de nuevo; de repente todo se había vuelto demasiado real, y su madre parecía haber resurgido de un letargo eterno, y todo por la humillación que había sufrido su hija la noche de la formalización del compromiso. Una cosa era ir en plena noche rodeada de marineros borrachos y otra muy distinta aparecer en pleno día con todos los hombres activos para la salida.

—Si te descubren, tu vida entera quedará atrapada en manos de ese hombre y de su ambición.

Amelia asintió, por primera vez aterrada.

—Anoche fuiste movida por la rabia. Esta vez irás con un propósito. Y sé que lo conseguirás.

Amelia apretó los labios: su futuro y el de su familia dependían de ella, y sin pruebas nada cambiaría.

—Lo haré.

35.

—¿Es ese el rostro de la desesperación?

El capitán Montrose lanzó sobre el escritorio de Logan unas viandas envueltas en una tela.

—Sírvete, supongo que no has probado bocado. Cuando algo te preocupa, se te olvida comer.

Logan seguía inmerso en sus papeles, mapas y libros de contabilidad.

—¿Qué demonios buscas?

—Azafrán. ¿Charles trajo azafrán en algún momento antes de que falleciera?

—Claro que no. Sabes que nuestra ruta siempre ha sido la India —la de tu padre—, a diferencia de Henry, quien comercia en el área del Caribe. No entiendo entonces para qué diantres lo buscas. Sabes tan bien como yo que solo hay azafrán en el sudeste asiático.

Logan estiró el documento que había hallado en el camarote de Henry y Montrose lo leyó con detenimiento.

—¿En Kingston? ¿Azafrán?

—Es una tapadera, Montrose. Eso solo confirma mis sospechas.

—Bien, pero este papel no prueba nada. Logan, me sorprende que un hombre curtido en leyes como tú no lo sepa.

Iba a replicar, pero el capitán no se lo permitió.

—Sin embargo, mientras jugabas a los detectives y piratas para conseguir una información que, perdón, no aporta nada a tu investigación, yo te he traído un regalito. O, mejor dicho, una mujer me lo ha dado para ti.

Logan arqueó una ceja.

—No tengo tiempo para tus juegos.

—Oh, pero este no es un juego. —Montrose tamborileó los dedos sobre la mesa—. Digamos que Madame Laurent, en un arranque de generosidad… y quizá por despecho hacia cierto socio suyo. Al verme vigilarlo anoche —supongo que fui poco disimulado para algunos; nunca se me ha dado bien pasar desapercibido—…

—Ve al grano, Montrose.

—Está bien. Madame Laurent me confió la hora, el día y el muelle desde el que zarpará el barco de Henry. El único barco de la flota Thorne del que no tienes el control.

Logan se inclinó hacia él.

—¿Y qué pedía a cambio? —Logan sabía que para esa mujer todo tenía un precio.

Montrose sonrió.

—Solo que le recordara que hay favores que se cobran más tarde. Aunque, entre nosotros, juraría que nos ayudó encantada porque sabe que a ti te interesa tanto como a ella que Henry se vaya al cuerno.

—¿Y eso por qué?

—Digamos que se empeña en que caliente su cama y le cuesta recibir un «no» como negativa. He oído que hasta le envía cartas perfumadas.

—Dios mío, no quiero saber más. Solo de pensar que puede casarse con la señorita Ravenscroft… Tengo que atraparlo antes de que…

Logan cerró la boca antes de continuar.

—No soy estúpido, y te conozco desde que eras de este tamaño —comentó extendiendo su mano a la altura de la cadera—. Esa señorita… ha entrado, ¿cierto?

—¿A qué te refieres? —dijo, esperando que le diera la información importante.

—Ha entrado a ese corazón ahumado que posees. —Apretó los labios—. Lo sé, la forma de llamar a tu corazón no ha sido acertada, pero ¿puedes dejar de mirarme así?

—¿Cuándo sale Henry? —Logan decidió ignorarle; no iba a dar pie a que le hiciera más preguntas sobre ello.

—En dos días. Ya ha comenzado a preparar a la tripulación. Anoche, en el lupanar, dejó caer que buscaba marineros; al parecer tiene bajo la manga un último y cuantioso acuerdo que debe llevar a cabo, porque ofrece mayor recompensa que otras veces.

—Antes de que alguien le descubra —Logan apretó los puños —. Es mi única oportunidad, Montrose. Debo ir en ese barco.

—¡Podríamos seguirles!

—Claro, como si nuestro bergantín pudiera pasar desapercibido.

—Podemos cambiar banderas. Estoy seguro de que es lo que Henry hace.

—No.

Su respuesta fue tan rotunda que Montrose no supo si enojarse o alegrarse, porque solo significaba que tenía algo en mente.

—Debes ir a la Costa de Oro y alertar a la Marina. Desde la abolición del comercio de esclavos hay vigilancia, pero, por lo que veo, no tanta como debería. Dudo que mi tío sea el único que lo haga, teniendo en cuenta los beneficios. No llegarán a puerto por seguridad; harán un *rendezvous.*

—Claro, ¿y en qué punto del mar exactamente le digo que se llevará a cabo ese intercambio a nuestra querida Royal Navy?

—Dejaré un mensaje en Madeira. Mi tío siempre se detiene ahí para reabastecerse, al igual que nosotros. Iré a la taberna Âncora Velha y le daré la información a Mateus.

—¿Y si no lo averiguas antes de llegar a Portugal?

—No hay opción para eso.

—Usarás la goleta; es más rápida. Debes informar lo más rápido posible.

—¿Crees que tu plan trazado en cinco minutos puede salir bien?

—Tengo que atraparlo, Montrose. Dime qué otra opción tengo.

Montrose caviló durante un minuto. Tenía razón: no había mucho más que hacer. No se podía acusar a un barón sin tener pruebas; a un comerciante, quizá, pero siempre podría negarlo y

salirse con la suya, y más con la ayuda de Ravenscroft. Todo apuntaba, además, a que era su último golpe: con Logan sospechando, no iban a arriesgarse mucho más.

—¿Cómo piensas meterte en ese barco?

—Como lo hacía desde que era crío. No hay nada que no pueda lograr un buen disfraz. Mañana mismo me presentaré en el barco como un estibador más. Si está buscando tripulantes, no tendré problema.

—Más vale que te mantengas con vida. No te he tenido que aguantar tantos años por órdenes de Charles para que ahora te mueras ahogado por tu tío. Asegúrate de que sus cañones no funcionen y…, ¡demonios, cuídate!

Montrose fue a abrazarle, pero Logan se apartó tras darle una palmada seca en la espalda.

—Aún no me voy. Debemos barajar todo lo que puede suceder para estar preparados. Si algo sale mal…

—Iré a cada puerto a buscarte. Eso tenlo por seguro. Y, cuando todo haya sido resuelto, por fin vivirás tranquilo, amigo.

Logan lo miró y una extraña sensación lo atravesó. ¿Sería eso cierto? ¿Podría al fin vivir tranquilo, sin la amenaza constante de su tío? ¿Podría, por fin, dejar su pasado ir y vivir plenamente como Logan Thorne?

—Por cierto, ¿y tu caballo? No está en su amarre. Y siempre está. De hecho, pensaba que aún no habías llegado.

—La señorita Ravenscroft me lo ha robado.

—¿Acabas de sonreír? ¿Y esa sombra que siempre te ha perseguido a todos lados? Ese gesto tenso, como una maldita vela empujada por el viento…

—Montrose.

—¿Sí?

—Gracias.

—¿Qué? Bueno… —sonrió incómodo—. Será mejor que me marche. La goleta no se preparará sola.

Logan lo vio marcharse y, por primera vez en toda la conversación, dejó salir su nerviosismo. Se sentó en su silla y se llevó las manos a la cabeza, desordenando sus cabellos con

frustración. Entonces Amelia regresó a sus pensamientos. Debía escribirle; se lo debía después de su comportamiento. Además, quería recuperar su caballo.

Cuando hubo terminado —después de varios papeles arrugados y tachones—, le entregó la misiva al chico de los recados y se encaminó hacia aquel lugar que hacía un tiempo no visitaba. Todavía seguía hablando con ella y, aunque sabía que no le escuchaba, al menos se sentía cerca de ella.

***

Abrió la reja del cementerio de St. Paul, donde los hierros chirriaron anunciando su presencia. Miró hacia un lado y a otro, siempre resguardado en la oscuridad de la noche y, como si llevara plomo escondido en los zapatos, anduvo hasta la tumba de su madre. Sacudió un poco la arenilla sobre su nombre con unos toques de su pañuelo y, como siempre, le dejó una nuez. Era un cementerio humilde, pero rodeado de flores en primavera parecía el mismo paraíso; esa estación apenas acababa de comenzar. Retuvo el dolor de su pecho al recordar el día en el que la mismísima Judith Thorne, por voluntad de Charles, había conseguido recuperar el cuerpo de su madre de un cementerio común de pobres —a los que nadie iba a visitar— y trasladarlo a uno lo suficientemente decente y con la bendición correspondiente. Fue doloroso, y a la vez liberador: saber que, al menos allí, podría visitarla.

—Soy un mal hijo —comenzó diciendo—. No vengo a visitarla todo lo que debería y, sin embargo, usted siempre ha estado para mí.

Se sentó a su lado sin importarle la suciedad, suspiró y sonrió.

—He conocido a alguien, madre; alguien por quien quizá merece la pena dejarlo todo atrás, para dejar de usar esto —dirigió la mirada a sus puños y luego la movió a su pecho—, para dejar brillar esto como me dijiste. No sé si a estas alturas será posible y… tengo miedo, madre. Debo hacer algo para poder continuar con la vida que me ha sido regalada. No sé cómo acabará todo esto y, a

pesar de todo, lo que más me angustia es que… —Se tomó un momento para respirar y contener sus lágrimas—, es que ella pueda rechazarme por ser quien soy en realidad.

De repente, una mano se posó sobre su hombro y, sobresaltado, Logan se levantó.

—No te rechazará —dijo quien había aparecido—. Lo sé porque nunca te habrías fijado en nadie con un corazón tan vacío como para hacer tal cosa.

Logan se fijó en el rostro calmado de Judith y respiró con tranquilidad.

—Madre, es tarde; no debería estar aquí.

—Sé que nunca ocuparé su lugar en tu corazón, pero puedo escucharte, Logan.

—Lo sé, solo que…

—Eres muy valiente, ¿lo sabes? Siempre lo has sido, hijo mío. Me salvaste a mí, a Charles, devolviéndonos la felicidad, y estoy segura de que lo harás también con toda esa gente… y con la señorita Ravenscroft.

—Madre… ¿Cómo…? Montrose —se respondió a sí mismo— tiene la boca más grande que un cañón de fragata.

—Se preocupa por ti. Igual que yo. Por eso sabía que te encontraría aquí.

—¿Alguien la ha visto? ¿La han seguido?

—Logan… todo acabará pronto.

Judith tomó las manos de su hijo y las apretó entre las suyas.

Logan dejó caer los hombros y asintió, como si una parte de su corazón quedara liberada.

—Todo acabará pronto.

36.

Estimada señorita Ravenscroft:

¿Por qué escribe? Tiene razón, nunca se lo he preguntado. El motivo de esta carta no es otro que expresarle mis más sinceras disculpas. Considéreme hipócrita por escribirla después de pedirle que se alejara, pero oí sus gritos aquella noche y debo aclarar algo: jamás la he considerado una necia ni, mucho menos, una muñeca. Las muñecas se rompen. Usted, en cambio, posee una entereza y una fuerza que admiro.

Es solo que… no me gusta que se exponga al peligro. Quizá mi reacción no fue la más acertada, pero, por favor, ruego que acepte mis disculpas. Si no…

(La frase siguiente estaba tachada; más adelante continuaba).

Cuide a mi caballo. Me ausentaré un tiempo y sospecho que en sus establos estará mejor que en el puerto.

Si todo sale bien, no tendrá por qué casarse con mi tío.

Por favor, cuídese. Quizá, cuando regrese, me atreva a contarle alguna anécdota de mi viaje.

L. T.

Amelia dobló la misiva del mismo modo que lo había hecho la primera vez, la segunda y todas las veces que la había leído. La apretó entre sus manos como si ese papel pudiera transmitirle valor. La había releído tantas veces en los últimos tres días que ya sabía cada palabra de memoria, salvo aquel tachón que la mantenía intrigada.

El traqueteo del carruaje la sacudió con brusquedad mientras avanzaba por las calles húmedas hacia el puerto. Allá afuera, el aire corría cargado de agitación; en el interior del carruaje, solo se oían el corazón de Amelia y las oraciones de Rosemund.

Una vez más repitió aquellas palabras que le quemaban en el pecho: «Si todo sale bien, no tendrá que casarse con mi tío». ¿A dónde iría Logan? ¿Y si no regresaba? ¿Y si jamás volvía a escuchar esa voz que tanto la irritaba y, a la vez, la desarmaba?

Guardó la carta junto a su pecho e intentó recuperar la tranquilidad de su respiración. Tal vez era una locura lanzarse a ese barco antes de que partiera en busca de pruebas, pero era el único modo de que su vida cambiara, de que su familia lo hiciera. Y si él se arriesgaba… ¿Cómo podría ella quedarse atrás? Era una de sus reglas: no depender de nadie.

El carruaje se detuvo con un movimiento seco. Miró a Rosemund antes de levantar la vista hacia la neblina que cubría los mástiles de los navíos, que se alzaban como sombras imponentes contra el cielo gris.

—¿Cómo me veo? —preguntó, controlando el temblor de su voz.

—Como un muchacho sucio y espantoso —respondió Rosemund entre lágrimas.

—Solo será un momento, Rosemund. No me voy al otro extremo del mundo.

La doncella asintió, aunque sabía que, si algo sucedía ahí dentro, ni su botiquín lograría solucionarlo.

Amelia fue a bajar del carruaje, pero Rosemund, asustada, la tomó del brazo.

—Señorita…

—Todo saldrá bien. ¿Cuántas veces me he salido con la mía, Rosemund? Además, estoy segura de que entre tantos marineros; pasaré desapercibida.

Su sonrisa fue forzada, y la doncella lo supo.

—Repítame exactamente lo que hará.

—Tomaré uno de esos sacos con los demás muchachos, inclinaré la cabeza y pasaré. Evitaré al vigilante ocultándome entre los estibadores; luego seguiré hasta el camarote y buscaré aquello que me ordenó madre en el segundo cajón del escritorio del capitán. Lo guardaré y, como si fuera a recoger más carga, regresaré aquí,

donde tú estarás —una calle más arriba— para que nadie me vea subir al carruaje.

La doncella asintió, algo más tranquila al oírla tan segura, y la dejó ir.

***

Logan aseguró la peluca que Montrose le había conseguido y se rascó la barba crecida. Todo era parte del plan para parecerse a un tal Jacques Petit, el único del que Montrose sabía que tenía el mismo color de ojos que su amigo. Aquel francés había navegado durante años con la tripulación de Henry, después de huir de su país como un cobarde para no alistarse en el ejército de Napoleón, antes de que lo enviaran al exilio en la isla de Santa Elena. El verdadero Jacques había pasado una tórrida noche en el lupanar de Madame Laurent y, por cosas de la vida, no había podido llegar.

Y ahí estaba él: la barba le picaba y la peluca le hacía sudar, pero no podía permitirse ni un gesto de incomodidad. Frotó sus manos antes de tomar dos barriles y siguió a los demás. Algunos lo saludaron y otros le preguntaron si le había sucedido algo para que, de repente, no vagueara.

—¡Por fin te veo cargar algo! —soltó uno.

—El jefe te habrá puesto las pilas —añadió otro.

Logan se limitó a compartir sus risas, intentando no acercarse mucho a ellos. Tomó otro barril y se chocó con un muchacho que sujetaba un saco de una manera que iba a romperse la espalda. Logan dejó su carga en el suelo y colocó al chico el saco sobre los hombros.

—Así mejor.

El muchacho, cabizbajo, dejó que él se adelantara. Respiró con fuerza y lo miró con extrañeza. Esa voz… Una sensación extraña se apoderó de Amelia, pero no podía permitirse distraerse.

Agradeció en silencio al extraño. Tenía razón: así era mucho más fácil de llevar.

Tras los demás marineros, subió al barco. Bajó a la bodega y dejó el saco donde vio que lo hacían los demás. Luego subió y aprovechó el jaleo de la cubierta, las idas y venidas, los gritos del capitán y del contramaestre. Estibadores cargando, marineros ajustando las velas… y el dueño de todo aquello, Henry, observando desde la proa, donde revisaba papeles y atendía preguntas.

Amelia lo miró de soslayo. Estaba lo suficientemente lejos como para verla entre tanta gente. Se deslizó al interior del camarote y comenzó su búsqueda sin saber que su saco había sido el último que subiría, que ese jaleo se debía a la excitación y preparación antes de zarpar.

El corazón se le iba a salir por la boca en cualquier momento; era difícil buscar si debía estar pendiente de que nadie la viera. Abrió el cajón que su madre le había indicado cuando oyó:

—¡Eleven anclas!

No, no, no… con esto no es suficiente.

Abrió más cajones: debía hallar el manifiesto de las travesías comerciales anteriores. No tenía tiempo de leer; cogió varios papeles y, como pudo, los guardó en su chaleco. De repente, un ligero mareo. El barco se estaba moviendo.

Corrió hacia el ojo de buey y lo vio. El puerto comenzaba a alejarse.

—¡No! —un grito ahogado, una lágrima.

Sus manos temblaban y sus piernas apenas respondían. Por un instante, el bullicio de cubierta se desvaneció y solo escuchó el descenso áspero de su saliva por la garganta. Un pitido le invadió los oídos; luego vino la arcada. Salió del camarote sin ser vista y, entre el alboroto de despedidas y los besos lanzados a la distancia, se inclinó sobre el costado de estribor y vomitó.

Alguien se acercó por detrás y le dio un par de palmadas en la espalda.

—¿Tu primera vez, muchacho?

Amelia asintió, sin distinguir cuál era la causa real de su malestar: si el vaivén del barco o el miedo de hallarse sola en una nave repleta de hombres, rumbo a un destino muy lejos de su hogar.

—Si te sirve de consuelo, a mí me sucedió lo mismo. Pero solo tienes que alzar la vista hacia el horizonte y ahí encontrarás lo que necesitas: *ataraxia.*

Amelia, sin girar del todo el rostro, pudo ver al hombre: el mismo que la había ayudado con el saco. Tenía un cabello extraño y una barba fea. ¿Es que no iba a dejarla en paz?

—No me mires a mí, te marearás. —El hombre tomó su barbilla y la giró hacia el mar.

—¿Qué es eso que ha dicho? —su curiosidad pudo más que su prudencia—. ¿Ataraxia?

El hombre sonrió.

—La serenidad total, muchacho; ese momento donde no existe el miedo, ni siquiera el deseo. Solo… calma.

«Ataraxia». Sin ser consciente, el pánico se había ido y, con él, el mareo. Pero ¿qué iba a hacer? ¿Esconderse hasta llegar al primer puerto? ¿Cuál sería? ¿Y cómo podría regresar?

El extraño se iba a marchar al verlo más calmado, pero Amelia lo tomó del brazo.

—¿A qué puerto vamos primero? —dijo, siempre con la cabeza gacha.

—A Madeira.

—¿En Portugal?

Tuvo que agarrarse de la borda.

—¿Te encuentras bien?

Amelia se llevó las manos al estómago revuelto. ¡Dónde demonios estaba su valentía cuando más la necesitaba! Una ligera corriente acarició su rostro y, de nuevo, pudo respirar con los ojos cerrados. Al abrirlos hacia el extraño, se llevó la mano a la boca y dio un paso atrás.

Era él.

Podría reconocer esa mirada que la escudriñaba como quien veía algo que no cuadraba del todo.

—¿Señorita Ravenscroft?

El rostro de Logan perdió color. La tomó de los hombros y miró hacia un lado y hacia el otro.

—¿Qué demonios ha hecho esta vez?

37.

Fue el turno de Logan para cerrar los ojos y pensar qué diantres hacer con ella.

La cubrió mejor con la gorra que llevaba y, sin pedir permiso, la alzó sobre uno de sus hombros.

—¿Qué hace? ¡Suélteme! —ordenó Amelia— ¡Suélteme ahora mismo!

—Cállese si no quiere que nos tiren a los dos por la borda —respondió Logan con dureza.

Amelia reconoció el enojo en su voz, el mismo de aquella vez cuando la acorraló en el callejón de la taberna donde lo había visto pelear.

—No se mueva —susurró controlando su ira.

—Vaya, vaya. ¿tan pronto ha caído el primero? —dijo el contramaestre al verlo.

—Es su primera vez —añadió Logan con acento francés.

Llévelo abajo, no quiero un cuerpo rodando por cubierta.

—Al menos todavía no —soltó otra voz.

Amelia reconoció ese perfume desagradable enseguida. Era Henry. Cerró los ojos como si eso pudiera hacerla pasar desapercibida. Logan bajó una escalera, se cercioró de que no había nadie más y, la dejó en el suelo. La miró de arriba abajo, se llevó las manos a la cabeza, las bajó, se cruzó de brazos, las volvió a subir, resopló, la volvió a mirar y dio un golpe en la madera tras ella.

—¿No va a decirme nada? —preguntó Amelia.

—Dígame, ¿va a servir de algo? ¿Sabe lo que ha hecho? —replicó Logan, furioso.

—Ahí está de nuevo, tratándome como una estúpida. Si sigue así, nunca podré perdonarle como pedía en su carta.

Logan la sujetó de los hombros y la empujó suavemente contra un barril hasta que no le quedó más remedio que sentarse y mirarlo a los ojos.

—Aquí la pueden descubrir... y entonces... —musitó él.

Amelia tragó saliva. El eco de las voces de la tripulación resonaba a lo lejos, y el olor a sal y a esos cerdos y cabras encerrados se mezclaba con el miedo que ambos sentían.

—No podía quedarme atrás —dijo ella, más firme de lo que esperaba—. No cuando usted mismo se arriesga para atrapar a ese desgraciado. Quizá por distintos motivos, pero ambos hemos acabado aquí. No me culpe por perseguir mi libertad.

Logan la soltó con brusquedad, como si sus palabras hubieran sido el golpe más duro que hubiera recibido en todas sus peleas.

—No sabe cuánto me enfurece haberla encontrado aquí —masculló.

—Y a mí que me haya encontrado —respondió ella con el mismo enojo—. Todo hubiera sido más fácil.

—¿Fácil? —Logan soltó una risa amarga—. Con usted nada es fácil.

Se acercó al ver su chaleco abultado y, sin mediación, tiró de los papeles que apenas sobresalían de el.

—¿Qué pretendía hacer con esto? —preguntó, sosteniendo los documentos en la palma de la mano.

—Acusar a mi padre y a su tío. Mi madre dijo que ahí se registra todo. O que al menos Henry lo haría para atar a mi padre. —Amelia habló con fervor.

Si Logan tenía algún tipo de remordimiento por querer hundir al barón, se le fue de un plumazo. Lo único que lo había hecho contenerse hasta ahora había sido su hija; pero si ella misma era capaz de descubrirlo, ¿por qué no ir a por ello con todas las de la ley?

—Dudo que dejen por escrito de forma explícita algo que los relacione directamente con la trata de esclavos en papeles, señorita Ravenscroft. —Logan habló con brusquedad.

—¿Esclavos? ¿Qué está diciendo? —Amelia abrió los ojos con horror.

Logan se maldijo por hablar de más.

—Olvídelo. No tiene por qué saberlo.

—No se equivoque —replicó ella con fiereza—. ¡Claro que tengo que saberlo! —se levantó, clavó su índice en el pecho de Logan y continuó haciéndolo al ritmo de cada palabra—: deje-de-tratarme-como-a-una-niña.

Logan atrapó su mano y la apretó contra su pecho. Amelia contuvo la respiración cuando él, despacio, acercó su rostro al de ella.

—Pues deje de comportarse como una —susurró.

Era asombroso lo fácil que resultaba provocarla; en el fondo, se sentía culpable por disfrutarlo, pero la fiereza que ella mostraba era algo que no tenía precio. En ese momento, un chasquido retumbó en la madera desgastada. Logan llevó la mano a su mejilla dolorida por el bofetón inesperado que había recibido.

—Supongo que me lo merecía —murmuró.

Amelia respiraba irascible y, entretanto, Logan se agachó a recoger un papel del suelo. Al darse cuenta de lo que era, Amelia quiso arrebatárselo, pero él no se lo permitió.

—Devuélvemelo —exigió ella.

—¿O qué? ¿Me dará otra bofetada?

—¿Quién se comporta ahora como un niño? —resopló mientras se recolocaba la gorra.

Al ver que tenía razón, Logan le entregó el papel. Estaba actuando como un verdadero idiota. Amelia guardó la carta de Logan con la esperanza de que no la hubiera reconocido y colocó las manos en la baranda de la escalera para salir de la bodega; allí dentro le costaba respirar.

—Mi padre puede ser codicioso, temperamental, sí, pero sacar a personas de su hogar para enriquecerse, eso es... —dudó, en busca de la palabra.

—Inhumano —completó Logan.

Amelia lo miró una última vez; no quería seguir enfrentándose a él. Subió el primer escalón y, antes de que pudiera subir el siguiente, la mano de Logan se aferró a su muñeca y la detuvo.

—¿Lo mejor no será que pase desapercibida? ¿Sabe lo que pasará si ven una mujer a bordo? —preguntó él con voz baja.

—Que Henry no dejará que nadie me ponga un dedo encima.

¿Henry?

Logan no esperaba que esas palabras lo hirieran tanto.

¿Que él la protegería? Amelia hablaba desde el rencor; no fue difícil reconocerlo en su voz y su mirada, pero no podía permitir que se marchara así. Era cierto, lo más probable era que Henry no permitiera que nadie se acercara a ella —como si fuera una posesión —; pero él, en cambio, la protegería por un sentimiento creciente que lo hacía hervir por dentro. No había sido justo con ella. Era cierto que esa mujer se dejaba llevar por su impulsividad, pero lo único que quería era ser dueña de su vida. ¿Cómo se le había ocurrido sugerir que se comportaba como una niña? Era valiente, una mujer dispuesta a arriesgarse, no solo por ella, sino por el bien de su familia.

—Demonios —murmuró Logan por lo bajo—. ¿Segura de que quiere seguir con esto? Si es cierto que su padre hace lo que creo, los Ravenscroft lo perderán todo. —Su voz sonó grave.

Amelia se giró, desafiante.

—Un apellido no lo es todo, señor Thorne.

—Le sería difícil decirlo si viniera de la miseria. A veces, unas simples letras pueden cambiar una vida.

Amelia tomó aire y se dispuso a salir, pero de nuevo la interrumpió.

—Ayúdeme entonces, ayúdeme a encontrar la verdad.

La señorita Ravenscroft abrió los ojos hasta que sus cejas se alzaron; *¿me está pidiendo ayuda?*

—Creo que no hay nada como un grumete inexperto para sacar información —aclaró Logan, intentando calmarse.

Amelia sonrió de tal forma que el corazón de Logan estuvo a punto de detenerse.

Le irritaba, sí, pero tenía una capacidad de desarmarlo más peligrosa que cualquier enemigo en cubierta.

—Primero, le enseñaré la vida en el barco. No puede deambular por ahí con la mirada de un niño perdido; luego...

38.

Los primeros rayos de sol recayeron sobre las velas del Leviatán, tiñéndolas de un resplandor anaranjado que suavizaba el ajetreo de la noche tormentosa. La madera crujía en cubierta, en un lugar donde el mar parecía haberlo devorado todo, menos a ellos. Si no tuvieran la certeza de que en unos días avistarían tierra, la sensación de infinitud de los mares acabaría con todos.

Amelia se llevó la mano al estómago. No había retenido nada de lo que había comido. Si de por sí el vaivén de ese gigante del mar era enfermizo, lo de anoche había sido mucho peor. Entre la dureza del suelo y los ronquidos de los marineros apenas pudo pegar ojo, hasta que, entre su somnolencia y mareo, alguien colocó un saco enrollado bajo su cabeza y pudo descansar al menos unos minutos. Pero la incomodidad era lo de menos; lo que la había mantenido en vela era el miedo, uno que no se atrevía ni a confesarse a sí misma.

Caminaba erguida, pero no demasiado, tal como Logan le había advertido antes de dejarla sola. Debía mirar al suelo si se cruzaba con algún oficial. Algunos de ellos se paseaban por las calles pudientes de Londres y podrían reconocerla. Tampoco debía hablar, a menos que alguien le dirigiera la palabra y no tuviera más remedio. Al menos —y eso la hacía sentirse algo más tranquila—, Henry no solía salir de su camarote. Al parecer, no le gustaba mezclarse con el resto, y salvo el contramaestre y el capitán, pocos se atrevían a hablarle.

Tenía una misión, la misma que Logan: averiguar dónde se haría el intercambio de bienes. Amelia no quería creer que su padre hiciera algo tan aberrante como comerciar con personas, y hasta no verlo con sus propios ojos no pensaría lo contrario. Se aferraba a la idea de que solo se trataría de enseres ilegales, como tabaco o whisky libre de impuestos.

Mientras un grupo de hombres arrastraba cabos y otros izaban velas entre gritos de mando, ella fregaba la cubierta con un cubo de agua salobre. Sus manos enrojecidas, sobre un cepillo áspero, resbalaban en movimientos torpes y algo lentos, pero nadie se fijaba en ella: todos corrían de un lado a otro, gritaban y, de vez en cuando, se sentaban en mitad de la cubierta a descansar antes de que el capitán los viera.

Cuando dos hombres se aproximaron a donde ella estaba, se detuvo fingiendo limpiarse el sudor de la frente, y agudizó el oído.

—Dicen que esta será la última.

—Pues intentaré catar a unas cuantas antes de que se las lleven.

Entre risas, uno escupió muy cerca de donde Amelia estaba limpiando, y eso la enervó sobremanera. ¡Es que no tenían modales!

Se levantó para hacer que ese sucio hombre lo limpiara con sus propias manos, pero el marinero de barba y cabello trenzado se acercó a los otros dos y, como si fuera cosa del azar, se tropezó con el autor de tal indecencia, haciéndolo caer sobre su propio escupitajo.

—¡Se puede saber qué demonios haces! —espetó el del suelo, limpiándose la cara con el pañuelo que llevaba atado al cuello.

Logan lo ayudó a levantarse mientras el tercero no pudo evitar reírse.

—Limpia bien esto, muchacho. Está resbaladizo, ¿quieres que nos matemos? —soltó el supuesto Jacques Petit.

Amelia se mordió el labio para ocultar una sonrisa y se agachó para continuar con su labor.

Un tiempo después, mientras comprobaba los nudos de un mástil, Logan la observó con disimulo. No podía evitar sentir una punzada de orgullo al verla mantener la calma a pesar de estar rodeada de bestias. No era indiferente a su fuerza de voluntad para no terminar a bofetadas con cualquiera que osara pisarle la zona que limpiaba. Pero ese mismo orgullo se transformaba en un nudo en su estómago. No dudaba de que, si la descubrían, ningún marinero pondría una mano sobre ella; pero no estaba tan seguro de lo que haría el desgraciado de su tío. Si se llegara a dar el caso, él también

tendría que descubrir su identidad, y todo el plan acabaría en fracaso.

Los días continuaron sin que ninguno de los dos obtuviera información. ¿Acaso ni los mismos tripulantes eran conscientes de hacia dónde iban? Henry había sido cauteloso. Como negociador, sabía en quién podía confiar y en quién no. Había sido un error creer que esa gentuza —como él los llamaba— supiera algo. Al final, solo les quedaba una opción: una peligrosa, pero que podría salir bien si conseguían lo que querían… o acabaría suponiendo que los descubrieran. Todo el plan pendía de un hilo lo bastante frágil como para romperse en cualquier instante.

A pesar del frío —menor que el de Inglaterra—, el sol castigaba las cabezas descubiertas de la tripulación. El viento hinchaba las velas, y Amelia resoplaba agotada. Con la espalda dolorida y las manos cortadas por la sal, comprendió que la vida en ese barco no conocía descanso.

Tanto ella como Logan habían evitado acercarse a aquellos que habían enfermado y que luego terminaban arrojados por la borda, una imagen tórrida que sabía que nunca borraría de su cabeza.

Después de todo, estaba teniendo la experiencia más cercana que cualquier otro escritor podría soñar para escribir sobre la vida en el mar. Solo que, en ese momento, todo lo que había idealizado se iba difuminando poco a poco hasta transformar su imagen romántica del mar en algo horroroso. Por no hablar de la comida: nunca había valorado tanto lo que era tener un buen estofado en la mesa o un panecillo crujiente con mantequilla para desayunar. Allí, el pan que les daban estaba tan seco y rancio que tenía que mojarlo en agua para poder tragárselo, y esa carne seca que Logan la obligaba a comer para no desfallecer le causaba arcadas solo de pensar en cómo los animales de la bodega iban desapareciendo poco a poco.

—¡A trabajar, grumete! —gritó un oficial, lanzándole un cubo que apenas logró atrapar.

—Esta noche —le recordó Logan al pasar junto a ella.

Amelia asintió, dolorida, y continuó con su labor.

Logan, por su parte, intentaba mantener la distancia con Amelia, pero cada vez le era más difícil. Verla agachada, con las manos agrietadas y los labios secos, le revolvía algo por dentro. Quería sacarla de allí, y esa impotencia lo consumía. Anoche, mientras todos dormían, había conseguido arrastrarse hasta ella y untarle en las manos grasa de cerdo que había obtenido del cocinero, cuando un par de días atrás se vio obligado a pedírsela tras haberse quemado por el agarre de un cabo suelto del que tuvo que tirar.

Logan levantó la mirada hacia el horizonte y deseó que todo marchara según lo previsto.

39.

El cielo se pintó de púrpura y el horizonte, poco a poco, fue oscureciendo. El mar permanecía calmado; el aire, más denso y húmedo de lo habitual.

Los tripulantes maldecían, reían y se peleaban por migajas de tabaco. Salvo los que no debían abandonar sus puestos, los demás formaron corrillos: unos sacaron dados, otros contaban historias de tormentas pasadas, de puertos de mala muerte y de mujeres cuyos nombres no recordaban.

Logan no pudo rechazar una botella de ron que alguien le ofreció, pues el tal Jacques tenía fama de bebedor. El olor que desprendía aquel líquido lo llevó a tiempos lejanos, cuando un niño apodado Tapón se lo ofrecía antes de su primera pelea. Todos lo miraban y luego se miraron entre ellos.

Maldición.

Dio un trago, y la cubierta se llenó de vítores.

—¿Cuántas piensas beberte esta vez, Jacques? —dijo uno.

—¡Déjanos algo a los demás! —gritó otro.

—¡Es mi tercera botella, muchachos! —respondió Logan alzando la voz—. ¡Que viva Napoleón!

Lo que al principio se convirtió en un silencio absoluto, enseguida derivó en carcajadas. Definitivamente, si alguien como Jacques Petit decía algo así, era porque ya estaba ebrio.

Logan se tambaleó hasta la borda entre risas y un canto marinero, mientras alzaba la botella. Se apoyó en la madera y cerró los ojos al sentir cómo ese maldito líquido aún bajaba por su garganta, quemándole hasta los recuerdos. Tiró el resto del contenido, miró a su derecha y la vio.

Sus ojos cerrados, una sonrisa y ese perfil rebelde, iluminado por la luz que regalaba la luna esa noche. Su pecho subía y bajaba

con calma; sus manos desgastadas reposaban sobre la madera. Logan no supo en qué momento había acompasado su respiración con la de Amelia. Y aunque estuvieran lejos el uno del otro, por unos segundos, se sintió cerca de ella.

Un pequeño mechón se escapó de su gorra; al notarlo, abrió los ojos y se lo recolocó. Entonces sintió que alguien la observaba. Giró su rostro y se encontró con la mirada de Logan. Sin entender muy bien el motivo, ambos sonrieron.

La paz, sin embargo, no duró mucho. Otro marinero se acercó a ella ofreciéndole un trago.

—No debería —dijo Amelia, con la voz lo más grave posible.

—Vamos, muchacho, esto te hará crecer.

—¿Y si llega una tormenta y todos estáis borrachos?

—¿Nos salvarás tú?

—Por supuesto que lo haré —replicó con una seguridad que desató varias risas.

Logan fue incapaz de reprimir una sonrisa. Ya era preciosa, pero lo parecía aún más cuando se apoderaba de ella aquella determinación irrompible.

—El cielo está despejado, se ven las estrellas, y el mar está en calma. No se llama a esta la «zona muerta» por nada.

—Aun así, no debería.

—¡Apenas hay viento, muchacho! ¿No te das cuenta de lo despacio que nos movemos?

—Pues quizá debería ponerme a remar.

El marinero soltó tal carcajada que Amelia tuvo que taparse un poco el oído para no quedarse sorda.

—¿A remar, dice? Eres gracioso, muchacho. ¡Ven a contarnos unos chistes!

—No, no… no soy nada gracioso.

—Sí que lo eres. Además, a las sirenas les gustan las historias; seguro que tienes unas cuantas.

—No, de verdad.

—Vamos, ¿has visto a una sirena alguna vez? No podrías rechazarla. Salen del agua como diosas… sus pechos jugosos serán

lo primero que verás —soltó el marinero mientras dibujaba un contorno ficticio con las manos.

Logan hizo un esfuerzo sobrehumano para no reír. La expresión de Amelia era la de alguien que había tomado algo amargo… o de quien hubiera visto al mismísimo príncipe regente en la cama con una de sus queridas.

Otra carcajada estalló, seguida de una palmada en la espalda de Amelia que estuvo a punto de dejarla sin aire. Ella le robó la botella que antes le había ofrecido y dio tres largos tragos sin pausa.

—Creo que lo voy a necesitar.

Logan quiso acercarse, pero otro marinero le pasó un brazo por los hombros y lo arrastró hacia los demás.

—Amigo mío, no hemos podido hablar.

Logan endureció el rostro unos segundos. Había barajado la posibilidad de que Jacques tuviera camaradas en el barco, pero según Montrose, solía ir a su aire. Al parecer, no cuando había ron de por medio.

—¡Cómo vamos a hablar! —respondió con alegría fingida—. ¡En este barco solo se trabaja!

—Shhh, que no te oiga el contramaestre —rio el hombre—. Hoy ha decidido acompañarnos. Nos aguará la fiesta.

Logan sonrió. Por fin había llegado ese hombre al que debían emborrachar, tal como había planeado con Amelia. Sabían que le gustaba el juego de dados, y Logan iba a proponerle una apuesta mientras ella se encargaba de que su vaso nunca estuviera vacío. Pero al ver a Amelia acercarse mientras se aclaraba la garganta, supo que los planes habían cambiado.

40.

—¿Qué demonios hace? —dijo Logan sin poder evitarlo.

—¿Cómo dices? Ah, ese chico. Parece que quiere contarnos algo. ¿Soy yo o es un poco...? —se inclinó hacia su oído—, afeminado.

—Es un imberbe, ¿le has oído la voz? —decidió seguirle el juego.

—De una niña.

Ambos carcajearon mientras, entre risas, Logan no podía apartar la mirada de aquella mujer.

Amelia se abrió paso entre los murmullos constantes de voces y canciones desentonadas. En su mayoría, los tripulantes buscaban olvidar con la bebida la dureza de la jornada.

—¡Camaradas! Voy a deleitaros con…

—¡Habla más alto! —gritó uno.

Amelia lo fulminó con la mirada, pero se contuvo. Dio otro trago de la botella de ron y lo intentó de nuevo mientras veía cómo Logan trataba de deshacerse de un marinero para poder acercarse al contramaestre, que le estaba prestando demasiada atención.

—Voy a deleitaros con unas historias, cuentos o chistes, y…

—¡Empieza ya!

—¿Saben por qué los marineros siempre huelen a pescado? —preguntó con el ron aún ardiéndole en la garganta.

El silencio fue inmediato. Varias cabezas se giraron con el ceño fruncido y el contramaestre arqueó una ceja. Cuando su mirada se posó sobre Logan, este le aconsejó, con un gesto de negación, que no siguiera por ese camino.

Su cuerpo se tensó. Lo había arruinado y apenas acababa de empezar. Entonces, antes de que se le echaran encima, pensó con rapidez.

—Porque si olieran a flores, las mujeres del puerto dejarían de recibirlos.

Hubo un instante de desconcierto… y luego estalló una carcajada general.

—¡Tú sí que sabes, muchacho! ¡Cuéntanos otro!

Amelia dio otro trago mientras sus pensamientos corrían a la velocidad de la luz. De repente se sintió inspirada, como cuando se sentaba a escribir y las ideas fluían por sí solas.

—Un marinero llega a puerto después de meses en el mar y le dice a la tabernera: «Deme un beso y una jarra de ron». Ella responde: «El ron le costará dos monedas, pero el beso serán diez». El marinero, en un lamento, le contesta: «Pues sírvame ron hasta que se me olvide lo caro que es el beso».

El barco se llenó de risas, y los marineros que estaban apartados comenzaron a acercarse. Las botellas de ron se movían de un lado a otro y Logan, con maña y entre risas, se encargaba de mantener feliz al contramaestre.

—Una vez, una sirena salió del mar llorando desconsolada: «¡Mi hombre, mi hombre...!»

—¡Aquí estoy! —gritó uno, provocando más carcajadas.

—Pero este no es un chiste, camaradas —reinó el silencio en el momento en que bajó la voz con teatralidad—. La sirena subió al barco y vagó por la cubierta: «¡Mi hombre, mi hombre...!» —repitió con dramatismo, muy en su papel—. Un marinero salió de bodega al oír su dulce y angustiosa voz. La sirena, en cuanto lo tuvo de frente, sonrió con malicia y sus ojos se tornaron completamente negros.

Amelia sonrió al ver que los que descansaban junto a la borda se arrimaban a los demás.

—Entonces... sacó una daga y se cortó los pechos —prosiguió con un susurro.

Algunos contuvieron la respiración, pero Logan, embelesado, no podía apartar la mirada de ella mientras continuaba su tarea. Amelia estaba feliz; no sabía si era por el alcohol o por el placer de hacer lo que más amaba: contar una historia, no en papel, sino a viva voz, sin esconderse.

—Jaques, no sabía que te gustaran los muchachos —rio el contramaestre, ya completamente relajado por la bebida y las historias.

—¿Cómo? —replicó Logan, nervioso.

—Mira al muchacho como si no existiera nada más.

—¿Eso hago? —Logan se frotó los ojos y abrió otra botella de ron, atento a la continuación de la historia.

—¿Y qué pasa después? —gritó alguien.

—Ella dijo: «¿No era esto lo que querías? ¡Toma!». Le entregó los pechos y, con un beso envenenado, susurró: «La próxima vez, no será lo primero que veas… será lo último.»

Logan apenas pudo contener una mueca de orgullo, mezclada con preocupación por las reacciones que su historia causaría. El marinero que le había ofrecido el ron y hablado de sirenas escupió sobre las botas de otro, que se molestó. Una cosa llevó a la otra, y lo que empezó con un puño terminó con una patada… hasta que la cubierta se dividió entre los que se peleaban y los que seguían bebiendo cerca de Logan y el contramaestre.

—Una historia un tanto macabra —dijo el contramaestre al ver al muchacho sentarse cerca de él sobre un barril.

—Brindemos por ello.

Sirvió ron al contramaestre y luego a sí misma. Logan pensó que quizá esa sería la noche en que Amelia por fin dormiría, después de todo.

—Se dice que esta será nuestra última ruta comercial con parada en África —dejó caer Logan.

—Justo cuando acabo de empezar mi vida marinera —soltó Amelia con tal naturalidad que hasta Logan estuvo cerca de creerla —. ¿Se puede saber dónde será? Quiero hacer una historia de ello.

El contramaestre se ajustó las ropas, incómodo.

—No creo que quieras escribir sobre eso, muchacho. Me alegro de que sea la última.

—Vamos, si el muchacho tiene ilusión, ¿no podría decírselo? Ya ha visto lo talentoso que es.

—Podría inventarse un nombre.

—Entonces mis hermanos no me creerán. Llevan más tiempo que yo navegando y dicen que se conocen cada recoveco del mar.

Definitivamente, inventiva no le faltaba, pensó Logan, admirado.

—Está bien —el contramaestre dio un trago al ron—, pero no puede decírselo a nadie, ¿de acuerdo? Al menos hasta que hayamos llegado. Si no…

—¡Lo prometo! —Amelia dio pequeños aplausos y sonrió tras hablar con su voz sin filtro. Estaba tan feliz de haberlo logrado que se olvidó, por un segundo, de su papel.

El contramaestre la miró sorprendido y, antes de que se echara atrás, Logan intervino en un susurro para excusar al muchacho, diciendo que se rumoreaba que era un poco afeminado y que sus padres lo habían echado al mar para que se hiciera hombre.

Tras un momento de tensión y habiendo quedado todo aclarado, el contramaestre decidió hablar, sin saber que, a lo lejos, el dueño de ese barco observaba el numerito desde la altura del timón junto al capitán. Henry no tardó mucho en descender y acercarse a ellos.

—Lo llamamos Buena Fortuna. Muy pocos saben dónde está ese punto en el mar, pero es fácil de reconocer: al llegar a la bahía...

Un fuerte manotazo sobre el barril que habían usado para apoyar el ron detuvo sus palabras. Henry estiró sus dedos tras el golpe y se acomodó los puños de la camisa.

Walsh tragó saliva, miró a Henry y luego a los otros dos; la embriaguez se congeló en su rostro.

—¿Interrumpo algo? —hablo Henry al fin.

Logan y Amelia compartieron una mirada que lo decía todo.

—Jaques solo quería saber… —Walsh se tragó sus palabras.

—Sé perfectamente lo que quería saber —Henry atravesó a Jaques con la mirada—. ¿Qué sucede? ¿Está tan borracho que no se acuerda?

—Es… exactamente eso —respondió Logan imitando la sonrisa llena de embriaguez que había visto en sus compañeros.

—Es mi culpa —intervino Amelia con rapidez, al ver la sospecha en el rostro de Henry—. Soy nuevo y tenía curiosidad.

—El muchacho solo quería información para una de sus historias —se animó a decir el contramaestre, pero se arrepintió al instante al ver cómo lo miró el dueño de ese barco.

—Claro, ¿y si le pido que se desnude porque me apetece, lo hará? —Al ver que iba a contestar, lo detuvo—. No quiero saberlo. —El contramaestre pestañeó incómodo—. Márchense de aquí. Le aseguro, muchacho, que en cuanto Jaques deje atrás la ebriedad, podrá decírselo él mismo. Es de los pocos que pueden saber esa información.

Amelia asintió y tiró de Logan, que había decidido no alzar el rostro a tal cercanía. Era de noche, sí, y sus cabellos disimulaban muy bien sus facciones, pero no se arriesgaría a que lo reconociera.

Ambos desaparecieron entre las sombras bajo la mirada oscura de Henry, ajenos a la sonrisa retorcida que había dibujado en sus labios.

Henry miró a Walsh, lo tomó del hombro y fue apretándolo cada vez con más fuerza.

—¿Qué se supone que hacías, Walsh?

—Yo, no creí…

—No creíste. Eres un completo idiota. Si fuera otra noche cualquiera, te hubiera tirado por la borda para alimentar a los tiburones, pero resulta que hoy me siento generoso.

—Pues será mejor que me vaya y…

Henry le impidió levantarse presionando aún más su hombro. Era impresionante la capacidad del alcohol para someter a los de carácter más firme, como el propio Walsh, que le había demostrado su fidelidad en varias ocasiones, eso sí, con una buena cantidad de monedas como incentivo.

—Walsh, Walsh, Walsh. Mi generosidad tiene un precio.

41.

—Tshh, Tshh.

Logan alzó la cabeza. A unos metros, entre los barriles, el contramaestre le hacía señas casi imperceptibles. Lo siguió sin pronunciar palabra hasta la cocina, vacía e iluminada con unas cuantas velas.

Walsh miró a ambos lados antes de acercarse. Le tendió una nota doblada con dedos temblorosos.

—¿Qué es esto?

—No sé si es quien creo —murmuró—, pero tengo la esperanza de que así sea. Cuando lo vi esta noche, en la cercanía, lo supe. Nunca olvidaría los ojos del hombre que defendió a aquel niño en el juicio contra su maestro deshollinador.

Logan sintió un vuelco en el pecho. Por un instante creyó que todo había terminado.

—He oído hablar de usted —continuó Walsh, bajando más la voz—. Y creo saber por qué está aquí.

Logan lo contempló sin mediar palabra. Lo prudente en esas situaciones siempre había sido callar.

—Por favor, debe ayudarles. Quise decírselo antes de que Henry interviniera, no por ese chico; me importa un pimiento lo que piensen sus hermanos de él. Es solo que —se quitó las perlas de sudor que habían aparecido en su frente—, no lo soporto más, es… inhumano. Si viera sus rostros, el terror instalado en sus ojos… Ayúdelos, y yo podré mantener mi conciencia limpia. No olvide que fui yo quien le tendió la mano.

—¿Y si le digo que no soy quién cree?

—Habré puesto mi vida en peligro.

Un ruido al otro lado del pasillo los hizo volverse. Cuando Logan quiso mirar otra vez, Walsh ya no estaba.

Cerró los ojos unos segundos como si necesitara aclarar las ideas y, tras asegurarse de su soledad, abrió la nota:

Bahía de Tres Puntas. Cinco leguas al norte. Medianoche.
Entre el cuarto y el quinto día del mes.

Las palabras de Walsh le habían parecido sinceras. Y si aquel hombre sospechaba de su verdadera identidad, pero no se lo había dicho a Henry, quizá… podía confiar en él.

Salió de las cocinas y vio a Amelia que se tambaleaba de un lado a otro. Logan temió que era la primera vez que esa mujer bebía alcohol, al menos en esas cantidades. Pero no era la única que había bebido de más en ese barco: los marineros deambulaban con canciones tristes, otros se reían sin motivo y algunos ya se habían entregado a los brazos de Morfeo.

Logan la apartó del resto, guiándola de vez en cuando con pequeños toques en la espalda hasta llevarla a un espacio donde nadie los molestaría para contarle lo que había sucedido, aunque quizá Amelía necesitaba despejar su mente antes de recibir tal información.

—Sabe que me muevo así por el vaivén del barco, ¿verdad?

—Era justo lo que pensaba —respondió Logan mirándola como si no tuviera remedio.

Ella se dejó caer sobre unas velas recién dobladas en la proa. Soltó un suspiro y luego una sonrisa.

—Nunca las había visto de este modo. Me siento… diminuta.

Logan echó un vistazo a su alrededor antes de tumbarse a su lado y, como ella, alzar la mirada al firmamento estrellado.

—Siento… ¿Cómo dijo que se llamaba? ¿Atarsia?

—Ataraxia.

—¡Eso!

Logan sonrió. Él también la sentía, y más en ese momento en el que por fin había conseguido lo que necesitaba. Sin embargo, cuando repasó la escena en su mente, aquella sensación de paz desapareció. Había algo que no cuadraba, algo que, por algún motivo, lo mantenía alerta. ¿Podía confiar en Walsh? No obstante,

era la única información que había logrado conseguir. No estaba acostumbrado a los golpes de suerte, pero quizá, por primera vez, debería agradecer y confiar en lo que se le había otorgado. Era eso o nada.

Sin saber que Amelia lo observaba con atención, continuó con sus cavilaciones.

No podía fruncir más el ceño, o al menos eso pensaba Amelia.

¿Qué pasaba por su cabeza?

Se detuvo un minuto en sus facciones: la quijada bajo esa barba desordenada —se notaba que no estaba acostumbrado a llevarla—; las pestañas abriéndose y cerrándose mientras las estrellas se reflejaban en sus ojos. Amelia pestañeó varias veces para borrar la imagen de él, tan cerca, como en aquel callejón oscuro después de verlo pelear.

—¿Puedo inspirar uno de mis personajes en usted? —no pudo evitarlo, y tampoco se maldijo por ello; de verdad sentía curiosidad por su respuesta.

Logan se giró y Amelia fue consciente de su cercanía. Por un segundo se estremeció; cuanto más lo observaba, más preguntas nacían en su interior. ¿Por qué no bebía? No pudo evitar darse cuenta de ese detalle al ver que no se tragaba el ron que llevaba a su boca.

—Usted, según lo que pude leer en su invernadero, escribe sobre el amor y la pasión, me atrevería a decir. No sé qué tengo que ver yo con eso.

«¿Solo por un pasaje?», sin querer se avergonzó. De todos, justo había tenido que leer el momento álgido entre el señor Conrad y la pobre señorita Peters, sus personajes más preciados.

—¿Que qué tiene que ver? —refunfuñó—. ¿No lo sabe? Es usted muy atractivo, señor Thorne, empecemos por ahí; y el aura de misterio que lo rodea es… excitante.

¿Es que no podía cerrar la boca?

Maldito ron.

—El deseo… ¿No empiezan las grandes historias de amor por eso mismo? —continuó, apoyándose sobre su mano.

—A ver si lo he entendido bien. —Logan tuvo que tragar; como ella se apoyó en su mano, quedaron frente a frente, en la misma postura, tumbados, en un barco lleno de marineros ebrios. ¿Cómo demonios había llegado a esa situación?—. Me está diciendo… quiere decir… mejor déjelo. No sé por qué diantres sigo hablando con usted. Por lo que dice, podría estar enamorada de mí o… desearme. —Apenas pudo pronunciar las últimas palabras dándose cuenta del error, pues, desgraciadamente, temía la respuesta.

—¿Enamorada? ¿Yo?

Soltó tal carcajada que Logan tuvo que echarse hacia atrás y, de nuevo, mirar alrededor para comprobar que no compartían su intimidad con nadie más.

—Verá, señor Thorne. Le aseguro que no estoy enamorada. Tengo unas reglas infalibles que me limito a seguir para no caer en semejante, ¿trampa? Porque, para una mujer, lo es: una trampa horrible, ¡con todas las letras!

—¿Y para un hombre es diferente? —Logan le clavó la mirada, indignado.

—¡Por supuesto! —La lengua le pesaba—. Porque un hombre enamorado gana prestigio, comprensión… hasta ternura. En cambio, una mujer enamorada arriesga su independencia, su reputación y, a veces, hasta su libertad si el caballero en cuestión es un mequetrefe como su tío.

—Habla usted con demasiada coherencia para haberse puesto ciega de ron. En cualquier caso, no estoy tan seguro de lo que dice.

—¿Que no? ¿Y eso por qué?

—Porque si una mujer llegara a mi corazón, me desarmaría por completo, y le aseguro que no habría reglas ni artimañas que lo impidiesen. Sería enteramente suyo; entonces, ¿qué quedaría de mí, más que vivir para hacerla feliz?

Amelia abrió la boca para hablar, pero la volvió a cerrar al darse cuenta de que se había quedado sin palabras: el maldito Logan Thorne la había silenciado.

—Así que…, ¿qué le parece si comparte esas reglas conmigo? Yo también, como comprenderá, debo evitarlo a toda costa.

—Mu-muy bien —respondió algo nerviosa porque la palabra *deseo,* que él había pronunciado, no se borraba de su mente. —. Son nueve, así que escuche con atención, porque no las volveré a repetir.

—Soy todo oídos.

—Uno: no confíe en palabras bonitas; detrás puede esconderse siempre un interés o una traición. Con usted no debo preocuparme: desde que nos conocimos, creo que no me ha dicho nada agradable.

Logan alzó la mirada a las estrellas con frustración y luego regresó a sus ojos.

—Dos: evite a toda costa las miradas largas o las sonrisas encantadoras; la atracción puede nublar el juicio. —Tomó aire—. La tercera y muy importante —dijo alzando tres dedos frente a Logan —: nunca baje la guardia con un desconocido, por muy noble y educado que parezca.

—Esa se puede aplicar a todo.

—No me interrumpa.

El gesto de Amelia fue tan espontáneo que, cuando Logan sintió su dedo índice sobre la boca para silenciarlo, en efecto lo dejó sin habla. Sin embargo, como si para ella no hubiera sido nada, continuó con su lista; no quería dejarse nada en el tintero.

—Número cuatro, una de las más difíciles —Logan alzó una ceja, curioso—: no idealice a nadie; se lo aseguro, la perfección solo existe en los libros.

—Y en la naturaleza, ¿no cree?

—Bueno, no en la que crece en mi invernadero.

—Querrá decir la que no crece.

Amelia se cruzó de brazos y resopló.

—Continúe, por favor —intervino Logan, intentando ocultar la sonrisa que quería bailar en sus labios. Su enojo lo atraía de una forma peligrosa.

—Regla número cinco: no responda jamás a cartas románticas ni a visitas inesperadas. Es mejor prevenir.

—Y seis: evite, en la medida de lo posible, las conversaciones sobre el amor y los sentimientos.

Amelia, aún más nerviosa, comenzó a retorcer un hilillo suelto de sus ropajes entre los dedos. ¿Por qué la miraba de ese modo?

—Siete —dijo con la entereza que pudo al sentirse un poco mareada—: cuando el corazón se acelere, recuerde que es solo su cuerpo engañándole para que haga algo estúpido.

En ese momento, Logan apartó la vista y decidió no mirarla más. Sus mejillas se habían enrojecido; sus labios, a pesar de la sequedad que causaba la sal, le resultaron carnosos. No paraban de moverse con rapidez y, hacía un segundo, se los había mordido antes de juguetear con un hilillo. Su corazón comenzó a hacer cosas extrañas y decidió que lo mejor era mirar a las preciosas, grandes y brillantes estrellas. ¿No eran maravillosas?

—Ocho: no pierda su independencia; lo mejor es que nadie controle sus decisiones… y la última, pero no menos importante: ante cualquier duda o debilidad, elija siempre el consejo de la razón, no del corazón.

Amelia lo vio tragar. Sus piernas se estremecieron. Gracias al cielo, estaba tumbada.

—¿Y bien? ¿Qué le ha parecido?

—Suena más a un manual de guerra —Logan respondió con calma, sin apartar la mirada de las estrellas, como quien contempla una tortura medieval.

—Por supuesto que suena a eso. ¡Es algo importantísimo, señor Thorne! Enamorarse, para mí, es sinónimo de entregarse, de perder voluntad. ¡Me lo tomo muy en serio! ¿No conoce la historia de Cleopatra, o la de la emperatriz china Wu Zetian, o Sansón y Dalila sin ir más lejos?

—Así que se lo toma muy en serio —sonrió—. Pues a mí me parece que ha roto la regla número siete.

—¿Cómo dice?

—Y la tres, si no me equivoco.

—Lamento decirle que sí, se equivoca. No derroche tanta confianza. Que hable con usted no significa que haya bajado la guardia. Significa que quiero algo de usted.

Amelia se incorporó y él también lo hizo.

—¿De mí? ¿No rompería entonces su independencia? ¿Esa que menciona en la regla número ocho?

—Claro que no, ¿por quién me toma? Si no obtengo lo que quiero de usted, me buscaré la vida para obtenerlo de otro. Y… ¿Por qué no me mira cuando me habla? Es de mala educación.

—No me regañe. Créame, solo evito el desastre siguiendo su regla número dos.

—¿Se burla de mí?

Amelia se acercó a él con ímpetu.

—Ni se me pasaría por la cabeza. Los consejos útiles los aplico con rapidez. Eso es todo. Aunque usted me ha obligado a romper la número cinco unas cuantas veces. ¿O tendría que haber rechazado su visita en el puerto o no contestado a sus cartas?

Los dos se encontraban demasiado cerca, separados por apenas un suspiro. Amelia con los labios apretados y Logan, a su vez, con el ceño fruncido. Bajó la mirada sin evitarlo y sus ojos se anclaron en los de ella por un instante que pareció reducirse a solo ellos dos.

—Sus ojos son verdes —balbuceó Amelia mientras su gesto se relajaba—. La primera vez que los vi, pensaba que eran negros. —Tragó saliva—. Ya los había visto brillar antes, pero estaban llenos de furia; ahora… son diferentes.

—¿Sabe que puedo escucharla? —dijo Logan muy despacio, casi en un susurro, como si no le saliera la voz. De cierto modo, había encontrado comodidad en su mirada, una claridad que, por un instante, le hizo olvidarlo todo. Por un empuje de su corazón, supo que estaba a punto de cruzar un límite que no debía.

—Que puede escu… ¡Lo he dicho en alto! —Lo apartó de un empujón y el calor subió a sus mejillas.

Logan no sonrió, ni se movió a pesar del empujón, como si hubiera sido embrujado y no pudiera reaccionar hasta que habló:

—Me temo, señorita Ravenscroft, que ambos acabamos de incumplir unas cuantas reglas.

Amelia dio varios pasos atrás hasta desaparecer entre los mástiles para llegar al espacio donde todos dormían. Se sentó en su hueco, entre uno que roncaba y otro que babeaba mientras

mencionaba el nombre de una mujer. Con el corazón acelerado, llevó la vista a su dedo índice, el mismo con el que había callado a Logan. Todavía sentía cosquillas en él, como si el contacto de sus labios se hubiera sellado allí para siempre. Con una lentitud estudiada, y con voces en su cabeza que gritaban advertencias e improperios, acercó ese dedo a su boca y, con los latidos presentes en sus sienes, lo besó con rapidez, como una cría que hace algo que sabe que no debe. Luego lo encerró en su puño mientras cerraba los ojos con una expresión soñadora.

—¿Se puede saber qué hace? —dijo el marinero que antes roncaba, ahora con los ojos abiertos.

—¿Eh?

Amelia se sintió tan sorprendida y estúpida por lo que acababa de hacer, que su grito molestó a algunos de los durmientes. Se hizo un ovillo y se acurrucó en su esquina, deseando desaparecer, porque esas reglas —todas las que había proclamado hace unos minutos con tanto orgullo— no habían servido de nada.

No supo si las lágrimas que brotaron esa noche fueron de alegría por lo que ese hombre le hacía sentir… o por traicionarse a sí misma.

Ni siquiera conozco todo aquello que oculta.

Logan llegó a su lugar, esquivando cuerpos, y cuando la vio se le partió el alma. Se acercó intentando no hacer ruido. Se quitó el chaleco y, con cuidado, la cubrió con él.

—Descansa, mi querida Amelia. Ojalá, algún día, cuando acabe todo esto, tenga el valor de decirte quién soy y lo que quiero ser para ti… y entonces, ¿qué será de nosotros?

42.

El sol se derramaba sobre las laderas verdes de Madeira, que se precipitaban hacia el mar, mientras la ciudad despertaba con el sonido del campanario abriéndose paso entre las casas blancas de tejados rojizos. El puerto de Funchal llamaba con el bullicio de su gente y las actividades de la mañana. Los pescadores descargaban los atunes plateados; mujeres vendían pan caliente y fruta fresca. Olía a mosto dulzón y también a sal.

Amelia observaba todo aquello con los ojos bien abiertos. Era un mundo desconocido, extraño por quienes la rodeaban y, a la vez, fascinante. Intentaba parecer cansada como los demás tripulantes, con la gorra más abajo de las cejas, pero le era difícil ocultar el aluvión de emociones que habían decidido atosigarla. Las nubes se habían ido, la temperatura había subido y ese verde de la montaña, en contraste con la calidez de los hogares, era un deleite para sus ojos. Por un lado, el terror se había asomado en sus ojos, ya que Logan al fin había obtenido la ubicación para descubrir aquello que su padre ocultaba, y por otro, la felicidad mezclada con el desconcierto de estar en un nuevo territorio.

—Sonría —dijo Logan a su lado—, yo la taparé.

Pero, en vez de sonreír, lo que hizo fue llorar.

—Señorita… —Logan posó una mano sobre su hombro, pero su caricia enseguida se convirtió en dos fuertes palmadas en cuanto recordó que tenían ojos encima.

—Es precioso —dijo Amelia—, y a la vez, pisar esa tierra me hará más consciente de lo lejos que estoy de casa.

La frustración se adueñó de Logan: quería consolarla, pero estaría fuera de lugar.

—Pronto regresará a su hogar.

—No es eso… es que ahora quiero saber cómo es el resto del mundo.

Logan sonrió y respiró tranquilo. Esa mujer era tan impredecible que lo volvía loco.

—Y a mí me encantaría enseñárselo.

Ambos compartieron una mirada fugaz, que terminó en el horizonte… y en una tos incontrolable de Logan: había pensado esas palabras; lo que no esperaba era la traición de su boca al pronunciarlas.

Se mantuvieron en silencio hasta que el barco atracó entre crujidos de cuerdas y golpes del casco contra el muelle.

La tripulación, sudorosa tras las difíciles maniobras, enseguida comenzó a bajar las mercancías: barriles de whisky, pieles y telas humedecidas por la travesía; especias que el mismo Logan había llevado a Londres en su última travesía y que, con el movimiento de los sacos, impregnaban el aire con aroma a clavo y canela. Un estibador gritó una advertencia cuando un barril descendió sin control por la pasarela. Unos estallaron en carcajadas, otros maldijeron y los demás miraron a ese muchacho y a Jacques Petit, abrazados, como si la muerte hubiese querido alcanzarles.

Amelia, con el corazón desbocado —no por el susto, sino por el calor que la envolvía—, miró a Logan cuando se atrevió a abrir los ojos. Él le recolocó la gorra y se aclaró la garganta.

—¿Se encuentra bien? Un poco más y ese barril la habría arrastrado.

—Nos están mirando —susurró Amelia, incapaz de apartar la vista de él.

Logan, con un aspaviento, la apartó de su lado y le dio un toque amistoso en el hombro.

—¡Ve con cuidado, muchacho! Un poco más y acabas dentro de ese barril.

Las miradas comenzaron a dispersarse y ambos soltaron el aire que habían retenido. Cada uno recogió su carga y, manteniendo las distancias, continuaron con su trabajo. Pero Amelia aún sentía la presión de su mano sobre la gorra y el latido de un pecho contra el

suyo; Logan, en cambio, tuvo que contenerse para no volver a acercarse a ella.

Henry descendió de la cubierta principal con paso decidido tras ver aquel numerito frente a sus ojos. Desde hacía dos noches, una idea revoloteaba con insistencia en su cabeza… y no podía estar más feliz. Si era quien creía que era, su último intercambio sería el mejor de todos, al hacerlo frente a él y sin ningún impedimento. A su lado caminaba el capitán, un hombre curtido en años y de hombros anchos, que lo seguía como un perro callejero al que le han dado de comer. En cuanto se mezclaron con el bullicio, Henry le habló:

—Buen trabajo con el atraque. —Atisbó a sus marineros ir y venir con prisas—. La mercancía se venderá a buen precio. Portugal siempre paga bien.

El capitán, satisfecho, asintió. Eso solo implicaba más dinero para él.

—Las mercancías apenas pisan tierra y ya tienen dueño.

Henry paseó la mirada por el puerto y luego hacia su barco. Bajó la voz y la afiló como acero.

—Sin embargo… creo que dos ratones se han colado en nuestro barco.

El capitán frunció el ceño, extrañado. Es verdad que, al ser esa su última transacción —digamos— problemática, no había revisado con tanto esmero a todos los tripulantes, pues una vez dentro del barco no habría traición posible y, si vieran algo, nadie les creería. El barón Ravenscroft ni el comerciante más respetado de Londres harían transacciones de índole ilegal.

—¿Dos ratones? —preguntó intrigado.

Henry asintió.

—Ratas que, me parece a mí, saben demasiado… o quieren saberlo. Tal vez mera curiosidad, tal vez algo peor. En cualquier caso, quiero que alguien los vigile. Alguien de confianza. Y no puede ser el señor Petit.

—¿Jacques? ¿Por qué no?

—Porque es él de quien sospecho.

El capitán respiró hondo, como si quisiera replicar, pero se contuvo.

—¿Desea que me encargue yo mismo?

—No. Usted no se moverá de este barco. Quiero que lo vigile como si fuera su propia vida.

—Sí, señor Thorne.

Henry regresó la mirada al puerto con sus pequeñas barcas, los gritos en portugués y el aroma del vino que ascendía de las bodegas en tierra firme. Sonrió con sutileza, con esa frialdad que hacía que otros lo temieran.

—Muy bien, capitán. Que Madeira disfrute de nuestras mercancías… y que nosotros no perdamos de vista a nuestros ratones.

Caminó entre marineros, comerciantes y curiosos hasta llegar a las oficinas donde cerraría los tratos.

***

Al caer la noche, el agotamiento fue inevitable. Después de idas y venidas, reparar algunos desperfectos del barco, doblar velas y limpiar la cubierta de las botas subiendo y bajando del puerto —y de restos de mercancía que iban cayendo—, Amelia terminó sentada en el suelo, con las manos doloridas y una molestia extraña en músculos que jamás había notado.

—¡Vamos, muchacho! ¡Ahora viene lo mejor! —dijo uno, invitándole a levantarse.

—¿El capitán nos ha dado permiso para bajar? —preguntó otro, ya que no siempre tenían permitido hacerlo, para evitar escapes, traiciones o robos.

—Claro que sí. El señor Thorne ha dado su visto bueno.

Amelia no supo de dónde sacaban las fuerzas esos hombres. Hablaban de burdeles, ron y mujeres voluptuosas. ¿Lo mejor no sería dormir para partir frescos a la mañana siguiente?

Tras verlos alejarse —agradecida por un momento de paz—, sacó el pequeño carboncillo que había robado al contramaestre cuando se le cayó en mitad de la tormenta. Con los papeles que

había sacado del camarote de Henry, comenzó a escribir todo aquello de la vida de esos marineros. Se sintió bien, plena. No se había dado cuenta, hasta entonces, de cuánto había añorado plasmar sus pensamientos en papel.

Logan la observó a lo lejos: debía bajar e ir a la taberna Âncora Velha para pasar la información a Mateus, tal como había acordado con Montrose. Pero, antes, quería hacer algo.

—Acompáñeme.

Amelia alzó la mirada hacia esos ojos que cada vez la deslumbraban con más intensidad. Debería negarse rotundamente, irse a bodega y dormir por fin en una de las pocas hamacas que aún no había podido usar, huir de todo lo que comenzaba a sentir cuando compartía tiempo con ese hombre; pero, como siempre, su curiosidad fue más grande que cualquier otra voluntad, así que accedió.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verá.

43.

Amelia caminaba muy cerca de él, lo suficiente como para ser sensible a su calor, a sus andares y a su eterna mirada de curiosidad, que crecía por momentos. Unas veces sonreía y otras fruncía el ceño, como si hubiese encontrado algo que la confundiera. No sabía si ella era consciente de su existencia o, al menos, de que iba junto a ella.

Las farolas de aceite apenas iluminaban las calles de Madeira, donde la bruma del mar se mezclaba con el humo de las tabernas abiertas hasta altas horas de la noche.

—Cuando observa todo lo que le rodea, lo hace como si estuviera viendo algo que los demás no somos capaces de ver. —Amelia, sorprendida, detuvo sus pasos y lo miró, esperando que eso que sentía no la traicionara en forma de rubor o temblores innecesarios—. Y cuando sonríe, es como si hubiera oído algo increíblemente divertido que nadie más podría entender. Tiene un universo aquí dentro —dijo, tocándole la sien con delicadeza—, que…

…del que me gustaría formar parte.

Aún no era capaz de decir algo así en voz alta. No cuando sabía la importancia de su situación y las vidas que estaban en juego. Una vez más tuvo que anteponer sus deseos.

Amelia retiró la mirada, decepcionada de que él no dijera aquello que con los ojos ya había dicho en más de una ocasión. O quizá… solo se lo había imaginado.

Malditas reglas que no han servido de nada.

Continuaron la caminata por las calles empedradas. Amelia empezaba a preguntarse cuál era aquel lugar que Logan quería enseñarle. Entonces, de las puertas de los burdeles, salieron un par

de mujeres ofreciéndose con sensuales ademanes y palabras tan obscenas que no supo si reír o llorar por sentirse tan fuera de lugar.

—Ven, muchacho —soltó una hacia ella, con un movimiento del índice—. Te convertiré en un hombre.

Logan soltó una risa seca al ver su expresión de espanto y, cuando ella, de forma inconsciente, se aferró a su brazo por temor a que aquella mujer —cada vez más cerca— la arrastrara a ese mundo desconocido. Amelia cerró los ojos en el momento en que la prostituta acercó sus pechos. Con un impulso, se abrazó a Logan, como si su vida dependiera de ello.

La carcajada de la mujer rebotó en las paredes y, entre murmullos, se alejó.

Logan se quedó más recto y firme que cuando su maestro deshollinador lo amenazaba con la vara; su respiración se detuvo y sus manos quedaron suspendidas en el aire, sin saber dónde posarlas. Miró hacia abajo: los cabellos de Amelia, arremolinados en un moño alto que necesitaba tapar con su gorra, y su mejilla pegada a su pecho. Nunca había sentido nada tan maravilloso, agradable e incluso aterrador como ese abrazo, porque en ese preciso instante lo supo: por esa mujer entregaría su vida. Desde hacía tiempo pensaba que no sabía ser feliz, que ni siquiera lo merecía. Esa sencilla palabra era un concepto lejano, algo de lo que se había olvidado hasta volverlo desconocido. Pero el modo en que se sentía, con ella entre sus brazos… ¿Era eso la felicidad?

Rendido ante su abrazo, bajó sus manos poco a poco, pero, antes de rozar la tela de su ropaje, ella lo apartó de un empujón y se giró con rapidez para que no viera su rostro incendiado.

—¿Qué cree que está haciendo? —espetó, con una indignación malograda.

Logan abrió los ojos como las puertas de una catedral.

—Pero… si… —se atragantó—, me ha abrazado usted.

—Y usted bien que se ha dejado —replicó, ahora sí mirándolo de frente, con las manos en las caderas.

Logan pensó que se volvería loco. De todas las mujeres del mundo, tenía que caer rendido ante una mujer tan… tan…

—¡¿Cómo puede ser tan testaruda?! —resopló, y continuó su andanza.

El camino le resultaba tortuosamente eterno, en comparación con otras veces que había ido solo a esa maldita tienda de escribanía. La había visto escribir con medio carboncillo, y solo quería hacerle un regalo. ¿Por qué tenía la manía de complicarlo todo?

—¿Testaruda? ¿Yo? ¡Ja! Peores cosas me han dicho. —Se detuvo—. ¡Mi gorra!

Logan señaló dónde la había visto, sin apartar los ojos del camino. Amelia se la colocó a toda prisa, paseando la vista por los alrededores por si alguien la hubiera visto; pero en ese lugar no había ni un alma, salvo algún borracho sujetando la pared.

Tuvo que echar a correr para alcanzarlo.

—¿Qué sucede? ¿No era como se lo imaginaba? —intentó recuperar la cordialidad, sin mirarla. Cada vez le resultaba más difícil controlar sus impulsos.

—Pues en mis libros siempre describen las ciudades marítimas como lugares de aventura y secretos por descubrir; pero lo que he visto es distinto, al menos en esa calle. Parecía una feria de excesos.

—Así es como los hombres olvidan que mañana volverán a arriesgar su vida en el mar. Pero si lo ve de día, pensaría muy distinto.

—¿Y usted? ¿Ha olvidado mucho? —murmuró, ajustándose la gorra.

—Menos de lo que me gustaría; los recuerdos siempre regresan.

Amelia contuvo un grito y se llevó la mano a la boca tras detenerse.

—¿Entonces es cierto lo que dicen? ¿Tienen una mujer en cada puerto? Espere, ¿a esa mujer de antes la conocía? ¡Es usted un puerco! ¡Eso es lo que es!

Sentía latir el corazón hasta en las orejas. De repente estaba tan llena de ira que incluso le habría dado una bofetada para quedarse a gusto, pero el muy desgraciado no detenía sus pasos. Se

mordió el labio, se quitó la bota y se la lanzó a la espalda, consiguiendo así que se detuviera.

—¿Cómo se atreve a tratar a las mujeres como un mero desahogo? Yo creía que usted…

Muy despacio, Logan se giró, apretó la mandíbula y, en tres zancadas, tras coger el zapato, la alcanzó. Amelia quiso retroceder ante su imponente figura, pero un agarre en su muñeca se lo impidió. Logan se agachó y la calzó sin oposición alguna.

—¿El qué creía? Aparte de que soy un puerco, claro.

Su mirada, de nuevo, había cambiado: esa que ocultaba, la que usaba de escudo cuando las cosas se complicaban.

—¿O es que los celos la están llevando a decir tonterías?

—¡¿Celos?! ¿Pero quién se ha creído que es? —replicó con menos seguridad de la que pretendía.

—Eso es algo que ni yo mismo sé. —Se levantó y sus ojos regresaron a su expresión distante habitual—. Pero, si le sirve de consuelo, yo tengo otras maneras de olvidar. Usted misma lo ha podido ver.

De nuevo, Logan caminó, mientras Amelia se devanaba los sesos para averiguar a qué se refería. Entonces, aquella noche regresó a su mente: sus puños ensangrentados, la rabia en sus movimientos y el modo en que recibía los golpes.

—¿Pelea para olvidar?

¿Ese era su motivo? Amelia respiró aliviada. Sabía que no podía ser por un trasfondo malvado; todo en él decía que era alguien bueno. Pero ¿tenía que olvidar de ese modo? Lo miró con tristeza y se arrepintió de sus palabras; no había sido racional, y la culpa la tenía su desobediente corazón.

—¿Qué es aquello tan horrible que tiene que olvidar a base de golpes?

—Será mejor que la acompañe de regreso al barco.

—Puede contármelo.

—Por favor, no insista.

—¿Por qué?

—Porque si lo supiera… si usted lo supiera… —Apretó los puños; el terror de volver al rechazo lo carcomía, ese que había

recibido por ser un don nadie, un huérfano, un asesino, y con la mente tan llena de oscuridad como para golpear a otros y calmarla —. He visto, vivido y hecho cosas que nunca me permitirían estar aquí, con usted. Por favor, regrese al barco. No sé en qué estaría pensando. En este momento hay asuntos más importantes a los que atender.

La réplica de Amelia nunca llegó. Hasta ella comprendió que no era lo que él necesitaba. Arrastró los pies tras sus pasos hasta llegar al muelle, donde él se despidió y se alejó taciturno, hasta perderse en una de las calles.

44.

Escondida en una callejuela alejada del puerto, allí donde la mayoría de marineros no llegaban tras quedarse en los primeros tugurios del camino, se encontraba la taberna Âncora Velha, con sus paredes desconchadas y un letrero podrido de madera que colgaba de unas bisagras oxidadas.

Allí dentro, el manto de calor con ese olor rancio —típico del hombre trabajador— golpeó a Logan. A su paso, el humo de las pipas se arremolinaba hasta el techo ennegrecido. Las mesas grasientas y con cortes de navaja esperaban a ser liberadas bajo la luz tenue de la taberna, mantenida así con un propósito.

En ese lugar se esparcían rumores, se cerraban tratos, se hablaba de subidas y bajadas de precios de las mercancías, así como de predicciones de quienes llevaban más años en el negocio. Âncora Velha, entre gritos, risas y violencia, era el mejor lugar para un breve intercambio de palabras, un papel escondido y todo aquello que no quería ser descubierto.

Logan apartó a un borracho de la barra y, en cuanto hizo girar una moneda sobre la madera, Mateus no tuvo ninguna duda de quién era aquel recién llegado.

—*Boa noite*, amigo. ¿Y esa barba? ¿Y desde cuándo usas peluca?

—Desde que Montrose me la dio —respondió sin más.

Mateus sonrió, recordando al viejo capitán: un gran amigo y cliente. El hombre, de barba poblada y rechoncho como los barriles a su costado, le sirvió un mosto, pues sabía que el muy endeble no bebía como cualquier marinero en puerto.

—¿En qué lío os habéis metido esta vez?... No, no me lo digas. No quiero saberlo.

Solo el hecho de verlo allí carecía de sentido. Normalmente sabía cuándo esos dos se anclarían en su taberna, pero no había oído que *El Lethe* fuera a atracar esa semana.

—He venido en el Leviatán.

El tabernero abrió los ojos con asombro.

—Montrose vendrá. Necesito que le des esto.

Logan arrastró la nota doblada que le había dado el contramaestre bajo la jarra de mosto. Con disimulo, el dueño de la taberna lo tomó y lo guardó en su delantal.

—Me darás algo a cambio, ¿no? Esto no se mantiene por arte de magia. Sabes que vivo de secretos.

—¿Qué quieres?

Mateus desvió la mirada hacia la pesada cortina que separaba la taberna del lugar de «entretenimiento», donde, cuando no eran peleas, había gitanas bailando, adivinaciones de fortuna, apuestas e incluso exhibiciones de objetos extraños hallados en las travesías.

—Sé que no le dirás que no a una buena pelea. Lo apostaré todo por ti.

El sonido del acordeón que alguien tocaba en el fondo fue sustituido por el de su corazón. La mirada de Amelia apareció en su mente: «¿Qué es aquello tan horrible que tiene que olvidar a base de golpes?»

No iba a engañarse a sí mismo. En el fondo, esperaba que Mateus, como siempre, le pidiera que lo hiciera: que golpeara a unos cuantos y se llevara un beneficio. Pero, en cuanto tuvo el ofrecimiento sobre la mesa, fue la primera vez que sintió que no encontraría en los golpes el desahogo que necesitaba.

Se aferró a la barra con fuerza mientras un sudor frío le descendía por las sienes. Su impulso —ese al que llevaba cediendo años— no era fácil de reprimir para alguien como él. Entonces, la voz de Amelia, llamándolo *puerco*, rebotó en sus oídos hasta llegar a la punta de los pies, los cuales le ordenaron levantarse.

Mateus lo miró incrédulo cuando Logan, con la voz ronca, dijo:

—Apuesta en mi contra. Esta vez… voy a perder.

Al ver la expresión de Logan, entendió que no había discusión posible.

Como si sus piernas tuvieran vida propia, Logan se deslizó hasta aquella dichosa cortina y la apartó con un fuerte agarre, preparándose para lo que vendría. Empujó al enclenque que estaba peleando contra un hombre con el que se podría estudiar anatomía muscular: torso desnudo, piel brillante por el sudor, mandíbula cuadrada.

Logan, con la camisa remangada y la mirada hundida, se quitó la peluca y se la lanzó al tabernero, quien le había asegurado que no había ningún inglés esa noche en su local.

—¡Siempre me la juegas, Mateus! —gritó uno desde el fondo, que ya había visto pelear a Logan en otra ocasión.

Allí no tenía que usar máscara, ni ocultar su verdadero rostro ni su desgracia. Allí nadie lo conocía; allí no le importaba a nadie, salvo por el dinero que pudiera generar… como cuando era niño.

Sonrió con amargura y dio el primer golpe para provocar a aquel al que llamaban *el español*. En cuanto lo vio, lo analizó: era fuerte, pero poco ágil; le habría ganado en cinco golpes si quisiera. Aunque, después del derechazo que recibió de lleno en la boca, no estaba tan seguro.

Chasqueó la lengua y probó su propia sangre.

«Huérfano inmundo».

Escuchó una voz como si viniera del pasado.

Otro golpe lo dobló de costado. El aire se escapó en apenas un jadeo.

«¡Enciérrale!», tronó la voz de la señora Quirk, con una dureza peor que los puños que lo golpeaban.

Una patada en el pecho lo lanzó contra el suelo. Unos gritaron y otros maldijeron. Logan se incorporó a medias, tambaleante. Aún estaba dispuesto a recibir más. Podría hacerlo.

Al segundo, encajó un derechazo, y esa vez lo oyó claro: una voz nítida que le estalló en el pecho.

«Puerco».

No había dudado en decírselo. Hasta ella, que parecía poseer un alma pura y bondadosa, no había tardado en juzgarlo así.

Cerró los ojos y soltó una carcajada ronca y sangrienta. Como un loco que encuentra consuelo en el tormento.

El español dudaba si debía continuar o no. Aquello no era una pelea: era como golpear a un maldito niño que no se atrevía a huir, pero sí a volver a levantarse.

Logan escupió hacia su oponente, que decidió acabar con él de una vez por todas. Una lluvia de golpes cayó sobre su estómago, costillas, mentón. Cada uno envuelto en un recuerdo, en una herida.

El gentío dejó de vitorear y todo se convirtió en un murmullo constante, pero Logan apenas escuchaba: dentro de su cabeza solo oía voces, una tras otra, arrancándole el alma a jirones.

«Tu madre está muerta».

«Nunca serás un Thorne».

Y al fin, al final de todo eso, la mirada de su madre apareció:

«Serás alguien bueno y bondadoso».

Sus ojos se llenaron de lágrimas y entonces las palabras de Charles lo azotaron como una ola sin aviso:

«Ahora, este es tu hogar, Logan».

Se tambaleó una vez más, con la sangre goteando de su ceja partida. Y aun así, sonrió.

Recibió un último golpe. Bajó por fin los brazos… y se dejó caer.

45.

Los colores del amanecer comenzaron a aparecer allí donde Amelia alcanzaba a ver. No había dormido, pero tampoco lo había intentado. Desde que Logan la dejara en el muelle, lo único que había hecho era caminar de un lado a otro. Algún tripulante la insultó, molesto, pues cuando llegaba a la zona de bodegas, sus pasos retumbaban, despertando a aquellos que no estaban lo suficientemente borrachos como para no oír ni a una mosca pasar.

¿Dónde estás?

Un nudo que no la dejaba tragar se había instalado en su garganta. El temor de que no regresara era cada vez más palpable, como si algo dentro de ella fuese a perderse si lo perdía a él. Quizá había sido demasiado dura con sus palabras; lo había insultado sin venir a cuento, sin dejar que se explicara, y necesitaba pedirle perdón antes de que sus pensamientos la devoraran por dentro.

No lo soportó ni un minuto más. ¿Y si le había pasado algo?

Se dirigió a la rampa cuando una voz la detuvo.

—¿Adónde crees que vas?

Los pasos tras ella le erizaron el cabello y no tuvo más remedio que girarse para encontrarse con el único rostro que no quería ver.

—Nadie baja ya de este barco —dijo Henry con tono autoritario—. ¿O es que pretendes huir?

Se colocó frente a ella, haciendo evidente su diferencia de altura.

—Jacques Petit no ha regresado —soltó Amelia, con la mirada fija en la madera bajo sus pies.

—Jacques siempre es de los últimos en subir.

—Pero…

—¿Pero qué? ¿Qué hace un muchacho como tú preocupándose por un francés desertor?

—No, es que… me debe dinero. ¡Mucho! No pienso arriesgarme a que se quede aquí con él.

—¿Así que te debe dinero?

Henry soltó una carcajada asquerosa. Se lo estaba pasando en grande. No veía la hora de exponer a esos dos, desde el momento en que el informante del capitán le había contado lo que había presenciado: ni más ni menos que a un tal muchacho abrazando al francés cuando una prostituta fue a su encuentro. Incluso Jacques se refirió al muchacho como *señorita*.

En ese instante, Henry lo tuvo claro. Tan cerca, tan al alcance. Tomó el mentón de Amelia y alzó su rostro, reconociendo al instante esos ojos rebeldes. Pero quería jugar. ¡Claro que iba a hacerlo! Eran de esas oportunidades que el mar ofrecía una vez en la vida, y no pensaba desaprovecharla. Su venganza contra aquel invasor nunca se la habría imaginado tan dulce.

—Si le debe dinero, corra —dijo con fingida amabilidad—. Y asegúrese de traerlo de vuelta. Es uno de mis mejores hombres.

—Sí, capitán… digo, señor Thorne.

Amelia descendió sin mirar atrás, con un presentimiento de esos a los que nunca hacía caso, pero tenía la sensación de que algo andaba mal. ¿Tan mal aspecto tenía que ese idiota no la había reconocido? Se ajustó el chaleco por el frío de la mañana, y no tuvo que caminar mucho para, a lo lejos, vislumbrar a Logan.

Aceleró el paso sin entender por qué demonios regresaba tan ajustado a la hora de salida. ¿Y si algo había salido mal? ¿Lo habrían descubierto? ¿Habría conseguido entregar la información a Mateus?

—¿Se puede saber…? —comenzó a regañarlo, pero el grito murió en su garganta al ver su rostro. Ahogó un sollozo y terminó de recorrer la distancia que los separaba.

—Buenos días —saludó él, con una voz tan inexpresiva como fría.

Amelia alzó la mano para examinar su rostro y, cuando este la hundió en sus ojos, no pudo evitar que las lágrimas brotaran.

—¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué se hace esto?

Lo tomó de la mano y lo alejó del gentío hacia una calle menos transitada. Sacó su pañuelo y quiso limpiar sus heridas, pero Logan detuvo su mano antes de que pudiera hacer nada.

—Ya están secas. Luego las lavaré con agua de mar. La sal suele curarlas muy rápido.

Amelia contuvo una exclamación. Tenía un párpado hinchado, el labio abierto, la ceja partida. ¿Cómo podía decir algo tan absurdo?

—Deje al menos que lo vea el médico de a bordo.

—¿El matasanos? No, gracias. Todo aquel que pasa por sus manos termina tirado por la borda.

—¿Por qué lo ha hecho?

—¿A qué se refiere?

—A pelear. ¿Por qué? ¿Por qué no me dice aquello que lo atormenta? Quiero ayudarle, de verdad que quiero.

El labio inferior de Amelia temblaba, tanto como el corazón le dolía al verlo así.

—Si hubiera peleado, no estaría así, señorita.

—¡No sea prepotente conmigo! —resopló desesperada—. ¡Dios mío, tiene que dolerle tanto!

—Hay palabras que duelen más.

Logan se maldijo por no poder ocultarlo.

—Lo siento —susurró ella—. Siento haberle llamado puerco. No debería haberlo hecho.

Algo en el interior de Logan se removió, como si esa disculpa fuera el mejor remedio posible.

—¡Pero es un burro por dejar que lo golpeen así!

—De puerco a burro. ¿Qué será lo siguiente? ¿Gallina?

—Hablo muy en serio, señor Thorne. ¡Tendría que haberse defendido!

—¿Por qué?

—Porque…, ¡porque no me gusta que lo golpeen!

—¿Por qué?

—Porque me importa. Me importa más de lo que debería.

Tras una mirada sostenida y un silencio insoportable, Logan tiró de ella y la estrechó contra su pecho.

—¿Qué hace? —preguntó Amelia, resistiéndose al principio.

—Abrazarla. Apártese de mí si quiere.

Amelia dudó por un segundo hasta que, sin evitarlo, lo rodeó también con sus brazos.

El dolor, la sangre, las voces que lo atormentaban… todo se apagó bajo ese abrazo. Se sintió vivo, consolado.

—Prométame que no volverá a pelear.

—Señorita…

—Prométalo. Si lo hace, yo lo abrazaré cada vez que lo necesite.

Logan sonrió, quebrándose en un suspiro.

—No sabe lo que dice —respondió, inclinándose como si pudiera beber de su ilusión. Agradecía su voluntad, pero lo suyo no tenía un arreglo inmediato. Bien lo sabía, hacía tiempo que lo había asumido—. Si me abrazara cada vez que lo necesito, jamás la soltaría.

Amelia se llenó de dolor y a la vez la invadió una timidez que no solía poseer, pero no quiso apartar sus brazos, por mucho que su razón le gritara lo contrario.

—Entonces será algo con lo que ambos debamos lidiar.

Logan cerró los ojos y dejó que su barbilla rozara la mejilla de la señorita.

—Se arriesga demasiado al decir eso. —Sus palabras salieron desde la calma que lo envolvía.

Por un instante pensó en decirlo todo, en confesar lo que lo consumía en silencio, pero su autocontrol —tan frágil como su cuerpo malherido— se impuso una vez más. En lugar de usar palabras que apenas podrían describir su agradecimiento por ese pequeño instante que compartían, la apretó con más fuerza, como si el mundo entero pudiera desvanecerse si la soltaba.

Amelia, preocupada por todas las sensaciones y sentimientos que recorrían su cuerpo, se separó de él con delicadeza.

—Debemos volver.

—¿Por qué no se queda? Es más seguro que espere a Montrose y luego…

—¿Por qué no se queda usted? —replicó con una determinación que rasgó toda la intimidad en la que se habían visto

envueltos, una de la que Logan habría deseado no salir jamás.

—Si algo sale mal, es mejor que haya alguien dentro. Puede ser peligroso, señorita Ravenscroft.

—¿Qué es lo peor que puede pasarme? ¿Que me muera? Si algo sale mal y termino casándome con ese hombre, será lo mismo que morir, o peor, porque ni siquiera podré escapar de sus sucias garras. Además, quiero verlo con mis propios ojos. Comprobar que mi padre no hace eso que usted dice… traficar con vidas humanas.

—Señorita Ravenscroft, sé que es difícil de creer, pero…

—Lo veré, señor Thorne, y no podrá impedírmelo. Y creo que… —De repente los nervios la traicionaron—, creo que a partir de ahora puede llamarme Amelia. Lo de «señorita Ravenscroft» provoca una distancia que ya no existe.

Hizo una ligera reverencia sin venir a cuento y aceleró hacia el muelle.

—Amelia —susurró Logan, llenándose la boca con ese precioso nombre que hacía que su mundo gris y turbio se llenara de luz—. Amelia.

Resignado, la siguió, convencido de que aquello era una mala idea. La incursión de Montrose junto con la *Royal Navy* podría derivar en una pelea ensangrentada, de la que no quería que ella formara parte. Apretó los ojos y deseó que su amigo llegara justo a tiempo para interceptar el movimiento de esclavos, para que Amelia no tuviera que verlo.

«Ojalá no esté en lo cierto —pensó—. Ojalá me equivoque, aunque eso implique seguir soportando a Henry y su repugnante afán por esparcir dudas y odio hacia mí».

46.

A lo lejos, el puerto de Funchal se despedía con su ajetreo diario, sus voces al aire, el aroma a uva y con momentos de los que solo esas calles habían sido testigo. Las bodegas rebosaban de enseres y los tripulantes contaban historias de la noche entre risas y bostezos.

Henry, al contrario que el resto de la tripulación, detuvo su vista en el horizonte. Creyó ver, apenas un reflejo, algo acompañado de la bruma. Tomó su catalejo, lo desplegó y lo colocó sobre su ojo derecho; no tardó en localizar una goleta que avanzaba con lentitud. No era una embarcación cualquiera: conocía esa línea de mástil como esa arboladura esbelta. No le cupo la menor duda de que se trataba del *Lethe*.

El borde de su boca se torció en una media sonrisa.

—Qué casualidad —murmuró, mientras plegaba el catalejo.

Miró de soslayo al muchacho que se despedía de Portugal; luego se resguardó en su camarote.

Amelia suspiró con los ojos perdidos en aquello que se alejaba. Había sido el descubrimiento de un mundo nuevo: no solo Madeira y sus calles, sino esos hombres, cada uno con un pasado que contar, con vidas de las que ella era completamente ajena, vidas que llamaban su atención y despertaban ese espíritu de curiosidad e inspiración que hacía que su mente no parara de crear, de querer saber y preguntar. También había descubierto una parte de sí que no conocía, una que la aterraba porque la hacía sentirse, a ratos, inválida y, a veces, envalentonada. Lo cierto era que, desde aquel abrazo, no conseguiría ser la misma; lo había hecho para consolarle, para ofrecer su ayuda, pero entre los brazos de Logan había encontrado un refugio, un lugar al que quería pertenecer. ¿Era eso perder su libertad? Porque, de repente, se había dado cuenta de lo

maravilloso que era sentir esa mirada verde sobre ella, de esos pequeños detalles a lo largo de su travesía que la hacían querer estar cada vez más cerca de él: un simple roce, un «buenos días» se habían convertido en una necesidad. Pasaba instantes de alegría y otros de tristeza, por miedo a que, cuando su peligrosa aventura terminara, ellos dejarían esa cercanía en las estrictas reglas por las que Londres se regía.

Debían mantener la distancia, lo sabía, pero en ciertas ocasiones era inevitable; incluso una noche, separados por tres cuerpos entremedias, se habían sostenido la mirada por un tiempo que bien podrían haber sido horas. Era extraño, pero era como si su vida ya no pudiera estar separada de la suya, como si, de otro modo, dejara de tener sentido.

Seis días después, al caer la noche, unas nubes negras y amenazantes se posaron sobre ellos. Primero fue el absoluto silencio; luego, cayeron los primeros rayos, acompañados de un viento capaz de tumbar a toda una flota.

Amelia, aferrada a un mástil, con los ojos apretados y con las piernas cansadas de sostenerse, le rogaba al mar que se detuviera, que tuviera piedad.

Las olas golpeaban con fuerza y, por mucho que achicaran el agua de todos los lugares donde se acumulaba, la lluvia torrencial hacía inútil cualquier esfuerzo.

Al abrir los ojos unos segundos, vio a un hombre golpeado por la botavara hasta casi lanzarlo por la borda. El marinero, aferrado con su vida a la madera resbaladiza, gritaba pidiendo auxilio. Amelia, aterrada al verlo luchar por sobrevivir, apretó el cabo con el que estaba atada al mástil y, entre resbalones y con poca visión, consiguió llegar hasta allí.

Las cuerdas sueltas chasqueaban como látigos en la oscuridad; marineros eran golpeados mientras, a las órdenes del capitán, lograban permanecer en pie y mantener a flote el gigante del que dependía su vida.

El barco crujía como si fuera a partirse en dos; cada ola golpeaba con la furia de una bestia enloquecida y Amelia, empapada hasta los huesos, sentía que las piernas dejarían de sostenerla en

cualquier momento. Aun así, aseguró el cabo a su cintura y se aupó hacia el hombre para socorrerlo.

—¡Agárrese! —gritó con toda la fuerza que le quedaba, extendiendo la mano hacia él.

El marinero, con los ojos desencajados por el pánico, era incapaz de pensar en nada más que en sí mismo, como si aquella voz no fuese real.

—¡He dicho que se agarre! —insistió Amelia, desesperada, estirando el brazo hasta sentir cómo los músculos le dolían.

El hombre no respondía, salvo con la mirada de un animal acorralado.

Amelia maldijo a los cuatro vientos, con un improperio que jamás se le habría ocurrido decir en una situación normal, y se arrimó aún más para alcanzarlo. Entonces, un golpe de mar sacudió la cubierta y la fuerza del agua la arrancó de su equilibrio.

Sus zapatos resbalaron y, de pronto, su mundo se dio la vuelta. Cayó hacia el vacío, cerca de estrellarse contra ese infierno líquido que amenazaba con devorarla, y solo el agarre de la cuerda a su cintura impidió que se ahogara en ese mismo instante.

Intentó voltearse cuando, suspendida en el aire, se balanceaba como un péndulo.

—¡Dios mío! —gritó con desesperación. Incorporarse, entre pataleos y la fuerza de sus brazos, le resultaba más complicado de lo que parecía.

El marinero se aferró a su misma cuerda y, con el ansia de sobrevivir, logró subir a duras penas. Se asomó apenas un instante antes de desaparecer en la penumbra.

—¡Será desgraciado! —La indignación subió a su pecho como un volcán a punto de estallar—. ¡Cobarde! ¿Va a dejarme aquí?

Sus lágrimas de frustración se mezclaron con la lluvia. Aguantó la respiración cuando una ola la embistió, haciéndola mecerse aún más. Se aferró a esa cuerda con toda su fuerza. Su vida dependía de ello. Intentó subir, pero sus brazos temblaban del cansancio.

—Me niego a morir aquí —lloró—. ¡Me niego!

Sus voces se perdieron con el rugido de un trueno, el mismo que había iluminado a Logan en la penumbra. Él la había mantenido localizada tras verla atarse al mástil; la había visto luchar por mantenerse en pie, aferrada con uñas y dientes a ese pilar que la protegía. Pero, en un abrir y cerrar de ojos, cuando la buscó de nuevo, su silueta ya no estaba.

El corazón se le detuvo.

Recorrió con la mirada el caos y el miedo que asediaba a los tripulantes hasta que vio la cuerda, tensa y oscilando por la borda como si arrastrara un peso.

—¡Amelia!

El viento se tragó su rugido y el terror lo paralizó apenas un segundo. Se aferró a todo lo que encontraba a su paso hasta que llegó a la cuerda, la sujetó y siguió su recorrido con la vista, asomándose por la borda. Entonces la vio, intentando subir, luchando contra las olas que la hacían desaparecer por momentos.

—¡Resista, por favor! —vociferó, más para no perder la cordura que porque ella pudiera oírlo: estaba haciendo todo lo posible por aguantar.

Logan se aferró a la cuerda y, usando los pies como freno sobre la madera, tiró con todas sus fuerzas. El miedo a perderla despertó en él una fuerza sobrehumana.

Amelia levantó la vista y su pecho se contrajo con una mezcla de desesperación y admiración.

—No me suelte… por favor, no me suelte —gimió entre temblores.

Logan tiró con más fuerza y, en cuanto pudo, intentó alcanzarla con la mano. En el instante en que sintió el contacto de su piel, tiró de ella como si arrancara su propia vida de las fauces de la muerte. Juntos cayeron sobre cubierta, con el corazón desbocado y el terror aplastándolos.

—¡Cómo demonios…!

Amelia se aferró a él y enterró el rostro en su pecho.

—Creía que iba a morir —dijo, desconsolada—. Iba a ayudarle, lo intenté, pero ese cobarde me dejó a mi suerte.

Logan maldijo a ese desgraciado; si lo encontraba, lo haría trizas.

La abrazó, percibiendo el temblor en todo su cuerpo, mientras la lluvia caía sobre ellos. Con cuidado la incorporó y la apoyó sobre el borde. Los cabellos sueltos de Amelia se pegaban a su rostro y él, con la respiración aún entrecortada, apartó los mechones empapados de sus ojos. Se inclinó sobre ella, cubriéndola con su propio cuerpo, como si pudiera resguardarla de la tormenta.

Amelia lloró unos minutos más, con el cuerpo aún sacudido por temblores, hasta que fue consciente de su aspecto. Despejó su rostro empapado con una de sus mangas y, con manos torpes por el frío, se recogió como pudo el cabello enmarañado. Localizó la gorra que se le había caído cuando estaba pegada al mástil y, arrastrándose con esfuerzo, la alcanzó y se la colocó.

—Eres admirable.

—Mi padre no estaría de acuerdo.

Su sonrisa rota fue tan devastadora que Logan, incapaz de no abrazarla de nuevo, la cubrió con su cuerpo, como si aún pudiera resguardarla del mar.

—Debes secarte.

—No —respondió ella con un hilo de voz que se fue afirmando al hablar—. Si lo hago, sospecharán. Regresa a donde el capitán te había ordenado estar.

—Debes ir con los demás, al menos a bodega. No nos necesitan a todos aquí afuera.

Escucharle tutearla fue como si la seda acariciara sus oídos. A pesar del terror de hacía unos minutos, algo en su pecho se agitó con una calidez absurda. Tal vez había perdido la cabeza, como Rosemund solía decirle, pero esta vez lo sentía de verdad.

—Vamos; siento la mirada del capitán sobre nosotros.

—Amelia, los ojos del capitán están anclados en el mar, igual que sus manos al timón.

Había sido un error decirle que podía llamarla por su nombre, porque ahora, cada vez que lo hacía, su corazón daba un estúpido brinco que no le daba tregua. Y, a pesar de que hablaban a gritos para oírse entre el incesante bullicio de la lluvia sobre el Leviatán, a

ella le sonaban como suaves susurros. Quizá se había dado un golpe en la cabeza al caer, porque sus sensaciones no podían ser más delirantes.

—Me iré a bodega y… por favor, ten cuidado —titubeó antes de decir su nombre—, Logan.

Al pronunciarlo en alto, se mordió la lengua, como si hubiera cometido un pecado, como si al hacerlo hubiese firmado un contrato vinculante que jamás podría romperse.

—Lo tendré —replicó él con el susto aún instalado en sus venas.

47.

Tranquilo como una bestia domada, el Leviatán se deslizaba por las mismas aguas que unas horas atrás habían reclamado las vidas de los tripulantes. Con el amanecer, las nubes se desgarraron dando paso a un nuevo día. Los primeros rayos de sol atravesaron las velas recién izadas y los marineros, rezagados y con apenas fuerzas, abrieron los ojos mirando a su alrededor para comprobar a cuántos de ellos habían perdido. Tanto Logan como Amelia tuvieron que disimular el alivio al encontrarse de nuevo.

Las horas siguientes transcurrieron; las maderas aún crujían con las reparaciones y el olor a esa brea pegajosa con la que tapaban grietas lo impregnaba todo.

Amelia continuó con sus tareas y Logan, siguiendo órdenes del capitán.

En el transcurso de los días, Amelia apenas tuvo ocasión de separarse de los marineros, que la habían aceptado con total camaradería después de enterarse de cómo se había lanzado a por uno de ellos, el cual no tuvo más remedio que disculparse tras una amenaza de Logan de convertirlo en alimento para tiburones. Decían que las tormentas conseguían o unir a los tripulantes o, al contrario, que a partir de entonces se odiasen hasta morir por haber mostrado sus verdaderos rostros. Amelia, sin embargo, tras esa noche en que creyó morir, sintió que algo había cambiado en su interior: Logan ya no era solo un misterio de mirada serena ni un hombre marcado por sus heridas; se había convertido en su refugio silencioso, en su *ataraxia*.

No siempre podían compartir palabras. A veces bastaba con que él le sostuviera la mirada un segundo más de lo necesario o que sus dedos se rozaran al pasarle la jarra de agua. Incluso entre el

bullicio del barco, había momentos en los que el mundo se contraía hasta dejarlos solos en un espacio que solo ellos podían habitar.

Fue en una de esas noches tranquilas, tres días antes de llegar al punto de intercambio cerca de la Costa de Oro, con la luna derramando su luz sobre cubierta y la mayoría de los hombres retirados a sus lugares de descanso, cuando Logan se acercó a ella con un regalo envuelto en un paño doblado con torpeza y algo arrugado.

—Quería… llevo días queriendo entregarle esto desde que salimos de Madeira —dijo en un susurro, como si no quisiera romper la calma del mar.

Amelia, sorprendida y algo nerviosa, lo tomó entre sus manos. Desdobló el paño, controlando su emoción, y descubrió un cuadernillo con tapas de cuero acompañado de una pluma trabajada con delicadeza. Abrió bien los ojos porque sabía que, si los cerraba, terminaría derramando la humedad que se había acumulado.

—¿Cómo…? —consiguió preguntar.

Logan bajó la mirada, más inseguro que en cualquier otro acontecimiento de su vida.

—Lo compré en Madeira, después de la pelea en la taberna. Pensé que… quizá sus pensamientos merecían un mejor lugar donde descansar y una mejor herramienta para ser escritos que un mísero trozo de papel y un carboncillo. Esa noche la vi escribiendo a duras penas y… bueno, quise llevarla para que lo escogiera usted misma, pero…

Amelia sintió un nudo en la garganta. Acarició la tapa del cuadernillo como si temiera estropearlo y alzó los ojos hacia él, incapaz de pronunciar palabra. ¿Cómo podía emanar tanta rudeza a veces y otras tanta ternura?

Logan se perdió en su mirada y un deseo se instaló en su corazón como quien anhela el sol después de una tormenta. Elevó la mano y, sus dedos, como mariposas, buscaron el néctar de su rostro. Ella cerró los ojos para disfrutar de ese tacto suave y cálido. Rendida ante su cercanía, se acercó a su respiración como si su cuerpo expresara lo que no podía con palabras. Aquellos ojos se abrieron con una tensión encendida de la que ella se embriagó por

completo. Logan ansiaba esos labios que se habían prestado a él, pero ¿cómo podría dejarse llevar sin decir quién era en realidad? Quiso convencerse de que solo sería una pequeña caricia, un regalo o quizá un recuerdo de lo que podría haber sido en el caso de que lo rechazara. Se aproximó al borde húmedo de sus labios, pero antes de poder rozarlos, una voz cargada de ironía rompió la intimidad.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? —La pregunta llegó como una docena de flechas.

Ambos se separaron de golpe, con la respiración entrecortada. Amelia ocultó el cuaderno tras su espalda, con los dedos temblorosos.

—Qué detalle más enternecedor.

Henry emergió de la penumbra con esa sonrisa tan suya. Ya había esperado demasiado y no iba a permitir que sus sucios labios tocaran los de su prometida. El momento había llegado.

—No imaginaba que te gustaran los muchachos, Jaques… o ¿debería decir, Logan?

48.

El nombre cayó como una pedrada. Era tan frío y calculador que había sido imposible engañarle.

—Me pregunto —continuó, disfrutando de cada sílaba— si la señorita Ravenscroft, mi prometida, por cierto, seguirá apreciando tanto ese obsequio cuando sepa la clase de escoria que eres en realidad.

Amelia miró a Logan sin atisbo de duda en sus ojos, pero él parecía haberse encerrado en sí mismo y, a la vez, estar haciendo un esfuerzo titánico por no abalanzarse contra Henry.

—Logan no es ninguna escoria —dijo con la garganta a punto de rasgarse.

Sus palabras enervaron a su prometido.

—¿No ha oído lo que he dicho? Ese hombre al que casi besa no es quien cree.

—Amelia...

—No vuelvas a llamarla por su nombre —espetó Henry.

Amelia se adelantó un paso, con firmeza a pesar del temblor de su cuerpo.

—¿Y qué si lo hace una y mil veces? Me llamará por mi nombre cuando lo desee. No me importa lo que diga ni lo que insinúe.

Sin rastro de humor, Henry dejó escapar una sonrisa seca. El muy desgraciado ni siquiera lo miraba, aunque su respiración guardara la de cientos de demonios y sus puños la dureza de una bestia.

—¿No te importa? —repitió, mordaz—. ¡Oh, claro que te importa! Lo que ocurre es que todavía no lo has comprendido.

—No hay nada que comprender —replicó tajante.

Henry volvió a sonreír y, con su dedo acusador apuntando a Logan, esparció cada palabra de su boca como el veneno de una serpiente.

—Se dice de ese hombre que mató a su propio padre. ¿Fue ahí cuando comenzaron a llamarte el demonio de San Giles o solo cuando te pusiste esa ridícula máscara?

—¡Eso no es cierto! Yo no lo maté —gruñó Logan. No podría contenerse mucho más; si no estuviera ella, ya lo habría partido en dos.

—Y no solo eso. Tengo un testigo de tu huida de ese lugar sucio del que vienes. También mataste a alguien, ¿cierto? Le abriste la cabeza sin ir más lejos. Cierta señora caída en desgracia lo vio, y está dispuesta a denunciar tu falsa identidad. ¿Cómo se llamaba? ¿Perk? ¿O era Quirk?

Amelia lo contempló con dolor y compasión, todo lo contrario a lo que Henry pensaba que haría —que era, sin ir más lejos, abalanzarse a sus brazos, agradeciéndole que desenmascarara a ese animal callejero—, lo que dejó claro que no la conocía en absoluto.

Lleno de ira, Henry continuó. No iba a permitir que le arrebataran todo de nuevo, no lo que consideraba suyo.

—Tu mundo, tal y como lo conoces, estúpido entrometido, se ha terminado, ¿me oyes? Se acabó. Todo lo que debió pertenecerme desde el principio será mío en cuanto lleguemos a Londres. Dime, ¿qué hiciste tú para tener el derecho de ser dueño y señor de los barcos Thorne? ¡Nada! Me he dejado la piel en esto, y ese imbécil que tenía por hermano me lo arrebató todo: a la mujer que amaba y el fruto de mi esfuerzo para que nuestras rutas comerciales prosperaran. Pero yo no era suficiente para él. Nunca lo fui.

Logan sabía que la envidia carcomía hasta los huesos, pero nunca imaginó ser objeto de ella.

—Siempre tan perfecto, siempre con tu moralidad impecable a pesar de tus asquerosos orígenes. Pero una noche bastó, después de tantos años, para que cometieras un error. Una noche en la que pensaste que estabas solo y fuiste con ella a hablar como un maldito cachorro abandonado… y entonces lo vi. «Barry». Todo lo que hice fue averiguar que una tal señora Barry había fallecido en St. Joseph,

una antigua casa de trabajo. No fue difícil descubrir que esa señora no había llegado sola: su hijo, Logan, la acompañaba. Qué estúpido por tu parte conservar tu nombre. Y ella —miró a Amelia— solo es un premio extra para mi dulce y esperada destrucción. Ha sido la mar de entretenido ver cómo intentabais manteneros alejados, cómo, a pesar de sus ropajes de muchacho, te seducía en cuanto tenía la oportunidad.

—No hables así de ella —Logan masticó cada palabra.

—Quizá, cuando ruegue por ti, tenga algo que ofrecerme.

La imagen de su madre llevándose al capataz aquel día en los molinos para que dejara de golpearle regresó a él como un vendaval a punto de derribarlo. No se resistió más: se lanzó hacia él y marcó sus nudillos en su quijada.

—¡No! —gritó Amelia—. ¡Por favor, no lo hagas!

Logan solo logró contener el siguiente envite gracias a que ella lo tomó del brazo. Henry, en el suelo, mientras se frotaba la zona dolorida, levantó la mirada llena del odio que había alimentado durante años. Ya estaban rodeados de espectadores, aunque ninguno se atrevía a inmiscuirse.

—¿No lo entiendes, Amelia? —rugió—. No es digno de ti, ¡ni lo será jamás! Lo que ha hecho todo este tiempo ha sido engañarte, dejarte creer que podías confiar en él. Y tú… tú, tan ciega, tan desesperada, has caído en sus brazos como una ingenua.

—No le he dado permiso para que ponga mi nombre en su lengua venenosa y, aun así —el aire le faltaba, pero no le impidió alzar la voz con coraje—, nada de lo que diga cambiará lo que es él para mí.

—¡Maldita zorra!

Henry tiró de ella y consiguió derribarla, pero no pudo hacer mucho más. Como un animal que había estado encerrado demasiado tiempo, Logan se abalanzó sobre él y lo golpeó con la furia de un huracán. Pero Henry solo reía, porque en breve escucharía el sonido de la victoria si el capitán hacía lo que él le había ordenado.

Fue cuestión de un segundo: un estruendo, un silbido en el aire, y una bala del mosquete del capitán atravesó a Logan.

—¡No…!

Amelia se arrastró hacia él con las manos temblorosas, ahora manchadas de sangre. Sintió que todo su mundo iba a desaparecer.

—¡Ayudadle! ¡El médico, por favor, ayudadle!

—Tranquila, no morirá… al menos no ahora. Solo ha sido su hombro.

Su carcajada llegó hasta los confines de la tierra.

—¡Eres un monstruo!

—Al menos ya me tutea. Me siento halagado.

Henry escupió la sangre de su boca sobre Logan y dio órdenes:

—Atadlo en la cofa. Quiero que sea el mejor testigo de lo que va a suceder. Contramaestre, despierte a los demás y bajen el ancla. Ya hemos llegado.

—No… ¿Qué? —Logan se aferró a las manos de Amelia con una impotencia que lo aplastaba—. ¡Quedaban tres días!

Otra desagradable carcajada.

—¿Eso habías oído? No me digas que pensabas que de verdad mi contramaestre había mostrado una bondad genuina. En el momento en que sospeché de vosotros, solo tuve que decirle lo que tenía que hacer. Una notita por allá, un comentario lastimero por acá. ¿Por quién me tomas? Como si no hubiera visto crecer a ese desgraciado como para saber sus debilidades. ¿Crees que no vi al maldito Montrose en la costa de Portugal? A estas alturas debe de estar muy lejos de aquí —rio, y el capitán con él—. La consideraba más inteligente que eso… o quizá estaba demasiado ocupada seduciendo a ese bastardo como para darse cuenta de lo que sucedía ante sus propias narices. Cuando su padre se entere…, ¿o no debería hacerlo? No me gustaría que arruinase su precioso rostro de nuevo.

Tres marineros comenzaron a levantar a Logan, pero antes de que lo consiguieran, Amelia se colocó sobre él.

—¡No dejaré que se lo lleven!

—Amelia, por favor, estás haciendo el ridículo. Y, como mi futura esposa, no te lo permito.

—Déjame ir —susurró Logan en su oído—. No le des lo que quiere.

—No quiero —sollozó ella.

—Amelia…

Henry la tomó de la cintura y tiró de ella como si fuera una muñeca de trapo.

—¡No, Logan!

Entre tres lo levantaron. Ataron la cuerda de una polea en torno a sus brazos y lo elevaron.

—¡No! ¡Bajadle! ¡Logan, soltadle!

Henry sujetaba sus brazos con una satisfacción que no tenía medida.

—Bien, atadla a ella también. Quiero que vea con sus propios ojos de dónde viene el dinero que compra sus vestidos y su comida.

El olor a pólvora, los gritos, el dolor que la atravesó cuando la arrancaron de sus brazos… todo se disolvió al dejar caer sus párpados. No como una rendición, sino como si en la oscuridad encontrara refugio antes de que el infierno se abriera bajo sus pies.

49.

Los sollozos se apagaban con el golpe de los remos que rompían ese mar oscuro que los alejaba de sus hogares. Su propia gente los habían dado caza y, aunque muchos no sabían hacia dónde iban, habían escuchado historias sobre ese gran cofre de madera que aparecía en el mar para llevárselos y no regresar jamás. Se contemplaron unos a otros; algunos ni siquiera hablaban la misma lengua, pero a todos los unía la conciencia de que no tenían escapatoria. Tirarse tampoco era una opción, pues los tiburones acechaban, como en otras ocasiones, sabiendo que en aquel lugar tendrían comida fácil.

Las pequeñas olas rompían contra el casco de las embarcaciones que se acercaban como ladrones en la noche. Iban desnudos, atados y temblaban, pero no de frío, sino de horror ante lo que les esperaba. Su vendedor comenzó a silbar, como un llamamiento, como si fuera el día más feliz de su vida.

Logan gritaba en silencio; no se creía con el derecho a hacerlo de otra manera. No había logrado impedirlo. Su herida dolía, pero nada comparado con lo que experimentó al ver a esos pobres seres humanos siendo arrastrados hacia las tinieblas de la esclavitud.

Las lágrimas brotaron de sus ojos. Intentó zafarse del agarre, pero era imposible, y cada movimiento de su hombro resultaba agonizante.

Henry, desde abajo, silbó hacia el único de piel oscura que llevaba un sombrero alado y ordenó a uno de sus tripulantes que lanzara la escalera de cuerdas. Miró hacia arriba con aires de victoria y, como diversión, intentó atrapar una de las lágrimas que caían. Detuvo su juego cuando vio a Amelia, sujeta por uno de los suyos.

—Abre los ojos, querida. Mira de dónde viene tu riqueza.

Amelia apretó aún más los párpados. No sirvió de mucho. Henry se acercó a ella, empujó al que la sujetaba y, desde atrás, tomó su rostro.

—Abre los ojos —insistió mientras colocaba sus dedos sobre los párpados de Amelia para obligarla.

Abrió los ojos con temor. Entonces vio al primero que terminaba de subir por la borda. Quiso cerrarlos de nuevo, pero no pudo.

—Oh, no te asustes, los hombres somos así. Me habría encantado ser yo quien te descubriera la desnudez, pero al comportarte como una desquiciada, esto es lo que has obtenido.

—Mi padre… —dijo apenas con voz—. ¿Mi padre sabe esto?

Otro cuerpo apareció, esta vez el de una mujer, con los ojos hundidos en el pánico y los labios temblorosos mientras luchaba por cubrirse.

—¿Tu padre? —rio Henry—. Tu padre iba a hundirse en la miseria, y esto, Amelia, el oro negro, es lo que lo ha sacado de ella. Te lo aseguro. Es más que consciente. ¡Fue sugerencia suya, sin ir más lejos!

Amelia cayó de rodillas e intentó ocultar el rostro sobre su hombro, ya que no podía usar sus manos. Lloró y se sintió miserable por hacerlo, pues frente a ella un niño lloraba porque quería bajar.

—Dejadles cubrirse al menos —bramó—, por favor.

—Eso es algo que no puedo concederte. Esta gente de tonta no tiene un pelo. ¿Qué crees que pasaría si llevaran un machete escondido? ¿Una navaja? Cortarían mi cuello, pero también el tuyo. Son salvajes, Amelia.

Henry tiró de ella y la llevó hacia el contramaestre, que permanecía sentado ante una mesilla improvisada para ir apuntando la mercancía que iba llegando.

—Walsh, deja que lo haga ella. Al fin y al cabo, es el negocio familiar.

El contramaestre se levantó y le cedió el sitio y la pluma. Amelia lo miró con dureza por haberlos engañado de esa manera, por aprovecharse del buen corazón de Logan. No obstante, lo peor fue cuando le dio indicaciones de cómo debía hacer las anotaciones.

—Es muy fácil: número cinco, niño, ¿ves? Número seis, mujer. No los apuntes antes de que el médico los revise.

Amelia giró el rostro, tratando de mantener la compostura, y vio al médico revisando dientes y la fortaleza de manos y brazos de los recién llegados.

—Este está enfermo. Nos matará a todos —soltó el médico.

Entonces, dos marineros lo alzaron y lo tiraron por la borda.

—¡No! —El grito de Amelia fue desgarrador. Se sentía tan impotente, tan llena de ira, que se vio capaz de matar a cualquiera de ellos en cuanto tuviera la oportunidad.

—No seas dramática, querida. Lo mejor es que te vayas acostumbrando. Esta vez contamos con casi doscientas cabezas. No esperarás que todos estén saludables.

Henry desató sus manos y la obligó a apuntar.

—¿No te gustaba escribir? Esta es tu mejor oportunidad de hacerlo en público. Solo que esto que escribas será útil, no como tus ensoñaciones absurdas, válidas solo para mentes vacías.

Amelia miró hacia arriba, donde Logan observaba todo. Tomó la pluma y, entre lágrimas que no quería soltar, escribió: Número 12, hombre.

—Muy bien, continúa, querida.

Esa voz, esa mirada, ese *querida* y esa falta absoluta de humanidad la estremecieron por dentro hasta hacerla hervir en una fuente de la que solo emanaría odio. Apretó la pluma en su puño y, en cuanto él le dio la espalda, se levantó con rapidez y, en lo que dura un suspiro, ensartó esa pluma, convertida en puñal, en su espalda.

Henry se giró y la golpeó en el rostro de una forma tan desmesurada que la envió varios metros atrás.

—¡Maldita zorra! ¡Atadla al mástil!

Viendo el revuelo, los que ya habían subido se amotinaron con uñas y dientes contra quienes los apresaban. Pero la escaramuza no duró mucho: un disparo atravesó a uno de ellos, y los demás, asustados, se detuvieron.

—¿Ves lo que has provocado? —espetó Henry.

Amelia miró a cada uno de ellos mientras suplicaba perdón con los ojos. Esa fue la primera vez en toda su vida que quiso desaparecer.

50.

Logan apretó los dientes hasta creer que se los partiría. La sangre le bajaba por el torso y le empapaba la camisa, pero él no lo notaba. En ese momento solo veía a Amelia, atada al mástil, con el cabello pegado al rostro, temblando de miedo y de ira. Quiso gritar su nombre, saltar sobre ellos, matar a Henry con sus propias manos, pero esas malditas ataduras se lo impedían.

Juró que, si sobrevivía a aquella travesía, el nombre de Henry Thorne se borraría de la faz de la tierra, aun sabiendo que ese juramento iría en contra de lo que Charles habría querido.

Como si ese desgraciado hubiera escuchado su mente, Henry miró hacia él con una sonrisa retorcida y un agujero en la espalda que lo había hecho desear que aquella mujer odiara a ese impostor tanto como a él.

—Traedlo abajo.

—Pero, señor, estamos en medio de…

—He dicho que lo bajéis.

Henry esperó a que Logan tocara cubierta mientras sus hombres seguían trabajando. Lo observó sin el menor atisbo de empatía, mientras, atado y tambaleante, lo acercaban hasta él.

—No hay nada más ilustrativo que presenciar las consecuencias de tus ideales —dijo, sonriendo—. Ya que tanto defiendes a los desgraciados, quiero que me ayudes a elegir a los que servirán a tus compañeros. Ya sabes, un marinero tiene ciertas necesidades. Siempre se ha probado la mercancía, ¿no es así?

Logan lo miró sin responder, mientras Amelia comprendía entonces a qué se referían aquellos marineros unos días atrás. Había sido una tonta por no creerlo, pero aun así, viendo lo que tenía frente a sus ojos, no concebía la idea de que su padre en verdad

formara parte de esa crueldad desde el cómodo asiento de su biblioteca.

—Vamos, héroe. Mira bien sus rostros. Escoge.

Henry lo empujó hacia el grupo de cuerpos temblorosos. El aire traía consigo el miedo, flotando sobre esos ojos que lo observaban sin entender lo que decían.

—Si no eliges tú, lo hará ella —añadió, girando la cabeza hacia Amelia—. Pero no quisiera que mi dulce dama se manche las manos con algo tan vulgar.

Amelia y él intercambiaron una mirada que lo dejó sin opción. Nunca condenaría a nadie a tal atrocidad. No después de haber vivido a voluntad de otros. Se negaba a ser el verdugo de ninguna de esas personas, aunque tampoco quería que lo fuera ella.

Sabía que a él era probable que lo desecharan, que lo tiraran por la borda. O quizá no, pues esa envidia que regía a Henry haría que lo mantuviese con vida hasta regresar a Londres, solo para destruirlo frente a toda la sociedad. Pero a ella… a ella no la tocaría. No se atrevería, por el simple hecho de que el barón le daría la espalda si cometía un crimen contra su hija. En cuanto a amistades poderosas, el barón contaba con la mayoría para destruirlo si algo se torcía; por mucho que Henry tuviera pruebas contra él, antes harían caso al poseedor de un título que a un comerciante. Eso Logan lo sabía muy bien.

—No lo haré —respondió con una claridad capaz de alumbrar todo el navío.

Amelia, lejos de indignarse por las consecuencias que pudiera tener contra ella aquella respuesta, lo admiró aún más.

Henry, enervado, se acercó al contramaestre y le arrebató el mosquete que guardaba para luego apuntar a Amelia con él.

A pesar de todo, el capitán no podía detener la subida de esclavos: cuanto más tiempo permanecieran allí, más se arriesgaban a ser interceptados. Pidió concentración a sus hombres, que no sabían muy bien cómo proceder, y continuaron.

—Ambos sabemos que no lo harás —intervino Logan con templanza. Amelia lo miró con tanta seguridad que no albergó miedo alguno.

A Henry le temblaban las manos de ira y cambió la dirección del arma, apuntando hacia los esclavos.

—Si matas a uno cada vez que me niegue, te quedarás sin esclavos —advirtió Logan.

—Te conozco; no soportarás ver el dolor en uno solo cuando empiece. ¡Traedme el látigo!

La tripulación se quedó sin habla. La situación se le estaba yendo de las manos.

Entre la multitud apareció el capitán con el látigo entre las manos.

—Si quiere que lo odien hasta el punto de dejar de valorar sus propias vidas, hágalo —dijo con calma—. Pero le aseguro que, si se rebelan, este barco no llegará a destino. Deje sus juegos de venganza para otro momento. El dinero que me prometió dejará de ser válido si lo hace. Y dígame, ¿a quién cree que obedecerá la tripulación? ¿A un desquiciado que ha perdido la cabeza o al capitán, a través del cual recibirán su paga?

El capitán le tendió el látigo. Henry comenzó a respirar como si el aire que lo rodeaba no fuera suficiente. Clavó la mirada en el capitán, sabiendo muy bien que lo había escogido por su temple en tiempos complicados. Alguien que lo haría volver en sí si se dejaba arrastrar por la ira. Se conocía lo bastante como para saber que algo así podría suceder.

Apretó los puños, cerró los ojos y dejó escapar el aire con furia.

—Encerradlo —ordenó—. Encerradlo en la más oscura soledad.

—¡No! —gritó Amelia—. ¡Dejadle!

—¿Por qué? ¿Ya sabes su pequeño secretito? —preguntó Henry, con la furia aún desplegada en el rostro.

Dos hombres tomaron a Logan y lo arrastraron hasta un compartimento bajo cubierta, donde no entraba la luz del día. Logan forcejeó y logró zafarse de uno de ellos, pero el otro le golpeó la cabeza. Cayó como un muerto en vida, abandonado a su suerte en la oscuridad.

51.

—¡Por favor, déjeme verlo!

Atada a los pies del camastro —el mismo donde un tiempo atrás se había escondido con Logan—, repitió las mismas palabras que había dicho una y otra vez durante días… o semanas. Tampoco había sido consciente del tiempo transcurrido; solo pensaba en él, en el sufrimiento de Logan.

Lo único que sabía con certeza era que hacía días que había dejado de llorar, de golpear la puerta. Lo obligaban a comer, a presenciar cómo un esclavo era castigado y, después, de nuevo, la oscuridad.

Tenía que sacarlo de allí como fuera, pues había oído que el lugar destinado a dejar a los esclavos se encontraba cerca. Demasiado cerca. Pocas veces la habían dejado salir a cubierta, pero en la última se respiraba ese aire que prometía descanso y riqueza. Así que tuvo una idea: necesitaba verlo, soltarlo y quizá, si se lanzaban, podrían sobrevivir llegando a una orilla cercana.

Nunca había pensado en las consecuencias de sus decisiones, y esa, como tantas otras, iba a llevarla a cabo sin indagar en todo lo que podría salir mal. Quería provocarlo, lo necesitaba. Había observado a Henry durante días, y aunque se había negado a hablar con él, sabía perfectamente lo que deseaba.

—¿Cuándo empezarás a tutearme, Amelia? —respondió Henry con tal indiferencia que ella tiró de la cuerda con violencia.

Henry se agachó y, como si le hubiera sido otorgado todo el tiempo del mundo, desató la cuerda de las muñecas de Amelia y la levantó frente a él. Al menos tenía el detalle de dejarla moverse de vez en cuando.

—Tengo curiosidad —dijo mientras observaba cómo ella se frotaba las muñecas enrojecidas—. ¿Qué tiene él que yo no pueda darte?

—Tiene corazón, algo de lo que usted, me temo, carece. —Su respuesta llegó como una puñalada: rápida y fría.

—Para ufanarte de moralidad sana, criticas a los demás sin remordimiento y con total desconocimiento.

—Mejor así. Es mejor no arrepentirse de lo que uno dice. Conocerle más solo implicaría que el desagrado que albergo por usted se extendiera hasta los mares de China.

Henry se acercó más a ella, como un reptil hacia su presa. Posó sus largos dedos sobre su rostro y acarició la línea de su mandíbula.

—Lástima que ese pobre desgraciado no pueda verte ahora. Hay algo en tu enojo que te hace lucir despampanante.

Tensa, Amelia quiso retirar su rostro, pero Henry la sujetó de la barbilla con dureza y la obligó a mirarlo, muy cerca, allí donde sus frentes casi se rozaban.

—Aún conservas tu orgullo, ese aire aristocrático de los de vuestra calaña, que os hace sentir superiores a los demás. Pero, al final, como un perro callejero, todos terminái s arrastrándoos por la mugre para sobrevivir. Como tu padre. Créeme, la supervivencia no conoce de clases, Amelia. Se consigue con voluntad, no con títulos ni dinero. La voluntad de estar dispuesto a entregar tu alma al mismísimo diablo para ser, ¿qué?, ¿alguien en esta sociedad? Tiene gracia, ¿verdad? Al final todos somos lo mismo, así que no te creas con derecho a rechazarme.

Amelia comenzó a reírse, a carcajearse de una manera que obligó a Henry a soltarla y volver a tomarla de los brazos para que se detuviera.

—¿Por qué me habla de clases? ¿Cree que lo rechazo por ser inferior? ¿Es así como se siente? —se inclinó un poco hacia él—. Porque lo es, señor Thorne. No por la falta de un título, créame, sino por su corazón podrido. Usted mismo lo ha dicho: quiere ser alguien en nuestra repugnante sociedad. Yo, en cambio, deseo ser libre. ¡Libre de usted, de mi hogar, de las malditas etiquetas, libre de amar

a quien quiera! Así que no me hable de clases. —Miró unos segundos las maderas bajo sus pies y luego lo encaró—. Lo rechazo porque quiero y porque puedo. Lo rechazo porque me entristece ver su vida, por el odio que desprende en cada mirada y por la amargura que derrama cada vez que abre la boca.

Amelia masticó cada palabra; las escupió como quien expulsa un veneno. Se soltó de su agarre y dio un paso atrás con la seriedad que requería un acto solemne.

Henry, con una calma inesperada, se acercó al escritorio. Se sirvió un vaso de whisky, bebió un trago y se limpió con el dorso de la mano. Luego la miró. Amelia no se movió, aunque por dentro todo en ella se encogió. Se sintió diminuta ante esos ojos que la recorrían con deseo y, a la vez, desprecio.

Henry apretó el vaso entre su mano, la misma que levantó. Luego: un estruendo.

Un crujido.

La humedad y el olor fuerte del whisky cayeron sobre el hombro de Amelia. Respiró intranquila; el oído le zumbaba y las manos le temblaban, porque solo habrían faltado un par de centímetros para que ese vaso lanzado hubiera golpeado su rostro.

—Estoy harto de oírte, de respetarte como Ravenscroft me obligó a hacer. Y lo cierto es, Amelia, que te estoy haciendo un favor. Nadie quería casarse contigo. Eres tozuda como una maldita mula, demasiado inteligente como para hacer preguntas que no te corresponden, y de una belleza peligrosa que solo atraería miradas innecesarias que ningún marido debería soportar. Esa es la realidad. —Sonrió con cinismo—. Yo, alma caritativa, accedí. Pero todo contrato tiene beneficios, y ahora quiero los míos.

Hizo una pausa.

—Tu padre poco tendrá que decir cuando sepa lo que has hecho. Disfrazada. En un barco lleno de hombres. Es más, solo contará con mi palabra para salvaguardar tu honor, para que mis hombres no destrocen tu imagen con un par de rumores. Entonces, querida Amelia, no te quedará más remedio que casarte conmigo, que suplicarme que no te abandone.

Como si un puño apretara su corazón y un nudo acallara todo lo que quería gritarle, contuvo su enojo mientras su respiración se normalizaba tras el susto. No podía desperdiciar el momento; ese que sabía que llegaría.

—Está bien —respondió con frialdad—. Seré tuya.

Cuando lo tuteó, el rostro de Henry cambió.

—Como bien dices, soy lo bastante inteligente como para saber cómo acabará esto. Así que… no voy a negar lo evidente.

Henry avanzó despacio, disfrutando cada paso hacia su victoria. La tomó del cabello y, al acercarse, aspiró su aroma con los ojos cerrados.

—Pero… —susurró ella.

Los párpados de Henry se abrieron de golpe; en su mirada ardía algo oscuro.

—Déjame despedirme de él —continuó Amelia, con la voz temblorosa—. Después de esto, no querré volver a verle.

Henry se separó unos pasos. Se llevó una mano al mentón y sonrió, como si saboreara la situación.

—Dime, Amelia… ¿No te he demostrado ya que no soy estúpido?

Un escalofrío atravesó su cuerpo. Se maldijo por haberlo subestimado. Miró a su alrededor: necesitaba algo, lo que fuera, para defenderse. Pero todo estaba demasiado lejos. Sabía que, si lo intentaba, él la atraparía antes de dar un solo paso.

Solo… si tan solo…

Clavó la mirada en la puerta, a un metro de distancia. Pero Henry se movió en cuanto entendió sus intenciones.

—¿Sabías que tocaríamos tierra en breve, verdad? ¿Creías que podrías escaparte con él?

La empujó contra la pared y la inmovilizó, presionando su brazo contra su cuello. Con la otra mano empezó a desabotonarse el pantalón. Besó su cuello con ansia, lo mordió con furia, como un animal marcando territorio. Quería que el estúpido de Logan supiera a quién pertenecía.

Amelia forcejeó entre lágrimas. La fuerza de Henry era brutal, imposible de igualar. Apenas alcanzó a sollozar cuando él desgarró el

disfraz que llevaba puesto. Entonces, un disparo retumbó. Gritos. Golpes. Alboroto. Henry aflojó el agarre, sorprendido.

Amelia no lo pensó. Lo mordió en el brazo, lo empujó con todas sus fuerzas y consiguió alcanzar la puerta. No había tiempo para detenerse.

Una vez fuera, el caos la envolvió. Marineros corrían, esclavos golpeaban y eran golpeados. Un niño se aferraba a la espalda de su captor, dándole puñetazos con la ferocidad de quien pelea por su vida.

Amelia corrió, esquivando cuerpos, tropezando, chocando. Bajó a cubierta. Intentó abrir la puerta donde sabía que se hallaba Logan, pero no cedía.

—¡Logan! ¿Me oyes? ¡Soy yo! —gritó, con la voz quebrada.

Miró a su alrededor. Las llaves… debían estar con quien lo custodiaba. Pero ¿quién de todos era?

Subió las escaleras decidida, abriéndose paso entre el caos. Entonces, unas botas se detuvieron frente a ella.

Una voz fría cortó el ruido que la rodeaba.

—Encerradla. Al menos, si está con él, no intentará nada estúpido.

52.

Logan despertó tras caer rendido en la oscuridad. Revolvió su cuerpo encogido sobre la madera podrida mientras sentía la tirantez de la sangre seca que unía la camisa con su piel. No recordaba el tiempo que llevaba allí dentro, ni si había comido. En aquel agujero sin luz, el tiempo parecía haberse detenido para torturarlo. Solo existía el sonido del agua golpeando el casco y el deslizar de las ratas que pasaban rozándole los pies. El frío había penetrado en sus huesos, así como la incertidumbre de lo que habría sucedido con Amelia.

Entre respiraciones agitadas, intentando controlar su miedo, trató de incorporarse, pero las cuerdas que estrangulaban sus muñecas se habían incrustado en su carne. Como hacía días, tiró de ellas hasta que el dolor se volvió insoportable. La respiración se espesó; por más que lo intentaba, no conseguía llenar el pecho de aire.

Solo había oscuridad, silencio. Ese miedo antiguo del que no podía escapar.

Sentía pánico. Vergüenza.

Entre temblores, consiguió mantenerse erguido. El olor a terror y moho se mezclaba en su encierro. El aire no llegaba. Un sudor frío le descendió por la espalda, y luego, un estruendo. ¿Un disparo, quizá?

Apoyó la frente contra la madera húmeda.

Solo respira.

Pero no era él quien hablaba, sino un niño de apenas ocho años: el mismo que habían encerrado en aquel lugar tenebroso en St. Joseph.

Recordó el chirrido de la puerta al cerrarse, la luz apagándose, el frío y esa sensación de ahogo. Sin apenas fuerzas,

golpeó la pared con los puños. Uno, dos, tres… hasta que su piel se abrió en carne viva.

Era cierto que el terror que lo asediaba no tenía forma, pero podía describir su abrazo, podía masticarlo y degustar su pérfido sabor.

La soga que lo mantenía atado al presente se rompió de nuevo. Ya no se hallaba en ese barco, sino otra vez en aquella celda inmunda, tratando de chupar el agua derramada por el suelo, escuchando el eco de sus propios sollozos, como si le hablaran, como si gritaran que nadie lo sacaría.

Se acurrucó contra la pared y cubrió con los brazos su cabeza, como en aquel entonces, sin saber que allá arriba los esclavos se habían sublevado tras un disparo del que nadie conocía su origen. Pero ese estruendo había sido suficiente para aterrar a unos y envalentonar a otros. Si iban a morir, morirían luchando. Ya no era como el primer día; entre ellos habían hablado, acordado que si algo volvía a suceder, no desperdiciarían la oportunidad.

Logan alcanzó a escuchar el movimiento, la agitación, pero seguía sumido en la oscuridad. Le ardían los ojos, le dolía el pecho y le castañeaban los dientes. Y cuando creyó que su mente iba a traicionarlo del todo… un golpe.

Una voz amortiguada.

Al principio no entendió las palabras, pero la vibración de esa voz, la angustia… De repente, la posibilidad de que ella estuviera allí hizo que se olvidara de su terror, aunque fuera unos segundos.

Amelia.

La puerta se abrió de par en par. Por un momento, Logan quedó cegado ante el destello repentino; pudo coger una bocanada de aire.

Un cuerpo fue lanzado a la oscuridad y la puerta, de nuevo, se cerró.

—¿Amelia? —su voz, como salida de la más profunda pesadilla, apenas se oyó.

Amelia, que reptaba a tientas por la madera, se detuvo al escuchar su nombre. El corazón se le encogió al oírlo tan fuera de sí.

—Logan… ¿Dónde estás?

Él tardó en contestar, por vergüenza, por miedo a estar soñando.

—Sálvame —rogó apenas en un susurro—. No lo soporto más… yo… no puedo controlarlo.

Amelia extendió los brazos y, un instante después, sus dedos se encontraron.

—No hay luz… no hay aire —masculló él, con la angustia de un niño asustado.

Entonces, Amelia comprendió. Aquello que semanas atrás se había preguntado cuando lo vio agazaparse esa noche en la oscuridad tras una puerta cerrada. Lo había visto enfrentarse a hombres más fuertes que él, hablar con entereza frente a Henry, ignorar una tormenta para salvarla… pero esa oscuridad era su enemigo más cercano, el único al que no sabía combatir.

—Estoy aquí —anunció Amelia, conteniendo las lágrimas.

—No puedo… no puedo respirar, Amelia… no puedo…

Se encogió, jadeando como si la oscuridad se le metiera en el pecho.

En ese mismo instante, Amelia entrelazó sus dedos con los suyos y tiró de sus manos hasta colocarlas sobre su rostro.

—Estoy aquí.

—Abrázame —pidió él con un hilo de voz—. Dijiste que cada vez que yo…

Amelia no lo pensó. Lo rodeó con los brazos y lo apretó contra su cuerpo hasta que las respiraciones se acompasaron. Logan escondió el rostro en su cuello y, por primera vez desde que lo conocía, sintió que no era ese hombre rudo y serio, sino un niño perdido, buscando consuelo.

Ella se aferró a él con fuerza, sabiendo que ese contacto también era lo que ella necesitaba. Su mundo —lo que conocía de él — se había derrumbado: su padre, esos hombres… ¿Hasta dónde podía llegar la crueldad humana?

Durante un tiempo, solo se oyeron los golpes del mar contra el casco y el barullo distante, ajeno a ellos, y dos respiraciones fundidas en un mismo aliento.

—No estás solo —dijo Amelia, separándose de él. Buscó su rostro en la oscuridad y lo envolvió con sus manos—. ¡Estás ardiendo! Tu herida… se habrá infectado. No, no, no. Necesitas un médico, necesitas…

Logan tomó sus muñecas y las apretó para infundirle la misma calma que él acababa de recibir.

La oscuridad seguía siendo la misma, pero ya no lo devoraba. En ese instante, Amelia se había convertido en aquello que lo separaba del miedo, en el ancla que lo mantendría firme y cuerdo. No necesitó verla para saber que viviría para sacarla de allí.

—Estoy bien. Ahora lo estoy.

De nuevo, la estrechó entre sus brazos como si fuera una necesidad vital. Y entonces la puerta se abrió.

Por un instante hubo confusión, silencio.

—¿Amelia? ¿Logan? —murmuró una voz proveniente de la silueta alumbrada por la luna—. ¿Qué demonios hacéis aquí?

—¿Argenon?

53.

Envuelto en humo y sudor, Argenon los miró confundido, con una pistola en la mano apuntándolos y el rostro tiznado de pólvora.

—No hay tiempo para explicaciones.

Ninguno fue capaz de responder. Empujados por la confusión, salieron a prisa del lugar que los había mantenido cautivos. Amelia se aferró al brazo de Logan, que apenas podía mantenerse en pie.

Alguien se acercó a ellos y Amelia gritó antes de que ese marinero atacara a su hermano por la espalda con un sable. Argenon respondió con un disparo de su arma y el hombre se desplomó en el acto.

Argenon le dio el arma a su hermana y esta la tomó con manos temblorosas, sin querer mirar al cuerpo que yacía ahí mismo.

—No me queda pólvora, pero servirá para amenazar.

Amelia asintió sin reaccionar del todo.

—Estamos en la cala donde se haría el intercambio; por suerte hemos logrado interceptarlo antes. Baja por una de las cuerdas, Amelia: hay botes esperando. Cuando llegues a tierra, busca a Peter Scott; dile que eres mi hermana. Te mantendrá a salvo hasta que todo esto acabe.

Todo transcurría con tal rapidez que Amelia no tuvo tiempo de procesar lo que se le echaba encima. El suelo temblaba bajo el peso de los cuerpos que corrían. La sangre regaba la madera; el aire se volvió irrespirable. Amelia oyó un zumbido lejano en los oídos y no volvió en sí hasta que dos manos heridas se aferraron a sus hombros.

—Amelia, mírame. Haz lo que te dice.

Ella asintió con un temblor de labios que no la dejaba hablar apenas.

—¿Y tú?

—Te seguiré.

Argenon le ofreció un sable a Logan y los tres salieron a cubierta. Allí arriba el mundo era una vorágine. Los gritos y el choque de espadas se mezclaban con el bramido del mar. Algunos esclavos, liberados de sus cadenas, se lanzaban contra los marineros que los habían apresado. Otros huían sin rumbo, tropezando con barriles volcados, mientras otros colgaban de las cuerdas por la borda para llegar a su salvación.

Desde la costa, pequeñas embarcaciones se acercaban en formación, con banderas que ondeaban en el viento y mosquetes apuntando hacia el barco. Entre ellas, la insignia de la Royal Navy se distinguía apenas entre la neblina que lo cubría todo.

Logan miró hacia la orilla, intentando comprender cómo se las había arreglado su amigo para generar tal caos.

—¡A los botes! ¡Que nadie dispare sin mi señal! —rugió Argenon, pero su voz se perdía entre el barullo—. ¡Henry Thorne es mío!

Un cuchillo fue lanzado en su dirección. Amelia gritó y Logan la cubrió con su cuerpo. Por suerte, el filo fue a parar a otro cuerpo.

—¡Corre! —dijo él, arrastrándola entre el gentío.

—¡No te dejaré!

—¡Por una vez, hazme caso!

Amelia se soltó de sus manos con angustia, con la sensación de que aquello era una despedida. Se alejó con el alma en vilo, soltó el arma para tomar una de las cuerdas y descender cuando un aullido la detuvo.

—¡Tú, impostor! —Henry alzó su mosquete con la mira puesta en Logan—. ¡No escaparás de mí!

El disparo no llegó de inmediato: Henry se había tomado unos segundos para saborear la rabia, la ira de no poder exponer sus mentiras al mundo y verle hundirse en la misma miseria de la que había salido.

—¡Logan!

Amelia hizo acopio de toda la fuerza que le quedaba; corrió hacia Henry, quien apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando ella se aferró al arma.

—¡Suéltala! —rugió él, tirando de la culata con violencia.

El forcejeo fue breve; con la desesperación de Amelia y la furia de Henry, aquello se convirtió en una danza torpe entre el miedo y la rabia. Finalmente, el mosquete cayó y, antes de que Amelia pudiera alcanzarlo, Henry, cegado por la ira, trató de apartarla de un empujón. No pretendía herirla, o quizá sí, pero el gesto bastó para que Amelia trastabillara hacia atrás con el ímpetu suficiente para caer por la borda.

Un grito ahogado y su cuerpo desapareció en el agua.

En ese momento, todo se quedó en silencio y sin movimiento. Logan había escuchado su nombre y, de reojo, había visto a Amelia correr hacia su despreciable tío y…

—¡Amelia! —su grito fue desgarrador.

Intentó llegar hasta donde la había visto caer, pero había demasiados contra él, demasiados que no lo dejaban avanzar.

Henry quedó inmóvil, con la respiración entrecortada, mirando hacia el punto donde las ondas se abrían en el mar.

Se temió lo peor. Wallace Ravenscroft iba a matarlo.

Apenas se giró hacia el caos cuando tres figuras se abalanzaron sobre él. Eran los hombres liberados, solo una minúscula parte de aquellos que había humillado y encadenado. Sin vacilar, y sin concederle tiempo para encontrar un modo de escapar, lo redujeron.

La primera navaja le alcanzó el costado; la segunda, el pecho. Cayó de rodillas; la sangre manchaba su ropaje, y de sus ojos se derramaban la frustración y el miedo. No pudo pronunciar palabra, solo dibujar una sonrisa amarga mientras su mirada se cruzaba con la de Logan, llena de horror por el destino de su amada.

Logan lo miró con verdadera ira mientras la vida se le escapaba de las manos, mientras alguien más lo apuñalaba y sus ojos, al fin, se entregaban al vacío.

Enterró el sable en su último contrincante con el empuje de su brazo bueno, lo despachó con una patada, corrió hacia la borda esperando que no fuera demasiado tarde y, sin pensarlo, se lanzó.

El frío penetró en su piel como una cuchillada. Abrió los ojos a pesar del escozor del agua salada y sintió cómo el aire se escapaba

de sus pulmones mientras luchaba por emerger. Buscó a Amelia entre la espuma, pero solo veía oscuridad, burbujas y la sombra del barco sobre ellos como un monstruo que acechaba. Volvió a sumergirse, lleno de angustia y un dolor que jamás había experimentado.

—¡Amelia!

Extendió los brazos y una mano lo rozó.

La sujetó con desesperación y entrega. Con una fuerza inesperada, tiró de ella, tosiendo y jadeando mientras las olas los arrastraban hacia la orilla. El dolor era insoportable, pero él siguió nadando, con el cuerpo de Amelia entre sus brazos, negándose a soltarla.

Llegó exhausto a la orilla, apenas con aliento y con los ojos y la garganta ardiendo. La recostó sobre la arena mojada y tragó con dificultad.

—Amelia… —susurró, sacudiéndola con suavidad—. Amelia, mírame. Despierta, ¿me oyes? Por favor —su voz se quebró en un ruego—, por favor.

Sus párpados se abrieron con esfuerzo.

Tenía la piel helada y los labios habían perdido color.

—Estás vivo —musitó, apenas audible.

Logan tomó su mano y la apretó contra la suya como si fuera su bien más preciado.

—Gracias a ti —respondió, aunque su voz temblaba.

Ella sonrió débilmente.

—Saber que me amas… —Una tos la interrumpió—, que me amas tal como soy… me ha dado la vida.

Logan frunció el ceño, incapaz de entender del todo sus palabras; hasta en ese momento tenía que desconcertarle. Tomó la otra mano, fría, empapada de arena.

—¿Tal como eres? —Logan colocó un mechón de su pelo, mientras deshacía el nudo en su garganta que no le dejaba hablar—. No, Amelia, eres tú la que me has dado a mí la vida, por haberme visto tal como soy cuando nadie más lo hacía.

El mar lamía sus pies, retrocedía y volvía, mientras el sol comenzaba a anunciar un nuevo día.

Amelia lo miró con ternura; sus ojos vidriosos buscaron refugio en los de Logan. Con esfuerzo, levantó su mano y acarició su rostro.

—Entonces… ya estamos en paz.

Sus palabras se deshicieron en el aire. Sus dedos se resbalaron hasta caer sobre su pecho y su cuerpo se quedó inmóvil, sereno, con el cabello extendido como un manto oscuro sobre la arena.

Logan se inclinó sobre ella; con manos temblorosas se aferró a su cabello mientras, entre susurros en su oído, se dejaba envolver por la oscuridad.

—No me dejes, por favor.

54.

Una brisa salada y cálida entró por las ventanas, ondeando las sencillas cortinas de ese hogar de ladrillos y paredes azuladas cubierto por techos inclinados de palma seca.

En el interior de una pequeña alcoba, unos niños jugueteaban con la barba de Logan, entrelazando ramitas y hojas mientras reían en silencio para no despertarle, aunque sabían que, de todos los días que llevaba allí, en ninguno había abierto los ojos.

Uno de los críos fue más allá y pegó en su frente unos pétalos de flores usando miel como adhesivo. Se miraron divertidos el segundo que duró antes de que Logan extendiera su mano y tomara el codo del muchacho.

Se incorporó de súbito; los adornos que le habían puesto cayeron como las hojas de otoño y sus ojos se abrieron con terror y sorpresa.

Los niños gritaron asustados y salieron corriendo como si hubieran visto al mismísimo diablo.

Logan palpó todas las partes de su cuerpo para cerciorarse de que permanecía completo. Sin embargo, le faltaba ella.

Amelia.

Una punzada de dolor atravesó su pecho y la zona donde había sido herido. Inspeccionó el vendaje con cuidado y se levantó, un poco mareado. Se acercó a la ventana y llenó sus pulmones de ese aire que tanto había necesitado. Pero ¿cómo había llegado ahí? El recuerdo de Amelia entre sus manos lo inundó y lo llenó de tristeza.

—Amelia —dijo al principio con calma—. ¡Amelia!

Salió de la alcoba como un moribundo buscando la fuente de la vida mientras gritaba su nombre una y otra vez, lleno de desesperación.

—Menudo despertar de perros, ¡maldición! Ojalá te hubieras quedado dormido un poco más.

Logan observó a aquel hombre que se quejaba mientras se frotaba los oídos.

Su expresión fue de sorpresa.

—¿Montrose? ¿Cómo demonios…?

—Te dije que te buscaría en cada puerto.

Montrose se aproximó a él y lo abrazó.

—Gracias a Dios que estás vivo, amigo.

Logan se quejó de dolor y Montrose no tuvo más remedio que apartarse.

—¿Dónde está Amelia?

—Yo también me alegro de verte.

—Montrose, dime dónde está. Necesito… Ella está… —tembló —. Dime que no… —Otra punzada en el pecho lo atravesó.

—¿Cómo demonios voy a saber dónde está? Esa mujer no se detiene nunca. Ha cortado más caña que los jornaleros y ya ha enseñado a tres niños a leer. Le dijimos que descansara, pero… demonios, no conozco a mujer más tozuda que la señorita Ravenscroft.

¿Era un sueño? ¿Debía serlo? ¿O acaso había muerto ya y se negaba a abandonar la idea de que ella siguiera allí, con él?

—Parece que has visto un fantasma.

—Montrose, pégame.

El aludido alzó las cejas: el pobre hombre había perdido el juicio; ahora bien, después de lo ocurrido, no le extrañaría.

—¡Golpéame, Montrose! Tengo que saber que no es un sueño, que estoy vivo.

—Yo lo haré —dijo otra voz.

Dos pasos después, Logan recibió un puñetazo en el rostro.

—¡Argenon, demonios, le abrirás las heridas! —espetó Montrose.

—Solo he hecho lo que ha pedido —respondió el otro, encogiéndose de hombros.

Logan se llevó las manos al rostro y restregó sus ojos con ellas, luego sus mejillas. Tomó a Argenon del cuello de la camisa y lo

atrajo hacia él, sonriendo de forma amplia y con el corazón latiendo con fuerzas renovadas.

—¿Dónde está?

—Por allí. —Argenon extendió su mano y señaló más allá de la ventana, donde las cañas bailaban al viento y un sendero se dirigía al mar.

Logan, nervioso, caminó de un lado a otro. Se sacudió el pantalón y la camisa y miró a sus amigos con emoción.

—¿Cómo me veo?

Tanto Argenon como Montrose intercambiaron unas miradas jocosas y luego negaron con la cabeza.

—Y pensar que hace unos días te habías desplomado como un maldito mártir en el pecho de su amada. Lo que no sé es cómo conseguiste sacarla del mar con esa fiebre —intervino Argenon.

—Tengo algo que decirle —dijo, como si no hubiera escuchado nada de lo que Argenon acababa de decir.

—Antes date un baño y, por el amor de Dios, aféitate: pareces un maldito pirata. Y tienes… —Argenon se acercó a él y lo examinó—, tienes ramitas ahí dentro y…, ¿flores?

—El hada del bosque —rieron—. Eres una maldita hada.

—Que os parta un rayo, ¡a los dos!

—Ya vuelve a ser él —añadió Montrose—. No tenemos de qué preocuparnos.

***

Logan se miró en el reflejo de la ventana mientras se desabrochaba el inicio de la camisa; hacía tanto calor que no quería tener la necesidad de bañarse de nuevo. Frotó su mentón afeitado y, por muy despacio que intentó caminar para no causar más diversión a esos dos que lo observaban, sus pies aceleraron, guiados por la emoción de ver a quien había entregado su corazón.

El ruido del viento que se deslizaba por las cañas y el eco de los machetes de los jornaleros resonando a lo lejos lo inundaron de una sensación irreal de paz que pocas veces había vivido. Tenía

preguntas, sí —empezando por cómo diantres su amigo sabría dónde dejarían a los esclavos—. Pero la necesidad imperiosa de verla superaba todo lo demás: el terror de haberla perdido, la posibilidad de no volver a escuchar sus reclamos, sus preguntas. Sin embargo, los cielos le habían concedido el regalo de mantenerlos con vida a pesar de las circunstancias y no iba a desaprovecharlo. Su reacción ante lo que Henry había dicho de él lo llenó de la esperanza de que, a pesar de conocer su pasado, de acompañarlo en sus peores momentos en la oscuridad, ella había decidido compartir su luz, iluminar cada rincón de su ser para que nunca más tuviera miedo. No mientras permaneciera a su lado. Su ancla, su luz, su consuelo.

No la dejaría ir.

El temor de convertirse en su padre se había desvanecido; al verla en la arena, cuando dijo esas palabras, supo que jamás la haría daño: jamás se lo permitiría.

Antes moriría.

Siguió la senda de tierra hasta que el sonido de las olas llegó junto con la imagen de unos cabellos negros danzando con el aire.

Amelia descansaba en la orilla, con los pies descalzos y extendidos para que el agua salada los bañara con cada vaivén. Se acercó un poco más, oculto entre la vegetación, sin querer hacer ruido, como si fuera una imagen que necesitaba grabar en su mente.

Vio cómo enterró los dedos de los pies en la arena con un gracioso movimiento mientras escribía de forma efusiva, con la pluma que él le había regalado sobre el cuadernillo. El tintero, apoyado en la arena, se volcó con un golpe de viento y salpicó su sencillo vestido turquesa.

—¡Maldito viento! —espetó.

Logan sonrió al verla contemplar el aire con enojo, como si fuera algo palpable a lo que pudiera castigar.

Amelia resopló y se dejó caer hacia atrás. Cerró los ojos y respiró con tranquilidad, mientras pensaba en él. En Logan. El médico le había dicho que despertaría de un momento a otro, pero lo cierto era que no lo soportaba más: necesitaba ver su mirada, ver

que todo estaba bien y que aquello que había visto roto se había recuperado.

El destello que le regalaba el sol del atardecer sobre sus párpados desapareció, y ya iba a maldecir a la nube que osaba robarle la calidez cuando abrió los ojos y se encontró con él. Parpadeó varias veces como si fuera una treta de su imaginación. Lo observó con detenimiento, con el ceño arrugado y el labio inferior apresado entre sus dientes. Extendió la mano y sintió el calor de su rostro desnudo; sus dedos se dirigieron a sus labios y los rozó con las yemas.

—Si estuvieras aquí… —Pequeñas lágrimas descendieron por sus sienes.

—Estoy aquí —respondió Logan con suavidad.

Amelia ahogó un grito y se alzó con tal ímpetu que sus frentes golpearon con dureza.

—Reconozco que no era el recibimiento que me esperaba —Logan bromeó acariciándose la cabeza dolorida—. ¿Sueles besarme en tus sueños? Porque juraría que has estado cerca de hacerlo.

Amelia se alejó; no supo hasta ese entonces la cantidad de emociones que podía experimentar en un solo segundo. Lo contempló avergonzada, feliz y enfadada al mismo tiempo.

—¿¡Por qué demonios te tiraste a por mí?! ¡Estabas enfermo!

Logan abrió bien los ojos y sonrió. Lo tenía claro: no podría vivir sin ella.

—¿Qué iba a hacer si no?

—Dejarme, por supuesto —se cruzó de brazos, enfurruñada.

—¿Y cómo iba a hacer eso, si perderte significaría perder mi propia vida?

Amelia lo observó con sorpresa. Se moría por echarse a sus brazos, por tocarle, por contarle todo lo que había pasado. Pero estaba tan nerviosa, y su corazón latía con tanta fuerza, que era incapaz de dar un solo paso.

—Pues… deberías haberme avisado —respondió con rapidez al ver cómo se acercaba.

—¿De qué? ¿De que no iba a dejarte morir o de que te amo?

—Señor Thorne…

—¿Vas a dejar de tutearme?

Cada vez se encontraba más cerca y, aunque quiso alejarse, sus pies se lo impidieron.

—¿Qué haces? —dijo apenas con voz.

—Confesarte que dependo de ti.

El mundo de Amelia giró; los colores se volvieron más vívidos, la arena bajo sus pies más cálida, y el temblor de sus manos ante una confesión así fue detenido cuando las de Logan las sostuvieron.

—Te he observado más de lo permitido y me he embelesado con tus palabras y sonrisas. No puedo evitar seguir mirándote larga y tendidamente.

Amelia dejó caer lágrimas de alegría al comprender que estaba citando sus infalibles reglas para no enamorarse.

Logan acarició su rostro con suavidad y limpió las lágrimas con el pulgar.

—He bajado la guardia de una manera que pensé que nunca haría y, por mucho que he intentado no idealizarte, he encontrado en ti la perfección.

Se acercó y besó su frente.

—He adorado recibir tus cartas y que aparezcas sin avisar. Imploro que lo sigas haciendo.

Besó su mejilla.

—He descubierto que lo que más me complace en este mundo es hablar contigo. Y ahora… que te tengo tan cerca, mi corazón se acelera y no tengo miedo de cometer una estupidez. —Pegó la mano de Amelia sobre su pecho y sonrió—. Me temo, mi querida Amelia, que he de seguir a mi corazón e ignorar la razón.

—¿Qué voy a hacer contigo? —Amelia respiró una bocanada de aire para ver si así menguaba el calor que inundaba su cuerpo: tenerle así, tan cerca, sus palabras… Lo cierto era que lo amaba con locura, y eso la aterraba más que otra cosa—. Has roto todas y cada una de las reglas.

Logan decidió guardar la distancia; quizá la había malinterpretado, quizá…

—¿Por qué has tardado tanto? —reclamó ella, después de un tortuoso y eterno suspiro—. ¿He tenido que arriesgar mi vida para

que al fin te decidas?

—¿C… cómo?

—En cuanto te conocí, arrugué esa lista y la tiré al fuego de mi mente. Supe que caería rendida a tus pies como una estúpida. Pero mi orgullo, a veces, es tan grande que hace que me retenga. Al principio estaba enfadada conmigo misma por haber caído, por dejar que entraras en mi corazón, pero conocerte, comprenderte, la posibilidad de que murieras… me hizo darme cuenta de que mi vida sin ti sería aburridísima.

—¿Entonces es cuestión de entretenimiento? En ese caso, me alegra distraerla —dijo, aún más confundido.

Amelia sonrió de oreja a oreja. Para considerarse escritora, a veces se expresaba de la peor manera posible. De un salto se aferró a su cuello y lo abrazó, dejando ir toda la angustia que había sentido cada noche, a su lado, cuando gritaba en sueños, cuando la fiebre empeoraba, cuando sollozaba su nombre.

—Lo que quiero decir, Logan, es… —Se separó de él sin poder controlar el rubor de su rostro.

—¿Es qué? —preguntó él, impaciente, agonizando por su contacto.

Amelia lo miró a los ojos, húmedos y llenos de expectación: una mirada que rasgó su alma para que solo él pudiera recomponerla.

—Te amo, Logan Barry.

Barry…

Aquella palabra lo atravesó como un puñal y, al mismo tiempo, lo envolvió con una calidez digna del mejor de los abrazos.

Era su nombre: el que había aprendido a odiar, el que había borrado de todo registro, el que había enterrado bajo máscaras y mentiras, el que había querido olvidar a través de golpes. El nombre de un niño encerrado en la oscuridad.

Y, aun así, en su voz no sonaba a vergüenza: sonaba a liberación, a perdón, a un nuevo hogar.

Sus ojos se nublaron. La abrazó con tanta fuerza que creyó poder fundir su pasado entre sus brazos, romper las cadenas invisibles que lo habían atado durante años.

No hizo falta nada más, porque al decirlo, Amelia no solo había pronunciado su nombre: lo había reclamado todo. Su historia, su dolor.

Amelia alzó la mirada, con los ojos brillantes, llenos de emoción y ternura. Lo vio temblar y quiso abrazarlo de nuevo, pero antes, Logan deslizó una mano por su mejilla y la sostuvo con cuidado. Con sus dedos trazó el contorno de su rostro y su mundo se redujo al pequeño espacio que separaba sus respiraciones.

Muy despacio, Logan se inclinó y, como si sus labios anhelaran aquella pertenencia, rozó con suavidad los de Amelia, nervioso, contenido.

Pero ella se entregó al instante. No quería pausas, no quería esperas: llevaba deseándolo desde aquella noche, bajo las estrellas, a bordo del Leviatán.

Sus manos ascendieron por su cuello hasta enredarse en su cabello, atrayéndolo hacia sí. Logan sonrió ante su desesperación y decidió dejarse llevar, navegar por sus labios y ahogarse en su tormenta.

Cada roce, cada segundo, cada suspiro sabía a paz, a rayos de sol tras días oscuros.

Se detuvo para respirar, pero ella lo buscó de nuevo, como un ruego.

Logan la rodeó por la cintura y la atrajo más hacia él, embebiéndose de su aroma a azúcar y tinta.

El rumor del mar los envolvía; la brisa salada les rozaba la piel, mezclándose con el calor de sus cuerpos, el mismo por el cual Amelia creyó que se iba a desmayar.

—Tengo calor —susurró, cuando sus piernas fallaron.

Logan la miró con ternura, separando apenas su rostro.

—Ven.

Sin soltarla, la condujo hacia la orilla, allí donde sus pies se mojaron y la espuma se arremolinaba. Logan dio un paso y luego otro. Sin miedo a mostrar sus cicatrices, se quitó la camisa y la lanzó a la arena. Si esa era su idea de hacer desaparecer el aturdimiento que ella sentía, no podía estar más equivocado; lo único que consiguió fue que su corazón se acelerara de tal manera que pronto

acabaría desplomada con el atardecer como testigo. Con un cosquilleo incontrolable, se acercó a él, con el agua ya por sus rodillas, y acarició, con esa curiosidad tan suya, su torso desnudo y herido.

—Has pasado por mucho, ¿verdad?

—Ya nada de eso importa.

Le ofreció su mano para que lo acompañara, pero ella lo miró, dudosa.

—No sé nadar —confesó, bajando la mirada.

Logan la observó divertido y admirado.

—¿Y me lo dices ahora, después de haber recorrido medio mundo en barco?

—Bueno, no planeaba tener que lanzarme. Conozco historias de marineros que nunca han tocado el mar.

—Eres increíble —replicó, resignado.

Se acercó a ella y tomó su mano.

—¿Confías en mí?

Sin pensárselo, ella asintió y siguió a Logan hasta que sus pies dejaron de tocar la arena, mucho antes que los de él, y fue en ese instante cuando la trajo hacia sí y la invitó a aferrarse a su cuello.

—¿Te encuentras mejor?

Ella asintió, disfrutando de la frescura y de estar a su lado.

—¿Y ahora? —preguntó con una timidez a la que no estaba acostumbrada.

—Ahora… —murmuró él antes de buscar su boca.

El sabor salado del mar se mezcló con sus besos, y, al fin, la herida en lo más profundo de su pecho dejó de doler.

55.

Argenon silbaba por el camino de tierra mientras se preguntaba por qué esos dos no habían regresado aún cuando estaba cerca de anochecer. Los liberados, junto a los trabajadores de la azucarera Ravenscroft, los estaban esperando para celebrar su regreso, ese que habían organizado para el día siguiente, pues, una vez que Logan había despertado, nada los retenía en ese lugar. Sin embargo, dentro de lo que se pudiera encontrar, no se esperaba la escena que apareció frente a sus ojos: dos cuerpos, mojados sobre la arena, devorándose a besos como si no hubiera un mañana. Solo Dios sabe qué hubiera pasado si se hubiera retrasado algo más.

Sonrió con picardía y felicidad. Al final su hermana encontraría la libertad que ansiaba y Logan esa luz que necesitaba.

—Si es que soy el mejor —se dijo Argenon, ya que nadie lo elogiaría por haberlos unido a conciencia.

Carraspeó un par de veces para llamar su atención y saboreó cada atisbo de nerviosismo de ambos al levantarse con rapidez, con esos labios hinchados difíciles de ocultar.

—Argenon… Déjame que te lo explique —intervino Logan con rapidez—. Ha sido mi culpa, yo…

—De mi hermana me lo esperaba, pero de ti, Logan, he de decir que estoy sorprendido —no pudo contener su sonrisa.

—¿A qué demonios te refieres? —replicó este, sacudiendo la arena del vestido de su amada.

—Una vez Amelia besó al jardinero para poder describir un beso en sus historias. Quizá solo eres otro de sus experimentos.

—¡Argenon! —soltó Amelia entre dientes, esperando que Logan no la tomara por una descocada, sobre todo después de haberse entregado a sus besos sin ningún pudor.

—Si es así —intervino Logan, clavando su mirada en ella—, puede experimentar conmigo todo lo que quiera.

Amelia abrió la boca de par en par y tuvo la necesidad de taparse el rostro para ocultar la rojez, aunque con la poca luz que quedaba no hubiera sido necesario.

—Sabía que estabais destinados a estar juntos. —Argenon no pudo evitarlo y rio risueño.

—¿Qué? —preguntaron al unísono.

—Veréis, era algo obvio. Logan no paraba de preguntarme por ti desde tu debut; no miró a nadie más en toda la maldita noche. Fue bastante aburrido.

Logan se rascó la nuca, incómodo.

—Y tú, querida hermana, cada vez que volvía de mis viajes, lo único que te importaba era lo que había hecho Logan, lo que había comido, con quién había hablado… Ya estabas enamorada de él solo a través de mis relatos —resopló—. Esperaba que, al enviarle en vísperas de la fiesta de tu cumpleaños, pudierais al menos compartir unas palabras para conoceros. Pero ya veo que habéis compartido más que eso —sonrió—. Considéralo mi verdadero regalo. Las semillas solo fueron para enervarte.

—Pero… —De nuevo hablaron a la vez.

—Podéis agradecérmelo luego. Ahora nos esperan en la fogata.

Ambos se quedaron paralizados mientras veían a su hermano y amigo alejarse entre risas.

—Así que preguntabas por mí —dijo Logan en cuanto reaccionó.

—Solo una vez —mintió con toda la seriedad que pudo—. Mi hermano lo exagera todo.

—Yo, ni una —declaró el otro.

—Mentiroso.

—Pero cuando te vi jugar en las escaleras con tus hermanos, supe que estaba en verdaderos problemas.

—¿Qué pensaste en ese entonces?

—Que eras la mujer que me robaría el corazón.

Sus ojos se atraparon en los del otro. Logan recogió un mechón rebelde de Amelia tras la oreja y, sin querer, miró sus labios.

—Vámonos —declaró, sabiendo que no podría resistirse a ella, no ahora que se habían sincerado.

—¿Por qué?

—Porque si te beso otra vez no llegaremos a la fogata.

56.

El humo de la hoguera se difuminaba hacia ese cielo de tonos índigo y cobrizo.

A su alrededor, niños, mujeres y hombres liberados cantaban en lenguas que ni Logan ni Amelia conocían, pero cuyos sonidos podían llegar al alma más corrupta. La verdad que desprendían sus voces era conmovedora.

Algunos reían, otros lloraban al recordar a los caídos, y los niños, en su inocencia, bailaban y jugaban alrededor de las llamas como si nada horrible les hubiera sucedido. El reflejo del fuego brillaba en los ojos de aquellos que descendían de quienes, en su día, habían sido esclavizados tras ser arrancados de sus hogares.

Logan observaba en silencio con Amelia a su lado. La sensación de cambio los abrumó a ambos, así como la tristeza de no haber podido impedir el sufrimiento de esas personas.

Amelia se quitó los zapatos y hundió los pies en la arena fría, mientras dejaba que la calidez de la hoguera le devolviera la vida. Dejó atrás ese odioso sentimiento que le removía la realidad de lo que había hecho su padre y sustituyó los rostros asustados de los que habían subido a ese barco por las sonrisas y el alivio que en ese momento los rodeaban.

En un segundo, todo era paz. Hasta que una sombra se acercó desde el resplandor del fuego.

Argenon serenó su expresión en cuanto los vio, aunque la fatiga aún marcaba su rostro. Se dejó caer al lado de Logan y extendió las manos hacia el fuego.

—No me digas que sigues sorprendido —dijo, esbozando una sonrisa.

Logan negó despacio.

—Sorpresa no sería precisamente lo que siento, Argenon. Tengo preguntas.

Amelia los miró de reojo. Sabía que esa conversación tenía que llegar. Argenon bajó la vista un instante y dibujó figuras en la arena con una ramita.

—No me esperaba menos.

El crepitar del fuego y las voces llenaron el silencio entre los tres. Argenon no sabía por dónde empezar; sabía que su proceder quizá no había sido el más adecuado, pero gracias a todo lo que había hecho, las cosas habían seguido el orden que él deseaba. No solo por descubrir a su padre, sino por liberar a Logan de la sombra de su maldito tío —pues sabía la tensión que le generaba tenerlo cerca— y, de paso, permitir que dos corazones se unieran con un pequeño empujón.

—Todo empezó en Bombay —confesó sin alzar mucho la voz —. Padre me había encargado revisar unos contratos de una de nuestras rutas hacia el Caribe, aquella que hicimos hace unos años junto a Henry, por la cantidad de cargamento y la inseguridad causada por las guerras napoleónicas. —Tiró la rama con la que dibujaba y los miró—. Algo no cuadraba. En los registros aparecían cargamentos que no existían, al menos en nuestro barco. Lo que me llevó a investigar el cargamento de Henry.

—¿Y te llevó tres meses enamorarte de una hindú para descubrirlo? —replicó Logan, con una sonrisa amarga.

Su amigo respondió con calma:

—Me llevó tres meses comprender que los hombres como mi padre eran capaces de comerciar con cualquier cosa. Incluidas personas.

Amelia contuvo el aliento mientras el fuego iluminaba su rostro. No quería imaginar la angustia que habría sentido su hermano al descubrir tal noticia.

—Entonces… —susurró ella.

—Entonces supe que Henry estaba implicado, al igual que padre —continuó—. Si lo denunciaba sin pruebas, me hundiría con él. Tenía que ganar tiempo, hacerle creer que no tenía motivos para sospechar. Por eso te pedí que fueras a Hampstead, Logan.

—Para distraer a tu padre.

—Y a Henry. Sabía que mi padre confiaría en tu palabra; nunca le has dado motivos para pensar lo contrario. Mientras tú le entregabas la noticia de mi supuesta boda, yo conseguía el nombre del consignatario que recibía la mercancía en Jamaica. Como suponía, él lo sabía todo; nada podía tocar tierra sin que él estuviera al tanto.

Logan lo observó en silencio, comprendiendo la magnitud de lo que su amigo había hecho. Él mismo lo había juzgado mal, pensando que era alguien acomodado y sin ánimos de enfrentarse a su padre. Quiso disculparse, pero prefirió dejar que continuara su relato sin apartar la vista del fuego:

—Cuando supe que iban a dar un último golpe, soborné al consignatario con lo único que podía ofrecerle: la libertad para su hijo, a quien Henry tenía en su flota como un mero sirviente, y el perdón de todas sus deudas si testificaba y me decía la ubicación exacta de la bajada de esclavos. Como era de esperarse, al ser una transacción ilegal, no podían atracar en Port Royal. No fue fácil convencerlo, pero los hombres cambian cuando el precio es la vida de los suyos.

—¿Y la Royal Navy? —intervino Amelia—. ¿Cómo lograste que intervinieran?

Argenon sonrió, cansado. Solo de pensar en todo lo que había hecho, decirlo era como soltar un lastre del que no era consciente de su peso hasta ese momento en que lo había liberado.

—Un favor de un viejo conocido. Peter Scott había sido capitán antes de unirse a la causa abolicionista. Cuando supo lo que transportaban las naves de Thorne, juró que no descansaría hasta interceptarlas. No fue difícil que sus camaradas de la base naval aquí, en Jamaica, lo siguieran, pues tras acabar la guerra contra Napoleón estaban faltos de acción.

—No sé cómo lo has hecho —dijo Logan, admirado; ni a él se le habría ocurrido un plan mejor.

—Lo hemos hecho —corrigió Argenon—. Aunque sin saberlo, me diste el tiempo que necesitaba. Además, les metiste prisa. Sabía que, con lo último que te había dicho y la carta que te entregué, no

te quedarías de brazos cruzados e investigarías por tu cuenta, lo que pondría a Henry y a mi padre nerviosos, y contigo, por supuesto, bajo sospecha. De ti, supondrían que eras una piedra en su camino; en cambio, yo… ¿Qué haría el idiota de Argenon salvo casarse?

—Debería enfadarme o quizá golpearte por haberme usado.

—Pero no lo harás. Porque al final, todo ha salido bien —dijo con una sonrisa resuelta. Lo que no me esperaba era encontrarte en el Leviatán. Y mucho menos a ella.

—Digamos que, cuando se le mete algo en la cabeza a tu hermana, ya puede llegar un huracán y caer las estrellas del cielo, que no parará hasta conseguir lo que quiere.

Los tres rieron, liberando toda la tensión, hasta quedar en silencio con la mirada puesta en el fuego. Pero Logan aún guardaba otra pregunta.

—Y Henry, ¿qué hicisteis con su cuerpo? —Necesitaba saberlo, lo había visto morir, sí, pero quería asegurarse de que jamás volvería a atormentarle.

Argenon y Amelia cruzaron miradas.

—Los liberados lo lanzaron al mar después de cobrar su venganza —contestó su amigo—. Está muerto. Reconozco que hubiera disfrutado el hecho de verle hundido por su propia maldad, o verlo en la horca tras un juicio justo. Pero la justicia se abrió su propio camino en manos de

Amelia tomó la mano de Logan y la apretó entre las suyas. Sabía que no conocer su paradero sería algo que lo perseguiría, que no le traería la paz que necesitaba.

Logan resopló y se pasó una mano por el rostro.

—Mejor así, si no se las hubiera arreglado para arrastrarme con él y manchar el legado de Charles. Entonces, al final, el mar se llevó todo —dijo con un deje amargo.

—No todo, gracias a Dios —replicó Argenon, mirando a Amelia y luego a su amigo—. Nos dejó lo suficiente para empezar de nuevo.

Logan asintió con una sonrisa leve y sincera. El fuego iluminó sus cicatrices, pero también sus ojos, donde ya no se hallaba el

miedo. Amelia lo contempló aliviada; por fin podría vivir tranquilo, sin la constante amenaza de Henry.

—¿Y padre? ¿Qué pasará con él?

Una vez resueltas las dudas de Logan, Amelia quería despejar las suyas.

—Scott quería denunciarlo ante las autoridades. Si lo hiciera, destruiría nuestro futuro y el de nuestros hermanos, que son los que más sufrirían. Le imploré que lo dejara en mis manos. Tendrá su castigo, pero de una forma que no lo sea también para el resto de la familia.

Amelia se recostó sobre el hombro de Logan y respiró despacio, conteniendo las lágrimas.

—Todo empieza de nuevo —susurró.

Las llamas siguieron con la danza, las voces cantando y el rumor del mar arrastrando todo aquello que quedaría atrás.

57.

El viaje de regreso fue largo, aunque ninguno de ellos lo midió con certeza. Noches de tormenta, estrelladas y calmadas se sucedieron unas a otras.

Tras dejar a los liberados en las costas de África, el barco emprendió su travesía hacia Inglaterra con un silencio distinto al que los había acompañado a la ida.

No hubo cantos, ni apuestas, ni risas de taberna. Solo el rumor constante del mar.

Logan pasaba la mayor parte del tiempo en cubierta, observando el horizonte, sanando, respirando por primera vez con esa paz que creía inalcanzable. Amelia solía aparecer poco después, con un libro en las manos o alguna excusa para cruzarse con él. A veces buscaba una mirada fugaz para que ambos sintieran eso que entre ellos había cambiado.

Pero Argenon parecía decidido a interponerse en cada uno de esos instantes. Se mostraba más atento que nunca, hablador y demasiado fraternal con ella, aunque en todo momento Logan percibía la intención oculta bajo su sonrisa.

—No deberías pasar tanto tiempo en cubierta, Amelia —le decía—. El aire del mar no es amable con las damas.

Amelia solía entornar la mirada y resoplar, enojada, solo por el hecho de que se le ocurriera decir semejante estupidez después de saber que había estado cepillando esos suelos, bebiendo ron y sobreviviendo a tormentas. Luego su mirada buscaba la de Logan, con ese deseo y esa forma de echarle de menos a pesar de tenerlo cerca.

El trayecto, lejos de lo que ella imaginaba, se había convertido en una tortura en la que solo a veces sus manos se

rozaban al intercambiar un cuaderno o una taza de té… antes de que Argenon les diera un manotazo.

Desde que se creía la cabeza de los Ravenscroft, se había vuelto todo un incordio.

El barco siguió su curso hasta que, por fin, las aguas del canal de Bristol se abrieron ante ellos, acercando ese olor a carbón y a recuerdos que parecían pertenecer a otra vida.

Las campanas repicaban en la distancia; el jaleo del puerto y el sol anunciaban la llegada del verano. Logan, apoyado en la baranda, sonrió. No había regresado a un simple lugar… sino a una nueva vida.

***

El carruaje frenó frente a la escalinata de Hampstead. Amelia jugueteaba con el lazo de su vestido, intranquila. A pesar de haber añorado su hogar, temía que hubiera cambiado, que ella se sintiera ajena a aquel lugar que la había visto crecer, pues ya no era la misma que había abandonado esas paredes hacía unos meses.

No obstante, lo que más la aterraba era enfrentarse a su padre; no por miedo a que la golpeara de nuevo, sino por el dolor que sentiría al verlo, con el rostro descubierto, sin ese velo que ocultaba su verdadera naturaleza.

No podía decir que lo odiara; lo había respetado a lo largo de los años por la figura que representaba, no por méritos propios. Mentiría si dijera que en algún momento no se creyó amada por él, incluso a veces consentida. Por eso había sido tan duro reconocer la clase de persona que era. Llegó a preguntarse si siempre había sido así o si se había ido transformando con los años.

Logan tomó sus manos y la miró de esa manera que solo él sabía, llenándola de valentía.

—Todo saldrá bien —susurró.

Amelia miró por la ventana y asintió. Se moría por ver a sus hermanos, por abrazarlos y contarles sus aventuras, omitiendo, por supuesto, lo desagradable. Le había hecho jurar a su hermano que

ni Arthur ni William debían enterarse jamás de lo que había hecho su padre, de dónde había venido el dinero que los mantenía. Argenon había aceptado, aunque consideraba que, cuando tuvieran la edad suficiente, tendrían que saberlo, para no repetir los mismos errores.

—Me quedaré en los jardines —dijo Logan en cuanto bajó del carruaje.

Argenon y Amelia asintieron. Lo que sucedería ahí dentro era un asunto familiar en el que su presencia solo empeoraría las cosas.

Amelia se aferró al brazo de su hermano y juntos caminaron hacia su hogar. La mandíbula del mayordomo casi tocó el suelo cuando los vio tras la puerta, y la doncella que había salido de la biblioteca a retirar los vasos sucios de whisky y el periódico dejó caer la bandeja, causando un estrépito que consiguió que el resto de los sirvientes se asomara.

—¡Señorita! ¡Oh, señorita!

Rosemund bajó las escaleras de la entrada de dos en dos y se abalanzó sobre ella entre lágrimas.

—¡Rosemund! —espetó el mayordomo—. ¡Eso está del todo fuera de lugar!

—No se preocupe, Jones; es culpa de mi hermana por tratarla como a una amiga.

—No la trato como amiga, Argenon; lo es —afirmó Amelia, consolando a su fiel doncella.

—¿Cómo se le ocurre quedarse en ese barco? Cuando se lo conté a su madre, ella… ¡Oh, señorita, qué bien que haya regresado! Tendremos que hacer algo con su cabello. ¿Y qué le ha pasado a su suave rostro? ¿Ha tomado el sol más de lo debido?

—¿Dónde está madre, Jones? —preguntó Argenon.

En una exhalación, la puerta de la biblioteca se abrió a un lado y una figura salió con pasos firmes y decididos.

—¡Fuera! ¡Todos! —El barón gritó hecho una furia, y el servicio desapareció como ratas buscando escondite—. ¿Cómo has podido? —le dijo a su hijo.

—Vaya, las noticias vuelan —respondió Argenon.

El puño del barón fue a parar a su mentón de una manera bestial.

—¡Padre! —gritó Amelia.

—Eres la deshonra de tu familia. Nos has llevado a la ruina y…

Otro puñetazo fue preparado para caer, pero Amelia se interpuso entre su padre y su hermano, y el golpe lo recibió ella, que acabó en el suelo.

Amelia miró hacia arriba, con los ojos húmedos, mientras su hermano se agachaba para ayudarla a levantarse.

—Usted es la única deshonra que hay aquí, padre —sentenció Argenon—. Y el único responsable de que la baronía pueda sernos arrebatada. Usted, y solo usted, ha decidido jugar con la vida de los demás para enriquecerse. Al principio no quise creerlo, pero lo que realmente me dolió fue ver lo fácil que cambié de opinión al tener las pruebas, como si, en el fondo, supiera que eso era algo que usted haría sin remordimiento.

—¿Y qué vais a hacer? ¿Denunciarme? ¿Cargarme con toda la culpa, ahora que ese imbécil de Thorne es alimento para los peces? ¿Y qué harás tú, Argenon? ¿Cómo los sacarás adelante, cuando la misma sociedad os señale, cuando el mismísimo regente os repudie? Porque, te recuerdo, hijo, que nadie creerá que no sabías nada de este asunto.

Amelia no podía creer el veneno que salía de la boca de su padre. Fue como si su corazón se partiera en dos, como si las noches de lectura sobre sus rodillas, los libros regalados y alguna sonrisa se esfumaran de un soplido.

—No podéis decir que he traficado con esclavos —rio, desquiciado—. Lo único que he hecho es administrar mis plantaciones. ¿Cómo iba a ser culpable de eso?

Argenon lo miró de arriba abajo, como si fuera la peor escoria.

—¿Por qué, padre? ¿Por qué lo hizo? —dijo Amelia, tragándose las lágrimas.

—¿Queréis saber por qué lo hice?

El barón intentó acercarse a ella, pero Argenon no se lo permitió.

—Vosotros lo llamáis crimen, yo lo llamo supervivencia —respondió con una sonrisa amarga—. Cuando heredé este título de

vuestro abuelo, recibí menos honor que una soga en el cuello: deudas, préstamos, apuestas, tierras improductivas y plantaciones en Jamaica que devoraban más de lo que producían. ¿Qué debía hacer? ¿Dejar que todo se hundiera y mi apellido, ese que alguna vez había sido más honorable que el de los mismísimos reyes, se arrastrara por el barro? No, claro que no —chasqueó la lengua, con los ojos rojos de ira—. Henry me ofreció un trato: mano de obra a bajo precio, esa fue su frase. A cambio, yo cedía parte del azúcar. Con cada cargamento, las cuentas cuadraban, las deudas se pagaban y en Londres volvían a mirarnos con respeto. Al principio lo creí un mal necesario. ¿Quién no haría lo que fuera para salvar el futuro de sus hijos?

—¿Y qué pasó luego, padre? ¿Descubrió la dulzura de la abundancia? Podría haberse detenido —masculló Argenon.

—Ya no se trataba de evitar la ruina, Argenon —respondió con los dientes apretados, como una verdad inconfesable que no pudo retener más—. Tenía que superar a mis pares. Quería que los Ravenscroft nunca más quedaran relegados a la sombra que se cernió sobre mí cuando mi padre malgastó toda la fortuna.

—Eso no le daba derecho a labrarnos un futuro manchado de sangre —sentenció Amelia.

—¿Y qué haréis ahora? —Su carcajada, llena de una locura que sus hijos nunca habían visto, retumbó en las paredes de Ravenscroft Hall—. Si habláis, os hundiréis conmigo.

—Si de verdad, alguna vez, le ha importado nuestro futuro, deberá retirarse. Exiliarse en Irlanda. Ya está todo preparado. O, como bien dice, perderemos la baronía —la voz de Argenon fue tan fría, tan hueca, que a Amelia se le erizó el cabello.

—¿Irlanda? —volvió a reír, pero su risa se cortó de cuajo al comprender que sus hijos hablaban en serio—. ¿Me mandaréis a Irlanda?

El barón caminó de un lado a otro, como si las piernas fueran a fallarle en cualquier momento. Se frotó la cara, se recolocó el traje y respiró con angustia. Nada. Todo lo que había hecho no había servido para nada. Apretó los puños y miró a sus hijos con recelo, casi con repudio, como si fueran los mismos ángeles enviados para

confesar todos sus pecados. Cerró los ojos un instante, y unas risas llegaron a él: unos mechones negros subiendo y bajando mientras una niña corría, la mirada de un niño que garabateaba con la lengua mordida hacia un lado, tratando de imitar los escritos de su padre. Tragó saliva y una punzada de dolor lo atravesó. ¿En qué se había convertido?

Abrió los ojos y los clavó en ellos, contenido, sombrío.

—¿Qué harás para mantener esto en pie? —preguntó con voz queda.

—Seguiré con las inversiones y el comercio, pero en cuanto a las plantaciones, pagaré a cada uno de los trabajadores con las ganancias que ha obtenido a su costa. En Jamaica hablé con muchos de ellos; si se les ofrece un trato justo, otros llegarán por voluntad propia. Habrá tiempos difíciles, pero es lo correcto —respondió Argenon con una serenidad que no dejaba lugar a réplica.

—¿Y qué me dices de Thorne? ¿No sacará todo esto a la luz? ¿No te traicionará?

—Nunca.

Amelia miró a su hermano con orgullo.

—¿Lo amas? —preguntó su padre, esta vez hacia ella.

Sorprendida por la pregunta, dudó si debía contestar, temerosa de que pudiera hacer algo más, de que tuviera el poder de separarlos. Al ver que no respondía, lanzó otra pregunta:

—¿Sabes quién es? ¿De dónde viene?

Entonces sí, levantó el rostro para que la viera bien y respondió:

—Sí. Y lo amo.

—¿Aun así…?

El barón miró hacia el techo, hacia las paredes, y sintió el suelo bajo sus pies. Inspiró el aroma de su hogar. Luego, los miró. A pesar de su orgullo herido, de su trabajo inútil y de haber sacado adelante a aquellos que ahora lo acusaban, sabía cuándo una batalla estaba perdida. Y no, no los llevaría consigo a su destrucción.

—Te cederé la baronía. Me iré a Irlanda. No volveremos a vernos. Para mí, desde este instante… habéis dejado de ser mis hijos.

58.

El césped fresco cedía bajo los pies de Logan mientras caminaba por los jardines soleados. De vez en cuando miraba hacia la casa de Amelia, preguntándose si estaría bien, si el barón no habría perdido el juicio y empeorado las cosas. Por mucho que las dudas lo carcomieran, fue prudente y esperó, con la certeza de que Argenon no permitiría que nada malo le sucediera.

Se alejó un poco entre los setos de lavanda y el zumbido de las abejas trabajadoras, hasta que escuchó las risas de unos niños cerca del arroyo. Sin ánimo de asustarlos —dado que no esperaban su presencia—, se acercó con sigilo, hasta que una rama lo delató. Ambas cabecitas se giraron a la vez, y las bocas de Arthur y William se abrieron de tal manera que incluso el más pequeño estuvo a punto de atragantarse.

—¡El espía! —chilló William—. ¡Arthur, es el espía!

Los niños miraron a su alrededor, como si su presencia indicara la cercanía de su hermana.

Arthur se acercó con un palo entre las manos, los pies mojados y los pantalones remangados.

—¿Qué ha hecho con mi hermana?

—Querréis decir... —dijo Logan, agachándose a su altura—, qué ha hecho ella conmigo.

—¿Eh?

Los niños se miraron, confundidos, y luego volvieron la vista al espía.

—Me arrastró con sus amigos los piratas.

William tragó saliva, y Arthur entornó los ojos, sin creer ni una palabra de lo que salía de su boca.

—¡Te dije que era pirata! —exclamó William, acercándose a Logan. No quería perderse ningún detalle de lo que ese hombre

estaba por contar.

—Me encerró en su barco y...

—¿Cómo se llama? —preguntó Arthur, intentando derrumbar su historia mientras se daba golpes en la mano con la rama, casi como una amenaza.

—Se llama... *El Leviatán.*

—¡Ala! —exclamó William—. ¿Y qué pasó?

—¡Vivimos tormentas y traiciones! Estuve cerca de morir, ¡dos veces!

—No es verdad —añadió Arthur, casi bostezando.

—¡Claro que es verdad! Me dijo que Amelia era pirata, no va a mentir ahora —replicó el pequeño.

—La primera vez, en mitad de una tormenta, me quedé colgado de un cabo por la borda —sonrió al hacer un pequeño ajuste en su historia—. Vuestra hermana tiró de mí con la fuerza de una bestia y me rescató.

—Eso es imposible —replicó el mayor—. Amelia apenas puede llevarme a caballito, no podría levantarlo a usted.

—Cuando uno está en una situación de vida o muerte, saca una fuerza sobrehumana capaz de levantar lo que sea necesario.

—¿¡De verdad!? —preguntó William, maravillado.

Logan asintió, maldiciendo lo difícil que era mantener al otro hermano dentro de su pequeña fantasía.

—¿Y cómo lo salvó la segunda vez? —insistió.

—Un pirata, muy, muy malo, quiso dispararme, pero vuestra hermana se abalanzó sobre él y lo impidió. Se cayó por la borda y...

—Amelia no sabe nadar —interrumpió Arthur—. ¿O es que se convirtió en sirena?

—Pues...

—Pues sí, me convertí en sirena y luego en gaviota para volar hasta aquí, porque me moría por abrazaros.

Una voz que ocultaba tristeza apareció entre los arbustos.

—¡Amelia! —gritaron los hermanos, que se abalanzaron sobre ella hasta derrumbarla sobre el pasto húmedo.

Logan sonrió, pero no por mucho tiempo. Al ver que sus ojos desvelaban un llanto apagado hacía poco, y la rojez en su mejilla,

borró ese gesto de su rostro.

—¡El espía nos ha contado todo! —gritó William.

—Bueno, yo no me creo nada —soltó Arthur, que discutía con su hermano por un hueco en el regazo de Amelia—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Mamá tampoco estaba aquí. Papá dice que se cayó por las escaleras cuando se enteró de que no estabas en un retiro de señoritas y monjas o algo así, pero creemos que mentía. La tía Greta vino a por ella y, desde entonces, no ha regresado —dijo William, con unos lagrimones capaces de desarmar a cualquiera.

—Lo sé —respondió Amelia, conteniendo su propia tristeza—. Os prometo que volverá.

Tras el llanto y el abrazo lleno de añoranza, un tiempo después el niño se limpió las lágrimas y miró a su hermano decidido. No hizo falta que dijera nada para que el otro supiera lo que quería.

—¡Ven, corre!

Los niños la ayudaron a levantarse. Cada uno la tomó de una mano y la guiaron hasta el invernadero, mientras Logan los seguía de cerca. Desde fuera, las cristaleras reflejaban un color que ni Amelia, en sus mejores días, había logrado. William abrió la puerta de par en par y un olor dulzón, a tierra mojada, los acogió. Amelia parpadeó un par de veces ante el despliegue de flores y luego miró a sus hermanos.

—¿Ha sido cosa vuestra?

—Pensábamos que, si lo cuidábamos y lo llenábamos de flores, volverías antes.

—Estaban todas las plantas medio muertas cuando empezamos —dijo Arthur—. Así que no me creí que vinieras aquí tan a menudo para solo hablar con los pétalos mustios.

Logan sonrió. Ese niño dejaría de serlo muy pronto.

—Así que descubrí algo bajo una de las mesas. No sabía que escribías ¿Cómo era? «Él escondía algo en su interior, algo doloroso, algo que derrotaría a cualquiera, pero no, a él no. Amable pero distante, tímido pero imponente... Dios mío, estoy perdida. Deja de pensar en él».

Amelia ahogó un grito y se acercó a su inoportuno hermano con rapidez para cerrarle la boca.

—¡Arthur! —lo reprendió.

Cuando alzó la mirada, se encontró con los ojos de Logan que la observaban con fijeza, con esa expresión que dibujaba antes de besarla. Amelia sonrió incómoda y desvió la vista con rapidez hacia su hermano.

—Lo habéis dejado precioso —balbuceó—. Sin duda, he venido antes por vuestro impecable trabajo.

Los dos sonrieron con satisfacción.

—Será mejor que salgamos de aquí. No quisiera estropearlas; creo que mi sola presencia las incomoda —masculló.

Los cuatro salieron del invernadero, pero el más pequeño tiró del pantalón de Logan para que se detuviera. Intrigado por la historia que había contado minutos atrás, quería saber más.

—¿Qué más hizo mi hermana en ese barco?

Logan se agachó y le indicó al muchacho que se acercara. William obedeció, expectante.

—Me robó algo que solo ella podía conseguir —susurró.

—¿El qué? —preguntó William, con el mismo aire de misterio.

—Mi corazón.

59.

El barón Ravenscroft había partido hacia Irlanda hacía semanas.

Nadie lloró por su ausencia.

Al principio, el rumor de los motivos por los que había cedido su título a su hijo antes de marcharse circuló por la ciudad, pero ninguno hizo suficiente ruido como para golpearlos ni abrir nuevas dudas contra ellos. Si alguno de sus socios adinerados tenía las manos manchadas en sus asuntos, serían los primeros en borrar todo registro que los relacionara con él.

El escándalo desapareció tan rápido como llegó. Sin embargo, no fue tan fácil para Logan, quien tuvo que declarar por activa y por pasiva que no tenía conocimiento de las actividades ilegales de su tío. Al menos, el apoyo que recibió de la Royal Navy y del mismo consignatario que se había encargado de falsear las transacciones ayudó a esclarecer los acontecimientos. Por fin, todo parecía haber acabado.

Como una mañana cualquiera, Logan amaneció, desayunó con su madre y se marchó a sus dominios en el puerto.

Judith lo observó partir en paz. Pensó que habría sido maravilloso que Charles estuviera allí, con ella, para verle sonreír, derramar una luz contagiosa y ayudar —más que nunca— a los que les rodeaban.

Al llegar a su escritorio, vio el trabajo acumulado. Resopló: no solo había papeles de comercio, permisos que firmar y documentos que revisar. Entre todos ellos había agradecimientos, peticiones sobre tratos injustos en las fábricas y problemas con niños callejeros que llegaban a él para solucionarlos junto a sir Bernard. Lo primero que leyó, precisamente, fue una carta de él:

Mi estimado señor Thorne:

He recibido con gratitud su última misiva. Le confieso que sus palabras ante el comité sobre las condiciones de los trabajadores han causado profunda impresión. Su voz —aquella que solo unos pocos tenemos el privilegio de conocer de verdad—, cargada de experiencia y compasión, ha hecho más por la causa que docenas de discursos de salón.

Bien sabe que las reformas de las fábricas avanzan con lentitud, como suele ocurrir cuando hay oro de por medio. Desgraciadamente, la conciencia humana tiende a desaparecer. Aún se oyen los gritos de pequeños deshollinadores encaramados en su propio infierno, y los niños de los molinos siguen respirando polvo y maltrato. Pero no está todo perdido. Sus gestiones han alentado a más de un filántropo a ofrecer instrucción y abrigo a los huérfanos.

Me alegra saber que el consejo ha reconocido su testimonio sobre lo sucedido en Jamaica, junto a la señorita Ravenscroft. Reconozco que la muchacha es de un coraje inigualable. Juntos han conseguido hacer tambalear a más de un caballero que creía dormir tranquilo sobre sus fortunas ensangrentadas. Considero que la lucha contra la esclavitud y la explotación es la misma, aunque con distintos rostros.

No desespere, querido amigo. Quizá no veamos la victoria final, pero estoy convencido de que nuestras semillas dejarán buenos frutos.

Con la más sincera estima y respeto,
Sir Thomas Bernard

Logan cerró la carta y la sostuvo un instante entre sus manos.

—Poco a poco —se animó—. Poco a poco.

Continuó su trabajo; sin embargo, desde que había abierto los ojos esa mañana no podía dejar de pensar en una sola cosa: decirle a Amelia que quería pasar el resto de sus días junto a ella. ¿Qué sentido tenía estar separados? Su madre había vuelto a casa, Argenon había tomado las riendas de la baronía y ella estaba en Hampstead y él en Londres. ¿Acaso tenía lógica esperar más?

—¿Pasa algo hoy de lo que no tengo conocimiento? —dijo Montrose, que había entrado sin llamar—. ¿O solo es el hecho de que verás esta tarde a tu querida grumete?

—¿Cómo sabes que la veré hoy?

—Porque tienes esa expresión que pones cuando la vas a ver.

—No sé a qué te refieres. —Fingió indiferencia mientras intentaba concentrarse. Si lo comentaba con él, estaría perdido: lloverían consejos e instrucciones hasta hacerlo entrar en una crisis nerviosa que no necesitaba.

—Me refiero a esa cara de hombre que intenta parecer serio mientras se muere por sonreír.

—Siempre hablas como si lo supieras todo.

—No me hace falta: basta con verte —rio el capitán, dando un golpe en la mesa—. ¡Por Dios, Logan, ni en Jamaica estabas tan nervioso!

—¿Nervioso? —resopló, ordenando unos papeles.

—Sí, nervioso. Con la mirada de quien va a pedirle al cielo lo imposible.

—Has perdido la cabeza.

—Creo que la has perdido tú… por ella.

Logan clavó su mirada sin una pizca de gracia. Una frase llevó a otra y aquello terminó por convertirse en una absurda discusión.

—Me voy —anunció cuando había llegado la hora.

Suspiró, tragó saliva, se desabrochó el primer botón de la camisa y recogió sus mangas hasta los codos, como había notado que a ella le gustaba.

Montrose sonrió a punto de que se le saltaran las lágrimas: no era pequeño el alivio que sentía al ver a aquel muchacho perdido que Charles le había encomendado antes de fallecer. Era agradable ver sus ojos llenos de vida.

Le dio una palmada en la espalda y dijo:

—Suerte, amigo.

***

La frescura del aire en Hampstead no tenía comparación con la del puerto. Una brisa cálida acarició su rostro, trayéndole una calma que no recordaba desde hacía años.

Detuvo su caballo frente a Ravenscroft Hall y observó la casa con otros ojos, como si, de algún modo, se sintiera parte de ella.

El sol de la tarde se reflejaba en los ventanales, mientras el olor a lavanda lo envolvía todo. Unas risas alegres llegaron hasta él, provenientes de la parte trasera. Las siguió y no pudo evitar sonreír al encontrarse con esa escena tan hogareña. La baronesa jugaba con sus hijos a pasarse una pelota mientras decían nombres de animales.

—Elefante —dijo William antes de lanzársela a su hermano.

—Hipopótamo —soltó el otro.

—Unicornio —rio Amelia en su turno.

Los otros tres se miraron entre sí hasta que Arthur habló:

—Los unicornios no existen. Has hecho trampa, ¿verdad, madre?

—En ese caso, tendríais que haber sido más específicos y descartar animales mitológicos.

—Amelia, no molestes a tus hermanos —advirtió la madre, divertida.

—Entonces yo hubiera podido decir antes minotauro y habría ganado —protestó William, indignado.

Comenzaron a reír y, sin quererlo, contagiaron a quien los observaba.

—¡El espía! —exclamó el pequeño.

—Es el señor Thorne, William; deberías dejar de llamarle así —corrigió su madre.

Amelia se giró y, con rapidez, se acomodó los cabellos negros y estiró su vestido, mientras Arthur le echaba una mirada de fingido asco.

—Puede llamarme así, milady; al fin y al cabo, los estaba espiando.

Amelia tuvo que contener el impulso de echar a correr hacia sus brazos. Esos últimos días él había estado demasiado ocupado y apenas había podido verlo.

—¿Se quedará a cenar? —preguntó la antigua baronesa.

—Dependerá de su hija.

Esther levantó una ceja. Tenía los años suficientes para saber a qué se debía su respuesta y el motivo de su visita. El señor Thorne estaba radiante y, por mucho que intentara mantener las comisuras de sus labios dominadas, hacía unos gestos un tanto extraños para no sonreír como un tonto enamorado.

—Me gustaría hablar con su hija —dijo apenas con voz, lo cual le hizo sentirse ridículo.

—Por supuesto.

—¿Se van a casar? —susurró William a su madre.

—Puaj, qué asco —añadió Arthur.

Los tres vieron a la pareja alejarse mientras, de vez en cuando, se rozaban los hombros e incluso las manos.

Cuando estuvieron lo suficientemente alejados, Logan estrechó la mano de Amelia, entrelazando sus dedos con los de ella.

Ella sintió un calor repentino y el corazón desbocarse.

—Cásate conmigo —pidió Amelia sin previo aviso, como si fuera algo que no hubiera podido retener más.

Logan se detuvo, soltó su mano y la miró.

—Demonios, Amelia, eres… eres…

—¿Demonios, Amelia? ¿Qué clase de respuesta es esa? Creía que tú y yo… Lo he pensado y… ¡No tiene caso estar separados!

Se giró con rapidez, abrumada por la vergüenza de haberse expresado sin medida.

Unas manos se aferraron a su cintura desde atrás y su respiración se volvió pesada. Un cosquilleo y la calidez de un susurro sobre su cuello la hicieron estremecerse.

—Iba a pedírtelo yo, pequeña impaciente.

—¿Cómo? —Se volvió ignorando las mariposas que revolotearon en su interior por la cercanía del hombre al que amaba y lo empujó—. ¿Por qué has hecho entonces que me avergüence?

—Amelia…

—Pues no. No pienso casarme contigo.

Se alejó a paso firme, con los labios apretados, murmurando todas las injusticias que se le ocurrieron.

Logan soltó una carcajada que le resonó en los adentros. Nunca imaginó que volvería a sentirse así de feliz, igual que cuando su madre le dio una nuez para acompañar unas rancias gachas y halló en sus ojos el amor que le profesaba por encima de todas las cosas.

—Ríete todo lo que quieras —soltó.

Con toda la mala suerte de su lado, tropezó con sus propios pies y cayó. Resopló y sacudió sus manos sucias.

—Lo que me faltaba —se quejó entre dientes—. Ni se te ocurra venir a ayudarme.

Sus palabras llegaron demasiado tarde. Logan, a su espalda, la rodeó y la alzó entre sus brazos.

—He dicho que no se te ocurra levan…

Con un movimiento la giró y la apretó con dulzura contra él.

—Amelia Ravenscroft, cásate conmigo y hazme el hombre más feliz de Inglaterra.

—¿Solo de Inglaterra?

El color subió a las mejillas de Amelia cuando él sonrió y pudo leer sus intenciones. Cerró los ojos y, sin querer, puso sus labios a su disposición. Pero, al ver que no sucedía nada, abrió uno de ellos.

—¿Ahora quieres que te bese? No tienes remedio.

—¿Besarme? ¿A mí? ¿Por qué iba a querer tal cosa?

—En ese caso…

Logan la apartó con suavidad usando su índice y le dio un toque en la nariz antes de alejarse.

—No llegues tarde a cenar. Tu madre se pondrá furiosa. Explícale, de mi parte, el porqué de mi ausencia.

Amelia se cruzó de brazos, con gesto enfurruñado y la vista clavada en la espalda de Logan.

—Me casaré contigo —refunfuñó.

Logan detuvo sus pasos y sus labios se curvaron en una amplia sonrisa.

—¿Cómo has dicho? Me parece que no he oído bien.

Amelia entrecerró los ojos y dio seis pasos hasta llegar a él.

—He dicho que…

Un beso —tierno y fugaz— detuvo sus palabras.

—¿Solo eso?

De nuevo, y sin remedio, se ruborizó. ¿Por qué su lengua se empeñaba en ir más rápido que su mente?

Logan se acercó un poco más y, esta vez, colocó sus manos sobre el rostro de Amelia, alzándolo hacia él con delicadeza. El corazón de Amelia se aceleró a la vez que su mente gritaba que retrocediera —no quería que él se saliera con la suya—, pero no tuvo más remedio que ignorar su orgullo: sus sentimientos habían tomado la delantera.

Sus brazos se relajaron como una rendición y, entonces, Logan acercó sus labios y los apoyó sobre los de ella lentamente, como si cada segundo contara para entregarle justo lo que sabía que ella deseaba. Amelia, impaciente, no pudo esperar. Deslizó las manos por su cuello hasta llegar a su cabello y se aferró a él, mientras un calor profundo recorrió a ambos. Logan, tentado por su roce, deslizó la mano por su espalda y profundizó el beso que ella reclamaba.

Cuando se separaron —apenas unos centímetros—, Amelia abrió los ojos, todavía sonrojada y sin aliento. Logan apoyó la frente contra la suya y murmuró:

—Entonces, hazme el hombre más feliz del mundo.

—Podrías haber dicho del universo, del cosmos, de todo lo que existe.

—¿Has estado leyendo filosofía?

Amelia sonrió.

Le dio un rápido beso en la mejilla y salió corriendo para no volver a rendirse a su abrazo.

Logan, embelesado, la siguió con la mirada y dejó que una sonrisa se dibujara en sus labios mientras en su bolsillo jugaba con un botón que había estado enredado en su pelo.

Por fin sentía que había llegado el día de dejarlo todo atrás. Nunca olvidaría quién era ni de dónde venía, pero, a partir de ese momento, su vida daría un nuevo comienzo.

Dio un paso, luego otro y otro, hasta que sus pies corrieron hacia su nuevo hogar, hacia su lugar: Amelia.

Epílogo:

Se respiraba un aire lleno de expectativa y de emoción.

La luz de la mañana se colaba por las ventanas, iluminando los muebles y ese espejo donde Logan se miraba y sonreía nervioso.

El nudo del pañuelo le había quedado torcido, pero aun así el traje —el mejor que había tenido en toda su vida—, lucía impecable.

Nunca imaginó que algún día se vestiría así, ni que una mujer como Amelia Ravenscroft caminaría hacia él para unirse en matrimonio.

Sobre la cómoda descansaban el reloj de bolsillo que le había regalado Argenon para la ocasión y una medalla de cobre con el cepillo de un deshollinador grabado, regalo de Montrose, para que jamás olvidara de dónde venía.

—Si pudierais verme ahora… —murmuró con una sonrisa nostálgica al recordar a sus amigos—. El padre Marcus los había buscado, pero no sabía si acudirían; habían pasado tantos años que sería casi un milagro.

El murmullo de la casa llegaba amortiguado a través de las puertas cerradas: pasos acelerados, la voz de Montrose poniendo orden como si se hubiera empeñado en que todo saliera perfecto bajo su mando de capitán.

Unos suaves toques llamaron a la puerta. Judith asomó primero la cabeza y luego entró, tratando de contener las lágrimas nada más verlo.

—Déjame que te ayude.

Se acercó con manos temblorosas para recolocarle el pañuelo, cuando unos brazos la rodearon impidiéndole el trabajo. Judith no pudo retenerse más y dejó ir su llanto.

—A mí también me gustaría que estuviera —confesó Logan.

Judith asintió y se aferró a su hijo.

—Sé que no soy en verdad tu madre, pero te llevo en mi corazón como a mi propio hijo. Jamás te he visto como otra cosa.

Logan deshizo el abrazo y le limpió las lágrimas.

—Me ha dado una nueva vida; todo el amor que tenía guardado, su paciencia, su bondad, su consejo, sustento y libertad. Eso la convierte también en mi madre. Así que no piense lo contrario.

Judith alzó la mano y acarició el rostro de su hijo, ese que desde hacía tiempo ya no llegaba a casa herido, roto.

—Te mereces ser feliz.

Logan se agachó para besarle la mejilla cuando la puerta sonó de nuevo.

El padre Marcus apareció mostrando una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Han venido? —preguntó Logan.

De repente, la puerta se abrió de par en par y dos rostros conocidos iluminaron la habitación. A Hope se le saltaron las lágrimas; Lily esbozó una sonrisa radiante.

—¡Logan! —dijeron al unísono.

Habían pasado años, desdichas y crecimiento, pero el tiempo no había menguado el vínculo que esos niños habían creado en la *workhouse.*

—No sabes lo feliz que nos hizo tu invitación, saber que lo habías logrado, que eras feliz —dijo Hope.

—Tienes la misma cara —rio Lily.

—Y vosotras… estáis preciosas y a salvo. El padre Marcus me lo ha contado y yo…

Ninguna de las dos le dejó terminar: lo sorprendieron con un abrazo a tres. Hope era un mar de lágrimas y Lily tuvo que separarse para reprenderla, porque, si seguía así, ella también acabaría hecha un aguacero.

—Madre, ellas son mis amigas.

Ambas intercambiaron una mirada al oír que se refería a esa mujer como *madre.* No hizo falta decir nada para demostrar la alegría que eso les causó.

Por la puerta apareció alguien más. Los tres amigos abrieron la boca al encontrarse con un rostro inconfundible: aquella mirada astuta y esos anteojos que seguían resbalándose del puente de su nariz.

—¿Thomas? —preguntó Logan, con una amplia sonrisa.

—¿Thomas? —repitieron las otras dos—. ¿De verdad eres tú?

Hope fue la primera en abrazarlo; luego le siguieron los demás.

—He estado muy ocupado, pero el padre Marcus me ha mantenido informado en todo momento. Cuando termine lo que estoy haciendo, mi sueño es que nos reunamos todos, pero no podía faltar a la boda de mi amigo. El traje te queda mejor que a cualquier aristócrata.

—Quién lo diría —respondió Logan.

La habitación se llenó de risas, recuerdos y preguntas, estas últimas, sobre Anne y Owen. Ni siquiera el padre Marcus sabía de su paradero.

Minutos más tarde, Amelia apareció en el umbral de la iglesia. El mundo entero se detuvo para ambos. Su vestido, sencillo y elegante, se movía al compás de sus pasos y su sonrisa —aquella que él había aprendido a amar entre tormentas y confidencias— lo dejó sin aliento.

El padre Marcus apenas pudo contener la emoción cuando los vio tomarse de las manos. Aquel muchacho que había llegado a St. Joseph lleno de rabia y dolor… había conseguido sanar.

—El amor —dijo con voz temblorosa para empezar la ceremonia— es la única promesa que se cumple cuando dos almas deciden caminar juntas, incluso después de haberse creído perdidas.

Amelia levantó la vista hacia Logan y él respondió con una mirada que bastó para sellar todos los votos antes de pronunciarlos.

No hubo aplausos al final; solo un silencio lleno de suspiros y ternura.

Luego, un beso.

Uno suave, dulce, de esos que anuncian el comienzo de algo eterno.

***

Su pecho subía y bajaba tranquilo. Aferrada a la sábana, Amelia respiraba profundamente, entregada al sueño más delicioso del que últimamente disfrutaba.

Cuando Logan habló con ella por primera vez, supo de su curiosidad insaciable; lo que no esperaba era que fuera igual tras experimentar el calor y el éxtasis de hacer el amor. Nunca se habría imaginado tener la tarea —placentera— de satisfacerla día sí, noche también. Lo cierto era que, los primeros días, apenas lo había dejado salir de la alcoba de aquel pequeño apartamento cerca del puerto. Ambos se habían negado a vivir en una mansión fría y distante en la que las propias paredes los separasen. Además, a Amelia le encantaba el bullicio de la zona, la vida en esas calles y, sobre todo, tener a su marido tan cerca. No era raro el día en que no se presentara en su despacho, emocionada, para hablarle de lo que había escrito; incluso se había vuelto costumbre que leyera de vez en cuando a sus marineros. Montrose se había convertido en su fan número uno.

Pero ese día tenía algo especial para ella: un regalo de bodas que le había sido difícil completar, aunque por fin lo había logrado. No podía esperar para dárselo.

—Amelia —susurró—, luz de mi vida, despierta.

Ella sonrió; sus largas pestañas se movieron, pero no abrió los ojos. Se acercó más a él, hundió el rostro en su cuello, impregnándose de ese olor a madera, mientras sus manos reposaban sobre su pecho. Logan no sabía si llegaría el día en que se acostumbraría a esa cálida sensación.

—¿No piensas despertarte? —preguntó, acariciándole el cabello.

Ella hizo un sonido y se aferró más a él: desde fuera, la imagen parecía la de un solo cuerpo.

—Bien, entonces te perderás la sorpresa.

Amelia levantó la cabeza con rapidez y lo miró con los ojos somnolientos.

—¿Una sorpresa mejor que estar aquí, a tu lado? —dijo, antes de darle tres besos, de la sien al mentón.

—Bueno, eso es difícil de superar, lo sé —ambos sonrieron—, pero creo que he dado con algo que te hará muy feliz.

—No necesito nada más.

—¿Vas a aceptar mi regalo o no?

Logan se apoyó sobre los codos y ella se vio obligada a apartarse —gracias a Dios, porque, si la hubiera tenido un minuto más encima, ni él mismo habría querido salir de allí—.

—Quiero todo lo que tengas para ofrecerme.

—Pero hay algo que me preocupa. —Amelia se incorporó y lo miró intranquila—. Dijiste que, cuando encontrara a mi amor, no duraría más de dos años.

Logan arqueó una ceja.

Amelia apenas sonrió.

—Bueno, eso fue porque… supongo que dependerá de la caída de mis pechos.

Logan soltó una carcajada que se detuvo en seco cuando ella tomó sus manos y las colocó sobre la suavidad de su busto.

—¿Qué opinas?

Logan tragó saliva, intentando controlar el fuego que le encendía la piel.

—Que jamás dejaré de amarte, Amelia. A no ser que… —Sus manos bajaron hasta su cintura y, con un impulso, la atrajo sobre su cuerpo— te quedes muda. No podría vivir sin tus palabras —besó su cuello con delicadeza, inundándose de ese aroma cálido a hogar, a felicidad—, o que dejes de abrazarme como solo tú sabes hacerlo —sus besos siguieron descendiendo hasta la curva de su pecho y sintió el temblor de Amelia sobre él—, de rebatirme, de enfadarte, de mirarme, de sonreír…

Sin poder resistirse más, tomó su rostro entre las manos y llevó los labios hasta los suyos, fundiéndolos en un beso que la dejó sin aliento.

—Nada de eso pasará —dijo ella con voz estremecida cuando pudo separar sus labios tatuados en fuego.

—Entonces, creo que duraremos más de dos años.

—Muchos más —susurró ella, mientras él no dejaba de besarla.

—Toda la vida.

Logan la rodeó con los brazos y la atrajo más a él hasta que todo lo demás se desvaneció. Solo quedaron sus respiraciones, el roce de la piel y el temblor apacible de dos cuerpos descubriéndose al amor.

***

Esa misma tarde, la llevó hasta el lugar que había preparado.

—¿Un barco? ¿Me vas a regalar un barco? —dijo, anonadada —. Pero…

—Esta es la primera embarcación que Charles Thorne usó para empezar su negocio, el que años después se convirtió en lo que ahora es la flota Thorne. Ya no se usa, pero la conservamos como recuerdo. El regalo, curiosa Amelia, es lo que te espera dentro.

La acompañó hasta cubierta, donde había construido una amplia estancia con varios ojos de buey para que entrara luz suficiente. La madera de calidad seguía el diseño que él había imaginado y que un buen arquitecto logró hacer realidad. Antes de abrir la puerta, se detuvo y la miró.

—He pensado que podrías usar este espacio como club de escritura. Existen White's, Brooks's y otros más, pero este será de damas, y será tuyo.

Amelia no podía salir de su asombro mientras Logan la animaba a abrir.

Eufórica, empujó la puerta y la recibieron cinco rostros desconocidos que la miraban con la misma curiosidad con la que ella las miraba a ellas. Había varios secreteres, papeles apilados, una estantería con tinta y polvo de secado y otras con libros de consulta, mapas e ilustraciones. Amelia cerró los ojos unos segundos. ¡Aquello era el paraíso!

Sin comprender, volvió la vista hacia su marido.

—Todas ellas publican columnas bajo seudónimo —explicó Logan—. Tuve que mover cielo y tierra para conseguir sus nombres y dar con ellas, pero creo que este puede ser vuestro espacio. Aquí nadie os juzgará ni os molestará. Y me parece que estarán encantadas de escuchar tus escritos… y tú los suyos.

La primera se acercó con timidez.

—Alquilé *La pasión pirata* en Hookham's en cuanto salió… y *Asesinato en Madeira* también. Mi parte preferida fue…

En cuanto las demás la rodearon, Logan supo que era el momento de marcharse. Salió en silencio y cerró la puerta. Pero, antes de que se fuera, esta se abrió: unos brazos rodearon su espalda y se enlazaron en su estómago. Logan se giró con el corazón henchido de amor y, antes de poder decir nada, ella lo besó con pasión, dejándolo indefenso.

—Gracias —susurró, con una sonrisa que lo llenó más que cualquier otra cosa.

Amelia se mordió el labio, le dio otro beso fugaz y salió, casi corriendo, a reunirse con sus nuevas amigas. Tenía tanto que contar, tantas ideas que compartir y tanto deseo de escucharlas, que no podía esperar.

Logan se asomó, la observó orgulloso y respiró. La vio reír, libre, radiante; y no le hizo falta nada más para entender que ella era su destino, su paz.

Y fue así como el Demonio de St. Giles jamás volvió a aparecer.

Nota de Autora:

Gracias por acompañar a Logan y Amelia en este viaje de sombras y esperanza. Ojalá esta historia te haya recordado que, incluso en los lugares más oscuros, la compasión, la ternura y el amor pueden abrir una ventana de luz.

Un lugar para Logan, como todas las novelas de la serie, nació del deseo de mirar detrás de la elegancia de la Regencia inglesa que tanto nos fascina en *Orgullo y prejuicio* o *Los Bridgerton*. Lamentablemente, aquella sociedad, brillante en apariencia, estaba marcada por la desigualdad y la explotación.

Desde el siglo XVIII, los maestros deshollinadores obtenían niños (a menudo de las *workhouses*) para entrenarlos. La mayoría tenía entre 5 y 10 años. Eran pequeños, ágiles y podían trepar por los angostos conductos de chimeneas de casas y fábricas.

Los llamaban *apprentice sweeps,* pero en realidad eran comprados o alquilados a las parroquias o las *workhouses* e incluso a los propios padres (por una suma fija o bajo contrato). Eran mal alimentados, maltratados y, con frecuencia, encerrados o encadenados para impedir que se escaparan.

En 1788 fue el primer intento de regular esta práctica que exigía que los niños tuvieran al menos 8 años y que el contrato fuera voluntario, pero rara vez se cumplía respaldándose en la «formación moral» que venía de las leyes de los pobres. No fue hasta 1840 que se prohibió formalmente el uso de niños menores de 21 años para limpiar chimeneas.

Aunque también había leyes que prohibían encerrar a menores en habitaciones oscuras dentro de las *Workhouses*, existen testimonios —como los recogidos por Peter Higginbotham, que dedicó varios estudios al tema— que demuestran que ese castigo se aplicaba con frecuencia y a menudo se silenciaba.

También la historia de Jamaica y las plantaciones de azúcar forman parte de este mundo. Jamaica fue una de las colonias más ricas del Imperio británico, pero su prosperidad se construyó sobre el sufrimiento de miles de personas esclavizadas.

Por otro lado, Amelia representa la voz y la libertad de las mujeres de su tiempo. Ese deseo de buscar la verdad, de seguir haciendo lo que ama y de negarse a un futuro impuesto le dan una fuerza que hace de ella un personaje inolvidable para mí. Mentiría si dijera que no temblé, en algún momento, pensando que le estaba «robando» protagonismo a mi querido Logan; pero creo que, al final, han encajado de maravilla.

La librería que menciono en el epílogo era una de las pocas con un catálogo «complementario» al que solo clientas de confianza podían acceder: títulos de dudosa moral o traducciones francesas escandalosas, donde bajo seudónimo, escritoras como Amelia, podían compartir sus escritos.

Por último, confieso que ha habido instantes en los que Logan casi consigue arrancarme alguna lágrima. Es fuerte, sí, pero tan vulnerable que me despertó tal ternura que solo quería abrazarlo. Creo que, por fin, ha encontrado el nuevo comienzo que merecía, y no podría haber hallado mejor compañera que Amelia.

Esto no acaba aquí. Como ellos, yo también me pregunto dónde diantres están Anne y Owen… aunque me hago una ligera idea.

Lo sabrás en el siguiente libro, lo prometo. Como no podía ser de otro modo, a esos dos no he querido separarlos. Ya entenderás por qué.

Si te ha gustado **Un lugar para Logan**, no imaginas cuánto me ayudaría una de esas reseñas tan bonitas que seguro sabes hacer; al fin y al cabo, son el viento que empuja estas historias hasta más corazones. Me encantará leer tu opinión; cada comentario me ayuda a crecer.

Y, si quieres seguir las novedades, te espero en mi Instagram. @beccakimchi

Con todo mi cariño,
Becca Kim

---

[1] *Traducción de "The Chimney Sweep's Song" (o* The Climbing Boy's Song*). Registrada en colecciones populares del siglo XVIII y principios del XIX.*

[2] *Traducción de "The Chimney Sweep's Cry" (publicada en* Songs of the Streets and Lanes of London*, c.1800)*